

JAVIER REVERTE

New York, New York...



PLAZA H JANÉS



ESPA
PDF

JAVIER REVERTE
New York, New York...

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN

megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A Mercedes Castro, Isabel Fuster,
Pedro Pardo y su chica, Raquel*

*Comienza a extender la noticia:
me marcho hoy mismo,
quiero formar parte de ella.
New York, New York...*

«New York, New York»
, canción de Fred Ebb y John Kander,
popularizada por Frank Sinatra y Liza Minnelli

Nueva York..., una ciudad tan fría, serena e imposible, como el diamante de cuatro quilates que un enamorado ve en un escaparate mientras que, con desalentada mano, busca su sueldo en el bolsillo.

O. HENRY

*Otoño en Nueva York,
que me hace sentirme en casa...
Es otoño en Nueva York...
bueno para vivirlo de nuevo.*

«Otoño en Nueva York»,
canción de Vernon Duke,
popularizada por Ella Fitzgerald y
Louis Armstrong

Nueva York es la ciudad más acogedora que conozco. Manhattan es como una gran madre con los brazos abiertos... Aquel que odia a América es que odia a la raza humana.

BRENDAN BEHAN

Un extranjero bien podría decir que la principal actividad de los neoyorquinos es destruir su propia ciudad.

G. K. CHESTERTON

Nueva York es, ante todo, el momento presente, sin más relación con el porvenir que con el pasado. El momento presente íntegro, puro, total, aislado, desconectado. Al llegar aquí, la primera sensación

no es la de haber dejado atrás otros países, sino otras épocas...

JULIO CAMBA

Vas a Nueva York a que te lean el porvenir en la mano.

JEAN COCTEAU,
CITADO POR PAUL MORAND

Nueva York busca a Dios con voluntad, sin Biblia y sin beatería, sin apóstoles...

ANTONIO HERNÁNDEZ

¡Ciudad anidada entre bahías! ¡Mi ciudad!

WALT WHITMAN

Es un mito [Nueva York]: la ciudad, las habitaciones y ventanas, las calles que escupen vapor; para cualquiera, para todos, un mito distinto, la cabeza de un ídolo cuyos ojos son luces de semáforo, que parpadean un verde cariñoso, un rojo cínico.

TRUMAN CAPOTE

Nueva York..., la irresistible capital del cheque.

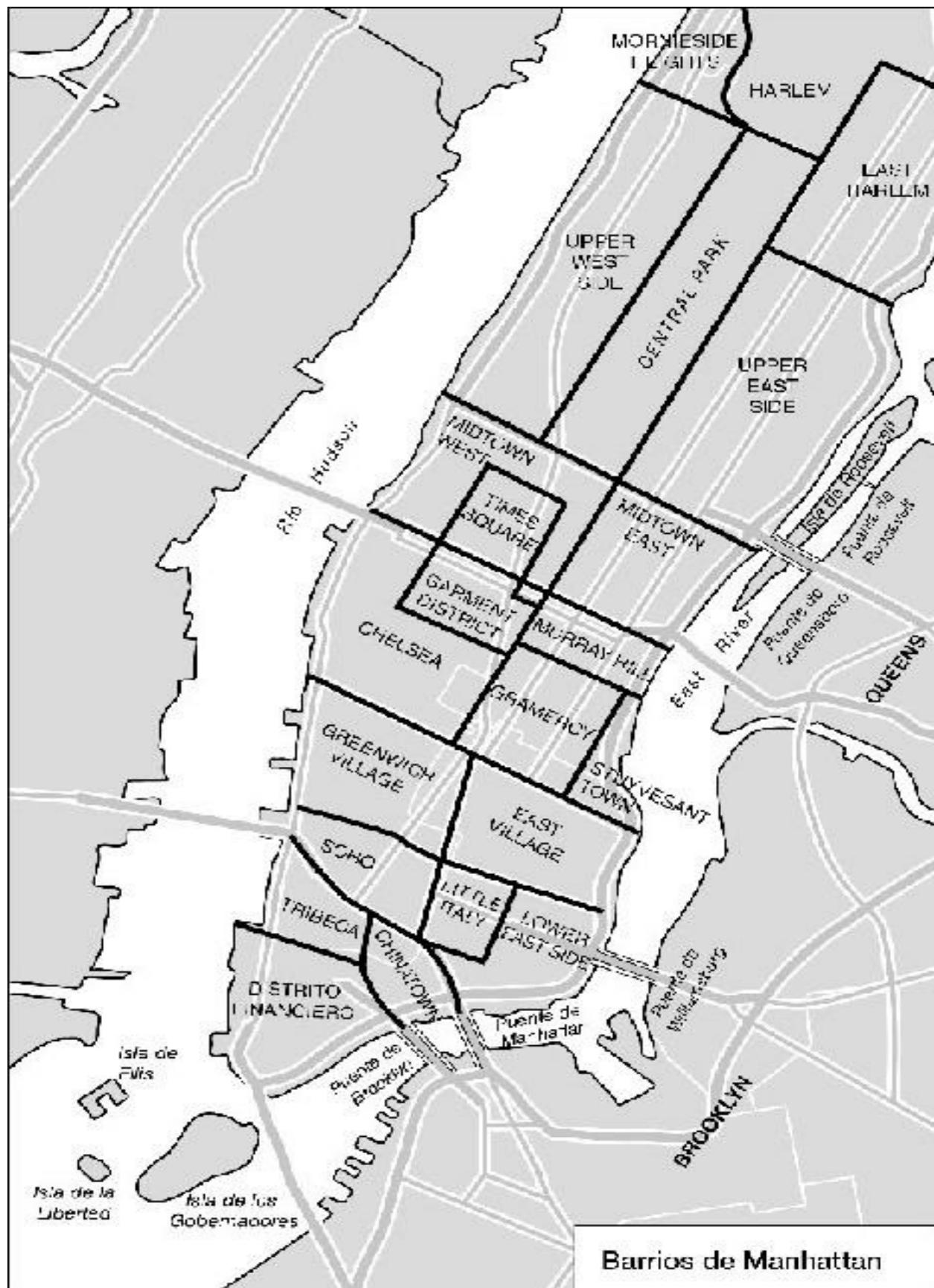
RUBÉN DARÍO

Nueva York es una ciudad sin terminar... Es una ciudad en proceso de creación. Hoy pertenece al mundo.

LE CORBUSIER

Inconscientemente, Nueva York imita a las montañas, al mar y a los ríos.

STEFAN ZWEIG



Barrios de Manhattan

Nota introductoria

Para algunos de nosotros, si es que existe, la utopía americana tiene un nombre: Nueva York. Y mi anhelo particular consistía, no en conocerla, sino en vivirla. De modo que, no hace mucho, al recibir un cuantioso premio literario, decidí lanzarme a la más hermosa de las aventuras humanas: cumplir uno de tus sueños.

Y fue ésa la razón por la que alquilé un espacioso estudio en el centro de Manhattan y me fui a vivir a la ciudad por un período exacto de tres meses, en tiempo de otoño, la estación que más me gusta del año. Y durante esa estancia en Nueva York, no hice otra cosa que pasearla y escribir.

Creo que no se le puede pedir más a un premio literario. Y éste es el resultado de mi sueño cumplido.[\[*\]](#)

Último día de agosto

Dibujando anchos círculos, el avión desciende con lentitud hacia el aeropuerto de Newark, planea unos minutos sobre Manhattan, se asoma luego al East River y a Brooklyn, y gira después hacia el oeste, por encima del río Hudson y las orillas secas del vecino estado de New Jersey. Desde la altura, distingo una ciudad en donde los rascacielos pugnan entre ellos, como quien dice a codazos, para abrirse camino hacia el cielo. ¿Para ser el primero en besar a Dios? Es una urbe apretada, encogida sobre sí misma como una colmena, pero en su caso desdeñosa del orden. Parece que quiere atrapar el espacio para hacerlo suyo. Y da la impresión de que está cerca de lograrlo. Desde luego, yo no apostaría en contra.

Las colas ante la aduana se asemejan al lento caminar de un hormiguero laborioso, te hacen sentirte una especie de inerme emigrante, un ser huido de su nido en busca de una tierra prometida en donde, al entrar, te examinan y eres interrogado por adustos agentes de uniforme oscuro. Rindes tu dignidad al temor que producen su mirada y sus preguntas, cuando ya has entregado el formulario en el que afirmas, entre otras cosas, que no eres drogadicto ni has cometido delitos en viajes anteriores a los USA. Y sonrías como nunca has sonreído en tu vida a un aduanero. ¿Eres un delincuente por el mero hecho de haber nacido lejos del suelo americano?

Esto siempre ha sido igual en las aduanas del país. Ya en 1922, el escritor inglés Chesterton comentaba el formulario que hubo de llenar a su entrada en la aduana de Nueva York:

Una de las preguntas era: «¿Es usted un anarquista?». Cuestión a la que cualquier filósofo imparcial se sentiría naturalmente inclinado a responder: «¿Y a usted qué le importa?, ¿le he preguntado yo a usted si es ateo?». A continuación figuraba otra cuestión: «¿Está a favor de subvertir el gobierno de Estados Unidos por la fuerza?». A lo que, por supuesto, yo habría contestado que preferiría responder a ello al final de mi viaje y no al principio. Luego, el inquisidor me había planteado un nuevo

interrogante: «¿Es usted polígamo?». La respuesta a esta última pregunta bien podría haber sido «no tengo esa suerte» o «no soy tan estúpido», en función de mi experiencia con el sexo opuesto [...]. Pero me gustaría imaginarme que era un anarquista que, tratando de introducirse en América con documentación en regla, se sienta a responder al cuestionario con gravedad elegante: «Tengo el propósito de subvertir por la fuerza el gobierno de Estados Unidos lo antes posible, apuñalando con la navaja que llevo en el bolsillo izquierdo del pantalón a Mr. Harding [el presidente americano en aquel momento] a la menor oportunidad. Y sí, en efecto, soy polígamo; y mis cuarenta y siete esposas me acompañarán en el viaje disfrazadas de secretarias».

En la sala vecina, pasado el control de pasaportes, el orejudo perro que olfatea las maletas cuando caen de la cinta de equipajes es el único policía amable. Un calvorota hare krishna, vestido con hábito azafranado y zapatillas marca Adidas, lo acaricia mientras espera su bolsa. Y el can mueve la cola, alegre. Me da por pensar en el agente que me estampó el sello de entrada en mi pasaporte, un gigantón cejijunto y moreno: si le hubiese acariciado la coronilla, ¿habría dado tales muestras de alegría?

Fuera, la tarde se exhibe luminosa, cálida, húmeda. La encargada de organizar la fila de pasajeros que esperamos taxi es una afroamericana grande y sonriente que me trae a la memoria al ama de *Lo que el viento se llevó* —«Ay, señorita Escarlata...», ¿recuerdan?—. Calcula el precio de mi carrera y lo escribe para el conductor en un papel amarillo: ochenta y nueve dólares, doce más caro de lo normal porque debo hacer dos paradas, una para recoger las llaves de mi apartamento en la oficina de alquiler y otra en la dirección en donde voy a residir los próximos meses. «¿Y la propina?», pregunto al ama. «Eso es cosa suya.» Insisto, sonríe y repite: «Cosa suya».

El taxista es también negro, un tipo enorme con una mirada parecida a la de Mike Tyson. Conduce como un diablo colérico, al borde de la violencia y la catástrofe. Algunos conductores le gritan y le envían bocinazos enfurecidos, pero callan al verle la cara. Tras casi una hora recorriendo túneles y avenidas y después de recoger la llave de mi apartamento en la oficina de alquiler, el taxi me deja en la puerta de un edificio de tres plantas de Perry Street, en el West Village. «Son ciento cinco dólares, propina incluida», dice Tyson. Pago

sin rechistar: hoy no tengo ganas de que me muerdan la oreja.[\[1\]](#)

Mi apartamento de Perry Street es un cutre cuchitril que cuesta una fortuna. De modo que llamo a la agencia para protestar y mañana iré a ver otro por el mismo precio en el Midtown East. Me apena dejar esta zona del Village, porque aquí cerca, en Bleeker Street, que está a la vuelta de la esquina de mi calle, vivió Bob Dylan una temporada, y un par de manzanas hacia el oeste, en Hudson Street, queda la White Horse Tavern, en donde el poeta Dylan Thomas, según la leyenda, se bebió dieciocho whiskies seguidos y entró en coma etílico, para ir a morir poco después en un hospital próximo al hotel Chelsea, en donde se alojaba. Dicen que sus últimas palabras fueron: «Dieciocho whiskies: ¡todo un récord!».

Se me da mal vivir sin sentirme rodeado de mítica.

Tomo una cerveza Brooklyn Lager en la terraza de la White Horse y me doy una vuelta por las estrechas y arboladas calles de los alrededores. Es una zona de aceras escuálidas y casas no muy altas, no más de cuatro o cinco pisos, con empinadas escalinatas en los portales, escaleras de incendios de hierro en las fachadas, ventanas rectangulares y paredes de ladrillo rojo. En la esquina en donde confluyen las calles Bank y 8, se abre un parquecillo de forma irregular cercado por verjas. Dentro hay columpios y balancines para los niños. Un cartel advierte: SÓLO SE PERMITE LA ENTRADA DE ADULTOS SI VAN ACOMPAÑADOS DE MENORES. Me pregunto si la norma está pensada para evitar que el recinto se llene de vagabundos y drogadictos, o para prevenir los secuestros de niños, o para cerrar el paso a los pedófilos. O las tres cosas a la vez.

El Village, en cierto modo, me recuerda a Le Marais de París, un barrio en el que viví durante tres años cuando era corresponsal de prensa, en los setenta del pasado siglo. Por supuesto que su arquitectura luce muy distinta a la del Village, que más bien podría parecerse a la de algunas áreas londinenses de los alrededores de Hyde Park y South Kensington. Pero es el aire de la gente, su progresismo *light* y su afán por significarse como diferente a los otros habitantes de la ciudad lo que hace distinto al Village del resto de Nueva York y lo aproxima al París de Le Marais.

En esta zona de la ciudad, según se cuenta, escribió Edgar Allan Poe su *Gordon Pym*, y aquí se establecieron, en la década de los veinte, novelistas como Ernest Hemingway y John Dos Passos. Al Village lo bautizó John

Reed[2] como «el barrio latino de Manhattan» y siempre fue considerado como el «corazón rojo» de América, su alma progresista, caracterizada, como escribe en su *Historia de Nueva York* François Weil, «por su gran tolerancia y su rechazo a los convencionalismos, tanto si eran sexuales como sociales o culturales». Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en el barrio favorito de pintores como Rothko, Pollock y De Kooning y de literatos de la generación *beat*, como Kerouac, Burroughs, Ginsberg, Corso...

A las ciudades les sucede lo mismo que a los seres humanos: a fuerza de querer dotarse de un estilo que refleje una forma de ser, acaban por lograr su empeño. Le Marais de los años setenta, con su aire de bohemia cultivada y hondamente burguesa, se asemejaba a este Village del siglo XXI y al Chueca madrileño de nuestros días. Es curioso que tres barrios tan alejados y tan diferentes en sus apariencias sirvan de residencia a amplias comunidades gays adineradas. Aquí se ven pocos drogadictos, vagabundos o mendigos alcohólicos. Las clases transgresoras de Occidente parecen los adversarios naturales del pobre y del desahuciado.

En el Village tienes, además, la impresión de que, en cualquier esquina, podrías encontrarte con Andy Warhol o Truman Capote, pero nunca con Frank Sinatra o John Wayne.

Muere el día y el atardecer toma tintes rosados. Voy hasta Washington Square y subo hacia el norte por la Quinta Avenida. Es ancho y alto el cielo neoyorquino, por más que los rascacielos se empeñen en cerrar su visión. A todas horas, los aviones cruzan sobre la ciudad viniendo desde los cuatro puntos cardinales y enjambres de helicópteros no cesan de sobrevolarla, zumbando como asustados moscardones que hubieran perdido el rumbo.

En cierto modo, Nueva York me parece ahora un espacio de irrealidad y yo mismo me siento como una suerte de habitante de un cómic.

Giro a la derecha en la calle 14 y, en Union Square, observando a la gente, tengo la impresión de que aquí todo el mundo se esfuerza por distinguirse de los otros, en vestimenta o peinado, y que, al tiempo, se mezclan con informal naturalidad mulatos con latinos, negros con asiáticos, blancos con hindúes... Pienso que la utopía de la igualdad entre los seres humanos resulta un enigma en Nueva York, la ciudad donde todos se juntan, a la vez que no hay nadie que quiera parecerse a nadie.

Además, cualquiera hace lo que le viene en gana en esta plaza: fumarse un

petardo, tumbarse borracho en la hierba, mendigar, cantar, tocar la guitarra, meterle mano a su chica, mirar... Casi todo parece permitido en este espacio, como en el resto de la ciudad, según vería después, siempre que no te saltes los límites que marca la ley, una barrera infranqueable defendida con furor por miles de policías, desplegados a lo largo y ancho de la urbe: duros tipos que se diría que han sido entrenados en las guerras indias del siglo XIX.

Ceno en un restaurante nipón de University Place, el Japonica, que será en los próximos meses uno de mis favoritos en la ciudad. Y regreso al Village ya en noche cerrada. Hace calor y muchos vecinos han salido a celebrar la caída de la tarde y se sientan a la fresca, en las escalinatas de los edificios, bebiendo cerveza, fumando, en mangas de camisa e, incluso, en camiseta. El barrio toma el aire del Nueva Orleans de Marlon Brando en *Un tranvía llamado deseo*.

Sin el cine, América no sería nada y Nueva York no tendría espejos en donde mirarse.

Viernes, principios de septiembre

Tras dos noches en el Village, me mudo de vivienda y de barrio. Y el nuevo alojamiento resulta espléndido: consta de una única y larga habitación con cama, sofá, comedor y una mesa para trabajar sobre la que el sol echa su luz desde la ventana de mi izquierda, mi posición preferida para escribir. Tiene un amplio baño y una pequeña cocina y ocupa el lado oriental de un tercer piso, letra G, en el número 333 de la calle 54 Este, entre las avenidas Primera y Segunda. Cuesta lo mismo que el estudio de Perry Street que acabo de dejar, esto es: un platillo, como diría un latinoamericano.

Me encuentro a cinco minutos, caminando, del East River, a diez de las Naciones Unidas, a doce de la Quinta Avenida, a quince del MoMA (Museo de Arte Moderno), a veinte de Grand Central Station, a veinticinco de Central Park, a treinta y cinco del MET (Metropolitan Museum) y a cuarenta y cinco en autobús de Harlem. También en metro, a media hora del Village.

Pero, sobre todo, a 5.779 kilómetros de Madrid, que es de lo que se trata.

Y de pronto, mientras deambulo este primer día por el que definitivamente va a ser mi barrio neoyorquino en los próximos tres meses, noto crecer dentro de mí una sensación de euforia. Es una emoción reconocible desde años atrás, la misma que me embarga cuando emprendo un viaje o cuando me instalo en un lugar del que lo desconozco casi todo. Pienso que es una manera de renacer o un regreso a la infancia, cuando uno, ciegamente, va abriéndose camino en territorios inexplorados por los pies, por los ojos y por el alma.

¡Qué hermoso es irse!, ¡y cuán sencillo resulta! Si la mayoría de la gente lo descubriese, muy pocos se quedarían quietos.

El Midtown East es un barrio de vías anchas trazadas a cordel en donde engordan las palomas hurgando entre las basuras. En mi calle hay una bandada de medio centenar de estas aves que todos los amaneceres parecen rugir de hambre en mi ventana, como perros salvajes de sabana africana, y cuyas cagarrutas forman varias capas en los peldaños metálicos de la escalera de

incendios. Tengo la impresión de que la naturaleza de la paloma es vampírica y que es capaz de chupar la sangre de los mamíferos. ¿Por qué elegiría Pablo Picasso a este pajarraco hipócrita y desagradable como símbolo de la paz? Personalmente, prefiero a los cuervos, un ave carroñera que no te engaña con su siniestra fisonomía.

En los alrededores de mi apartamento hay restaurantes italianos, tintorerías regentadas por asiáticos, lavanderías de hispanos, casas de manicura de chinos, un par de joyerías de judíos y algunas fincas de pisos de lujo con elegantes porteros negros vestidos con librea y, ocasionalmente, tocados con un sombrero de copa.

Abundan en el área los bares. Me siento muy a gusto, particularmente, en el P. J. Clarke's, en la esquina de la calle 55 con la Tercera Avenida, un local cuya fachada parece una estación de bomberos y que a mediodía rebosa de ejecutivos que se zampan a toda prisa jugosas hamburguesas. A la tarde, terminada la jornada laboral, el mostrador se llena de jóvenes de ambos sexos con aspecto de brókers que toman las últimas copas del día. Son gente jovial, ruidosa y guapa a la que atienden camareros en mangas de camisa blanca y pajarita roja o negra. Los neoyorquinos hacen tanto ruido en los bares como los madrileños.

Aquí en Nueva York nadie parece acobardarse a la hora de trasegar. Hay bebedores solitarios que se acomodan en la barra y dejan delante de ellos su tarjeta de crédito o un billete de cien dólares: *bar fly* los llaman, mosca de bar. El camarero dice «*open*», al servir la primera copa, y «*closed*» cuando el cliente hace un gesto que indica que ha concluido su jornada etílica, y entonces, no antes, cobra las consumiciones. Luego, el cliente extiende varios billetes de dólar como propina, formando una suerte de sábana sobre el mostrador. En esta ciudad, la propina no es obligatoria, pero sí obligada. Y muchos camareros, si no cumples el rito, se encargan presurosos de recordártelo.

En su libro *Mi Nueva York*, Brendan Behan, un gran escritor irlandés que murió con el hígado reventado por el whisky, señalaba: «Ser alcohólico no es para tanto, os lo puedo asegurar. Sin embargo, si no cuentas con dinero suficiente para comprar bebida, tiene que ser una cruz».

Éste es un barrio ocupado en su mayor parte por oficinas y el tráfico resulta muy intenso en horario laboral. En cualquier momento de la jornada hay gente caminando con prisas por las aceras y, puesto que yo ando despacio, sin nada que hacer en particular, salvo mirar y tomar notas en mi cuaderno de bolsillo,

tengo con frecuencia la impresión de que paseo en el interior del escenario de un film en el que las imágenes se mueven a mayor velocidad de la real, como en algunas películas de Chaplin. Por las noches, la zona se vacía de gente y las grandes avenidas que corren de norte a sur se asemejan, bajo el neón, a la lengua ondulada de un gigante.

Por todas partes crecen arrogantes rascacielos y, si alzo la cabeza para contemplar su última altura, el cuello me cruce. ¡Qué ingenioso el tipo al que se le ocurrió llamar rascacielos (*skyscraper*) a estos edificios imponentes! ¡Y cuánta es la vanidad de los humanos, seres que nos creemos capaces de hacerles cosquillas en las pelotas a los dioses!

«Acero, vidrio, baldosas, hormigón, serán los materiales de los rascacielos —escribe John Dos Passos en *Manhattan Transfer*—. Apilados en la estrecha isla, edificios de mil ventanas surgirán resplandecientes, pirámide sobre pirámide, blancas nubes encima de la tormenta.»

«Ante estos gigantescos rascacielos —señala Julio Camba en un artículo publicado en *ABC*, reunido junto con otros en un libro titulado *Un año en el otro mundo*— uno no sabe si admirarlos o si odiarlos. Sus perspectivas son feas, pero no deja de haber en ellos cierta hermosura: la bárbara hermosura de su atrevimiento, de su novedad, de su fuerza y de su grandeza. Y a la noche, cuando los detalles arquitectónicos desaparecen de nuestra vista y los *skyscraper* se iluminan en toda su altura, entonces el espectáculo es real y positivamente hermoso. Diríase que el mundo entero estuviese de fiesta.»

En todo caso, desde el siglo XIX, cuando se alzaron los primeros, Nueva York se convirtió en la ciudad de los rascacielos. Hoy se levantan en muchas ciudades del mundo, no sólo americanas, y el más alto no pertenece a Nueva York, sino a Dubai. La definición de este tipo de construcciones la acuñó el Consejo de Edificios Altos y Hábitat Urbano, con sede en Pennsylvania (CTBUH), y dice así: «Un rascacielos es un edificio en el que lo vertical tiene una consideración superlativa sobre cualquier otro de sus mismos parámetros y según en el contexto en que se implanta».

Y volviendo a Behan, que tenía varios parientes emigrados a Nueva York, cuenta en su libro sobre la ciudad una graciosa anécdota que reproduzco:

La primera vez que fui a Nueva York llamé a mi tía Kathleen y le pregunté en dónde podría encontrar a mi tío Jimmy.

—¡Oh! —dijo ella—, trabaja en Pine Street, junto a Wall Street, en el Chase Manhattan Bank.

—¿Y en qué piso puedo encontrarle? Es que los edificios aquí son más grandes que en cualquier lugar donde yo haya estado.

—Tu tío Jimmy está en todos los pisos.

—Dios nos bendiga y nos salve a todos —dije—, debe de ser el vicepresidente del banco.

—No —dijo ella—, es el ascensorista.

Domingo, 4 de septiembre

Tengo la impresión de que Nueva York duerme poco, setea menos todavía y no hace mucho caso de los días festivos. Alguien que, como yo, acaba de llegar de Europa, percibe a duras penas la diferencia que hay entre un día corriente y un domingo por la mañana. Si acaso, la medida de esa diferencia estriba en el tráfico, que hoy es mucho menos intenso. Pero las tiendas siguen en su mayoría abiertas y los cafés y restaurantes están llenos. Dice Paul Morand en su libro *Nueva York*, todo un clásico sobre la ciudad: «Este Manhattan que, comparado con la tierna Europa, nos ha parecido una fábrica, no es en realidad más que una tienda. Manhattan ocupa un escenario, brilla, seduce; ofrece sus placeres, hace circular el dinero, vence, consume, gasta con gran lucimiento; pero, por detrás, es el Bronx quien la viste, Brooklyn quien la alimenta, New Jersey quien forja el acero de sus casas. Ahí se encuentra el grupo anónimo de los talleres, de los barrios, de los cementerios».

En la zona en donde vivo, incluso las tintorerías de los chinos continúan su febril actividad esta mañana. Un viejo dicho español afirma que quienes laboran en exceso «trabajan como chinos». Ello se debe, imagino, a la esclavitud en la que históricamente ha vivido este pueblo, sometido y explotado hasta la extenuación por emperadores medievales y por dictadores de la ortodoxia comunista, reconvertidos reciente y descaradamente al capitalismo. No sé si los chinos en América son o no más libres que en su país de origen. Pero desde luego aquí siguen trabajando... «como chinos».

Hoy es un día de calor húmedo y el cielo se esconde bajo una cortina de calima blanquecina. Algunos vencejos y palomas planean sobre los tejados de las casas de mi manzana de la calle 54, edificios que no pasan de las siete u ocho alturas. Pero cuando salgo a la Segunda Avenida, ancha y solemne, en donde los altos edificios crecen como lanzas que pinchan la barriga del colchón nuboso, las aves desaparecen y tan sólo los aviones, esos orgullosos pájaros sin alma y sin otra sangre que el gasoil, osan cruzar este espacio, retando a los rascacielos, disputándoles la propiedad exclusiva de esa ciudad

que es el gran espejo de la audacia y de la ambición humanas. Por supuesto, ahora vuelan también sobre las alturas neoyorquinas numerosos helicópteros, que no tienen nada de pájaro y sí mucho de insecto: en Nueva York son como las moscas cojoneras.

Según avanza el día, el domingo se hace de pronto domingo, las tiendas cierran y las calles se desnudan de presencia humana. Solamente en los bares se oye el rugido de la clientela que sigue los partidos de béisbol o fútbol americano. Escribe sobre ello Stefan Zweig, que pasó por la ciudad a principios del pasado siglo: «El domingo, las calles están muertas, se ofrecen repugnantemente desnudas».

Encuentro algunas personas que dan una vuelta a solas con su perro. Me pregunto cuánta gente habrá en Nueva York, e incluso en el mundo entero, que tan sólo posea una amistad: de un perro. Un tipo gordo, de unos cuarenta años, pasea cinco pequeños canes sujetos por una sola correa dividida en cinco brazos. El hombre va hablando con ellos, llamándolos por sus nombres: a uno lo mimá, a otro lo regaña, a un tercero le gasta una broma, al cuarto le regala una caricia y al quinto le da una patadita en el culo cuando trata de mear en la rueda de un coche. Nota mi mirada y me envía una dulce sonrisa de padre satisfecho de su prole.

O tal vez no sea el dueño de los animales. En Nueva York hay un oficio singular en los barrios pudientes que podríamos llamar paseador de canes. Hay mucha gente rica que le gusta tener perrillo en casa pero no está dispuesta a sacarlo a la calle para que cague. En las grandes avenidas y los parques neoyorquinos abundan los «paseadores» de chuchos.

Y de pronto percibo el silencio de la ciudad: los coches no bufan, no hay sirenas de ambulancias ni de vehículos de policía ni de bomberos, no pasan helicópteros ni tampoco aviones, no salen músicas estridentes de los bares y los partidos de fútbol y de béisbol han concluido. ¡Qué inmensa puede ser la soledad de Nueva York!

Canta Kris Kristofferson:

*'Cause there's something in a Sunday
makes a body feel alone...*

Cruzo de una acera a otra de la Segunda Avenida. Y me detengo en medio de la vía, antes de llegar al otro lado. No vienen coches. Miro hacia el norte: una luz fatigada ilumina los altos edificios y, al fondo, el brillante asfalto parece

seguir hacia el infinito, como si fuera a alcanzar los bosques de Canadá y las orillas del océano Ártico. Miro al sur: nuevos rascacielos cercan la calle desierta que viaja hacia la última ribera de Manhattan, el punto en donde se encuentran el East River y el Hudson. Y aliento la sospecha de que la avenida saltará el mar y seguirá rumbo a América del Sur, hacia la pampa argentina y los mares australes.

En *Esto es Nueva York* escribe E. B. White:

Nueva York concederá el don de la intimidad y el don de la soledad a cualquiera que esté interesado en obtener tan extrañas recompensas. Puede destruir a una persona o satisfacerla, depende en buena medida de la suerte.

Nueva York..., tan grande como la soledad y el vacío.

Lunes siguiente

El día amaneció nublado y fresco, pero conforme avanzaban las horas se ha ido tornando más y más caliente, abrazado por un aire pesado y espeso. El clima de Nueva York no es el mejor clima del mundo y uno puede preguntarse: ¿por qué elegir un lugar así para alzar una gran urbe? Más aún: una vez que la ciudad ha nacido y sus habitantes han comprobado que el clima es en ocasiones insoportable, ¿por qué no cambiar de sitio? A lo mejor sucede que parte de la grandeza de esta ciudad está en su sinsentido geográfico. Y tal vez en el mero hecho de que sus inviernos sean feroces y sus veranos insufribles. Si fuera una ciudad más amable, ¿nos fascinaría tanto? Lo bello tiene siempre algo de terrible, en la literatura, en la geografía y en las mujeres.

Manhattan es una isla, pero, en Manhattan, yo no me siento habitante de una isla, sino de un continente. Pienso que Robinson Crusoe no podría sobrevivir aquí. Él era un naufrago algo bucólico y no un peatón de asfalto. Cualquier vagabundo neoyorquino le hubiera tomado por un necio. Porque los sin techo neoyorquinos están orgullosos de ser de Nueva York y Robinson era un personaje humilde. Ayer, en el vagón de metro en el que viajaba, no funcionaba la megafonía que anuncia las estaciones siguientes y un limosnero, con voz de barítono, nos iba cantando los destinos y los transbordos. Luego pasaba el cazo.

Junto a Central Park, en el lado del suroeste, se abre la bonita plaza que llaman Columbus Circle, en homenaje a Colón, el «descubridor» del «nuevo» continente. Bajo la estatua alzada en su honor, reza una frase: «Christophorus Columbus, italiano residente en América».

Esta tarde he pasado por allí y había decenas de turistas haciendo la obligada foto sobre un fondo de vegetación y rascacielos de Central Park. Un grupo de japoneses se retrataban agitando banderitas norteamericanas. Se ve que Hiroshima y Nagasaki han quedado ya en el sumidero de la historia.

¡Ay, las banderas! A los americanos les fascinan las suyas. Bajando por la Quinta Avenida, conté diecinueve de ellas flameando en los edificios que hay

entre las calles 58 y 49.

El calor fatiga y siento deseos de que llegue el otoño. Dicen que es la mejor estación del año en la ciudad. Y también la más extravagante. Me gusta sentirme residente en América, como Colón. Y saltar de continente en continente.

Martes, 6 de septiembre

Llovizna en el amanecer, el cielo se muestra sucio y sopla una liviana brisa que acaricia las hojas de los árboles al otro lado de mi ventana. Comparada con otras calles neoyorquinas del Midtown, la mía, la 54, es estrecha, pero en una ciudad europea resultaría más ancha de lo normal. Corre en una sola dirección, de este a oeste, y cuenta con tres amplios carriles marcados en el asfalto con rayas amarillas. Las aceras son espaciosas y arboladas. En la 54 y en las vías cercanas abundan los ginkgos, una especie arbórea de origen oriental que en Nueva York ha encontrado carta de ciudadanía. Hay uno particularmente bonito, que da a mi ventana, en el tercer piso, con hojas en forma de abanico teñidas de un verde delicado.

Voy conociendo mejor mi barrio, poco a poco. Tengo dos cafeterías muy próximas, una en la esquina con la Primera Avenida y otra en la esquina de la Segunda, en donde hacen una estupenda tarta de manzana, y un par de supermercados de precios astronómicos. Cerca, una mujer francesa que habla un excelente español despacha en una vinatería magníficos caldos californianos, por cierto bastante caros. Y en fin, en los alrededores de mi casa hay un par de ferreterías, peluquerías de señoras y caballeros, farmacias de las dos cadenas Duane Reade y Walgreens y numerosos pubs, en su mayoría irlandeses.

Es un barrio grandullón y desgarbado. Pero mi calle resulta agradable, tiene algo de pueblerina.

Almuerzo en un restaurante francés de la Segunda Avenida y el camarero que me atiende es mexicano. Insiste en que, en lugar de tomar dos copas de vino médoc, la variedad que he elegido, pida una botella. «Sale más barata, porque hoy tiene un descuento del 25 por ciento.» Me hace el cálculo en dólares y decilitros. Y añade: «Además, lo que le sobre, se lo puede llevar a casa. Aquí en Nueva York nada se desperdicia...». Se queda pensativo antes de agregar: «... salvo la vida».

¡Ay, mi México lindo y terrible!, me digo.

Por la tarde el cielo se rompe con chasquido de cristales y escupe una lluvia loca, que a veces llega de lado empujada por el viento y otras parece surgir del suelo, esto es: como si lloviera de abajo arriba. La guerra de paraguas se desata en las calles y avenidas mientras el tráfico se atasca. La gente huye de la furia del cielo a refugiarse en los pubs y cafés. Y reparo en que los automovilistas no usan las bocinas como incivilizada forma de protesta, al contrario de lo que suele suceder en Madrid en situaciones parecidas. Unos días después, un neoyorquino me daría una insólita razón:

—Aquí las armas están permitidas y mucha gente lleva revólver en la guantera. Imagina lo que puede suceder si te pones a tocar el claxon a un tipo algo loco que esconde una pistola...

Los neoyorquinos, de todas formas, no parecen agobiarse mucho con la tormenta. Están muy acostumbrados a la vesania del clima de su ciudad y lo aceptan con cómplice resignación. Me gusta este lado salvaje de Nueva York, ese sentido juvenil de echarle una carcajada a algo cargado de incomodidad. Creo que Anaïs Nin lo llamaba «la vitalidad animal de Nueva York». En todo caso, siempre me ha gustado América.

Me he refugiado en el bar P. J. Clarke's. Pido una cerveza Brooklyn Lager, de barril, y echo un vistazo a la decoración. Hay una foto de John F. Kennedy y otra de un boxeador que no conozco. En cierto modo, el ambiente del local me recuerda al Harry's Bar de París, cerca de la plaza de la Ópera, que frecuentaba Hemingway para emborracharse. En el Clarke's, hay una barra en un lado en donde sirven ostras y bogavante del Maine.

Salgo y el temporal me azota de nuevo. Son las ocho, casi de noche. Todos los peatones parecemos a punto de echar a navegar sobre nuestros paragüitas miserables, como si fueran barquichuelas, y noto mi brazo izquierdo mojado y los bajos del pantalón chorreando. El agua corre paralela a los bordillos como si lo hiciera por el cauce de un río. Espero en un semáforo y a mi lado se detiene un tipo calvo, en mangas de camisa, empapado de proa a popa. Da saltitos de un lado a otro mientras espera a que la luz cambie a verde. Canturrea:

*I'm singing in the rain,
just singing in the rain.
What a glorious feeling
I'm happy again...
The sun's in my heart...*

Me apetece unirme a su peculiar jolgorio. Pero desisto de la idea porque, aunque no tengo mal oído, desconozco casi toda la letra.



Skyline de Manhattan, donde destaca el Empire State.

Miércoles, 7 de septiembre

Manhattan no es toda Nueva York, sino tan sólo uno de los cinco barrios o condados de la ciudad. Los otros son Brooklyn, Queens —ambos situados en la ribera occidental de la enorme Long Island—, el Bronx y Staten Island. El número total de habitantes de la urbe es de unos ocho millones y medio, de los que cerca de dos viven en Manhattan. El Bronx se encuentra al norte de Manhattan, separado por el río Harlem. Al este de la ciudad, con el East River en medio, se tienden Queens y Brooklyn. Al sur, en el lugar de encuentro de los ríos East y Hudson, está la isla de Staten. La orilla derecha del río Hudson, en el oeste de Manhattan, es ya otro estado: New Jersey. Hay varios puentes que unen a Manhattan con los demás condados neoyorquinos. No hay ninguno, sin embargo, que cruce el Hudson hasta New Jersey desde Manhattan, aunque sí varios túneles bajo sus aguas.

Manhattan tiene, a su vez, muchas subdivisiones. La primera la establecen el Uptown (ciudad alta), el Midtown (ciudad media) y el Downtown (centro histórico). Arriba del todo, a las orillas del río Harlem, crecen el barrio del mismo nombre, habitado en su mayoría por afroamericanos, y las Washington Heights (alturas de Washington). En el Uptown, la zona más exclusiva de la ciudad, a la vera de Central Park, están el Upper West Side (el lado oeste), en donde vivió y murió John Lennon, y el Upper East Side (lado este), en donde toca el clarinete Woody Allen. En el Midtown, que es el corazón de Manhattan, se extiende la zona de los teatros, el barrio de Chelsea y otro hasta hace poco miserable que llaman «Hell's Kitchen» (Cocina del Infierno), en donde se rodó el meloso musical *West Side Story*. En fin, en el Downtown se encuentran los bohemios East y West Village, el SoHo (antes un barrio de borrachos), el populoso y oloroso Chinatown, el Lower East, lo que queda de Little Italy, el barrio rehabilitado de TriBeCa —hoy feudo de los ricos—, lo que fuera el World Trade Center del trágico 11-S del año 2001 —hoy Zona Cero— y Wall Street, el centro financiero del mundo, con sus estrechas callejas y los gigantescos rascacielos que trepan hacia el espacio, quizá

ávidos de sol. En la punta sur de la isla, el pequeño Battery Park recuerda que allí nació Nueva York. Desde su orilla pueden contemplarse la estatua de la Libertad y la isla de Ellis, en donde desembarcaron los millones de emigrantes que viajaban desde Europa entre 1890 y 1954.

Pero Nueva York es, además, un gigante lleno de millones de microcosmos. En un ensayo sobre la ciudad publicado en 1948, el premio Pulitzer E. B. White daba un curioso punto de vista sobre la vida en la megalópolis:

La vida en Nueva York sigue un esquema vecinal. La ciudad consiste literalmente en un conglomerado de miles de pequeñas unidades vecinales... En Nueva York, cada gran unidad geográfica se compone de incontables vecindarios más pequeños, y cada barrio es prácticamente autosuficiente. Normalmente no tiene más que dos o tres manzanas de largo por un par de manzanas de ancho. Cada área es una ciudad dentro de una ciudad. De este modo, vivas donde vivas en Nueva York siempre encontrarás a pocas manzanas de casa un colmado, una barbería, un quiosco de periódicos, un limpiabotas, un almacén de hielo, leña, carbón, una tintorería, una funeraria, un cine, una lavandería, una floristería, una mercería, una papelería, un bar, un salón de té, una licorería, una zapatería... [...]. Tan completo es el vecindario y tan fuerte la sensación de pertenecer a él, que más de un neoyorquino se pasa la vida confinado en un área mucho menor que un pueblo del campo. Llévalo dos manzanas más allá de la esquina y estará en tierra extraña y se sentirá incómodo hasta que regrese.

Nadie niega que Manhattan se exhibe, tal como dice Paul Morand, como una gran tienda, un enorme escaparate, y que en otros condados hay vida interesante, como en Brooklyn, en donde creció Walt Whitman. Allí, al barrio de Williamsburg, se ha trasladado una parte de la bohemia neoyorquina huyendo de los disparatados precios de Manhattan. Y también a Coney Island, al sur de Brooklyn, una inmensa playa que parece inventada para ser un decorado de cine.

Pero Manhattan da mucho de sí y he decidido no salir apenas de sus límites durante estos meses, salvo causas de fuerza mayor o porque me dé un pronto.

Seguía lloviendo esta mañana bajo el cielo dudoso, pero resultaba mucho menos furibunda. Dicen las previsiones de la meteorología que el mal tiempo

seguirá mañana jueves y que el viernes transcurrirá en ese socorrido tópico que llaman «nubes y claros». La lluvia amainó, sin embargo, poco después del mediodía, aunque una buena parte de la altura de los rascacielos se hundía en la neblina grisácea que descendía desde arriba como si fuera un telón de boira.

De cuando en cuando, el cielo soltaba un sirimiri y la gente, que caminaba con ropa de verano y botas de agua, reiniciaba su revoloteo de apertura y cierre de paraguas. He visto a una muchacha con una figura espléndida, que movía su bonito trasero bajo la minifalda, y cuyas preciosas piernas cerraban unas horrendas botas de goma dignas de un trabajador del servicio de limpieza de alcantarillas.

Pero las dudas duraron poco y mi paragüitas resultó pronto un arma poco eficaz contra el cabreo de la naturaleza neoyorquina. Mientras caminaba hacia el sur por Park Avenue, atacó el primer chaparrón vespertino y corrí a refugiarme en el titánico edificio de la Estación Central. No había vuelto a entrar en la majestuosa estación desde mi primera visita a la ciudad, allá por el año 1981. Y como la otra vez, me dejó anonadado: sus cúpulas con las pinturas de las constelaciones, las enormes vidrieras de la fachada sur, la luz que las atraviesa como un espadazo divino, las columnas de mármol, los números de las vías cincelados en piedra... El vestíbulo de Grand Central Station es una suerte de catedral laica entregada al ajetreo diario de miles de hombres y mujeres que, cada día laborable, corren como hormigas desorientadas a hundirse en la megalópolis o a escapar de ella. Es un templo que exalta a los dioses del trabajo y la urgencia. Hasta hace unos años, la Central era, junto con la Pennsylvania Station —una maravilla ya derruida—, la base principal de comunicación de Nueva York con el resto del país: pero ahora sólo se utiliza para las líneas que llevan a los arrabales o a los otros condados separados de Manhattan. El principal nudo ferroviario está en la nueva Pennsylvania Station, un comunicador sin arte ni gracia. Uno no se imaginaría a Joseph Cotten huyendo de la policía, o de una cuadrilla de gángsteres, por otro vestíbulo que no fuera el de Grand Central Station.

Cuando amaina el temporal, regreso a casa, a picar algo y leer un poco. Más tarde, en plena noche, caerá un tormentón de todos los diablos que, según leeré mañana en los periódicos, inundará varios pueblos de los alrededores de Nueva York. En Manhattan, aunque empapados, nos hemos salvado por los pelos.

Jueves, 8 de septiembre

Amaneció lloviendo. Pero de pronto, el cielo comenzó a estirarse, las nubes se fueron deshilachando y el sol asomó brioso entre los rascacielos. Quedó un día como te gustaría que fueran todos los días de tu vida: cielo diamantino, espacio sin fronteras, olor a lluvia de la noche, brisa otoñal acariciando tu piel, promesa de largos viajes con alguien que te quiera... y nubes veloces. «Yo amo las nubes... —cantaba Baudelaire—, las nubes que pasan... allí... allí... ¡las maravillosas nubes!»

Caminé rumbo sur. Y mientras descendía por la Segunda Avenida, reparé en que, en el Midtown, cada edificio es de su padre y de su madre, no hay ninguno semejante a otro. Da la impresión de que esta ciudad hubiera crecido sin que sus arquitectos mirasen hacia los lados para buscar una forma de armonía. Cada cual a lo suyo y que gane el más guapo, parecen haberse dicho los unos a los otros. Y resulta, que, a la postre, el estilo de la ciudad ha quedado fijado, precisamente, en la ausencia de un estilo y que la armonía neoyorquina reside en su falta de armonía. Nueva York muestra hasta qué punto el caos puede llegar a exhibir una indudable elegancia.

Escribía Le Corbusier: «Cien veces he pensado: Nueva York es una catástrofe, y cincuenta veces: Nueva York es una hermosa catástrofe».

Esta ciudad, la perla de América, es una gema sin pulir, tan bellamente salvaje como sólo puede serlo una urbe americana. Pero en esencia, su personalidad reside en que no se parece a ninguna otra del mundo. Buenos Aires puede recordar a París y, para mí, Cádiz se da un aire a Venecia, sin que sepa bien por qué. Bruselas y Zurich tienen algo en común: tal vez el aburrimiento. Atenas es como el barrio madrileño de Lavapiés, pero con una Acrópolis colocada en la cocorota. En cambio, Nueva York sólo recuerda a Nueva York, en tanto que hay muchas ciudades que quieren parecerse a ella. Stefan Zweig la definió así: «Un canto de triunfo en honor del hombre».

Tomé a media mañana el autobús 15 hasta Chinatown. Una jovencita asiática,

sonriente, me indicó por señas que me cedía el asiento. Me negué con gesto amable, cuando lo que me pedía el cuerpo era lanzarle un bufido.

Después de dar un paseo por el barrio, entré a comer, no muy lejos de la plaza de Confucio, en un restaurante que se anunciaba como «Great New York Noodletown», algo así como «Gran ciudad neoyorquina de la pasta». El nombre era ciertamente extraño, pero muy apropiado si se tiene en cuenta que, en el plato que había escogido, costaba lo suyo encontrar un pedazo de pato braseado entre las montañas de tallarines que sobresalían de los bordes. Olía fuerte a soja y no era un sitio muy limpio, pero los camareros se mostraban solícitos en extremo. Casi todos los clientes parecían chinos del barrio, muchos de ellos de avanzada edad: entraban y comían a puñados, en mesas colectivas, pasta o arroz con pollo o cerdo, desdeñando los palillos en muchas ocasiones, para salir luego escopetados en cuanto terminaban con el contenido de su cuenco y su vaso de té caliente. No resultaba un lugar agradable, pero al menos era muy barato.

Mientras almorcaba, me venían a la memoria los primeros restaurantes chinos que abrieron en Madrid, en la década de los sesenta del pasado siglo. Se establecieron en los alrededores de la plaza de España y luego se fueron extendiendo por toda la ciudad. Eran limpios y contaban con camareros muy amables. Al principio, acudían allí a comer los periodistas viajeros, los misioneros de Oriente y la gente a la que le daba por el tai-chi y el taoísmo. Después, se llenaban los fines de semana de padres separados que llevaban a sus hijos el día que les tocaba el turno de visita, puesto que eran muy baratos. Ahora no tengo una idea clara de quiénes los frecuentan porque sólo voy a ellos cuando no me queda otro remedio. Lo que sí he notado es que los camareros no son ya tan amables ni los locales tan limpios como entonces y que, en su interior, huele en ocasiones a algo así como a gato macerado en salsa de eucalipto.

En Nueva York, estos restaurantes son algo diferentes porque hace ya más de ciento cincuenta años que hay una colonia china permanente y muy numerosa en la ciudad, que alcanzó los 12.000 integrantes en el alba del siglo XX y que hoy se calcula en cerca de 150.000, casi todos ellos nacidos en la ciudad. Los de ahora son los tataranietos de los culis que huyeron del duro e inhumano trabajo de la construcción de los ferrocarriles americanos y se refugiaron en Nueva York para escapar de sus patronos.

Aunque la clientela mayoritaria de los comedores de Chinatown es gente local, hay numerosos norteamericanos blancos, de gustos exóticos, que

disfrutan de la comida china.

Lo de la limpieza es otra cuestión. En el universo chino, sea en Nueva York o en Pekín, no es la primera de las virtudes. Desde la mesa en donde comía mis migas de pato enterradas en centenares de fideos, alcanzaba a ver un pedazo de cocina. Y de ese modo pude asistir al equilibrio que hacía un operario para arreglar el tubo de extracción de humos, que al parecer se había atascado. El tipo se había subido a la pila en donde se lavaban los platos y trabajaba, lógicamente, descalzo, para evitar escurrirse y caer. Pero yo miraba su pie algo mugriento e imaginaba que lo apoyaba en el mismo lugar en donde poco antes habían lavado mi plato para llenarlo de fideos.

A la salida del local, el sol refulgía y pegaba duro sobre Canal Street, la arteria principal del barrio. En Chinatown abundan las tiendas y todo se escribe en caracteres chinos, se habla en chino, se huele en chino, se come en chino y se escupe en chino. Las casas son feas y de construcción muy modesta. La higiene de sus calles resulta sospechosa y, personalmente, no tomaría agua de una fuente. No se ven perros ni gatos. ¿Cuál será la razón?

En la trastienda de algunos comercios te ofrecen «copias» exactas de Rolex o Cartier o de cualquier marca de relojes de gama alta a precios de ganga, con certificado de garantía incluido. No es fácil distinguir un original de una copia. Su venta está prohibida por la ley, pero la policía de la barriada hace la vista gorda. Imaginen por qué. Le he preguntado al dependiente de una tienda de Canal Street por el precio de una copia de Rolex que aparece en un catálogo y me pide cincuenta y cinco dólares. Dudo y él me dice: «Cuando tiene un capricho, la decisión debe ser inmediata. No lo tengo aquí, pero voy a traérselo en dos minutos». Sale corriendo en su busca y yo aprovecho para escabullirme.

En este barrio abundan los negocios ilegales y prospera el contrabando. No obstante, se han olvidado ya los días en que Chinatown era escenario de sangrientas luchas entre sociedades secretas rivales, las llamadas «tongs», que controlaban el juego, la trata de blancas (en su caso, supongo, amarillas) y los fumaderos de opio. Nueva York, en sus primeros siglos de vida, fue en buena parte un nido de mafias: irlandeses, italianos, chinos...

Chinatown tiene una ventaja para los viajeros que no les interesa China, como es mi caso: te das una vuelta por este populoso barrio de Nueva York y ya sabes cómo son Shangai y Pekín sin necesidad de ir hasta allí. Porque el Chinatown de Nueva York es tan China como la misma China.

Viernes, 9 de septiembre

Las avenidas de Manhattan se han llenado de gente guapa desde primera hora de la tarde, ya que hoy se celebra la llamada «Fashion's Night Out», una suerte de fiesta en la que la moda se echa a la calle y asoma en numerosos locales de la ciudad, con esa pasión tan neoyorquina de exhibirse uno mismo al tiempo que se admira al otro que se exhibe. Hace un día de espléndido sol. Y las modelos pasean con sus vestidos luminosos por las pasarelas improvisadas en cafés y en comercios desde primera hora de la tarde hasta bien entrada la noche. Se supone que es una buena ocasión para contemplar chicas preciosas. Pero estamos en los días del reinado de la bulimia.

Salí temprano a contemplar algo de ese ambiente, sencillamente porque me gusta el cuerpo femenino y porque soy curioso, y no porque me atraiga particularmente el universo de la moda. La verdad es que se trata de un mundo que camina hoy por derroteros cada vez más alejados de la realidad de la vida. Las modelos, por ejemplo, son muchachas desangeladas, con rostro alechugado y ese gesto de tristeza infinita que todos tenemos antes del desayuno. Ya no muestran curvas, sino que parecen lapiceros. Al verlas, sientes ganas de comprarles un bocadillo de lentejas para que combatan la anemia y les crezcan las curvas y las mollas.

Crucé por Times Square a la caída de la tarde, en dirección al sur de la isla. No sé si habrá en el mundo una plaza tan fotografiada como ésta. Hoy eran centenares los paseantes que se retrataban unos a otros con sus minúsculas cámaras digitales, o las tabletas o los teléfonos celulares; otros practicaban la moda del *selfie* (¿por qué no los llamamos «mismis» en España?), bajo los anuncios luminosos que decoran toda la plaza.

Times Square es un lugar singular. La concentración de paneles de publicidad impide ver las fachadas de los edificios y es una explosión de neón como no hay igual en el mundo. Son paneles que se van sucediendo cambiando el mensaje publicitario, pues son tantas las empresas y espectáculos que quieren anunciarse aquí que no hay sitio al mismo tiempo para todos. En Times

Square lo importante es aparecer, mostrarse, rendirse al imperio de la moda, a lo que por lo visto todo el mundo estaría obligado a poseer si quisiera dar sentido a su existencia. ¿Cómo puedes vivir sin que te vista Dolce & Gabbana, sin un Chrysler en la puerta de tu casa ni un Rolex rodeando tu muñeca? Ya se sabe que hay gente que sobrevive a todas esas carencias, pero Times Square lo niega con rotundidad entre luminarias.

Decía de los neoyorquinos el poeta «beat» Gregory Corso, nacido en el Village: «Es un hombre de Nueva York; tiene grandes ojos de neón y su mirada derrama jazz sobre el suelo».

Me pregunto qué sucedería con Times Square si el capitalismo se hundiera de repente. Por lo menos podríamos ver las fachadas originales de sus edificios.

A nadie parece importarle mucho la estatua que ocupa el centro de la plaza. Es una escultura de un hombre, de tamaño natural, que representa a George M. Cohan, dramaturgo y compositor de musicales, tan famoso en su tiempo que se le conocía como «el dueño de Broadway». Murió en 1942 y su efigie se alza sobre un pequeño pedestal. Hoy, se había posado una paloma sobre su cabeza y, puesto que se aproximaba el atardecer, el pájaro, oscuro como el bronce, parecía formar parte de la escultura. A las palomas, en cualquier caso, les encanta subirse a las estatuas y sus mejores méritos estriban en cagar sobre los cráneos de los hombres ilustres. En plena dictadura franquista, he visto estatuas de un Franco bien cubierto de excrementos de paloma y, en Roma, efigies de papas engorrinados por estas aves.

Mientras miraba la estatua, la paloma echó a volar, cagó, y la mierda pajaril le cayó a Cohan en la parte delantera del cráneo y se escurrió chorreando por la mitad de la frente, dejando un reguerito blanquecino sobre el oscuro bronce. Nadie está a salvo en este mundo de irreverencias palomeras.

En un local latino de la calle 14, en la zona del barrio de Chelsea, se constituía esta noche la Asociación de Artistas Españoles de Nueva York, formada por un grupo de muchachos escapados de España en busca de un lugar en donde realizar su vocación: escritores, pintores, músicos... Se nos va el futuro con ellos y con muchos otros que han emigrado a Europa o a otras latitudes del mundo. Charlé con varios: les sobraban talento y fuerza. Y desesperanza cuando pensaban en su tierra.

Vino a cantar, como invitado especial al acto, Javier Ruibal, un artista del Puerto de Santa María que recoge herencias musicales muy diversas y que ofrece un excepcional catálogo de recursos y resortes. Aplaudí a rabiar su

actuación. Y me gustó una canción en particular:

*A Roma no quiero ir, voy a buscarte en Manhattan.
En un salto estoy allí,
en un barco de vapor o en un avión de hojalata.*

—¡Qué arte, pibe! —le digo, saludándole al estilo gaditano.

Sábado, 10 de septiembre

Hoy flameaban las banderas de las barras y las estrellas en todas las calles de la ciudad pues mañana día 11 es una jornada singular, ya que se cumple el décimo aniversario del día en que cayeron las Torres Gemelas del World Trade Center por el impacto del ataque terrorista más grave de la historia. Y a Nueva York le sigue escociendo su herida más amarga. He visto una tienda en el SoHo en donde se vendían *t-shirts* con el rostro de Bin Laden cruzado por dos rayas rojas con una palabra debajo: «*Dead!*» (¡muerto!). Creo que, por muy neoyorquino que fuese, nunca me pondría una camiseta así. Y no he visto a ningún vecino de la ciudad vistiéndola, lo que dice mucho en favor de ellos.

Por la tarde me acerqué a la llamada «Zona Cero», el lugar en donde se alzaron las dos torres y en donde hoy se están construyendo nuevos rascacielos. Hay todavía un enorme agujero por llenar, y eso a pesar de que trabajan aquí más de tres mil obreros. Los turistas extranjeros y nacionales recorrián el área sin cesar de hacer fotos, retratándose ante cualquier lugar que indicaba que se encontraban en la Zona Cero. Con el paso del tiempo, el escenario de una tragedia puede llegar a convertirse en un circo.

Había numerosos policías en los controles de tráfico. Pero la presencia de multitud de agentes policiales es algo habitual en Nueva York y nadie se fija mucho en ello, aunque vayan armados hasta los dientes. Nueva York fue una ciudad con un alto índice de delincuencia durante décadas y ahora es una de las más seguras de América. Como me comentó hace días un americano: «Puedes recorrer Manhattan desde Battery Park a Harlem con un billete de cien dólares en la boca y nadie va a tratar de robártelo».

Había también en los alrededores del área algunos tipos singulares. Uno de ellos, un hombre de cierta edad, hacía sonar en una casete el himno nacional americano mientras mostraba a los paseantes un gran cartel en donde se leía: *IN GOD WE TRUST* (confiamos en Dios). Una mujer rubia y muy gruesa agitaba una bandera nacional de buen tamaño en la que las barras de la enseña la formaban los nombres de muertos en el 11-S escritos en rojo. Sobre su cabeza

aireaba un cartel en donde manifestaba su oposición a la construcción de una mezquita en un lugar cercano al desastre. Más allá, un hombre de barba rojiza, ataviado con una toga blanca en la que figuraban escritos salmos bíblicos, clamaba: «*Sed sabios y arrepentíos. El tiempo se ha cumplido. Pereceremos. Pero, mientras tanto, Dios sea loado. Aleluya.*» Pensé que Dios es un ser con suerte: hay gente capaz de perdonarle cualquier cosa.

Cerca del gran agujero, un hombre negro repartía un folleto encabezado con la siguiente cuestión: «*¿Le gustaría saber la verdad?*». Y en el texto que seguía anunciaba sus verdades: «*A Dios no le importamos, nunca terminarán el sufrimiento y la guerra, cuando morimos ya no hay nada, no hay esperanza para los muertos, es imposible encontrar la felicidad en la vida...*». No era desde luego un tipo con el que tomarse unas copas.

En fin, un chico joven subido en un pedestal proclamaba a los cuatro vientos que Dios anda cabreado con los malvados y que cualquier día de estos va a bajar a darles un escarmiento. Aleluya, dije para mí.

Más que el escenario de una tragedia, la Zona Cero parecía una verbena.

A poca distancia del agujero, en las verjas que rodean Trinity Church, la iglesia más antigua de Nueva York, la gente colgaba cintas blancas en recuerdo de las víctimas del 11-S con sus nombres escritos a mano. A un lado de la entrada del templo, una mujer vendía banderitas americanas, a dos dólares las pequeñas y a cuatro las más grandes.

Domingo, 11 de septiembre

Volví por la mañana a la Zona Cero, para asistir a la ceremonia en recuerdo de las víctimas. Pero la policía había acordonado el área y era tal la avalancha de gente que no logré acercarme al lugar en donde se celebraba el acto principal. A cada rato, los agentes policiales de los dos性os te cacheaban sin pudor y no había bolso o mochila que quedara sin registrar ni entrepierna sin sobar.

Tipos de aire iluminado paseaban carteles en los que proclamaban el inminente regreso de Cristo a la tierra, o señalaban a George Bush, el presidente anterior a Obama, como principal responsable de la tragedia. Ondeaban las banderas de barras y estrellas en las ventanas, asomaban por la zona veteranos de las guerras de Corea y Vietnam, con sus uniformes y sus medallas, y Nueva York transpiraba ayer tanto patriotismo que incluso un par de cientos de Hells Angels, paseaban por las avenidas abiertas al tráfico con banderitas americanas en los sillines.

Estos Ángeles del Infierno constituyeron en sus años jóvenes, allá por los sesenta del pasado siglo, una suerte de movimiento rebelde que se distinguía por sus motos Harley-Davidson, los pantalones y chupas de cuero, las barbas y cabellos largos recogidos en coletas o moños y un aire a pandilleros violentos. Nunca he sabido bien si su ideario era cercano al anarquismo o al fascismo. Pero a diferencia de otros movimientos de rebeldía de aquellos años, hoy casi extinguidos, como *beatniks* o *hippies*, los Hells Angels se han mantenido, aunque no han criado cachorros que perpetúen su casta. Y hoy pasean en moto su imagen patética de setentones vestidos de cuero, con guedejas canosas recogidas en coletas, cráneos calvos que malamente pueden ocultarse, mallas fofas en donde hubo músculos tersos y barrigas trabajadas a fuerza de comer donuts y hamburguesas grasientas. Son una suerte de abueletes extraviados de siglo.

Compré algunos periódicos y, a eso de las 12, me senté a leerlos en un pub del SoHo, frente a una botella de Brooklyn Lager. Los diarios dedicaban la

mayor parte de sus páginas al 11-S y *The New York Times* recogía sobrecogedores testimonios de neoyorquinos que vivieron muy de cerca aquella jornada y lograron salvar la vida. Anoto algunos:

Unos minutos antes del ataque, un alto ejecutivo de una compañía cuyas oficinas se encontraban en el piso 100 de la torre del lado norte, hacía cola en la planta baja, esperando el ascensor para subir a su trabajo. El ascensor se llenó antes de que el hombre lograra sitio. «Esperé al siguiente durante un rato —contaba—. Cuando llegó, entré y apreté el botón de mi piso. Y de pronto se encendió la luz de emergencia, la puerta volvió a abrirse y salí.» Nadie sobrevivió en la torre norte de la planta 80 hacia arriba.

Un empleado del piso 78 de la misma torre relataba que, mientras se encontraba trabajando, al poco de oírse la explosión, toda la planta se llenó de humo y la gente gritaba aterrada. Él se lo tomó con calma, recogió su teléfono móvil, tomó una botella de agua mineral y una linterna y decidió bajar despacio hasta la calle por las escaleras. Pero en ese instante le llamó un amigo y le contó la causa de la explosión. Y le conminó a escapar cuanto antes. «“¡Corre, corre!”, me gritó —relataba el superviviente—, y yo logré bajar con facilidad las primeras 28 plantas. Pero a partir de la 50, la escalera estaba atascada por hombres y mujeres que huían, muchos de ellos heridos. Había una mujer que había perdido toda la piel. Era como una patata hervida y pelada. Era toda carne cruda.»

Un tercero contaba: «Hubo un momento antes y un momento después, como dos mundos diferentes. Literalmente, recuerdo ese segundo en que el mundo cambió y yo también cambié para siempre. No teníamos ni idea de adónde ir, qué hacer, cómo protegernos y qué podía suceder a partir de ese momento».

Cuando los aviones impactaron en las torres, unas 17.400 personas se encontraban trabajando en su interior. La cifra final de muertos fue de 2.997, lo que equivalía a uno de cada seis empleados de las oficinas del World Trade Center.

Es curioso recordar ahora aquello que, en 1948, escribió E. B. White en su excelente libro *Esto es Nueva York*:

La ciudad, por primera vez en su larga historia, se ha vuelto vulnerable. Una escuadrilla de aviones poco mayor que una bandada de gansos podría poner fin rápidamente a esta isla de fantasía y quemar las torres... [...]. La intimidad de la muerte forma ahora parte de Nueva York: está en el sonido de los reactores en el cielo y en los negros titulares de

la última edición [...]. Nueva York debe de ejercer un atractivo irresistible sobre la imaginación de cualquier soñador perturbado que desee desatar la tormenta.

El soñador perturbado que quemaría las torres sesenta y tres años después se llamaba Bin Laden.

Pero en Nueva York todo parece volar igual que el viento, transformarse de una hora para otra, como si los minutos se sucedieran a la velocidad de los segundos. Por la tarde, las cadenas televisivas retransmitían partidos de fútbol americano y de béisbol y los bares con grandes pantallas estaban llenos a rebosar. Terminando el día, el 11-S ya era pasado y lo que importaba ahora era saber quién podría ganar este año la Super Bowl de fútbol, o si los Yankees darán o no la talla de la liga de béisbol bateando pelotas.

Sigue la vida. Aunque Nueva York pareció a punto de morir hace muy pocos años.

Por cierto, en la Trinity Church de la Zona Cero, como en todos los templos anglicanos, hay un cementerio en sus jardines. Y, a menudo, la gente acude a merendar sobre antiguas tumbas de piedra que cubren los restos de gentes muertas siglos atrás y a las que nadie ya recuerda. Hoy, había unas cuantas familias dando cumplida cuenta de gruesos sándwiches y *hot dogs* sobre los sepulcros.

Como dice el refrán: el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Lunes, 12 de septiembre

Ha transcurrido apenas una semana y media desde que vivo en Nueva York y me parece que lleva casi media existencia en la ciudad. Ignoro la razón por la que esta urbe resulta enormemente acogedora. Un amigo madrileño que vivió años aquí me dijo que Nueva York era una ciudad del siglo XIX. Y es cierto que paseando sus calles y plazas más bulliciosas, al atardecer, cuando el trabajo de las grandes empresas ha terminado, puede uno sentir que un ánimo ocioso se asienta en las almas. Eso hace a la ciudad alargarse en el tiempo, lo que le da un aire hospitalario.

Madrid me queda de pronto muy lejos en la memoria y en el espíritu, algo que se me antoja gratificante. Nueva York no me hace sentirme solo. No recuerdo quién me comentó en cierta ocasión que la soledad está muy bien si tienes a quien contárselo. Pero en cualquier caso, aunque no tengas a mucha gente a quien decírselo, la soledad neoyorquina apenas abruma.

Además, me gusta sentirme extranjero. En una ciudad muy grande, casi todo es nuevo para ti y debes aprender la geografía de sus calles, a moverte en ella, conocer sus transportes, hacerte a sus hábitos, lo cual despierta en ti un cierto sentido de aventura y te mantiene mentalmente en forma. Noto que, al ser extranjero, rejuvenezco.

Desde que llegué del aeropuerto de Newark al corazón de Manhattan, no he vuelto a tomar un taxi. Voy a todos los sitios andando o en metro o en autobús. Una parte del rostro de esta metrópoli lo encuentras, en buena medida, en los vagones de la enorme red del metro neoyorquino y en el interior de los autobuses, algunos de ellos largos y flexibles como culebras. Allí disfrutas de una de las razones de ser de Nueva York, su carácter multiétnico, multicultural..., multitodo, multiforme, en suma. En Nueva York, además, tienes la sensación de que todos los dioses ideados por el hombre son adorados en la ciudad, aunque sea en un pequeño rincón y por una sola persona.

Dicen que Nueva York no es América y a mí, que he viajado bastante por el país en años anteriores, me parece que es justo al revés: que es la ciudad más

americana de todo el continente. Porque todas las culturas y credos han encontrado aquí un refugio de libertad, su patria común, lo cual ha dotado a la urbe de un espíritu tolerante. América puede sentirse orgullosa de Nueva York. Y quizá, también, el mundo entero.

La naturalidad de lo estrafalario me resulta asimismo una característica de la ciudad. Por ejemplo, la obesidad de la gente y, en especial, la obesidad de las personas de clases menos acomodadas. Te asombran esas enormes barrigas de muchos hombres, los traseros inmensos de tantas mujeres, los ajamonados brazos de ellos y de ellas, los rollizos niños... Es lo contrario de África, en donde todos los gordos son ricos y la obesidad es signo de opulencia, porque los ricos comen hasta hartarse. Me lo hizo notar un africano en un viaje por Uganda. En cambio, aquí los pobres son flacos como lapiceros y la delgadez es un signo de miseria, porque los miserables malamente tienen para comer una vez al día.

En Nueva York, en el cogollo de la ciudad más rica del planeta, es al revés: los más pobres son gordos y los más ricos delgados. Porque los ricos deben mantener la línea para estar guapos y los pobres, quizá recordando las penurias de sus ancestros, se hartan por muy pocos dólares de hamburguesas llenas de grasa, salchichas bañadas en salsas diversas, donuts, galletas y dulces industriales.

Hoy hacía un día estupendo y he bajado por la tarde a Battery Park. Algunas nubes algodonadas flotaban en la inmensa campana azul del cielo y corría una brisa lozana procedente del océano.

Pienso en el navegante inglés Henry Hudson, el primer europeo que pisó esta isla mientras viajaba en busca del Paso del Noroeste, contratado por una compañía comercial holandesa. Los indios lenape le recibieron amigablemente y cambiaron con los europeos hermosas pieles por baratijas. Aunque Hudson fracasó en su intento de encontrar el paso navegando río arriba, a su regreso a Amsterdam informó sobre la riqueza en pieles de la isla, a la que los nativos daban el nombre de Manna-hata y que significa «isla de muchas colinas», según unas fuentes, y según otras, «buen lugar para vivir». Y la compañía despachó una nueva expedición en 1613, al mando de un tal capitán Block.

En Battery Park, los holandeses instalaron una factoría y un fortín y comenzaron a hacerse con pieles a cambio de abalorios. Tan rentable resultó el negocio que Amsterdam decidió enviar una docena de familias, en su mayoría franceses hugonotes, además de vacas y semillas, para convertir el

asentamiento en colonia. Y en 1626, el gobernador de la nueva población, Peter Minuit, compró la isla a los indios lenape a cambio de unos cientos de cuentas de cristal cuyo valor, según se dice, sería hoy equivalente a veinticinco dólares. Minuit rebautizó el lugar con el nombre en holandés de Nieuw (Nueva) Amsterdam y para evitar las incursiones de lobos y osos, muy abundantes entonces, construyó un vallado de estacas entre los dos ríos, el Hudson y el East. A la voraz Wall Street le viene el nombre de aquel muro defensivo que protegía la zona de Battery Park. Resulta curioso que el espacio físico del más agresivo poder financiero de la tierra naciera para defenderse.

El más conocido gobernador holandés del emplazamiento fue Peter Stuyvesant, un puritano cuyo mandato se extendió entre 1647 y 1664, hasta que una flotilla de fragatas británicas, bajo el mando del comandante Nicolls, desembarcó en esta punta sur de la isla y ocupó el asentamiento sin disparar un solo tiro. Nicolls cambió el nombre de la colonia, la llamó Nueva York en honor del duque de York, que sería más tarde coronado rey con el nombre de Jacobo II. Por su parte, Stuyvesant regresó a Holanda: su fama se extendería por el mundo cuando, siglos después, se creó una marca de cigarrillos con su nombre, algo que sin duda no le hubiera agradado nada a tan puritano personaje. Pero a veces la historia se banaliza tanto...

«Battery es uno de los sitios más poéticos de Manhattan —afirma Paul Morand—..., es un lazo de unión sentimental entre Europa y América.»

Por cierto: según leo en un libro de historia neoyorquina, cuando Hudson puso pie en Manhattan, en 1604, habitaban la isla unos cinco mil indígenas. En 1700, quedaban sólo doscientos. Y ahora, ninguno: el mismo número que de lobos y osos.

La famosa máxima de Hobbes, «el hombre es un lobo para el hombre», habría que cambiarla por «el hombre es un hombre para el lobo». Además, el hombre blanco es peor todavía para el indio.

Tomé un ferry gratuito de los más de cien que, a diario, hacen el recorrido entre los muelles de Battery y Staten Island. Muchos neoyorquinos residen en esta isla y, puesto que la mayoría trabajan en Manhattan, deben hacer dos viajes diarios. La distancia es de ocho kilómetros y, en cada trayecto, se tardan veinticinco minutos.

Los extranjeros que sabemos de la gratuidad de estos transbordadores, aprovechamos, de cuando en cuando, para disfrutar de una visión única de

Nueva York desde la distancia. Los ferris pasan, además, cerca de la estatua de la Libertad, el gran símbolo de Nueva York, y próximos a la isla de Ellis, el lugar en donde se forjó el carácter multicultural de Estados Unidos.

La isla de Ellis fue la aduana más importante de Nueva York, entre 1890 y 1954, tiempo en el que unos doce millones de personas emigraron de sus países a Estados Unidos. Eran días en que los europeos más pobres escapaban hacia América en busca de una nueva vida. Italianos, alemanes, irlandeses, suecos, judíos rusos y austrohúngaros, armenios, franceses, rumanos, españoles y muchos otros de diversas patrias eran retenidos en Ellis en cuarentena: examinados médica y políticamente. Fueron muy pocos los repatriados, apenas un dos por ciento, en general por razones de salud y por causas como los antecedentes penales y la militancia comunista o anarquista. A los americanos nunca les gustaron los delincuentes importados ni la gente de izquierdas.

La isla de Ellis ya no es aduana, sino un monumento al pasado y un museo. Simboliza lo mejor de América: la apertura a todos los credos y a todas las etnias, la creación de ese carácter neoyorquino tan diverso como rico. Y en cierto modo, representa también un poco lo peor: la certeza de que, si no eres políticamente correcto y sumiso, América te echa con una patada en el culo.

Ya he dicho que la tarde era preciosa. Y al regreso, cuando el sol iba cayendo en las honduras de Norteamérica, al apartarse el transbordador del embarcadero de Staten, la estatua de la Libertad se recortó oscura en el horizonte, dibujando sus perfiles bajo la luz sonrosada del ocaso, en el lado del río Hudson. Ya se sabe que la famosa estatua fue un regalo que Francia le hizo a Estados Unidos en 1886, como recuerdo de su alianza en la guerra de la Independencia contra Inglaterra. La diseñó un escultor mediocre, un tal Frédéric Auguste Bartholdi, aunque los estudios para calcular su peso y su interior fueron obra del famoso Gustave Eiffel. A mí no me parece particularmente hermosa, pero su significado la hace la más noble de todas las estatuas del mundo: te recibe con su antorcha mientras tu barco se acerca a las orillas de Nueva York, prometiéndote una vida digna. La altura del monumento, que alcanza los noventa y tres metros, era la primera visión de Nueva York que tenían los emigrantes al acercarse al puerto de Ellis. La poetisa Emma Lazarus la describió en un verso como «una poderosa mujer con una antorcha, cuya llama es una luz prisionera y su nombre Madre de los

Exiliados».

A Nueva York conviene ir alguna vez en barco y recibir el beso de bienvenida de esa estatua que brinda algo tan hermoso y tan caro como es la libertad. El poeta inglés W. H. Auden llegó así a la ciudad por vez primera en 1939 —viviría aquí hasta 1972— y comentaba años después: «Cuando vi la estatua de la Libertad, de inmediato me sentí americano». Y Brendan Behan anotó en 1962: «No hay bienvenida más acogedora en el mundo que la que ofrece esta estatua en el puerto de Nueva York, en la entrada misma del Nuevo Mundo. Durante ochenta años ha infundido esperanza y valor a millones de personas».

Con todos los respetos a Auden y Behan, Lorca la definió mucho mejor en su *Poeta en Nueva York*: «La mujer que llena el cielo».

Más allá de la colosal estatua, los rascacielos de Manhattan mostraban ese paisaje abigarrado y tan familiar de Nueva York, su armonioso desequilibrio, su anárquica fisonomía, su caótica razón de ser. Y todo me resultaba muy grande e indomeñable.

¡Oh, salvaje Norteamérica!, joh impudica! ¡Oh salvaje![3]

Puede que la esencia misma de América, al compararla con nuestro Viejo Continente, no sea otra que su magnificencia, esa íntima grandeza silvestre que cuesta trabajo entender porque nace del desorden.

Pero ¿qué gran corazón no ama el desorden?

Así cantaba el gran poeta de Nueva York, Walt Whitman, con musculoso lirismo:

*Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan,
turbulento, carnal, sensual, comedor, bebedor y procreador,
ni sentimental, ni erguido por encima de los hombres
y mujeres,
ni alejado de ellos...
¡Arrancad los cerrojos de las puertas!
¡Arrancad las puertas de sus quicios!...*

Lorca amó la poesía de Whitman hasta el delirio. En su poema a Nueva

York le dedicó una oda en la que dice:

*Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la luna,
ni tus muslos de Apolo virginal,
ni tu voz como una columna de ceniza;
anciano hermoso como la niebla
que gemía igual que un pájaro
con el sexo atravesado por una aguja...[\[4\]](#)*

Martes, 13 de septiembre

Aquí en Nueva York las estaciones suelen ser rotundas, no se confunden entre ellas, al contrario de lo que sucede en Madrid, en donde las primaveras y otoños casi han desaparecido, devorados por los veranos y los inviernos. Pese a ello, ha vuelto el calor, tan pegajoso y agobiante como el que padecí a primeros de mes, a mi llegada.

He bajado a comprar vino a una tienda de licores de la esquina de mi calle con la Segunda Avenida. Me ha atendido una francesa que no parece francesa, sino una mestiza latinoamericana. Hablaba un español excelente, en todo caso. La he escuchado platicar en inglés con el dueño de la vinatería y resultaba claro y dulce oírlo en sus labios, en tanto que el hombre parecía masticar el idioma. Cuando le he pedido a la mujer consejo sobre los vinos, me ha impresionado comprobar cuánto sabía acerca del mundo de la enología. El que me ha recomendado lo he abierto en casa para comer y era exquisito, un caldo californiano hecho con uva pinot noir, la misma que utiliza el borgoña francés. También me compré una botella de las viñas de Francis Ford Coppola, un vino con su nombre. Por la cosa del mito. Lo reservo para otro día.

Los vinos de este país tienen, por lo general, menos graduación alcohólica que los españoles, lo que se agradece. Andan entre los 12,5 grados y los 13,5, en tanto que la mayoría de los de mi tierra suben a 14 y 14,5. Años atrás no era así, pero nuestros vinateros han decidido aumentar el nivel de alcohol, quizá porque, a mayor graduación de alcohol, más tiempo dura el vino sin picarse. El problema para los consumidores es que nos emborrachamos antes y disfrutamos menos del sabor de los caldos.

Lo que más me llama la atención de los vinos americanos es, en todo caso, la informalidad de sus vitolas. En España, a menudo los vinos se denominan señorío de algo o conde de no sé qué o marqués de quién sabe dónde. Y en Francia, si no hay un *château* en la marca, nadie se toma en serio un caldo. Aquí, en América, pueden nombrarse de cualquier manera. Ayer tomé uno bautizado como «Gatos Locos» y, días antes, un «3 Girls» (tres muchachas).

La historia del nombre se explicaba en la vitola trasera, encerrada en una orla en forma de corazón: «3 Muchachas ha capturado y embotellado la pura esencia de la inocencia y de la juventud que sentían los tres dueños de la bodega al contemplar a sus tres amadas hijas desde la niñez hasta la joven edad adulta. Con orgullo y amor, ¡disfruten del vino!». Cuesta trabajo no admirar la sutileza de tan bella metáfora: ¿no estarán los bodegueros refiriéndose, cuando hablan de las muchachas, a la uva durante su proceso de transformación en vino? Es hermoso encontrar vinateros de corazón tan lírico. En La Mancha o La Rioja, que yo sepa, no hay ejemplares parecidos.

Esta noche he bajado al Village a escuchar jazz en un local de solera, el Village Vanguard. Es una pequeña sala con sillas y mesas que pueden acoger a no más de cien personas junto a un recogido escenario adornado sencillamente con un cortinón rojo a espaldas de los músicos. Hoy tocaba un trío dirigido por un saxofonista afroamericano, Paul Motian, y que completaba un pianista japonés, un tal Masabumi Kikuchi, y un percusionista americano, blanco, de nombre Greg Osby. El nipón y el blanco pasaban de lejos de la edad de jubilación y tenían miradas tristes, en tanto que Motian era un negro joven de aspecto algo iracundo. Sin duda eran tres excelentes músicos, pero el concierto resultaba muy frío, cercano a la congelación, a pesar de los gritos de júbilo con que algunos entusiastas aclamaban el final de cada pieza.

Nunca me ha gustado demasiado el jazz culterano, por llamarlo de alguna manera: lo encuentro demasiado elaborado. Pero puedo entender que haya gente que se fascine con esta clase de música. Sin embargo, a mí no me alcanza a las emociones, que es el lugar en donde creo debe atinarnos la flecha del arte. En cuanto a la razón, creo que no está hecha para percibir el arte en su plenitud, aunque pueda tratar de explicarlo.

Estoy de acuerdo a menudo con lo que, en su libro *Noches sin dormir*, dice Elvira Lindo: «Con respecto al jazz, siempre me molestó ese aire de club de elegidos que quieren desprender los aficionados».

Le daré a esta música nuevas oportunidades en las semanas próximas, no obstante. Porque Nueva York es puro jazz, una ciudad que sospecho que detesta el country y desde luego ignora el blues, dos músicas que me atraen algo más, especialmente la segunda.

Oigo este tipo de jazz culto y me siento envejecer. Y como les sucede a los viejos, me entran ganas de dormirme. Y así me sucedió en el Vanguard: el camarero me despertó para darme la cuenta y yo enrojecí de vergüenza.

Miércoles, 14 de septiembre

Me levanto con la alborada y el cielo viste un color indeciso, entre gris y azul ceniza, y se hace difícil adivinar si lucirá el sol durante el día o tendremos nubes y lloviznas. Un pájaro, en un árbol cercano a mi ventana, ha entonado tímidos trinos, pero enseguida le ha hecho callar el camión de la basura. Estos vehículos son especialmente ruidosos: van parando cada veinte o treinta metros y, mientras recogen los desechos de los cubos, producen un rítmico pitido que es imposible ignorar si duermes con las ventanas abiertas, como es preciso hacer en el verano de Nueva York. Ésta es una urbe estridente en los momentos en que necesitas silencio y, paradójicamente, una ciudad que, en ocasiones y súbitamente, te parece inmersa en un enorme sosiego.

Cuando se han ido los camiones de basura, llegan los de abastecimiento de supermercados. Y ya no pegas ojo. En Nueva York hay cientos de supermercados, si es que no son miles, y montones de tiendas de venta de alimentos durante veinticuatro horas, y de puestos de frutas, y de farmacias abiertas día y noche en donde se vende comida preparada además de medicinas y vitaminas. Alrededor de mi casa, en un radio de menos de medio kilómetro cuadrado, hay dos tiendas de frutas, tres farmacias y tres supermercados. Estos últimos son grandes, con superficies de trescientos o cuatrocientos metros cuadrados, y suelen cerrar a las diez o las doce de la noche, según sea la cadena a la que pertenecen. Mantienen el aire acondicionado a temperaturas bajísimas, lo que te obliga, en pleno verano, a hacer la compra bien provisto de ropa de abrigo si no quieres pillar un resfriado. La cantidad de alimentos que almacenan supera con creces al número de clientes que encuentras a cualquier hora en sus pasillos. Me pregunto cuánta comida se tirará cada día a la basura en Nueva York y supongo que es algo casi imposible de calcular. Esta ciudad es probablemente la capital mundial del derroche. Estoy seguro de que más de una gran metrópoli africana podría ser alimentada con todo lo que Nueva York desechara e imagino que recoger la basura aquí al amanecer podría interpretarse como un

gesto de pudor antes que una cuestión de higiene.

Pero también es cierto que en Nueva York se come mucho. En el metro siempre hay gente alrededor de ti picoteando frutos secos con aire de gorriones; muchos paseantes dan cuenta de un bollo o un sándwich a la hora que les apetece; la gente se sienta en los bancos de los parques a tomarse un helado en cualquier momento del día. Y los que no comen nada porque están de servicio, como los policías, a menudo mastican chicle.

Porque, para ser un policía de postín en Nueva York, hay que masticar chicle. Y es preciso saber hacerlo, porque tiene su miga. La manera más clásica —lo aprendí de niño, viendo cine americano— es apoyado en una pared o en una farola, con los brazos en jarras, la gorra ladeada y la pistola caída sobre la cadera. El chicle se mastica a un solo carrillo, nunca a dos. Sin embargo, los clásicos ya no abundan y, lamentablemente, no he visto por ahí a ningún policía neoyorquino rumiar chicle de tal guisa.

He ido a almorzar al restaurante River Café, que se encuentra arrimado al East River, en el lado de Brooklyn, junto al puente del mismo nombre. Desde allí se contempla una de las mejores vistas del *skyline* de Manhattan. Además de eso, no se come nada mal y el precio es asequible para los baremos neoyorquinos.

Mirando hacia Manhattan y mientras me tomo un vino blanco frío y espero un ceviche de vieira y un pato braseado, pienso en la inmensidad de los territorios americanos, de punta a punta, desde las islas árticas a Tierra de Fuego. Entorno los ojos y trato de imaginar un Manhattan como lo vieron los primeros holandeses que pusieron pie en esta tierra: una isla enorme y salvaje, repleta de árboles gigantes en donde pequeñas partidas de indios cazaban ciervos y se defendían con sus lanzas y arcos de los pumas, los lobos y los grizzlie.

América es grande, pero ya ha dejado atrás su infancia y su adolescencia y ha entrado en la edad adulta. De todas formas, está lejos aún de la hora de la muerte.

Pero yo abro los ojos y me encojo en mi asiento, con complejo de anciano europeo.

Jueves, 15 de septiembre

Esta mañana, desde muy temprano, trabajé en una nueva novela y a eso de las doce me fui a dar un paseo por Central Park. El día había amanecido fresco, con olor de lluvia otoñal, y apetecía caminar entre los árboles en vez de hacerlo bajo los rascacielos.

En una jornada laborable y con amenaza de lluvia, el parque estaba casi vacío de gente y la poca que había era en su mayoría turistas. Eso significaba, entre otras cosas, que te evitabas andar esquivando decenas de trotadores sudorosos, hombres o mujeres, de cualquier edad, que se echan a correr en todos los parques del mundo con la obsesión de mantenerse en forma y controlar el peso. Esos trotones, junto con los ciclistas, son los habitantes más peligrosos de las grandes ciudades. Se creen los amos de los parques y las calles y arrollan a los peatones al menor descuido. Además, al contrario que los vehículos a motor, no hacen apenas ruido y, en el caso de las bicicletas, no siempre llevan luces cuando muere la tarde. Y caen sobre ti inopinadamente.

Central Park es un mundo en sí mismo en donde abundan los paseadores de perros. Es un oficio que suele practicar gente joven y el trabajo consiste, como es fácil de adivinar, en sacar a los chuchos de los ricos para que caminen, meen y caguen. Ya se sabe que, por lo general, los millonarios de Nueva York disponen de muy poco tiempo libre, pues casi todos ellos se dedican a las altas finanzas o a negocios como el petróleo, lo cual conlleva mucha tensión y muchas horas de concentración intelectual. Por otra parte, a sus esposas se les va el día en un pispás, entre la peluquería, la manicura, el té con las amigas y las compras en las tiendas de grandes firmas de las avenidas Quinta y Madison. Pero, naturalmente, no por ello van a dejar de tener un perro de buena raza y elevada gama, con árbol genealógico incluido. Supongo que no hay rico neoyorquino que se precie sin un can del que presumir. Y para solventar los inconvenientes que tienen los perros, como sacarlos a hacer pipí y popó, están los paseadores.

Al paseador, por lo común, le repatea las tripas su oficio, sobre todo

cuando le caen tres o cuatro perros inquietos y peleadores al mismo tiempo, aunque ello le suponga más dinero. Con ánimo de consolarse, y como ya se conocen desde hace tiempo, los paseadores se juntan en cuadrilla para charlar y entretenerte, rodeados de canes por todas partes. Y allí parecen felices, chuchos y paseadores, en grata compañía, descansando bajo los enormes árboles del parque. Por otra parte, los paseadores muestran una gran camaradería entre ellos: cuando un perro se caga de improviso, todos sus colegas avisan al encargado del animal y le ofrecen sus bolsitas recogemierda por si ha olvidado las suyas. Hay pocos oficios tan solidarios como el de paseador perruno recogecagarrutas.

Central Park no se parece a ningún parque que haya conocido. Recuerda algo a los parques ingleses, pero le falta ese toque elegante en su descuido que distingue, por ejemplo, al Hyde Park londinense. Y nada tiene que ver con la refinada geometría de los parisinos Monceau o Luxembourg. Tampoco guarda semejanza con el Retiro madrileño, en el que hay cierta influencia francesa. El Central tiene algo de salvaje. Si uno se adentra en sus pequeñas sendas, en algunos tramos caminará entre bosques silvestres, con la sensación en ocasiones de que cruza territorios inexplorados. «Central Park es todavía — dice el escritor Muñoz Molina, que por lo visto vive aquí cerca —, cuando cae la noche, el bosque primitivo en el que nadie se atreve a internarse, la región de oscuridad y de pánico en donde no es seguro que rijan las leyes humanas.»

En los escondidos rincones de este enorme parque podemos percibir cómo era Manhattan antes de la llegada del hombre blanco. Y hasta es posible sentir el temor de encontrarnos de pronto con un indio feroz, armado de *tomahawk*, dispuesto a sacarnos las asaduras y mantecas y cortarnos a renglón seguido la cabellera.

Pero es un parque al tiempo lírico. Versifica en *Nueva York después de muerto* mi amigo el poeta gaditano Antonio Hernández:

*En Central Park
nerviosean las hojas batidas por el viento [...]
En Central Park
la brisa paladea al agua del estanque,
las muchachas escocesas en flor
tienen los muslos blancos
como monjas de clausura [...]
En Central Park*

*el sueño americano no es siempre rubio y british
[...]*

Viernes, 16 de septiembre

Anoche, antes de retirarme a casa, me tomé un par de pintas de cerveza en un pub irlandés de la Tercera Avenida. Tras la barra, una bandera americana se cruzaba con una irlandesa y había frases escritas en gaélico en la pared. Nueva York es una ciudad muy *irish*: no sólo por el origen de muchos de sus habitantes, sino en cierta manera por su clima, pues sus vientos son vigorosos, atlánticos, y el aroma que traen me recuerda al recio olor de las costas de Connemara.

Los irlandeses constituyen aquí una comunidad amplia y copan un tanto por ciento muy elevado de la plantilla policial neoyorquina. A diferencia de los chinos y desde las últimas décadas sobre todo, los irlandeses viven integrados en la comunidad, no se han encerrado en sí mismos, quizá porque piensan que, en buena medida, a esta ciudad la han hecho ellos. Pero siguen teniendo nostalgia de su patria, por más que la mayoría formen parte de la tercera o cuarta generación de irlandeses nacidos en América. Les preguntan de dónde son y dirán: «Yo vengo de Limerick», «yo, de Cork», «yo, de Sligo», «y yo, de Galway». Y sin embargo sus abuelos ya nacieron en Queens o Brooklyn.

A los judíos les pasa algo parecido. Chesterton escribió:

La mayoría de las masas neoyorquinas tienen una nación [...]. Y tribus de toda índole conservan prácticamente inalteradas las tradiciones de los remotos valles europeos de donde son originarias [...]. Son exiliados o ciudadanos, pero en ningún momento son cosmopolitas. Y muy a menudo, los exiliados llevan consigo, no sólo tradiciones arraigadas, sino también arraigadas verdades [...]. Es la idea de estas almas extrañas con rudimentaria vestimenta lo que da sentido a la mascarada de Nueva York [...]. El proceso de la construcción de América no es el de una internacionalización. Sería más exacto decir que se trata de una nacionalización de lo internacionalizado. Es construir un hogar de vagabundos y una nación de exiliados [...]. Este experimento de un hogar

para los que carecen de hogar es anormal. Y hace mucho que vemos a América como una especie de asilo. Pero sólo desde la Prohibición [la llamada «Ley Seca», la prohibición de beber alcohol en el país que rigió entre 1920 y 1933] nos parece más bien un asilo de ancianos.

El día de San Patricio, en marzo, es una de las fiestas más señaladas. El año anterior a este otoño, visité la ciudad en esas fechas y Nueva York se vistió enteramente de verde, el color que distingue a la patria irlandesa. El desfile por la Quinta Avenida resultó imponente, con bandas de gaiteros ataviados con *kilts* y entonando aires gaélicos, seguidos por batallones de policías uniformados que marchaban agitando banderitas naranjas, blancas y verdes. A la noche, en todos los pubs se cantaban canciones irlandesas y la cerveza Guinness fluía como un río blanco y negro.

Una buena parte de la inmigración irlandesa llegó a esta ciudad a mediados del siglo XIX, huyendo de la hambruna que se desató en Irlanda a raíz de la llamada «peste de la patata», que mató y envió al exilio a más de un millón y medio de los habitantes de la isla. Inglaterra, por entonces dueña del territorio del Éire,^[5] tuvo no poca responsabilidad en aquella tragedia, al controlar el reparto de alimentos entre las gentes que morían de hambre. El drama es recordado en canciones y poemas y los irlandeses no lo olvidan. Un ejemplo, en el ya citado *Mi Nueva York* de Brendan Behan: «Mis prejuicios raciales son prácticamente inexistentes. Digo prácticamente porque, a veces, cuando leo cosas sobre la hambruna de Irlanda y el levantamiento de Pascua, puedo ponerme algo hostil hacia Inglaterra y los ingleses».

América no recibió entonces a los emigrantes irlandeses con los brazos abiertos, precisamente. Los llamados «nativos» —europeos protestantes llegados antes como inmigrantes— miraban con profunda enemistad y preocupación la masiva llegada de católicos del Éire huyendo de la hambruna y algunas bandas armadas clandestinas actuaron contra ellos con violencia, al tiempo que se dictaban leyes muy duras para dificultar su integración, entre otras la prohibición de votar. Pero los irlandeses no se quedaron quietos, formaron sus propios *gangs* y crearon una poderosa organización denominada Tammany Hall que, apoyada por el Partido Demócrata americano, extendió una red de ayuda a los irlandeses que llegaban a América y, en pocos años, se convirtió en la organización política más poderosa de Nueva York. En 1863, en plena Guerra Civil —hubo irlandeses en los dos bandos, pero la gran mayoría se alineó con el Norte—, los *irish* neoyorquinos se alzaron en

rebeldía, protestando contra las leyes injustas, y los disturbios provocaron más de cien muertos. El ejército tuvo que distraer del frente cinco regimientos para ahogar la revuelta.

Todo eso es ya pasado. Hoy, los irlandeses forman la más orgullosa comunidad de Nueva York. Y parte de su historia está recogida con terrible dramatismo en el libro *Gangs de Nueva York* publicado en 1927, del periodista Herbert Asbury, que fue llevado al cine hace unos años de la mano de Martin Scorsese.

Los italianos, como los irlandeses, también se integran en la vida neoyorquina mientras mantienen su identidad originaria. Y lo mismo sucede con los hispanos. Reflexionando sobre ello, tengo la impresión de que la esencia del americano de Nueva York es no sentirse del todo americano. Y esa idea me resulta curiosa. Yo, que nací en la opresiva posguerra civil, bajo el régimen totalitario de Franco y el más intransigente catolicismo, pensaba a menudo, cuando era un adolescente, que me hubiera gustado nacer en América, para cabalgar desnudo por las praderas del oeste y escribir y leer con libertad. Quería olvidar España. Y hoy todavía, ya casi viejo, me sigue gustando mucho más América que mi país, aunque ya no esté para grandes cabalgadas.

Dice E. B. White que hay tres clases de neoyorquinos: los nacidos en la ciudad, los que entran y salen a diario por razones de trabajo y los que nacieron lejos y vinieron a Nueva York en busca de algo. Y asegura que la mejor es la tercera, la que llama, para ellos, «la ciudad del último destino». Añade: «Ésta es la responsable de la naturaleza inquieta de Nueva York, de su porte poético, su dedicación a las artes y sus logros incomparables».

Entre esta clase, están los negros, los únicos que no añoran ninguna patria, seguramente porque, al ser descendientes de esclavos, no saben de qué tierra vinieron sus ancestros. En los días de la esclavitud, las patrias no existían en África, y se capturaba al hombre de color como hoy se capturan animales para los zoológicos. La mayoría de los negros de América carecen de pasado. Y por supuesto, también carecen de nostalgia, lo cual no estoy seguro de si es una mutilación o una ventaja.

Hoy, viajando en el metro, pégue hebra con un nigeriano que vive en Nueva York y que regresaba a la ciudad después de unas largas vacaciones en su país. Aquí, al contrario de lo que sucede en Europa, es bastante frecuente enrollarse a hablar con el vecino de mesa en un restaurante, o con el que se

sienta en el parque a tu lado, o con alguien que viaja junto a ti en un transporte público. El africano se llamaba Andrew y le pregunté cómo se sentía en Nueva York.

—Bien, si lo comparo con África —me respondió—. Allí, en Nigeria, la gente es más hospitalaria. Pero ¿para qué quiero la hospitalidad unida a la humillación, la miseria y la muerte? Ésta no es mi tierra, aquí gano poco, lo justo para vivir, y la gente es fría conmigo. Pero nadie me trata como a un perro, como hace la policía nigeriana, ni me moriré de hambre. En América, además, siempre tienes la oportunidad de hacer algo grande.

Por la noche caían gotas de lluvia como alfilerazos helados. Me pregunto si termina ya el verano. En Nueva York, las estaciones llegan y se van cuando les apetece, no cuando lo determina la meteorología.

Sábado, 17 de septiembre

Esta mañana lucía un sol deslumbrante y al tiempo hacía frío cuando bajé a desayunar al café de la esquina de mi calle con la Primera Avenida. Compré *The New York Times*, en donde lo hago todos los días: en una especie de *bric-à-brac* cuyo dueño es un libanés de unos sesenta años, sordo como una muralla de cemento y que apenas habla inglés, por todo lo cual entenderse con él resulta una tarea casi imposible. A menudo está acompañado por un amigo, también del Líbano, que suele vestir una camiseta con los colores de la selección de fútbol argentina, y que sí sabe inglés y ayuda al propietario del comercio a comprender a los clientes. Tal vez sean socios.

Pero hoy no estaba el amigo. Y yo quería comprar, aparte del periódico, un cartón de leche. Y he salido sin la leche. Y todavía no sé decir si es que no me ha explicado bien, si no me ha oído, si no me ha entendido, o si no tenía leche.

No dejaré de adquirir en su tienda el diario, en cualquier caso porque soy una persona con una tendencia natural a los hábitos, por más que desconfíe de ellos y trate siempre de burlarlos, con frecuencia sin éxito.

Por la noche he ido a Harlem con una pintora española que conocí hace días en el concierto de Javier Ruibal. Isabel Fuster es una madrileña que se ha expatriado a Nueva York durante cinco años, dejando un espléndido empleo de alta ejecutiva, para dedicarse de lleno a la pintura, lo cual quiere decir que es una persona valiente. Vive en Harlem, con una familia de negros dominicanos a la que alquila una habitación, y además tiene un pequeño estudio en el SoHo, al sur de Manhattan.

Cenamos en la terraza de la Harlem Tavern, en la esquina de la calle 116 con el bulevar Frederick Douglass, bautizado así en honor de un afroamericano que nació esclavo y se convirtió en una figura destacada de la lucha por el abolicionismo. Las avenidas de Harlem celebran a sus héroes: Malcolm X, Martin Luther King...

El barrio ha cambiado mucho y ha dejado de ser un territorio en el que, si

un blanco se atrevía a entrar solo a ciertas horas, se jugaba una buena paliza y, a veces, la vida. En la terraza en donde cenamos, blancos y negros alternan con toda naturalidad.

—Muchos jóvenes blancos han venido a instalarse en la zona —me dice Isabel— porque los precios de los alquileres son mucho más bajos aquí.

—¿Crees que desaparece el racismo?

—El racismo no se ha erradicado en absoluto. Lo único que se ha borrado de la ciudad es la violencia que generaba. La delincuencia ha dado un tremendo bajón en los últimos años. Ramona, la madre de la familia dominicana que me alquila la habitación, me comentaba que antes era rara la noche en que no había tiroteos en los alrededores de su casa. Pero no hay solamente racismo blanco... En la zona en donde vivo, más al norte de donde estamos ahora, apenas hay blancos. Y muchos negros que me ven a diario, en las tiendas o en el café, no responden nunca a mi saludo.

Así que, en cierto modo, el racismo se ha hecho hipócrita. En la Harlem Tavern lo que sí percibes es cierto pijerío negro que imita al pijerío blanco. A Malcolm X se le hubieran llevado todos los demonios si resucita y se toma una copa aquí. Lo que no tengo claro es si ese pijerío es una victoria negra o una victoria blanca.

Al hablar del tema del racismo me venía a la memoria unos hermosísimos versos de Lorca, su oda «El rey de Harlem»:

*¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem!
No hay angustia comparable a tus ojos oprimidos,
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,
a tu violencia granate, sordomuda en la penumbra,
a tu gran rey prisionero, con un traje de conserje.*
[6]

Harlem, no obstante, no muestra en ningún caso la opulencia de los barrios más al sur de la isla, los que rodean por el este y el oeste Central Park, o el Midtown, o la suntosa TriBeCa y los bohemios —y no poco pijos— Village y SoHo. En Harlem abundan los locales de comida basura, horribles locales de las cadenas McDonald's y Subway, fabricantes impunes de colesterol y diabetes, y no encuentras un restaurante japonés ni siquiera rezándole al Cristo de todas las sectas evangélicas, tan numerosas en el barrio. Los traseros de muchas afroamericanas de la zona dan fe de la cantidad de porquería que se

come aquí.

También proliferan en Harlem las peluquerías de señoras y caballeros y los salones de belleza femeninos. Los domingos son los mejores días para pasear por Harlem: a muchos negros les encantan los colores vivos, los zapatos de charol, los sombreros llamativos y las flores en la solapa. Y todo Harlem, en los días festivos, parece vestirse de boda.

Después de la cena, Isabel me ha llevado a un famoso local de jazz del barrio, el Smoke, en una esquina de Broadway, en donde reina un gran retrato de Ella Fitzgerald. Hoy tocaba un trío de piano, bajo y percusión, que dirige Marc Cary, un joven negro virtuoso del piano. A diferencia del jazz del otro día en el Village, llamémosle jazz culterano, el de hoy me parecía hipnotizador. Los músicos interpretaban sin partituras largas piezas que se me antojan como relatos de la vida. En una de ellas, el ritmo se hacía frenético de pronto, para al momento caer en la melancolía. Y yo sentía que me estaban contando sin palabras una historia de amor repleta de peripecias, de pasión y de tristeza, de bronca y de sexo, de lágrimas y risas: como un buen matrimonio. Otros temas pensé que trataban de la lucha por la existencia, del esfuerzo humano por escapar de la miseria, de la muerte, de la enfermedad y de la guerra. He creído entender por primera vez lo que significa el jazz, una música que hoy se me figuraba que hablaba directamente a mi alma, sin necesidad de otro lenguaje que el que producen un teclado de piano, las cuerdas de un bajo y los palos de una batería.

Esta música fue fruto del mestizaje entre la instrumentación y la melodía blancas y el ritmo y la armonía de los blues negros. Nació, entre los esclavos de color, en los campos agrícolas de los alrededores de Nueva Orleans y al poco se convirtió en una música urbana y dio sus primeros pasos en San Luis y en Chicago. Pero luego emigró a las cavernas de Nueva York, que hoy es la capital del jazz, como Chicago lo es del blues y Nashville del country.

En los años veinte del pasado siglo, cuando la lucha de los afroamericanos por los derechos civiles estaba aún en pañales, los principales clubes de jazz de Harlem, entre ellos el famoso Cotton Club, tenían prohibida la entrada a los negros, salvo a los músicos como Cab Calloway o Dizzy Gillespie. En 1934, un local de la calle 125, el Apollo Theater, abrió sus puertas a la gente de color. Allí triunfó ni más ni menos que Ella Fitzgerald.

La naturaleza íntima de Nueva York se expresa mejor que nada a través del

jazz, una música tan dislocada y cargada de energía como la ciudad, tan sinsentido en su apariencia, de tan rara armonía como esos rascacielos que crecen los unos junto a los otros como extraños entre ellos. Y sin embargo, es esa naturaleza disparatada y caótica, exenta de uniformidad, la que acaba por dar un sentido a la música y al propio Nueva York: el orden del caos, el orden del desorden. Es una forma inconsciente de expresar la libertad. Y Nueva York, igual que el jazz, es sobre todo libertad. Quizá sea esa una de las razones por las que esta urbe hace que nos sintamos felices.

Me resulta curioso recordar que, en 1924, un crítico de *The New York Times* señalaba al jazz como «música de salvajes», por su origen negro. Menos mal que, en 1987, el Congreso de Estados Unidos lo calificó como «tesoro nacional».

Al finalizar el concierto he acompañado a Isabel, andando, hasta su casa. El viento de la noche era frío, pero resultó un paseo amable, bajo la luz indecisa de un gajo de luna. Isabel me contaba que, años atrás, era imposible pasear así por la ciudad. Ahora, toda la isla de Manhattan, a estas horas, es un espacio de calma que transpira paz.

Eran casi las dos de la mañana y el metro y muchos autobuses seguían funcionando. Pasaban taxis y también coches particulares que te guiñaban sus luces para indicar que podían negociar contigo una carrera a bajo costo. Había bares repletos de gente, lavanderías abiertas, farmacias de veinticuatro horas, tiendas de alimentación de veinticuatro horas, fruterías de veinticuatro horas...

—El tópico se hace aquí muy real —le dije a Isabel—..., Nueva York, la ciudad que nunca duerme.

—Mejor es decir que, en Nueva York, todo es todo el rato —contestó.

En un banco de la avenida por la que caminábamos Harlem arriba, una joven pareja de negros se entregaba sin pudor a un imponente magreto.

Isabel rió y me comentó:

—Sobre todo, Nueva York es una ciudad romántica.

Me acordé de un texto de Julio Camba del libro *La ciudad automática*:

Todas las comparaciones que se me ocurren para definir la clase de atracción que Nueva York ejerce sobre mí pertenecen por entero al género romántico: la vorágine, el abismo, el pecado, las mujeres fatales, las drogas malditas... ¿Será acaso Nueva York una ciudad romántica?

Domingo, 18 de septiembre

Domingo de sol radiante y cielo sin una mota de polvo, vacío de nubes, teñido del color de océano. Resulta enorme el cielo neoyorquino: ni siquiera los rascacielos alcanzan a empequeñecerlo.

Vuelvo a Harlem en autobús, desde la Madison Avenue hasta la calle 125, el corazón del barrio. Es una vía ancha, populosa, cargada de vitalidad, llena de tenderetes al sol, con puestos de venta de cedés en donde atruena la música de góspel o de jazz. Blancos y negros se mezclan en las aceras, pero es raro ver grupos mixtos. Los negros de edad avanzada visten endomingados, como se decía antes, con trajes que parecen venirles algo grandes, corbatas chillonas, chalecos relucientes y relojes de leontina. Y las mujeres llevan vestidos largos de vivos colores y sombreros de amplias alas, con adornos de seda que simulan flores en la copa.

La iglesia evangélica en donde voy a escuchar góspel me la ha recomendado Isabel y está en la calle 126, casi esquina a Malcolm X Boulevard. Se llama Pilgrim Cathedral of Harlem y es un edificio de apariencia pobre, de tres pisos, encerrado entre casas de la misma altura y con escalera de incendios en la fachada. Cuando entro, un afroamericano grandullón y bien trajeado me estrecha la mano con cordialidad, me dice «*Welcome to the house of God*» («Bienvenido a la casa de Dios») y me indica que suba al piso superior.

Toda la planta la ocupa el recinto en donde se celebra la ceremonia. Hay varias hiladas de bancos para los feligreses que dan frente a una suerte de altar, elevado aproximadamente metro y medio sobre los bancos, con gradas al fondo en las que está instalado el coro, compuesto por una veintena de hombres y mujeres vestidos con túnicas moradas, parecidas a las de los nazarenos de la Semana Santa española. En el lado derecho del altar se sientan los sacerdotes de la secta y, en el izquierdo, hay dos órganos eléctricos y dos baterías de tambores y platillos. No tengo ni idea sobre las jerarquías de estas congregaciones evangélicas, pero según se anuncia en la puerta, hay un obispo,

un tal Ronald Hopkins, que hoy preside el oficio y que debe de ser el tipo que, con aire de jefazo, viste una túnica negra, alba y alzacuellos blancos y se sienta en un sillón tapizado de raso rojo. A su alrededor, hay otros cinco prebostes. Y abajo, entre las bancadas de fieles, más sacerdotes y diáconos, sacristanes, hombres y mujeres con hábitos oscuros, todos ellos dando vueltas entre los bancos, alzando los brazos al cielo mientras lanzan fogosas «aleluyas» y llamándote «*brother*» y estrechando tu mano cuando pasan al lado.

Tras el respetuoso silencio que precede el inicio de la ceremonia, se levanta un pastor en el estrado, en medio del altar, clamando a Dios a voz en grito: «*In the name of Jesus!, in the name of Jesus!*». Después, se retira a un lado, sube al escenario el director del coro e inicia una pieza. ¡Madre mía, qué voces! Es una canción magnífica e interpretada con una calidad digna de la mejor escolanía o de un gran orfeón de orquesta clásica. ¡Y qué soprano la mujer que, de cuando en cuando, acomete un solo!

Pero falta lo mejor. Cuando el coro ha acabado de cantar cuatro temas, se coloca entre sus miembros un hombre enorme, grueso, barbado, fuerte y vestido de clérigo. Toma el micrófono, lanza una breve predica sobre la bondad de Dios y, poco a poco, va convirtiendo sus palabras en un ritmo y, luego, en una canción, a la que se incorporan, primero, los dos percusionistas y, de inmediato, los teclistas de los órganos. Y después, el coro. Se forma un espléndido guirigay de voces, palmas, aleluyas y baile que te arrastra y te hace unirte a los palmeos, tararear la música y menear las caderas y los pies. Y lanzas tus propios aleluyas uniéndote a la algarabía.

Al levantarse el obispo a pronunciar su sermón, todo está ya a su favor, los teloneros le han hecho un buen trabajo: la gente vibra con cada frase suya, corea sus gritos y sus aleluyas a Dios, todo el mundo aplaude y levanta los brazos al cielo para saludar al Señor. Y atacan de nuevo tambores y platillos y allá que van todos los fieles, salidos de madre, abandonando los bancos alegremente y moviendo el cuerpo, dale que te pego a las caderas y a las palmas. Hay una suerte de trance generalizado.

Y pienso que no es mala la idea, la de relacionarte con tu Dios, si lo tienes, cantando junto a otros mientras sigues el ritmo de los himnos con tus pies. De hecho, los sacerdotes católicos españoles, en las últimas décadas, han copiado algo el sistema. Pero las canciones que cantan los jóvenes en las misas de mi país a mí me suenan a descafeinadas, como de la tuna, mientras que aquí parecen un turbión que te arrebata y te hace casi volar.

Abandoné el templo atacado de misticismo y casi dando traspiés y con ganas de comer. Y a la vuelta de la esquina, en Frederick Douglass Boulevard, me topé con un restaurante francés, Chez Lucienne. ¡Cierto!: un restaurante francés en Harlem. No había mesas. Me acomodé en la barra y pedí un tartar de salmón. Y al rato, ya estaba charlando con mi vecina de mostrador, algo muy común en Nueva York. Era una mujer mulata de unos cuarenta años que se llamaba Joanna. Me preguntó sin pudor sobre mi vida y yo hice lo mismo. Estaba divorciada y tenía un hijo de dieciocho años, y su mezcla no era de blanco y de negra, o viceversa, sino de negro y filipina. ¡Y vive Dios que el resultado del cóctel era espléndido!

Me dio algunas direcciones de clubes de jazz del barrio y charlamos sobre Nueva York. Luego, de literatura. Le gustaban Fitzgerald y Hemingway y lamentaba no ser capaz de entender a Joyce. Me habló también de Harlem, de la evolución del barrio hacia un tipo de sociedad abierta y multiétnica.

—Aquí nos mezclamos todos y eso es estupendo —dijo—. Las sangres diferentes enriquecen.

Me sentía feo por ser tan pálido y tan blanco.

Salimos juntos a la calle. Por el bulevar Malcolm X subía una parada popular formada por asociaciones vecinales y clubes de Harlem. Ya he dicho que a la gente le encanta desfilar en Nueva York y cualquier pretexto es bueno para organizar una procesión laica en la que reinan el jolgorio, la música, las pancartas, los uniformes, los disfraces y, claro está, las *majorettes*. Sin *majorettes* no hay marcha que se precie en Estados Unidos.

Contemplé un rato el desfile con Joanna y luego me despedí y tomé un metro hacia el sur. Antes, nos dimos los correos electrónicos y acordamos en encontrarnos otro día. Pero ahí quedó la cosa; no volvimos a vernos.

Eran más o menos las dos y media de la tarde y había leído que en Columbus, una avenida paralela a Central Park, en el lado oeste —el Upper West Side—, se celebraba una suerte de festival. Así que me bajé en la parada del metro correspondiente. Era un festejo de blancos y sonaba el rock and roll a todo volumen en los altavoces colocados en las farolas. Había algunos bares abiertos y numerosos tenderetes de venta de ropa y baratijas. Y una especie de mercado de antigüedades en el espacio de un aparcamiento al aire libre. Me senté a tomar una botella de Brooklyn Lager en una terraza. Los paseantes daban pasos de baile al ritmo del rock. Así que yo inicié un breve zapateado

debajo de mi mesa.

Por la noche, ya en casa, leo un reportaje en *The New York Times* que viene muy al pelo este domingo de góspel. Trata sobre negros agnósticos y señala que el ateísmo entre los afroamericanos es insignificante y, en cualquier caso, motivo de rechazo y aislamiento. En un país tan religioso como Estados Unidos, en donde el 71 por ciento de la población cree en Dios con absoluta convicción, la cifra asciende al 88 por ciento entre la población negra. Luego, están los dudosos y, al final de la escala, los que rechazan terminantemente la existencia de cualquier divinidad son un 1,6 por ciento de toda la población americana y un 0,5 por ciento de los negros.

En el reportaje, un afroamericano agnóstico señalaba que «ser ateo en una comunidad negra es visto como un asunto de gente blanca. Ser negro y ateo se considera, en muchos casos, como no ser negro».

Para un especialista en asuntos de sociología religiosa, este rechazo negro al ateísmo tiene que ver mucho con la lucha por los derechos civiles, que comenzó en las iglesias evangélicas negras en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo. Martin Luther King y Malcolm X eran pastores evangélicos y ambos fueron asesinados por luchar en favor de los derechos civiles. De modo que ser negro y no creer en Dios en Estados Unidos de América es casi como renegar de la historia por la liberación de su pueblo.

Lunes, 19 de septiembre

Reconozco que soy un loco del papel y que me cuesta adaptarme a la tecnología digital, aunque en ocasiones a la fuerza ahorquen. Cuestión de costumbre. No soy un viejo paquidermo apegado a sus hábitos, pero prefiero leer libros encuadrados para aprender historia y filosofía, por ejemplo, que emplear mi tiempo en convertirme en un experto en nuevas tecnologías. Carezco de web, no escribo un blog, no tengo perfil en Facebook, ni me lavo la cabeza con WhatsApp, nombre que me suena a champú. Aquí en Nueva York, cada domingo, me compro *The New York Times*, lo que significa que me dan casi un kilo de papel por cinco dólares. Y no he terminado de leer todos los temas que me interesan cuando ya es el siguiente domingo. Es un periódico lleno de reportajes, de información contrastada, nada sectario, ingenioso y muy bien escrito, con un estilo sobrio y exacto, como debe ser el buen periodismo. Incluso se entienden las críticas literarias y los artículos de opinión, cosa que en España resulta a veces casi milagroso.

Hablando de claridad, al leer la prensa americana me acuerdo de las memorias de ese gran periodista que fue el italiano Indro Montanelli. Cuando era joven, se fue a América y trabajó una temporada para la agencia United Press. En una de las paredes de la redacción había un gran cartel con esta frase: ESCRIBE PARA QUE TE ENTIENDA EL LECHERO DE OHIO. Suena a primer mandamiento de las Tablas de la Ley, aunque cada día lo practiquen menos periodistas.

Me interesan también, y mucho, los periódicos gratuitos, que en mi juventud no existían, y en especial, los de barrio. Los pillo todos, incluso los ejemplares que la gente se deja en la barra del bar o en el asiento del metro después de haberlos leído. Traen pequeñas noticias que nunca aparecen en los grandes diarios y algunas de ellas te dicen mucho sobre Nueva York.

Ayer compré un ejemplar de *The Village Voice*. La noticia de portada, que luego ocupaba cuatro páginas en el interior, se refería a la comunidad hebrea de Brooklyn, en concreto a los Hasidic, una colectividad de judíos

ultraconservadores que proviene del este de Europa. Su ortodoxia es tal que, para entenderse entre ellos, siempre utilizan el hebreo, nunca el inglés.

Pues bien, estos Hasidic crearon a finales de los años setenta del pasado siglo, para defenderse de la delincuencia local, una especie de policía autónoma llamada Shomrim (en hebreo significa «vigilantes») en el barrio de Williamsburg. Y su éxito fue tal que pronto se extendió a otras comunidades del mismo colectivo en las barriadas de Flatbush y Borough Park. Hoy, más de treinta años después, cuenta con más de cien voluntarios y varios coches patrulla equipados con radio, sirenas y luces de techo intermitentes. Una organización de este jaez sería impensable en Europa, en donde la ley está por encima de los ciudadanos y no son los ciudadanos quienes crean los instrumentos de la ley. Pero la democracia y la justicia americanas, que van de abajo arriba, son por completo diferentes a las europeas, que van de arriba abajo. Y estas organizaciones parapoliciales no son contrarias a la Constitución. Entrar en América y establecerse aquí es hoy en día muy difícil. Pero una vez dentro, tus libertades son casi ilimitadas y sagradas.

En ocasiones, por supuesto, surgen problemas muy serios. No hace dos semanas que un rabino de los Hasidic, de nombre David Greenfeld, y que ejercía en el barrio de Borough Park, fue detenido y encarcelado acusado de abusar sexualmente de un menor durante el *mikveh*, el baño ritual judío. El hecho ha provocado que otro joven judío, llamado Luzer Twersky, denuncie al mismo rabino por haber abusado de él durante tres años, cuando tenía entre nueve y doce de edad, en los mismos baños.

Lo llamativo de la cuestión no es el hecho en sí —los religiosos pederastas son algo desdichadamente bastante común—, sino otro aspecto del asunto: que la Shomrim, la policía de la comunidad Hasidic, conocía desde hace al menos diez años las tendencias sexuales del rabino. Pero como Greenfeld era una persona de enorme influencia en la comunidad Hasidic, no se hizo nada contra él. Y siguió moviéndose a sus anchas —o más bien nadando como pez en el agua de las piscinas rituales— entre los menores. Dios sabe, o mejor Yahvé, de cuántos niños habrá abusado en los últimos diez años.

Al final ha sido la policía neoyorquina, no la judía, la que le ha llevado a la cárcel acusado de proxeneta. Y los Hasidic y la Shomrim han callado. ¿Funciona la ley de abajo arriba?

Mi abuela, que era franquista y católica, hubiera aprovechado el caso para darme una charla moralista sobre lo pequeña que es la distancia entre la libertad y el libertinaje en países protestantes y democráticos. Claro está que

yo la hubiera hecho callar hablándole de algunos curas católicos.

En un periódico gratuito, hace un par de días, encontré otra noticia peculiar: la creación en un barrio de Manhattan de una asociación de amistad entre dueños de perros. Lo he escrito bien y lo repito: asociación de amistad entre dueños de perros.

Por lo visto, a la gente con perro le gusta detenerse a charlar con quienes pasean con otro chicho. Hablan de ellos, intercambian caricias con los animales y les dicen cosas que uno no sabe si entienden. Son curiosos estos ritos urbanos: lo mismo les sucede a los motoristas, que enseguida se enrollan, cuando se paran juntos en los semáforos, hablando de sus motos.

Los humanos somos una especie extraña. La gente que pasea niños en los parques no suele perder su tiempo conversando con otros que pasean criaturas. Pero sí hablan entre ellos los que llevan perros. Tampoco me he encontrado con una pareja de novios que se ponga a charlar con otra pareja de novios cuando se sientan en un banco a darse el lote en un parque.

Menos aún: al contrario de lo que sucede con los perros, jamás he visto que uno de los componentes de una pareja de novios se ponga a acariciar a la persona del sexo diferente al suyo de la otra pareja.

A una amiga de mi esposa la dejó el marido por otra mujer a la que había conocido mientras los dos paseaban sus respectivos perros. Señalándome con el dedo a la cara, nuestra amiga le decía a mi esposa: «Nunca le permitas que se compre un chicho».

Así que tengo prohibido adoptar un perro. Pero estoy seguro de que si un día mi cónyuge se compra uno, tendré que empezar a echar cuentas para saber cuánto me va a costar el divorcio.

Martes, 20 de septiembre

Hoy he visto a Barack Obama, el presidente de Estados Unidos. O para ser más exactos: he creído verlo. No es broma. A eso de las nueve y media de la mañana, bajé a comprar el periódico y a tomar un café. Y me encontré con la Segunda Avenida cortada, todos los alrededores llenos de policías armados y las calles adyacentes cercadas por vallas móviles de metal. De pronto comenzaron a aullar sirenas. Y al instante, un gigantesco policía vestido con uniforme oscuro, protegido con un chaleco antibalas, cubierto con casco y armado de metralleta, se me puso delante, cerrándome el paso. Me dieron ganas de darle un empellón, pero ¿qué podría hacerle yo a semejante bestia?, me pregunté a tiempo.

Por si acaso, me quedé quieto en el lugar que me indicó. Creció el rugido de las sirenas. Y bajaban recios automóviles guiñando luces sobre los techos, mientras decenas de policías paraban a la gente en las esquinas de las calles. Una caravana de vehículos oscuros, entre ellos varios furgones repletos de policías, descendió la avenida a toda velocidad. Rodeada por varios coches que doblaban hacia la Primera Avenida, vi pasar una limusina negra en cuyo morro ondeaba una banderita americana. Los cristales opacos no me dejaron ver quién iba dentro. Pero estoy seguro de que era Obama, pues esta mañana se celebraba la Asamblea General anual de la ONU y el presidente americano había anunciado su presencia en la apertura del acto. ¿Quién sino él podía ir en una limusina negra con banderita, rodeado de coches aulladores y policías armados hasta las muelas? Desde luego, desapercibidos nunca pasan los presidentes. Quizá por eso los matan de cuando en cuando.

De manera que me había cruzado con Obama, el hombre más poderoso de la Tierra, sin llegar a verlo. ¿Me vio él?

Una vez, en 1983, cuando era periodista, estuve en la Casa Blanca en una rueda de prensa con Ronald Reagan, durante un viaje oficial a Washington de Felipe González, por entonces presidente del Gobierno español, para rendir pleitesía al jefe. Yo había visto a Reagan en *Camino de Santa Fe*, una vieja

película del Oeste, en donde interpretaba a un colega del protagonista Errol Flynn. Y encontrármelo allí en vivo, con el tupé impregnado de fijador, me impresionó bastante poco. Reconozco que hubiera sido distinto de tratarse de John Wayne. Reagan tenía una sonrisa detenida en la cara parecida a las que se ven en los anuncios de pasta de dientes y movía la cabeza como un muñecón de feria. Le hice una pregunta estúpida que no recuerdo y él respondió con una obviedad que he olvidado.

Ahora, sin embargo, como soy un hombre común que ya ha pasado los setenta, me ha emocionado estar próximo a Obama. Habría corrido tras el coche para pedirle un autógrafo si el policía que me vigilaba con celo no hubiera poseído tamaña envergadura y no hubiese estado armado hasta los dientes. Debe de ser que los hombres, camino de la vejez, nos hacemos sentimentales. Pero también es verdad que, puestos a pedir autógrafos a afamados estadistas, yo sólo se los pediría a Churchill, Azaña, De Gaulle, Lincoln, Kennedy, Suárez, Allende, Gorbachov, Mandela y Obama. A los demás, que les den.

El edificio de las Naciones Unidas se levanta en la Primera Avenida, entre las calles 42 y 48, dando la espalda a las aguas del East River. Está cerca de mi apartamento y, a menudo, paso frente a él. Se construyó entre 1947 y 1952 y, desde ese último año reina en Nueva York, una vez que la ONU aceptó a la ciudad como su sede. Antes de eso, otras importantes urbes americanas se habían ofrecido para albergar a la organización, entre ellas Boston, Filadelfia y San Francisco. Pero el millonario neoyorquino John D. Rockefeller III se adelantó, compró en 1946 las antiguas edificaciones que se alzaban en el lugar por ocho millones y medio de dólares y se las ofreció a la ONU a muy bajo costo. Y así, Nueva York se convirtió en el centro político del mundo. Entre otros renombrados arquitectos, trabajaron en el proyecto el franco-suizo Le Corbusier y el neoyorquino Wallace Harrison.

Siempre que paso junto a sus verjas, me pregunto qué se estará decidiendo allí dentro que pueda afectar a mi vida. Y siento cierto vértigo.

Por la noche he paseado por Columbus Avenue, que corre en paralelo una manzana al oeste de Central Park. Voy descubriendo Nueva York como un *flâneur*, un deambulador, un callejeador, al modo en que Baudelaire y Walter Benjamin gustaban de describir a este espécimen: un tipo inquieto, holgazán, observador apasionado, inmerso en la multitud como un ser anónimo,

espectador urbano o, según juzga el autor de *Las flores del mal* en una lúcida imagen, como «un botánico de las aceras». Otras veces, contemplo a la gente y el entorno urbano tal que haría un *voyeur*, un mirón algo libidinoso, a la manera de Joyce. Pero el *flâneur* acaba venciendo siempre al vulgar fisgón.

«De repente un tejado, un reflejo de sol sobre una piedra, el olor del sendero —escribía Proust, gran amigo de pasear, en su libro *Por el camino de Swann*— hacían que me detuviera por el puro placer que me daban, y también porque parecían ocultar más allá de lo que yo veía algo que me invitaban a venir a recoger y que, a pesar de mis esfuerzos, no lograba descubrir.»

Me gusta la idea: deambulador. Walter Benjamin llamaba «ocioso soñador» al *flâneur*: un rebelde solitario y romántico, en suma, que busca su sitio entre las riadas de gente de la metrópoli y que es una suerte de antítesis del ser humano volcado en la producción. También Edgar Allan Poe describía a este paseante moderno en su cuento «El hombre de la multitud», publicado en 1840, como un solitario que callejea sin sentido y sin tregua, casi enloquecido, ávido de encontrarse entre la muchedumbre para no estar solo y que jamás lo logra de manera plena.

«Caminar es un juego de niños —dice Frédéric Gros, en *Andar: una filosofía*—. Caminando no se hace nada más que caminar... La mente del *flâneur* se asombra de mil cosas a la vez.»

Pero la mejor descripción del *flâneur* la ofrece, en mi opinión, Charles Baudelaire, en su libro *El pintor de la vida moderna*, publicado en 1863:

La multitud es su elemento, como el aire para los pájaros y el agua para los peces. Para el perfecto paseante, para el espectador apasionado, es una alegría inmensa establecer su morada en el corazón de la multitud, entre el flujo y reflujo del movimiento, en medio de lo fugitivo y lo infinito. Estar lejos del hogar y aun así sentirse en casa en cualquier parte, contemplar el mundo, estar en el centro del mundo y, sin embargo, pasar desapercibido... tales son los pequeños placeres de estos espíritus independientes, apasionados, incorruptibles que la lengua sólo puede definir con torpeza... El espectador es un principio que, vaya donde vaya, se regocija en su anonimato... Así, el amante de la vida universal penetra en la multitud como un inmenso cúmulo de energía eléctrica. O podríamos verle como un enorme espejo tan grande como la propia multitud, un caleidoscopio dotado de conciencia, que en cada uno de sus movimientos reproduce la multiplicidad de la vida, la gracia intermitente

de todos los fragmentos de la vida... ¿Qué busca? Sin duda este hombre, este solitario de imaginación activa, siempre en marcha por «el gran desierto de hombres», tiene un objetivo más elevado que el mero paseante, un objetivo más general, distinto al placer fugaz de la circunstancia... Se trata de rescatar de lo histórico cuanto la moda contenga de poético, de extraer lo eterno de lo transitorio.

Magna empresa, sin duda, para el peatón urbano: formar parte de algo y situarse aparte de ello. Igual al loco vagabundo del relato de Poe, que camina y camina sin pensar en el retorno, como un lobo solitario imbuido de pasión.

Cuando recorro las calles de alguna ciudad nueva, intuyo, lo mismo que Benjamin, que contemplo un tiempo desaparecido que no es el mío, que descorro el telón de un pasado que no me pertenece. Sin duda es una sensación embriagadora que me hace seguir abriendo cortinas sin cesar.

«¡La curiosidad —proclama al fin Baudelaire— se ha convertido en una pasión fatal, irresistible!»

Charles Dickens fue, quizá, el más deambulador de los novelistas. Benjamin recuerda lo que G. K. Chesterton anotaba en una obra crítica sobre el autor de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*:

Dickens tenía, en el sentido más preciso y más serio, la llave de la calle... Su suelo eran los adoquines; las farolas eran sus estrellas; el transeúnte, su héroe. ¡Podía abrir la puerta más oculta de su casa, la puerta que daba al pasaje secreto que, bordeado por casas, tiene por techo los astros!... Dickens no retuvo en su alma la huella de las cosas; más bien puso en las cosas la huella de su alma.

En el mundo de hoy, el fotógrafo es el artista que más puede recordarnos al *flâneur* de ayer. En su ensayo *Sobre la fotografía*, escribía Susan Sontag:

El fotógrafo representa una versión armada del paseante solitario que explora, que acecha, que cruza el infierno urbano, el caminante «voyeurista» que descubre la ciudad como un paisaje de extremos voluptuosos. Es maestro en el gozo de observar.

Pero ese fotógrafo-paseante no es el que practica el fotoperiodismo, como

hacen los numerosos epígonos de Robert Capa, sino el que, armado de una cámara, trata de fijar «el instante preciso», al modo de Henri Cartier-Bresson:

En fotografía, la creación consiste en un breve instante, un rayo, una réplica: en subir el aparato hasta el ojo y atrapar, en la pequeña caja económica, lo que te ha sorprendido, cazarlo al vuelo sin trucos, sin dejar que se resista.

Y añadía:

Fotografiar es poner la cabeza, el ojo y el corazón en el mismo punto de mira.

Creo que es esta zona del barrio Upper West Side la que más me hipnotiza de la ciudad. El Upper West posee una elegancia discreta, al tiempo que es un área popular en la que percibo alegría de vivir. Siempre hay flores en sus calles y gente a casi toda hora. Es un buen lugar para desplegar el arte del paseo perezoso entre los rostros y al aroma de la multitud.

Nueva York ofrece muchas sensaciones difícilmente explicables por la lógica. Hoy me he dado cuenta de que se trata también de una urbe sensual.

Así que vamos sumándole características a la ciudad: algo chapada a la antigua, abierta a los sentidos, romántica, libre, energética..., dotada de un alma quién sabe si bisexual. ¿Masculina, femenina? Hay días que Nueva York me parece mujer y otras hombre.

Miércoles, 21 de septiembre

En Estados Unidos, decir que eres agnóstico no es que resulte infrecuente, es que se toma casi como una grosería. Y muy pocas personas te dirán que son ateas. Y como éste es el país del llamado «destino manifiesto», un destino parecido al del Israel bíblico como pueblo escogido por Dios, aquí hay tal cantidad de templos e iglesias que resulta imposible contarlos. Sobre todo abundan las que se llaman a sí mismas iglesias evangélicas. Además, esta tierra está llena de pastores de almas. Cualquiera que tenga buen pico y mucho morro puede enseguida colocarse la orla de sacerdote, predicar y vivir del cuento. Como los políticos europeos de principios del XXI.

De modo que Estados Unidos es una tierra repleta de sectas, de ministros del Señor y de hermanos y hermanas que se dedican los domingos a amarse los unos a los otros y el resto de los días de la semana, como sucede en todos los rincones del planeta, a ir cada uno a su avío.

Es raro encontrarse una población americana en la que el número de tabernas sobrepase al número de templos. Pero Nueva York, de nuevo, es una excepción. Hay templos por cientos, sobre todo en Harlem. Pero hay muchas más tabernas: calculo que alrededor del triple. Aquí beber es una forma de religión, por supuesto que mucho más dañina para el cuerpo, pero desde luego mucho menos para la mente y el alma.

No obstante, en Nueva York hay otros establecimientos más numerosos que los bares. Las farmacias de las grandes cadenas Duane Reade y Walgreens, por ejemplo, que asoman casi en cada esquina de la ciudad. Y también los centros de trabajo de manicura, anunciados como *nails* (uñas), que proliferan en todos los barrios.

Creo que la palma se la llevan, sin embargo, las floristerías. Encuentras al menos una en cada tres o cuatro esquinas de Nueva York. Ignoro la razón por la que siempre están en las esquinas, como antaño las prostitutas.

Las tiendas de flores las avistas desde muy lejos y, al acercarte, su aroma te envuelve y su frescor te empapa el alma. Lo curioso es que, en esta época, la

flor que más abunda es el girasol, grande como el corazón de un elefante y tan amarillo como un atardecer africano. Cuando la gente regresa a su casa en el metro, a la caída del día, después de la jornada de trabajo, ves en los vagones al menos a una o dos personas con un capacho del que asoman las cabezas cortadas de dos o tres girasoles. En España, los girasoles nos interesan por las pipas; en Nueva York, por su restallante belleza.

De manera que, en esta peculiar ciudad, lo más abundante son las floristerías, luego las farmacias, después los bares y, por último, las iglesias. No sé cuál sería la clasificación en Madrid. Pero Nueva York es, como dice mi amiga Isabel, una ciudad romántica, por supuesto.

De pronto, y no sé por qué, pienso que un día de estos deberé ocuparme de las estatuas y de los cementerios.

Tal vez lo haga o tal vez no.

La vida, la muerte y eso que llaman eternidad —ahora me refiero a las estatuas— son asuntos complejos sobre los que, por el momento, carezco de opinión.

Jueves, 22 de septiembre

Caminando por Broadway, comenzó a chispear a la altura de la 28 y, a los pocos minutos, a llover de firme. La calle se llenó de paraguas y de gente buscando taxi en mitad de un soberbio atasco de tráfico. Pero nadie parecía preocuparse mucho por el agua. Tengo la impresión de que, en Nueva York, hay cierto fatalismo ante la climatología. Si la lluvia no provoca un atasco, el aire tampoco se satura de bocinazos, al contrario de lo que sucedería en Roma o Madrid. Por eso, a los latinos nos produce tanta extrañeza ese majestuoso silencio que, a veces, señoorea en una ciudad tan gigantesca.

La escandalera la provocan aquí las sirenas de los coches de bomberos, de las ambulancias y de la policía. Si paseas por el centro de la ciudad a cualquier hora, no pasarán quince minutos sin que oigas aproximarse el aullido de una alarma chillando desde un vehículo de bomberos, una ambulancia apresurada, o un coche blanco con las siglas NYPD (New York City Police Department).

También hay otro sonido singular: el de los grandes camiones, esos mastodónticos cacharros con chimenea que recorren como animales de otras edades todas las carreteras del país. En el centro de Nueva York no les está prohibido circular, por lo menos en las grandes avenidas. Y a menudo los ves venir, con su aspecto amenazador, echando humo por sus chimeneas, bufando, abalanzándose casi sobre ti y bramando como un tiranosaurio.

Los taxis, tan conocidos por su violento color amarillo, recorren por millares y a todas horas la ciudad. Sin embargo, paran a recoger gente tan sólo cuando les viene en gana. A veces se detienen y, bajando la ventanilla, preguntan el destino al posible cliente. Y si no les conviene, se van sin despedirse. Cuando llueve, como era hoy el caso, todo el mundo busca taxi y el modo neoyorquino de llamarlos es situarse un poco fuera de la acera, preferentemente en una esquina, y mantener alzado el brazo. A veces, cuando la lluvia te pilla en las zonas comerciales, es tanta la cantidad de gente demandando taxi que uno tiene la sensación de asistir a una concentración nazi

surgida de pronto de las brumas del pasado.

Enric González lo retrató bien en sus *Historias de Nueva York*: «En Nueva York, para entender ciertas cosas, basta con abrir la ventana».

Nueva York huele a ceniza cuando cesa la lluvia... Y en ese momento, al desaparecer los paraguas de las calles empapadas, surgen las vaharadas de vapor de las alcantarillas. Todos identificamos el rostro de Nueva York con esas humaredas. Y recordamos la figura encorvada de James Dean, caminando entre bocanadas de blanco vaho, como si paseara sobre el techo del infierno.

Busqué refugio en uno de los pocos locales de música country que quedan en Manhattan, el Rodeo Bar, una taberna grandullona, con dos o tres mostradores y mesitas para comer ante el escenario platos de esa cocina conocida aquí como *tex-mex*, o sea, texano-mexicana: fajitas, burritos y chili con carne.

No tuve suerte. El grupo que tocaba era flojo y la cantante, Amber Digby, que lucía ya un vientre de varios meses de embarazo, actuaba con desgana. Desde una de las paredes, la mirada disecada de un enorme búfalo la contemplaba con tristeza a través de las dos bolitas de cristal que simulaban ser sus ojos.

Pero repito: el country no pinta casi nada en Nueva York. Y tampoco apasiona demasiado el blues, una música surgida entre los esclavos de las plantaciones de algodón del Sur, al parecer por indicación del diablo, según afirmaba Robert Johnson, el rey de este ritmo.

A Nueva York hay que ponerle siempre de fondo un solo de trompeta de jazz sobre un asfalto empapado por la lluvia. Con la voz de Tom Waits cuando canta «Somewhere».

Viernes, 23 de septiembre

He visitado el MoMA, como llaman aquí familiarmente al Museo de Arte Moderno, con Isabel Fuster. Desde hace unos días se expone una colosal muestra con más de doscientas obras del pintor Willem de Kooning, un inmigrante holandés crecido como artista en Nueva York y por cuya pintura siempre me he sentido fatalmente atraído. De Kooning formó parte, junto con Jackson Pollock (americano) y Mark Rothko (emigrante ruso), de un movimiento que bautizaron como «expresionismo abstracto» y que supuso un hito en la historia cultural de Estados Unidos, ya que, por vez primera, sus pintores podían sentirse iguales en calidad a los europeos. En literatura y música ya lo había logrado sobradamente con Twain, Melville, Poe, el jazz y el blues, pero le faltaba la pintura. Y los tres artistas, crecidos en América, consiguieron mirar a la cara, directamente, a pintores europeos de su generación tan grandes como Bacon y Freud. Por esa razón, Nueva York se siente muy orgullosa de De Kooning, quien además representa, junto con Rothko, el sueño americano, el del emigrante que se integra en América y logra triunfar.

Isabel me contaba, mientras marchábamos de sala en sala, lo que un día le comentó un amigo pintor español que vive en Nueva York: «Si triunfas en España, te consideran un gilipollas. Si triunfas en América, eres un héroe».

Hoy es un hecho que los tres pintores del expresionismo abstracto neoyorquino son juzgados fundamentales a la hora de explicarse la pintura del siglo XX. Pero, en mi opinión, De Kooning es el más interesante de los tres. Mientras las obras de Rothko y Pollock me parecen, en cierto sentido, callejones sin salida, creo que De Kooning abre nuevos caminos a la expresión artística. La maestría con que conjuga lo abstracto y lo figurativo fue, a la postre, algo que sus colegas abstractos no le perdonaron. Y en cierto sentido, a De Kooning le sucedió algo parecido a lo que le pasó a Lorca, cuando sus compañeros de experimentación artística, Buñuel y Dalí, le reprocharon haberse apartado del surrealismo con sus obras teatrales y, en

especial, con su maravilloso poemario *Romancero gitano*. Lorca les daría su merecido a sus amigos tiempo después con una obra magistral, quizá el poema cumbre de todo el movimiento surrealista, *Poeta en Nueva York*.

*Yo estaba en la terraza luchando con la luna.
Enjambres de ventanas acribillaban un muslo de la noche.
En mis ojos bebían las dulces vacas de los cielos
y las brisas de largos remos
golpeaban los cenicientos cristales de Broadway...*

¡Tomad y volved a por otra!, pudo bien decirles Federico a sus dos amigos.

De Kooning fue, por otra parte, un pintor que rechazaba la improvisación y todo el impulso ciego, eso que se conoce como «la pintura en acción». La esencia de su obra es pura experimentación siempre controlada. Hacía y deshacía un cuadro sin cesar hasta que daba con la médula de lo que quería expresar.

A los doce años, en 1926, emigró clandestinamente al país desde Rotterdam, donde había nacido, y se ganó la vida como pintor de brocha gorda, al principio en una situación de inmigrante ilegal. Su primer éxito lo obtuvo con una exposición de cuadros abstractos, casi todos realizados en blanco y negro por una razón muy sencilla: no tenía dinero para comprarse pinturas de colores. Desde ese día fue considerado un maestro y su obra comenzó a derivar hacia una forma muy peculiar de crear: en vez de llegar a la abstracción a través de una síntesis de lo figurativo, optó por el camino contrario.

Esa mezcla de abstracto y figuración se expresa con toda rotundidad en su cuadro *Mujer 1*, el primero de una serie de lienzos agrupados y numerados bajo el título *Mujer*, pintados entre 1950 y 1952, y que son propiedad del MoMA. La *Mujer 1* es turbadora: parece un cadáver escapado de su tumba, con un rostro que recuerda al de un agresivo insecto y unos pechos enormes de aspecto sideral. La temible dama enseña los dientes bajo una mueca de los labios que puede tomarse como una sonrisa voraz o la expresión de un intenso deseo sexual. O quién sabe si no es el gesto de una asesina que se propone acometer su siniestra tarea. Uno no puede estar seguro de si esta mujer es una amazona de la mitología o una matrona hambrienta o una ninfómana liberada de cadenas. Yo opto por la mitología: ¿Clitemnestra, Afrodita, la Medusa, la Gorgona o la Pitonisa de Delfos? ¿O todas a la vez?

Visitar una exposición de la mano de un pintor es un privilegio y te ahorra andar con esos cascos que te van explicando en grabaciones la exposición de cuadro en cuadro y de sala en sala. Isabel me hablaba de asuntos más interesantes: por ejemplo, las influencias de Picasso y Miró en las obras de juventud del holandés; me aclaraba detalles sobre las técnicas y algunos de los materiales que usaba De Kooning, y me contaba también aspectos sobre la evolución de su pintura a lo largo de los años, hasta llegar a esa etapa final en la que, ya aquejado de alzhéimer, el artista empieza a convertirse en un pintor apenas comprensible y explicable. A la vista de algunos de los primeros dibujos figurativos del holandés, Isabel me hacía notar que el abstracto requiere una gran formación pictórica, ya que se trata de una síntesis, no de una incongruencia o de un capricho banal, como mucha gente tiende a considerar. «Primero hay que saber —me dijo— para destruir después.» Yo le recordé aquello que decía el autor de *La tierra baldía*, el poeta angloamericano T. S. Eliot: «Es preciso dominar con maestría las reglas poéticas para ganarse el derecho de burlarlas».

Isabel me dio un dato que yo no conocía: tanto De Kooning como Bacon han sido de los pocos artistas plásticos que han pintado dientes en sus retratos. Y añadió: «Algo parecido hizo Velázquez con su *Inocencio X*: era la primera vez que, en un retrato, aparecían las gafas. Eso fascinó a Bacon, que lo desarrolló en sus ocho versiones de la pintura velazqueña».

De Kooning dijo en una ocasión: «Hay que cambiar constantemente para ser uno mismo». Nueva York lo adora, quizá porque, en otro momento, precisó: «Yo no soy americano; soy neoyorquino».

He regresado a casa de noche y con mucha lluvia. Caminé inseguro por las mojadas calles del Midtown, con miedo de toparme con una de las mujeres de Willem de Kooning, escapada de pronto del lienzo y hambrienta de carne de hombre.

Sábado, 24 de septiembre

Creo que ya he dicho que el clima en Nueva York es impredecible. Consultas por internet la meteorología y reparas en que pocas veces los pronósticos resultan atinados. A veces pienso que, si volviera a nacer y tuviese que elegir profesión, escogería la de meteorólogo, porque es oficio de gentes que casi siempre se equivocan y nunca pierden su puesto de trabajo. Imaginen a un piloto que se confunde al aterrizar y provoca la muerte de doscientas personas; o a un periodista que informa de una noticia falsa; o a un torero que echa a correr cuando arremete el toro; o a un futbolista que falla tres goles seguidos a portería vacía..., un desastre. Pero el meteorólogo es como el político: nunca dice la verdad y siempre sale nadando y airoso.

En los noticiarios de estos días, se dice que es tiempo de *showers*, palabra que se traduce también como chaparrón y como ducha. Así que hay que ir dispuesto a caminar de ducha en ducha. Y vestido.

Tiempo impredecible, digo: llueve a ratos, hace calor húmedo, los paraguas surgen como champiñones bajo un súbito chubasco, y ves a los hombres salir de sus oficinas en mangas de camisa, la chaqueta al brazo, la corbata desanudada, la mirada perpleja apuntando al cielo y los rostros sudorosos. Las muchachas, en minifalda, con blusas ligeras, los hombros al aire y dulces escotes, suelen caminar con sandalias y un par de botas de agua metidas en una bolsa de plástico que llevan para caso de emergencia. Da gusto verlas cuando se sientan en cualquier banco y se cambian de calzado con una enorme naturalidad y exentas de pudor.

De modo que, a causa de la lluvia, paseo poco y trabajo más horas, encerrado en mi apartamento, en mi nueva novela. Es lo que tiene el mal tiempo: nos hace mejores escritores porque salimos menos. A lo mejor es por eso por lo que los países del norte tienen muchos más premios Nobel de Literatura que los del sur.

Una vez, en un pueblo de Almería, un amigo mío pescador, casi analfabeto, me dijo con aire solemne:

—Javier, yo sé que tú eres escritor. Y me gustaría leerte. Pero eso de leer es más del norte. Aquí es más el salir.

En fin, que en Nueva York escribo mucho en estos días de «no salir».

Hoy al atardecer, no obstante, me he asomado entre chubascos a Washington Square. Y creí percibir un tono levemente amarillento en los árboles y un leve temblor en sus hojas. ¿Se aproxima el otoño?

Llovía y escampaba. Y los guitarristas y saxofonistas que tocan a diario en la plaza para sacarse unos dólares se refugiaban cuando atacaba la lluvia y corrían a actuar cuando amainaba.

Washington Square puede que sea la plaza más hermosa de Nueva York. No es demasiado grande, está cubierta de arbolado y resulta elegante con sus casas de los siglos XVIII y XIX: conserva el alma de aquel Nueva York que decidió compararse a Europa, ser su semejante, antes de dar el salto para superarla. Es la América de Henry James, ese novelista americano que fue el más europeo de los novelistas americanos. Era un escritor soberbio, pero se equivocó de sitio: tendría que haber nacido inglés. En cierto sentido, me recuerda a T. S. Eliot, el gran poeta americano que decidió ser inglés. Los dos son escritores de ida y vuelta.

Henry James, en la novela homónima de esta bonita plaza, en la que por cierto nació y vivió un tiempo en su madurez tras una larga estancia en Europa, escribía en 1881: «Esta parte de Nueva York es para muchos la más agradable. Tiene una especie de aire de reposo establecido que no se encuentra en otros barrios de esta larga y estruendosa ciudad; posee un aspecto más maduro, más rico y más digno que ninguna de las ramificaciones superiores... [...] El ideal de reposo y retiro acomodado, en 1835, se encontraba en Washington Square».

También en este literario espacio urbano nació en 1911 el periodista y escritor John Reed, del que ya he hablado antes; y el dramaturgo y premio Nobel Eugene O'Neill vivió en el número 38 de la plaza en 1915. En un banco del parque, mediados los años ochenta del siglo XIX, Robert Louis Stevenson y Mark Twain se sentaron al sol durante hora y media a charlar de literatura. El americano lo recuerda en un pasaje de su *Autobiografía*, un libro tan singular como espléndido, y describe así a su amigo:

Era una persona escasamente provista de carnes; sus ropas parecían

caerle en huecos como si no hubiera nada por dentro salvo el armazón para la estatua de un escultor. Su cara alargada, el pelo lacio, su tez oscura y la expresión abstraída y melancólica parecían encajar perfectamente de forma exacta y armoniosa, y el conjunto se ofrecía a la vista especialmente planeado para concentrar tu observación sobre el rasgo más distintivo y notable de Stevenson: sus espléndidos ojos. Ardían con fuerza como tizones encendidos bajo los arcos de las cejas y le hacían bello.

Los dos escritores estuvieron un rato burlándose de algunos colegas de su época. Twain, con su peculiar sentido del humor, cuenta que, en un momento dado, Stevenson le preguntó:

—¿Puedes nombrarme al autor norteamericano cuya fama y aceptación se extiendan más a lo largo y a lo ancho de Estados Unidos?

Pensé que sí, pero me pareció inmodesto decirlo en voz alta, dadas las circunstancias. Así que, por vergüenza, no dije nada. Stevenson se dio cuenta y me dijo:

—Guárdate la modestia para otra ocasión, que tú no eres el único.

Twain, que había nacido en un pequeño pueblo de Missouri, viajó con frecuencia a Nueva York durante su vida y, en la última etapa de su existencia, vivió en un piso del número 21 de la Quinta Avenida antes de trasladarse a Connecticut, en donde murió en 1910. Su vivienda neoyorquina estaba a dos pasos de Washington Square y no muy lejos del número 103 de la Cuarta Avenida, entonces el domicilio de Herman Melville, en donde escribió su *Chaqueta blanca*. Y también en el lado noroeste de la plaza, en el 116 de Waverly Place, tuvo una habitación alquilada durante un tiempo Edgar Allan Poe, nacido en Boston, de quien se cuenta que hizo allí una lectura de su gran poema «El cuervo», en 1845. Desde 1837, Poe residió permanentemente en Nueva York, casi siempre en el Village, y sólo salió del barrio para ir a morir miserablemente en el Bronx, en una modesta casa de madera que aún se conserva en pie.

Resulta curioso que —por llamarlos de alguna manera— los tres padres fundadores de la literatura propiamente americana, de los que tan sólo Melville había nacido en Nueva York (en el número 6 de un edificio —hoy desaparecido— de Pearl Street), coincidieran en la plenitud de sus carreras en

un espacio tan reducido de la enorme ciudad. En su libro *Literary New York*, Susan Edmiston y Linda D. Cirino escriben de Melville y Poe:

En la década de los cuarenta en Nueva York emergieron los dos genios que, rompiendo con la tradición inglesa, escribirían en una forma completa y característicamente americana. Ellos fueron los dos grandes, sin discusión, genios americanos.

Con permiso de las dos autoras, yo incluyo en el glorioso elenco a Mark Twain.

Washington Square es la antítesis de Times Square, la chabacana y más hortera plaza de Nueva York, en donde los jóvenes, que no paran de fotografiarlo todo con sus móviles, se sienten en el centro del mundo. Comparar Washington Square con Times Square es como poner frente a frente la plaza Mayor de Madrid con la Puerta del Sol, o la place des Vosges de París con L'Étoile. La riqueza de las ciudades reside en su íntima elegancia: en Washington Square vivió Henry James; en la place des Vosges, Victor Hugo, y en la madrileña plaza Mayor anduvo Cervantes peleando por conseguir un piso barato.

Llueve y regreso a casa en metro. Todos los vagones de la línea 6, en dirección Uptown, van atestados. Y la megafonía de los trenes repite que, si hay viajeros con problemas de movilidad, los otros deben cederles el asiento.

Nueva York es una ciudad gentil.

Domingo, 25 de septiembre

Le había tomado gusto al góspel el primer día que asistí a la ceremonia, hace una semana, y esta mañana volví de nuevo a la Pilgrim Cathedral de Harlem para asistir al oficio dominical. El ritual era diferente al del domingo anterior: en primer lugar, por la vestimenta de los predicadores. Por ejemplo: el obispo Hopkins, jefe de toda la congregación, llevaba un traje oscuro en lugar del alba blanca, y a su lado, uno de los principales predicadores, un ardoroso gordo de aspecto dinosáurico, que cantaba con una fastuosa voz de barítono y que arrastraba al coro y a los fieles tras él como si fuera un flautista de Hamelín sin flauta, vestía, en lugar de las ropas religiosas de su condición de ministro de la secta, un traje de rayas blancas y negras con refulgentes solapas de este último color y corbata luminosa de plata chillona.

Otra vez, como el domingo de la semana pasada, acabé bailando. Y coreando en voz alta un rezo cuya letra me entregaron en un papel. Decía:

La iluminación explotará en mi mente y en mi espíritu, cambiará mis pensamientos naturales por los pensamientos del reino de Dios, la palabra cambiará mis pensamientos sobre el sistema de este mundo. Yo cambiaré gracias a la palabra de Dios. ¡Nunca seré otra vez el mismo, pensaré positivamente a diario! ¡Aleluya, aleluya, aleluya...!

Detesto la palabra «aleluya». Sólo me gusta en la voz de Leonard Cohen.

Al terminar la oración, sucedió algo inesperado: una afroamericana de unos cincuenta años salió de entre los fieles y comenzó a interpretar bajo el estrado un baile que parecía una danza tribal. Lucía un vestido color malva y se movía como un derviche en pleno trance. De pronto, tomó una espada de mango de plástico y hoja de goma y comenzó a luchar contra un ser imaginario, tal vez un dragón invisible o quién sabe si un diablo al que únicamente veía ella. Y cuando lo derrotó a mandobles, alzó una bandera de color crema, que paseó por la sala, en cuyo centro se leía la palabra HOLY (sagrado). Y todos los fieles inundaron el aire de aleluyas.

Las ceremonias de estos oficios dominicales comienzan hacia las once de la mañana y concluyen a eso de las cuatro o las cinco de la tarde. Yo me quedé tan sólo hora y media. Poco antes de salir, el obispo Hopkins iniciaba su rítmico sermón, palabras que se iban convirtiendo en canto. Y los fieles palmeaban y la orquesta se unía después al éxtasis general. Todos bailaban unidos, junto a rastafaris y fornidos jugadores de béisbol o de fútbol americano, al lado de ancianos flacos y venerables, próximos a mujeres de enormes culos y niños que disfrutaban de la ceremonia como de un juego... Y venga aleluyas.

No creo que regrese otro domingo a ningún templo evangélico.

¡Aleluya!

Martes, 27 de septiembre

Ayer lunes deambulé por los alrededores de Central Park, en el Upper West Side, y fui a parar a un singular edificio: el Museo de Ciencias Naturales, creado en 1877. Es un espanto arquitectónico: un estilo llamado «romanesco», a mitad de camino entre un castillo medieval habitado por princesas y una fortificación militar. Y el grupo escultórico que se alza en la entrada es casi peor: se esculpió en 1920, en honor del que fue presidente número 26 de Estados Unidos, entre 1901 y 1908, Theodore «Teddy» Roosevelt. Sin duda fue uno de los mejores mandatarios de la historia americana, sobre todo por las reformas sociales que emprendió, su defensa de las leyes democráticas y su férrea actitud contra la corrupción. Pero al tiempo, fue un machista furibundo, siempre aparecía con un revólver al cinto al estilo John Wayne y, aunque se presentaba como un naturalista, fue un cazador implacable que colaboró con su propio rifle, disparando desde los vagones de los trenes que viajaban al oeste, a la casi extinción del búfalo de las grandes praderas. En los años veinte del pasado siglo, organizó una gran expedición al África Oriental, el mayor safari de la historia, para traer a su país cadáveres de grandes animales a los que disecar. Y el resultado de la empresa venatoria —con fines científicos en apariencia— fue una carnicería. Entre otras, se cobraron numerosas hembras de rinoceronte blanco, ya por entonces en peligro de extinción y hoy prácticamente desaparecido en libertad.

En el Museo de Ciencias Naturales están unos cuantos de aquellos animales asesinados por Teddy en nombre de la ciencia.

Pero lo peor del lugar no es eso. Hay en varias salas exposiciones sobre las culturas primitivas, algunas de ellas africanas y otras de indígenas americanos: indios de la costa noroeste, indios de los bosques del este, indios de las grandes praderas... Y todas representan una historia: cómo vive una tribu en sus tiendas, cómo cazan, como guerrean...

Las salas no están lejos de aquellas que albergan animales africanos disecados. O sea: que cerca de la urna que contiene el cuerpo disecado de un

mono puede encontrarse un muñeco que representa a un sioux...

Me trae un extraño olor el lugar, algo así como a imperialismo antropológico. Y me pregunto por qué en el Museo de Ciencias Naturales de Central Park no hay salas dedicadas al hombre blanco americano y al europeo.

Me encantaría ver escenas de muñecos con vaqueros del Oeste peleando a tiros en un *saloon*, o al Séptimo de Caballería arrasando un poblado indio en las praderas de Dakota, o a gángsteres disparándose entre ellos en Chicago, o a unos banqueros de la neoyorquina Wall Street nadando en montañas de oro, como el Tío Gilito.

Ahora el clima trae días inciertos, de nubes que cabalgan dudosas oscureciendo el cielo y descargan inesperados chubascos. Por las mañanas, la neblina acaricia la superficie de los dos grandes ríos que abrazan Manhattan. Pero en ocasiones, los atardeceres son esplendorosos. Hace unos días me acerqué a Riverside Park, sobre las aguas del Hudson, creo que en el lugar en donde se rodaron algunas de las últimas escenas de *Hannah y sus hermanas*, de Woody Allen. No había mucha gente, sólo unos cuantos holgazanes como yo dedicados a lo mismo que yo, o sea: nada más que a pasear y mirar.

Al otro lado del río veía recortarse la sosa línea de los edificios de New Jersey contemplado desde el Riverside, en la orilla oriental del río Hudson. No es un bello panorama, al contrario que la visión del *skyline* de Manhattan visto desde Brooklyn. Pero cuando el sol descendió burlando las nubes altas y asomó su virulencia anaranjada, la sosería mudó a una luminosidad de asombroso vigor. El cielo, en los lugares despejados, brillaba en un potente azul. Y la raya del horizonte pareció arder, como si un pavoroso incendio se hubiera desatado en los grandes bosques de las honduras de New Jersey. El sol iba cayendo con enorme lentitud detrás de un alto edificio en forma de cubo y las ventanas se iluminaron de pronto, como si surgiera una luz de su interior, como si fueran múltiples y espantados ojos. En su altura, el cielo lucía un color malva. ¡Y cuánto duran los ocaños a principios del otoño neoyorquino!

Hoy he decidido acercarme a contemplar el atardecer en el East River, en la orilla de Brooklyn, adonde me lleva un ferry desde un pequeño embarcadero cerca de la calle 34 de Manhattan. Y apoyado en la baranda sobre el río, veo la estructura ciclópea del puente de Brooklyn, la línea de los rascacielos que rodean Wall Street y los edificios que van alzándose en la Zona Cero, el lugar

en donde se derrumbaron las Torres Gemelas del World Trade Center hace diez años. A la derecha, pincha el cielo la aguja del Empire State y, más allá, asoma su cumbre el edificio Chrysler, el rascacielos que más me gusta de Nueva York. Y a la izquierda, ya en el mar, se distingue la figura lejana de la estatua de la Libertad.

En el río había un intenso tráfico de transbordadores, que viajaban a buena velocidad, como si fueran motos de agua, y largas y lentas gabarras cargadas de mercancías. Varios helicópteros policiales zumbaban como abejorros sobre los rascacielos de Wall Street y, casi cada tres o cuatro minutos, veía elevarse un avión de pasajeros, desde el suroeste de Brooklyn, rumbo a otras ciudades y a otros continentes.

Cantó Walt Whitman, el gran poeta neoyorquino nacido en Long Island y criado en Brooklyn:

*Yo también, muchas, muchas veces, crucé el río
y contemplé el vuelo de las gaviotas de diciembre...
Y vi las velas blancas de las goletas y de los
faluchos;
y vi los navíos anclados...[\[7\]](#)*

Los edificios de Wall Street, a pesar de que sus ventanas mantenían muchas luces encendidas, parecían dormir, horas después de que los empleados de sus oficinas hubieran regresado a sus casas terminado el horario de trabajo. El sol, oculto tras los rascacielos, iluminaba las fachadas de aquellos que se alzaban más al norte, como el Empire State y el Chrysler. Y poco a poco, una línea rosada fue tiñendo el cielo a las espaldas de la estatua de la Libertad.

Todo sucedía despacio, la tarde desfallecía lentamente sobre Manhattan y el East River. En el cielo se mezclaban un azul cobalto con el rosa y un sutil color anaranjado que provenía del sol que iba poniéndose a la espalda de la isla. Y las ventanas de las cúpulas de las torres comenzaron a encender sus luces para recibir a la oscuridad. Durante unos largos minutos, el día y la noche coquetearon el uno con la otra sobre el río, que temblaba y enviaba contra la orilla del embarcadero el sonoro oleaje levantado por los transbordadores. Se encendió la llama de la estatua de la Libertad, brilló en un tenue amarillo la cara del edificio Chrysler y la aguja del Empire State refugió como una espada plateada, como si celebrase un luminoso funeral en honor del día que acababa de fallecer.

Pensé en la belleza del mundo, incluso en la hermosura de algunas de las ciudades que ha levantado la malévola y a veces noble —sólo a veces— criatura humana.

Miércoles, 28 de septiembre

Nueva York es una ciudad que sabe renovarse. Uno la visita después de una ausencia de dos o tres años y ya no es la misma: en donde había una librería encuentras un restaurante japonés; en un local de música, una sala de teatro alternativo; en una pizzería, una peluquería.

Lo observaba con perspicacia e ironía, en su libro *Washington Square*, el novelista Henry James:

Esta ciudad está creciendo tan deprisa que uno no se puede quedar rezagado. Todo va hacia arriba: hacia ahí es adonde va Nueva York... [...]. Lo que hay que hacer cuando se vive en Nueva York es mudarse cada tres o cuatro años de vivienda. Así se está siempre a la última.

En 1922, G. K. Chesterton, en su obra *Lo que vi en América*, escribía:

Nueva York está siendo continuamente renovada. Un extranjero bien podría decir que la principal actividad de los neoyorquinos no es otra que destruir su propia ciudad; pero no tardaría en comprender que continuamente se disponen a reconstruirla desde el principio, con energía y esperanza inagotables [...]. Todo esto envuelve este impresionante y resplandeciente lugar en una atmósfera de ruina única y sin parangón.

Y O. Henry, uno de los maestros norteamericanos del relato corto, añadió: «Nueva York será una ciudad estupenda el día que la terminen».

El parque High Line es un buen ejemplo de lo que digo. En origen era una línea de tren elevado que, desde su inauguración en 1934, recorría en paralelo el Hudson sobre la Décima Avenida; un pequeño tramo del barrio de Chelsea, en el lado oeste de la ciudad. Su razón de ser era el alto número de víctimas que se producía en la avenida (llamada por entonces la «avenida de la

muerte»), por causa de los trenes y tranvías que recorrían antes la vía a ras de suelo. Era tanto el riesgo de morir bajo las ruedas de un tren que, antes de idear el ferrocarril de la High Line, llegó a crearse una especie de patrulla denominada «West Side Cowboys» (Vaqueros del Lado Oeste), formada por jinetes que galopaban al frente de las locomotoras, enarbolando banderas rojas para avisar a los peatones y vehículos del paso del tren.

No obstante, en los años ochenta del pasado siglo, la ruta ferroviaria perdió utilidad y fue abandonada. ¿Qué hubieran hecho, por ejemplo, en la época del «boom» inmobiliario, los políticos madrileños o valencianos con semejante antigüalla, alzada en unos terrenos pertenecientes al ayuntamiento y en un lugar de la ciudad ciertamente céntrico y bonito? Imagino que los nuevos solares habrían acabado en manos de los especuladores, se habrían recalificado y, a la postre, servido para edificar en su espacio pisos de lujo para millonarios y para «amiguetes» del partido gobernante. Y algunos políticos se habrían llevado un sustancioso tanto por ciento.

Pero en Nueva York no ha sucedido así. Una asociación de nostálgicos «amigos» de la High Line logró implicar al ayuntamiento en el empeño por salvar la estructura vial del tren. Se contrataron arquitectos, se diseñó un proyecto y, en el año 2004, se inauguró lo que, en lugar de un tendido ferroviario, sería un parque elevado sobre las calles del barrio de Chelsea, desde el que se divisan las aguas, terrosas en esa zona, del río Hudson. Y la gente pasea hoy sobre un tendido de vías antiguas ornadas con bonitas plantas y flores. Hay bancos en donde sentarse a leer poesía, lavabos públicos e, incluso, estanquillos en donde refrescarse los pies desnudos durante el caluroso verano. Nueva York es una ciudad con un alto sentido práctico.

Da gusto que los antiguos espacios de las ciudades se recuperen para el presente; entre otras cosas, porque salvan la arquitectura antigua: el mercado de San Miguel en Madrid, la antigua estación central de Sevilla, la Alhóndiga de Bilbao, una de las plazas de toros de Barcelona..., y así tantos otros, mundo adelante. Al pie de la High Line hay abierto un mercado de *delicatessen* en lo que fue en el siglo XIX una fábrica de galletas, en donde pueden encontrarse anchoas del Cantábrico, caviar de Irán, langostas del Maine y *sashimis* japoneses del mejor atún. La aldea global tiene sus ventajas.

El de Chelsea es un mercado para ricos, por supuesto. Pero en Nueva York ser rico no es pecado, aunque sí lo es la corrupción.

Jueves, 29 de septiembre

Nueva York, como Irlanda, venera a los escritores y hay lugares que se identifican precisamente porque algún escritor famoso anduvo por allí. Por ejemplo, el hotel Chelsea, que está cerrado por obras de rehabilitación y al que alguien, no recuerdo quién, bautizó como «la vieja señora de la calle 23». Ya he contado que ahí entró en coma etílico el poeta Dylan Thomas después de hartarse de whiskies en la taberna White Horse del West Village. Murió en el cercano hospital Saint Vincent's, pocas horas después.

Se dice también, aunque no está tan claro, que en el hotel terminó Jack Kerouac su famoso *On the Road* y que una noche, en el ascensor, un Leonard Cohen algo bebido intentó meterle mano a Janis Joplin. No se sabe si ella consintió y durmieron juntos o todo quedó en el elevador. En cualquier caso, el poeta-cantor canadiense dedicó una bonita canción al establecimiento y a una chica cuyo nombre omite:

*I remember you well in the Chelsea Hotel,
you were famous, your heart was a legend.
You told me again your preferred handsome men
but for me you would make an exception...*

Otro cantante, el inglés Sid Vicious, de los Sex Pistols, fue menos gentil con el sexo femenino: apuñaló a su novia Nancy Spungen en la habitación número 100, después de una salvaje noche de drogas en octubre de 1978; él mismo moriría de sobredosis en la ciudad, menos de tres meses más tarde.

Siempre nos quedará el recuerdo de Kim Basinger en *Nueve semanas y media*, protagonizando el más excitante striptease de la historia del cine ante Mickey Rourke —no reunía méritos para ello, sin duda— supuestamente en una de las habitaciones del Chelsea.

Mark Twain, en 1888; O. Henry, en 1907 y 1910; Thomas Wolfe, en 1937; Arthur Miller, en la década de los sesenta del pasado siglo, y unos cuantos

más, como Robert Flaherty y Mary McCarthy, se hospedaron en el hotel. Y durante un tiempo fue algo así como la cueva sagrada de la generación *beat*: los Kerouac, Ginsberg, Corso, Bukowski, Burroughs... Y aquí se alojaba Tennessee Williams cuando subía a la ciudad desde el lejano Mississippi.

En fin, Brendan Behan, el dramaturgo irlandés que más whisky bebió en su corta vida de cuarenta y un años —y eso es mucho whisky tratándose de un escritor irlandés—, escribió en el hotel la mayor parte de su libro sobre Nueva York durante el año 1961. A poco de llegar a la ciudad se había alojado en otro hotel, el Algonquin, pero le echaron, según se cuenta, porque cuando estaba borracho —o sea: todos los días y a todas horas—, perseguía a las camareras por los pasillos. El Chelsea le abrió sus puertas y no hay noticia de que allí siguiera acosando al servicio femenino.

En su libro sobre la ciudad, Behan escribió:

Quisiera que los dueños del hotel reservasen para mí un hueco en la placa que recuerda a los escritores que se hospedaron aquí. No soy lo bastante humilde para decir que no lo merezca, pero espero que no sea demasiado pronto, pues de todos los nombres que figuran en la placa, el único que creo que sigue vivo y muy en forma es James T. Farrell.

Behan murió tres años después en Dublín, alcoholizado, como su admirado Dylan Thomas.

La verdad es que, como albergue, el Chelsea no tenía nada de especial cuando lo visité por primera vez hace años, a causa de esa vieja manía personal de asomarme a los mitos literarios siempre que puedo. Pero cobraba un platillo por habitación debido a su fama y no me quedé a dormir. Conocí a un mamarracho español, que presumía de escritor, que aseguraba pasar temporadas en el hotel y alardeaba de que había escrito en el Chelsea sus mejores páginas. Yo ojeé una vez uno de sus libros y era imposible averiguar cuáles eran las peores, con lo cual encontrar las mejores se convertía en una tarea extraordinariamente ardua.

No hay un bar o restaurante en Nueva York propiamente literario, que yo sepa, como el Lyon del Madrid de antes de la Guerra Civil o el Gijón de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, o como Les Deux Magots o el Café de Flore del parisino Barrio Latino de entreguerras. En Nueva York un bar puede ser considerado literario si lo frecuenta un solo escritor y escribe algo sobre ello. Como hacía Norman Mailer con el O. Henry's Steak House del

Village.

Las que sí abundan en Nueva York son las tabernas de estilo irlandés, en donde corre la Guinness y la música suena fuerte. La más antigua es la McSorley's Old Ale House, que data de 1854 y en la que se prohibió la entrada de mujeres hasta 1970, cuando las organizaciones feministas forzaron con sus protestas al ayuntamiento a cambiar las normas del local, que se resumían en un lema: «Buena cerveza, cebollas crudas y nada de mujeres» (*Good beer, raw onions and no women*).

Los bares propiamente americanos suelen ser lugares de luces tenues y de música discreta, más relajados que los irlandeses. En ellos predominan los cócteles y el vino. Hace relativamente poco que los americanos han «descubierto» el vino. Y ahora producen excelentes caldos, no sólo en California, sino en otros estados como Oregón y Washington. El máximo especialista en vinos en el mundo es americano y tiene el mismo apellido que la famosa estilográfica: Parker. El vino, en los bares, lo sirven por copas a precios muy altos y resulta curioso que, al contrario que en España o Francia o en Italia, en donde se pide un ribera o un rioja, un burdeos o un borgoña, un véneto o un frascati, en Nueva York lo suelen ofrecer según la variedad de la uva: pinot noir, cabernet, merlot...

A menudo, los bares americanos sirven comidas ligeras y, con frecuencia, ostras y almejas. A mí me gusta mucho el Old Town, en el East Village, que frecuentaban John Dos Passos y Arthur Miller. Y también el John Dory y el Hillstone, del Midtown, cercanos a Park Avenue. Los dos tienen buenos caldos, no sirven cebollas crudas y rebosan de mujeres en plena explosión de su belleza, esto es: entre los treinta y tantos y los cincuenta y tantos años de edad.

En Nueva York se bebe sin freno, a toda hora y en cualquier lugar. Y hay casi tantas tiendas de vinos como floristerías y salones de manicura y belleza. Es posible que se deba a las leyes que prohibieron el alcohol en los años veinte del pasado siglo, que convirtieron a la ciudad en un vivero de alcohólicos clandestinos a los que parece que han ido dando cumplido relevo las siguientes generaciones.

Ser bebedor en Nueva York otorga cierta categoría. Por su parte, los sobrios ingresan en las sectas evangélicas y gritan incontables aleluyas los domingos.

Viernes, 30 de septiembre

Para hacerse una idea de lo que era Nueva York antes del hombre blanco, lo mejor es comprar un billete de tren en Grand Central Station en Park Avenue, que ahora se usa tan sólo como terminal de cercanías —aunque dadas las distancias en esta enorme ciudad, más bien podría llamarse terminal de lejanías—, tomar la línea del Metro-North Raibroad y viajar alrededor de dos horas en paralelo al río Hudson. El trayecto llega hasta una población llamada Poughkeepsie, pero en el camino, va deteniéndose en muchas pequeñas localidades que, con frecuencia, no son otra cosa que mínimos embarcaderos. Y si se viaja en el camino de ida sentado en el lado izquierdo del vagón, se disfruta de una visión virginal de la naturaleza: el río libre que en algunos tramos alcanza los tres kilómetros de anchura, bosques primigenios, colinas cubiertas de vegetación, ensenadas en donde nadan patos y cisnes, vuelo de rapaces en las alturas... Manhattan fue como estas salvajes riberas del Hudson cuando los hombres que las habitaban tenían la piel roja en lugar de blanca y, en algunos aspectos, eran más civilizados que los habitantes de hoy en día.

Nada es como fue. Pero el retrato del pasado puede entreverse entre los cortinajes del presente. Y sin duda produce nostalgia.

Hoy he disfrutado apeándome en el pequeño pueblo de Cold Spring para tomar una Brooklyn Lager en una terraza que mira al Hudson. He contemplado sin urgencia sus aguas serenas, ceñidas por paredes basálticas. Y después de una hora, me he vuelto a Nueva York, sentado, esta vez, en el lado derecho del vagón.

¡Qué enormes estos ríos neoyorquinos!

Sábado, 1 de octubre

Anoche paseaba en mangas de camisa y hoy la mañana me obliga a echarme encima un liviano jersey y un chubasquero. Los vientos traen de nuevo lluvias y un descenso sensible de la temperatura. Y Nueva York se entristece bajo las nubes negras. Los periódicos auguran un otoño pleno de rojos, amarillos y naranjas en las arboledas de Central Park.

¡Qué placer estos paseos cotidianos por Nueva York, incluso con lluvia! Alegran el ánimo, regalan unas incontenibles ganas de disfrutar de la existencia. Y camino siempre despacio, porque siento que la velocidad nos aleja de todo lo que merece la pena disfrutar en la vida. En el Libro IV de sus *Confesiones*, decía Rousseau: «Me encanta caminar a mi aire y detenerme cuando me place. Lo que necesito es la vida ambulante... De todas las formas de vivir, ésa es la que más me gusta».

¡Y qué hermosa palabra y qué hermoso privilegio es vivir! ¡Y cuán a menudo no le prestamos atención! En estos días de soledad neoyorquina, lejos de España, la memoria me trae a veces el recuerdo de mis amigos muertos: el lúcido y burlón Félix Ortega, el leal y generoso Pepe González Cano, el alma gigantesca de Pepe el Vinagre, la ironía inteligente de Pepe Xilu, la sabia socarronería de Juan Garrido, las risotadas infantiles de Manu Leguineche... ¡Cuántas incontables botellas me habré bebido con todos ellos...!

Cierro los ojos y no alcanzo a ver con claridad sus rostros. Y sin embargo, al oído me vienen de inmediato el timbre y los tonos de sus voces, las palabras que gustaban de utilizar. ¡Con qué rapidez se va la vida!, ¡qué poco tiempo estuvieron aquí, tan cerca de mí, durante esos días eternos que ahora han volado y se han esfumado como nieve golpeada por el sol! ¿Por qué no fui capaz de presentir que se irían tan temprano y de disfrutar con mayor intensidad de su cálida compañía?

La vida es un regalo demasiado grande como para que seamos capaces de comprenderla en toda su hermosa dimensión. Los sentidos, el sexo, la música, la caricia del sol, la palabra amiga... Y se esfuma antes de que nos demos cuenta de su hondo y bello significado. Da rabia pensar lo.

Y ahora llega el otoño y los árboles se apresurarán a desnudarse. Los contemplo con la misma melancolía que recuerdo a mis amigos muertos. Y los siento también como compañeros de mi vida.

Amo a los árboles. Y me gustaría ser su amigo y conversar con ellos, hablarles y escucharlos. Canta Walt Whitman de nuevo en mis oídos:

*¡Sonríe, oh tierra voluptuosa de fresco aliento!
¡Tierra de árboles adormecidos y líquidos!...[8]*

Domingo, 2 de octubre

Caminaba esta mañana por las orillas de Central Park, a lo largo de la calle 60, que cierra el parque por el lado sur. Y me fui fijando en las estatuas. A las ciudades las significan en cierto modo sus estatuas. Y en mi opinión, el catálogo estatuario no es lo mejor de Nueva York, dicho con todos los respetos. La primera de todas, en la esquina de la Quinta Avenida, es un bronce teñido de dorado de William T. Sherman, un general nordista de la guerra de Secesión que llevó a cabo una verdadera masacre de confederados con su política de «tierra quemada» y que prosiguió saciendo su sed de sangre en las «guerras indias» de las últimas décadas del siglo XIX. Una de las grandes gestas de este general fue ordenar la evacuación de Atlanta antes de incendiarla y reducirla a cenizas. En una de sus escenas más dramáticas, la película *Lo que el viento se llevó* rememora aquel episodio.

Yendo hacia el oeste por la misma calle 60, se alza la estatua en honor de Bolívar y, un poco más adelante, la del general San Martín, dos de los principales caudillos de la independencia latinoamericana. Algo más allá, está el cubano José Martí, que vivió unos cuantos años en Nueva York. Y cerca, un monumento en honor de los muertos del *Maine*, el navío americano hundido en circunstancias extrañas que desató la guerra de Estados Unidos contra España en tierras cubanas. Y en fin, la última estatua, ya en Columbus Circle, en donde está el kilómetro cero de Nueva York, representa a Cristóbal Colón, y en su pedestal, como ya he contado, se destaca su condición de italiano y de «residente de América» (suena sin duda a broma ingeniosa), al tiempo que se resalta su gesta como descubridor del continente, sin que se mencione para nada que la expedición la financió España ni hacer referencia a su más imponente hazaña: que fue el primer hombre en poner un huevo de pie. Todo el frente sur de Central Park está lleno, pues, de referencias a España, aunque sean sesgadas.

Seguí luego hacia el norte por la Central Park West, la prolongación de la Octava Avenida, hasta alcanzar la calle 72, en donde se encuentra el edificio

Dakota. Aquí asesinaron a John Lennon. Siempre hay turistas haciéndose fotos en el portal y algunos dejan ramos de flores en recuerdo del músico. Y lo que son las cosas: no hay una estatua suya.

La escultura conmemorativa, en Nueva York, es un arte injusto: casi siempre recuerda a los militares victoriosos, a los mártires doloridos, a los políticos triunfadores, a los reyes benevolentes y, en ocasiones, a los valerosos descubridores. Pero con frecuencia olvida a los artistas y a los científicos. Por eso me complace encontrar estatuas cubiertas de cagadas de aves.

Menos mal que, entrando en Central Park por el llamado Paseo de los Poetas, hay una escultura algo escondida que representa a William Shakespeare.

Lunes, 3 de octubre

Creo que no hay lugar en el mundo en donde suene tanta música como en Nueva York. Algunos clubes del Village comienzan sus actuaciones poco después del mediodía mientras que los de Harlem prolongan las suyas hasta bien entrada la madrugada. Hay a diario musicales en Broadway, conciertos de clásica en Carnegie Hall y músicas de diversos países en modestas salas y teatros principales como el Beacon, desde tangos a ritmos africanos y, de cuando en cuando, alguna actuación estelar de un grande del country. Grupos pequeños tocan por libre en los parques de toda la ciudad, sobre todo al atardecer y durante los fines de semana, y en algunas galerías del metro se escuchan en ocasiones solos melancólicos de saxo o a cantantes llegados del sur y del oeste, armados de guitarra, que atacan temas de Johnny Cash y de folk oesteño.

Anoche bajé al Village, a un señorío local de jazz y blues, el Blue Note. Actuaba un puertorriqueño virtuoso del piano, Michel Camilo, que interpreta una suerte de jazz latino y, a veces, piezas cortas de música contemporánea compuestas por él mismo. Le acompañaban un contrabajo cubano, Charles Flores, y un percusionista también puertorriqueño, Horacio Hernández. Fue un soberbio concierto en el que, entre otras, tocaron una espléndida versión de *Alfonsina y el mar*, la bella canción de Félix Luna y Ariel Ramírez en recuerdo de la poetisa que, en 1938, se suicidó en Mar de Plata. El grupo la interpretaba tan sólo con los instrumentos, pero yo la cantaba mentalmente:

*Por la blanda arena que lame el mar
su pequeña huella no vuelve más,
un sendero solo de pena y silencio llegó
hasta el agua profunda,
un sendero solo de penas mudas llegó
hasta la espuma...*

¡Cómo envidio a los músicos y qué felices nos hacen!

En estos clubes hay una arraigada costumbre: cuando acaba la función y los intérpretes se retiran a sus camerinos, las puertas están abiertas para sus fans, que suben a comprar sus cedés y a pedir el autógrafo del músico. Charlé un buen rato con Camilo, un hombre cálido y simpático. Me firmó su último trabajo, grabado el año anterior, en vivo, en el Blue Note. Aquí, en la gigantesca Nueva York, en ocasiones la distancia entre el mito y la gente de a pie se esfuma, como si hubiera un acuerdo no escrito de proximidad entre el creador y sus leales.

Me llamó la atención observar que, mientras tocaban, Michel, Charles y Horacio no dejaban de enviarse sonrisas de complicidad y gestos de aprobación. Y cuando uno de los tres interpretaba un solo, los otros dos parecían aplaudirle con la mirada dándole ánimos.

Hace unos días, en el Village Vanguard, fui a escuchar a una orquesta de dieciséis músicos blancos, de lo que no he dado cuenta en estos cuadernos. El concierto me pareció solemne y algo atrabilado, en tanto que el que escuché en el Smoke de Harlem, jornadas atrás, y del que sí que hice referencia, me despertó una sensación de drama y aventura. El de anoche resultaba frenético y vivaz.

¡Cuánta riqueza la del jazz! Ya he dicho que, antes de venir a esta ciudad, no lo apreciaba demasiado. Pero ahora, viviendo en Nueva York, me enredo más y más en los laberintos de su música.

Martes, 4 de octubre

Muchas veces me he preguntado, tanto en Madrid como en Nueva York, si el teléfono móvil es un poderoso medio de comunicación o una expresión de la soledad. Creo que más bien lo segundo. Y en Nueva York se acentúa esa idea en forma rotunda.

La mayor parte de los neoyorquinos andan a todas horas con el teléfono en la mano: lo sacan en el autobús y lo consultan; en los mostradores de los bares, los solitarios lo encienden y miran la pantalla embebidos (qué oportuna palabra) entre trago y trago; en las colas del supermercado, los clientes juegan con el aparato a quién sabe qué; cuando en las horas punta sale la gente en riada de las bocas de metro —en los subterráneos hay poca o casi ninguna cobertura— la mayoría enciende los portátiles y miran con ansiedad si han llegado mensajes o hay llamadas perdidas. Imagino anhelos frustrados cuando no hay mensaje, amores sin respuesta, deseos incumplidos, pasiones que se esfuman entre satélites.

La soledad crece en estos tiempos al mismo ritmo que se agigantan, se extienden y se popularizan los medios para comunicarse. Quizá porque ya no hay pretexto para el olvido.

Hay otras formas de soledad en la gran ciudad, desde luego. Por ejemplo, caminar en todo momento con los cascos de MP3 en las orejas. O comerse una hamburguesa a mediodía en un banco de Madison Square Park, cerca de tu oficina, sin ningún compañero de trabajo al lado. O salir a pasear al can vestido con un chándal a las diez de la noche y mirar a los lados para intentar encontrar a otra persona que vaya acompañada de su perro y no dar con alguien. O tener cara de estar convencido de que nadie te quiere demasiado, ni siquiera tú mismo.

Para mí, la más triste de todas las imágenes es la de una muchacha que se detiene en una populosa avenida y posa su mirada melancólica sobre la pantalla de su teléfono, mientras la multitud camina apresurada a su alrededor. Y en el móvil no hay mensajes ni llamadas perdidas de su secreto amor.

El teléfono móvil nos quita todos los pretextos con los que pudiéramos consolarnos del olvido.

Miércoles, 5 de octubre

Esta mañana me he echado a deambular por la zona de Wall Street y la caminata me ha dejado dolorido. En Nueva York se anda mucho, aunque uno no quiera. Y por una curiosa razón: sientes que aquí está todo muy cerca cuando en realidad todo se encuentra muy lejos. La isla tiene la friolera de veintiún kilómetros y medio de largo.

El mapa de Manhattan, como los de otras ciudades, es engañoso. A la isla la llaman, entre otras cosas, la Gran Manzana, ignoro por qué (más bien, no me ha interesado averiguarlo). Mirando el dibujo de la ciudad, a mí más bien me parece, a veces, una gabarra que navega lenta entre dos estrechos ríos cuando, en la realidad, el East River y el Hudson son dos poderosos, anchos y bravos cursos de agua.

Si se excluye el sur de la isla —la urbe antigua, el llamado Downtown—, Nueva York está hecha para que no se pierdan ni los tontos. Las anchas avenidas, a excepción de Broadway, que es transversal, viajan de sur a norte y son catorce en total. La mayor parte de ellas se nominan por su número, de este a oeste, pero algunas se pavonean de noble título, como Lexington, Madison, Park y la citada Broadway.

Las calles van en horizontal, de este a oeste, de río a río, y son cerca de doscientas, entre Battery y el extremo norte de Washington Heights. En el Downtown, casi todas llevan nombre, como Warren, Chambers, o Canal, o Houston, y a menudo son como las vías de las viejas ciudades europeas: sinuosas, cortas, estrechas. Pero a partir de la Octava, en el lado norte de Washington Square, todas ya se reconocen por el número.

Según la altura de sus calles, Nueva York se divide en tres áreas: Downtown, Midtown y Uptown. Y tomadas en vertical, hay dos zonas: East Side y West Side. La división entre el este y el oeste la marca, en casi toda la ciudad, la Quinta Avenida, algo así como la vértebra de Nueva York. En mitad de Manhattan, se encuentra el famoso Central Park, más o menos haciendo las veces de frontera entre el Midtown y el Uptown.

Además de eso, hay barrios que llevan nombres específicos, como TriBeCa, Chinatown, Little Italy, SoHo, West y East Village, Chelsea, Murray Hill, Hell's Kitchen, Upper West Side y Upper East Side, Washington Heights... Brooklyn, Queens, el Bronx y Long Island forman parte de Nueva York, pero son espacios separados de Manhattan por el East River.

Entre Manhattan y el sur de Queens hay una isla habitada, Roosevelt, un distrito que pertenece a Manhattan. Y entre Manhattan y el norte de Queens, otras dos islas: Randall's y Wards.

Para unir Manhattan con el barrio de Brooklyn (que, por cierto, es parte de un gigantesco territorio isleño llamado Long Island, con más de tres mil quinientos kilómetros cuadrados), hay tres puentes: el que se tiende más al sur, el de Brooklyn, y siguiendo hacia el norte, los de Manhattan y Williamsburg. De Manhattan a Queens, tan sólo dos, el Queensboro, que atraviesa de camino la isla de Roosevelt, y el Triborough, que cruza las islas de Randall's y Wards. Y entre Manhattan y el Bronx, cuatro que llevan el mismo nombre: Robert F. Kennedy.

Por lo general, las líneas de metro van de norte a sur y de este a oeste. Las primeras se reconocen por números y las segundas por letras. En cuanto a los autobuses, a menudo es lo mismo: líneas en horizontal y vertical, con frecuencia luciendo el mismo número de la calle que recorren. Hay también servicios de ferris, una estupenda manera de conocer Manhattan, en este caso desde el agua.

Nueva York, en sus trazos y en sus transportes, está pensada en función de la sencillez y la utilidad. Así que, con el mapa en la mano y sabiendo cuatro cosas, la ciudad se hace muy manejable.

Pero ya he dicho que los mapas son a menudo engañosos y ofrecen poca información precisa sobre las distancias. Buscas una dirección en ellos para ir a una cita, observas que se encuentra a seis calles o seis avenidas de donde tú estás y te echas a andar pensando que es pan comido. El pan comido se convierte en media hora larga de caminata casi al trote. Nueva York es muy exacta en su diseño, pero equívoca en los relojes.

Sin embargo, el principal motivo de desorientación en Nueva York lo produce la altura de sus edificios. Aquí, en Wall Street, los rascacielos se cuentan entre los más altos de la ciudad y se alzan en la parte más antigua, en el Downtown, esto es: sobre calles sinuosas que de pronto te parecen muy delgadas. Pero es una sensación tan sólo: porque caminas entre gigantes y todo a tu alrededor, tú incluido, se te antoja muy pequeño. Los edificios elevados

de las oficinas abruman tanto al peatón que, en ocasiones, sientes el aire casi irrespirable o, por lo menos, tienes la impresión de que vives encarcelado entre murallones que te oprimen el alma y no te dejan ver el cielo.

Y no obstante, la realidad es que muchas de las calles no son tan estrechas y que algunas, incluso, tienen cuatro carriles por donde pasan largas limusinas y camiones como búfalos bufadores.

Una mañana en Wall Street te acerca en cierto sentido al surrealismo, porque todo lo que percibes como real es irreal. Y viceversa.

Eso puede ser Nueva York: una mentira verdadera o una verdad mentirosa.

Jueves, 6 de octubre

Han llegado dos buenos amigos de España que nunca antes habían visitado Nueva York: José Luis Miranda y su mujer, Mari Sol Cano. Naturalmente, me toca oficiar de cicerone. Y como creo que lo que debe hacerse en estos casos es llevarlos a los lugares que esperan conocer, hemos acudido a todos aquellos que los turistas visitan. Durante los años que, en mi juventud, viví en París, me parece que fui una de las personas que en esa época subió a la torre Eiffel más a menudo, si se exceptúa a los ascensoristas. Ahora, estoy seguro de que si residiera una temporada más larga en Nueva York y numerosos amigos vinieran a verme batiría el récord de visitas a los miradores del Rockefeller Center y del Empire State.

Por más que estén a todas horas y todo el año atiborradas de turistas, es magnífico ascender a estas alturas que se aproximan a los setenta y ciento dos pisos, respectivamente. Los ascensores trepan hacia las cumbres de los rascacielos —hoy subimos al Rockefeller— como ardillas a las que han colocado y encendido un cohete en el trasero. Puse en marcha el segundero del reloj: un minuto entre la planta 1 y la 67. Y miré hacia lo alto mientras ascendíamos. La sensación era parecida a la que podrías tener si te comes un helado sorbiéndolo con fuerza desde el extremo inferior..., pero, en este caso, a sabiendas de que eres tú el helado.

Ha sido un día otoñal y con viento algo frío, de modo que el cielo poseía la apariencia del cristal. Y así hemos contemplado esta mañana la ciudad: clara, luminosa, ofrecida al sol, con los ríos brillando al este y al oeste semejantes a dos cuchillas de acero, y la carne verde de Central Park tendida bajo nuestra vista.

El Rockefeller Center, construido por orden del segundo representante de la saga de millonarios del mismo nombre, John Davison Rockefeller júnior, es la expresión de una era americana hace tiempo desaparecida, de una época en la que este país se sentía capaz de retar a los dioses: una América joven y colosal, sin complejos, que se creía depositaria de una misión única en la

historia humana, eso que llamaron el sueño americano y de la que el espejo más rutilante era Nueva York. El espejo sigue brillando y América es muy potente todavía. Pero no creo que se acometan nunca más obras con ese espíritu que encierran el cemento y el acero del Rockefeller, la belleza incendiaria del Chrysler y el perfil vigoroso del Empire State, esas torres que crecen hacia el cielo con la intención de hacerlo suyo. Cierto es que se siguen levantando rascacielos, más altos, más bellos y técnicamente mejor diseñados que los de antaño... Pero ninguno tendrá ese vigor idealista y hambriento de dominio que atesoran los viejos gigantes.

Estos rascacielos reflejan, además, una voluntad americana por imponerse al vigor de la naturaleza y al gigantismo de sus territorios. América negó siempre, al menos desde que se anexionó casi la mitad de México a mediados del siglo XIX, tener una vocación imperial. Pero los rascacielos de Nueva York lo desmienten.

En cuanto a los millonarios, al contrario que en otros países de Europa, aquí no se esconden, sino que les gusta brillar en sociedad y hacer historia. En Estados Unidos, ocupan, en cierto modo, el papel de monarcas sin corona: como los reyes, no son elegidos y su poder, salvo que se arruinen, no tiene fecha de caducidad, al contrario que los presidentes; además de eso, su fortuna, lo mismo que el título de soberano, es hereditaria. No es casual, creo yo, que las grandes familias millonarias de América —y en particular de Nueva York— usen palitroques latinos para distinguir a los fundadores y a los continuadores de las dinastías del dinero: por ejemplo y ya que hablamos de ellos, los Rockefeller, que han sido y son John Davison Rockefeller I, John Davison Rockefeller júnior II, John Davison Rockefeller III y John «Jay» Davison Rockefeller IV.

El padre y fundador de la saga, John Jacob Rockefeller I, nacido en Nueva York, era un calvinista convencido, descendiente de colonos alemanes con sangre de hugonotes franceses. Desde muy niño demostró talento para los negocios y mientras los chicos de su edad pensaban en divertirse él soñaba con hacerse rico. Antes de llegar a la adolescencia, ya prestaba dinero de sus ahorros al 7 por ciento de interés y, muy joven aún, estableció como norma de su vida la siguiente: «No trabajes por dinero, deja que el dinero trabaje por ti». Fundó su primera empresa al cumplir los dieciocho y, en el primer año, ganó cuatro mil dólares, cifra que duplicó en el segundo.

Muy pronto se interesó por el naciente sector industrial del petróleo y comenzó instalando y adquiriendo refinerías. Poco a poco, fue haciéndose con

el monopolio de la industria, eliminando a todos sus adversarios, y en 1870 fundó la compañía Standard Oil, que en 1878 controlaba el 90 por ciento del refinado del petróleo en Estados Unidos. Era implacable con quienes competían con él. Y por lo que se ve, no estaba exento de sentido del humor: «La competencia es un pecado —decía—, por eso tratamos de eliminarla».

El primer Rockefeller era un hombre discreto, de gustos muy sobrios, que dedicó mucho dinero a obras filantrópicas, quizá para lavar su imagen de tiburón de los negocios. Murió a los noventa y siete años de edad, en 1937, y la dirección de su imperio la heredó su único hijo varón, llamado John Jacob júnior II.

Es una familia a la que le gusta la política. Uno de los hijos de Rockefeller II, Nelson, llegó a ser vicepresidente de Estados Unidos durante la presidencia de Richard Nixon, del Partido Republicano. Y Jay, el Rockefeller IV, es actualmente senador por los demócratas del estado de Virginia. Los millonarios americanos saben jugar a dos barajas.

Pero insisto: en Estados Unidos, nunca se ha considerado a nadie culpable de nada por el hecho de ser millonario.

Nueva York es sin duda la capital mundial de los ricos. Si se establece que millonario es todo aquel que posee un patrimonio superior al millón de dólares, Tokio, con 460.700, gana holgadamente a Nueva York, con 389.100, y a Londres, que cuenta con 281.000. Pero si subimos los baremos y aceptamos como multimillonarios a quienes poseen más de 300 millones, los 9.929 de Nueva York sobrepasan de largo a los 4.224 de Londres, y a los de Tokio, que son 3.525. Y si hablamos de milmillonarios, de quienes tienen más de mil millones, hay 70 en Nueva York, 54 en Londres y 12 en Tokio.

Se calcula, por otra parte, que en Nueva York hay un millonario por cada 24 habitantes.

Pero estas cifras, claro está, siempre ofrecen muchas caras: si uno viaja en metro y desciende a la galerías de la inmensa Penn Station en hora punta, al poco se verá rodeado por más de mil personas. Y yo no creo que, entre ellas, se encuentren los 240 millonarios que en justa proporción corresponderían.

La primera gran fortuna neoyorquina la amasó un inmigrante alemán nacido cerca de Heidelberg, John Jacob Astor, hijo de un carnicero. Se trasladó a Nueva York en 1763, con veintiún años de edad, y comenzó a trabajar como

empleado en una empresa de venta de pieles. Gracias a los trescientos dólares de dote que aportó al matrimonio su prometida, se estableció por su cuenta, y a principios del siglo XIX ya era dueño de un verdadero imperio peletero, que tenía su sede en Nueva York y su puerto principal en el río Columbia, en el oeste de Canadá. Comerciaba con los chinos —les vendía pieles y les compraba sedas y objetos de lujo— y poseía una línea marítima propia. Negociaba las pieles con los indios a cambio de alcohol, logrando precios sesenta veces inferiores a lo que costaban las mercancías que adquiría.

Era un visionario de los negocios y una buena parte de sus beneficios los invertía en comprar propiedades y solares en Nueva York. De ese modo, se hizo con grandes extensiones de terreno en el Downtown y el Midtown. Residía en Broadway, era avaro, desdeñaba los lujos y sus únicos placeres consistían en beber cerveza, fumar puros y jugar al ajedrez. Cuando murió, en 1848, su fortuna era de doscientos millones de dólares, una barbaridad de dinero para su tiempo (cerca de cien billones de hoy), lo que le situaba, entre los millonarios de sus días, como el hombre más rico de América. Antes de morir, proveyó los fondos necesarios para la fundación de la Biblioteca Pública de Nueva York, unos cuatrocientos mil dólares.

Su hijo William Backhouse Astor, júnior II, hizo construir la cadena de hoteles Astoria, entre ellos el mítico Waldorf Astoria de Nueva York. Su hermano John Jacob Astor III se trasladó a Inglaterra, en donde fundó la rama Astor de Gran Bretaña, que consiguió importantes títulos de nobleza y hoy pertenece a la gran aristocracia británica.

El Astor IV de la saga, también llamado John Jacob, ha sido quizá el más famoso de todos. Y a causa de una tragedia, pues pereció en el hundimiento del *Titanic*. En 1911 protagonizó un gran escándalo cuando, con cuarenta y siete años, se separó de su primera mujer y se casó con una jovencita de dieciocho. Se largaron a Europa unos meses, para dejar que se apagaran las brasas del alboroto que había provocado su boda, y un año después decidieron regresar a Nueva York, ni más ni menos que a bordo del *Titanic*. La noche de la tragedia, la del 14 al 15 de abril de 1912, la esposa y sus muchachas de servicio lograron ocupar plaza en un bote de salvamento, en tanto que Astor —dicen— cedió su puesto a una mujer. Su cadáver, flotando en el mar, fue recuperado el 22 de abril por una embarcación de rescate de las que decenas partieron del puerto de Halifax (Nueva Escocia, Canadá) en busca de naufragos.

Una de las mujeres miembro de la rama inglesa de la familia, Nancy Astor,

se dedicó a la política, alcanzó un escaño en Westminster por el Partido Liberal en el distrito de Sutton y fue una ardiente defensora de los derechos de la mujer. Sus disputas en el Parlamento con Winston Churchill se hicieron famosas en su tiempo. En una ocasión, ella llegó a decirle en un debate: «Winston, si yo fuera su mujer, le pondría veneno en el café». A lo que el otro respondió: «Nancy, si yo fuera su marido, lo bebería».

Otras dinastías millonarias de Nueva York, de aire regio, han sido, en los siglos pasados, los Grinnell, Goodhue y Howland. Y entre las más recientes, los Drew, Fisk, Gould y Carnegie.

Entre los gigantes de la primera época del despegue industrial americano, destacaba Cornelius Vanderbilt, descendiente de los primeros holandeses que llegaron a América, los «padres fundadores». Llegó a ser el propietario de la gran mayoría de las redes ferroviarias más importantes del país. A su muerte, en 1877, a los ochenta y dos años, dejó una fortuna de cien millones de dólares. Desheredó a uno de sus dos hijos varones, que se suicidó, por considerarlo un incapaz para los negocios, y a su favorito William le dejó noventa y cinco millones de dólares. A sus nueve hijas y a su esposa las despachó con doscientos mil dólares en efectivo a cada una.

Viernes, 7 de octubre

Manhattan es una isla tejida en hormigón, acero y vidrio, pero es también una ciudad verde. No hablo ahora de Central Park, su corazón vegetal, sino de muchos espacios de arboleda, hierba y flores que se esconden entre los grandes edificios y en los que los neoyorquinos disfrutan, cuando asoma el sol, sentándose a comer el emparedado del mediodía, leyendo *The New York Times*, fumándose un cigarrillo con aire culpable, o pelando un rato la pava con su pareja.

Hay decenas de pequeños parques que por la noche se cierran con un sólido candado en la verja. Los encuentras en las proximidades de los ríos, como el Sutton Place Park, arriba del Midtown, sobre el East River, que no llegarán a medir mucho más de los quinientos metros cuadrados. Y los hay estrechos y largos, como el Riverside Park, que durante varios kilómetros corre junto a las orillas del Hudson. Los atardeceres, desde allí, cuando el sol cae a las espaldas de New Jersey, ofrecen una belleza dulce que puede resultar algo empalagosa si el día es muy luminoso y el río toma un color acerado.

A mí me gusta pasear por una suerte de cadena de parques de mediano tamaño que, en cierta manera, me van mostrando el rostro poliédrico de Nueva York. En la Sexta Avenida, en el corazón del Midtown, entre las calles 42 y 43 y de espaldas al solemne edificio de la Public Library que fundó Rockefeller I (una especie de Biblioteca de Alejandría a la neoyorquina), el Bryant Park se abre como un remanso de paz en medio del Nueva York más ajetreado. Uno suele encontrar allí gentes solitarias que hacen un alto en el trabajo para disfrutar, a mediodía, de unos instantes de respiro. Cuando luce el sol, los jóvenes ejecutivos dejan a un lado la chaqueta, se remangan hasta los codos la camisa, desanudan sus corbatas y leen un libro o el periódico a la sombra de los altísimos plátanos que, por mucho que se estiren, no pueden competir con la altura de los rascacielos circundantes. Los días de mayor calor, a principios de septiembre, he visto muchachas desprenderse de la blusa y disfrutar en sujetador de la calidez del mediodía. Por la tarde, los viejos acuden a sentarse

en las sillas de metal. Y por la noche, apenas quedan personas en el parque.

Desde el Bryant Park, se desciende por la Quinta Avenida hasta la calle 26, en donde el Madison Square Park se encoge bajo la presencia de dos imponentes rascacielos rematados por cúpulas doradas, con aire de catedrales bizantinas: el Met Life Tower y el New York Life Building, que refulgen como dos soberbias gemas de otras edades, o incluso de otros universos, en las noches neoyorquinas.

El parque es un espacio oscuro, de arboledas apretadas, como si fuera un bosque pluvioso, donde se ve gente nada más que en el ángulo que da a Broadway, en el esquinazo donde se alza esa bella extravagancia arquitectónica en forma de triángulo isósceles que es el Flatiron. El Madison parece un parque embrujado al que se le guarda respeto y temor. El Empire State también asoma su aguja por el lado norte de la arboleda.

Un anochecer he visto una rata casi del tamaño de un fox terrier corriendo entre los setos del Madison. Y una noche, paseando con José Luis Miranda y Mari Sol Cano, nos detuvimos en la esquina del sureste al oír voces cantando una hermosa tonada. Resultó ser un coro de chicos y chicas de no más de veinte años, unos cuarenta en total, que cantaban para los amigos que habían acudido a escucharlos. Eran ritmos de soul, algo de góspel, baladas... No usaban micrófonos, ni altavoces, ni instrumentos: eran sólo voces. Y allí, bajo los árboles ceñudos, contagiaban con su alegría al mundo.

Calle Broadway abajo, a la altura de la 17, asoma Union Square: grandullona, cubierta de espesura, a tramos casi de bosque, llena de bancos de madera, a cualquier hora acoge multitudes. Tres días por semana, se monta un mercado de frutas y hortalizas en su lado oeste y, en el lado sur, chicos y chicas de color danzan hip hop, ese baile de aire dislocado que requiere estar muy en forma. Reconozco que resulta espectacular, pero prefiero el rock and roll y la salsa.

Union Square es una plaza contestataria. Y no deja de parecer curioso, pues es un espacio que expresa los ideales profundos de América en dos de sus estatuas: la de George Washington, padre de la independencia, que monta un brioso caballo, y la de Abraham Lincoln, el hombre que abolió la esclavitud y que salvó la Unión, puesto en pie y en arrogante postura.

Pero a los pies de Washington huele a marihuana y, a los de Lincoln, en un tenderete se vende un póster con el rostro de un soldado y un lema que reza: EN USA, LA GUERRA ES LO NORMAL.

Cerca de los chicos del hip hop, hay cuatro o cinco mesitas para jugar al

ajedrez y cruzar apuestas. El dueño de cada mesita, que siempre es negro, se enfrenta a cualquier transeúnte que lo deseé. El que pierde, paga cinco dólares al otro. Rara es la vez que gana el paseante.

Eché días atrás una partida, seguro de que saldría derrotado; sobre todo, porque apenas he jugado media docena de veces en mi vida. Pero quería charlar con el negro, un tipo grande de edad avanzada, y apuré los tiempos de su reloj. Me contó que en una ocasión, años atrás, cuando las apuestas eran de dos dólares, pasó por aquí Bobby Fischer, jugó una partida simultánea contra cinco negros, y ganó diez dólares. Nadie le reconoció, pues iba con barba y gafas de sol. Pero al final, entre risas, se presentó a sus oponentes y les devolvió el dinero. Todos le despidieron con aplausos y reverencias.

Por la University Place, se desciende a Washington Square, elegante y bella, muy arbolada y transitada a todas horas por gente muy joven. Son, en su mayoría, estudiantes de algunos de los edificios que se asoman a la plaza y que pertenecen a la NYU, la Universidad de Nueva York. Casi siempre puede encontrarse allí a alguno que ensaya con la guitarra canciones de Janis Joplin y de Bob Dylan.

Ésta era una zona donde vivía a mediados del siglo XIX la flor y nata de los llamados, en el argot de Nueva York, *knickerbockers*, esto es: neoyorquinos de rancio abolengo, preferentemente descendientes de los holandeses que fundaron la primera colonia europea en Manhattan, la primitiva New Amsterdam. El nombre viene del seudónimo Diedrich Knickerbocker, que Washington Irving empleó en 1809 para un relato satírico sobre la ciudad, «Historias de Nueva York». Desde entonces, se ha empleado para nominar muchas cosas, entre otras al equipo de baloncesto de la ciudad, los New York Knicks.

Por otra parte, cuesta trabajo creer que, hasta comienzos del siglo XVII, el espacio de la distinguida Washington Square se destinara a cementerio de los esclavos negros. Y también nos resulta extraño que un vigoroso olmo plantado allí, ya desaparecido, fuera utilizado en el siglo XIX como el patíbulo principal de Nueva York para los ahorcamientos públicos.

Yo prefiero imaginar a Henry James paseando entre los árboles mientras urde una historia o tratar de encontrar el banco en el que se sentaron una tarde, para hablar de literatura, el flacucho Stevenson y el melenudo Twain.



El Flatiron, uno de los rascacielos de Nueva York.

Sábado, 8 de octubre

A Nueva York viene mucha gente con hambre de encontrarse con sus mitos, sobre todo con los mitos del cine, que son los principales de nuestro tiempo. Porque ésta es una ciudad de esencia cinematográfica. La pisas por vez primera, te das una vuelta por la Quinta Avenida y la ves tan familiar como la calle principal de tu pueblo o la gran vía de tu ciudad. Lo único que resulta extraño, al rato de pasearla, es no haberte topado en el camino con Dustin Hoffman o Danny DeVito o Andy García. Pero el vaho de las alcantarillas, el perfil del Empire State, el aire de gigantesco escualo del puente de Brooklyn y la zona de los teatros de Broadway forman parte indeleble de nuestro imaginario.

El anhelo de ver a los mitos de Hollywood ya existía en tiempos de mi abuela. La única vez que fue al cine en su vida —que yo sepa— regresó a casa atontadita por Douglas Fairbanks y creo que mi abuelo le prohibió que volviera a una sala cinematográfica.

A mi madre le encantaba de niña Franchot Tone y, ya mujer, le fascinaban Clark Gable, Cary Grant y Gary Cooper. A mis hermanas y a mi mujer les iban Gregory Peck, Robert Mitchum y, un poco más tarde, Paul Newman. Las que siguieron, las que hoy andan por la cincuentena, bebían los vientos por Robert Redford. Creo que las de ahora enloquecen por Brad Pitt y George Clooney, aunque pienso que este último le gustaría incluso a mi abuela.

Woody Allen es un caso singular. Dicen que en sus películas se muestra el alma de Nueva York y todas las mujeres de mi generación y las siguientes le adoran, aunque no estoy muy seguro de que quisieran tener una aventura con él. Es el hombre más alejado del macho del cine y resulta imposible imaginárselo cabalgando por las praderas de Dakota con Errol Flynn, tomando un whisky en un mostrador de Texas acodado al lado de Glenn Ford, o entrando en la pelea de un *saloon*, hombro con hombro, junto a John Wayne. Si tuviera que enfrentarse con alguien en un duelo a revólver, seguro que se le caían los pantalones del susto antes de poder desenfundar.

Pero a las mujeres, por lo general, les atrae. Sobre todo a las que no aman el western. Y a mí, que me fascina el western, Allen me deja algo frío.

Ya sé que dicen que este cineasta es quien mejor ha retratado el alma de Nueva York. Tengo mis dudas. Por ejemplo: hoy, después de darmelos un paseo por Harlem, me pregunto por qué apenas salen negros en las películas de Allen cuando Nueva York está lleno de ellos.

Por supuesto que todo artista está en su derecho de hacer lo que quiera con su obra. Pero el alma negra de Nueva York no aparece en los filmes de Woody Allen; sólo se nos muestra en ellos su alma blanca.

Por otra parte, me resulta curioso que *nigger* (negro), en el inglés americano, sea un nombre peyorativo, mientras que, en español, no lo es en absoluto. El término *nigger* viene del Sur de Estados Unidos y, al contrario que en el Sur, en donde los negros son campesinos, los afroamericanos son urbanos en Nueva York y presumen de serlo: sólo hay que ver la apostura con que pasean los fines de semana por Harlem. Escribía con tino Paul Morand en su libro sobre la ciudad: «El negro es feliz en Nueva York».

Quizá esa felicidad la explica con gran exactitud en un juicio E. B. White sobre el liberalismo social de los neoyorquinos:

Los ciudadanos de Nueva York son tolerantes, no sólo por inclinación, sino por necesidad. Esta ciudad está obligada a ser tolerante porque, de lo contrario, estallaría en una nube radiactiva de odio, rencor y fanatismo.

En Harlem, se percibe el orgullo de ser americano y, al mismo tiempo, de ser diferente. Dicho de otro modo: sabiéndose distintos, los negros de Nueva York se sienten tan americanos como los blancos. Y ambas comunidades agitan la misma bandera de las barras y las estrellas, aunque la amen cada cual a su manera.

Puede que se deba también a que, en este país, está muy arraigado el derecho a la diferencia, mientras que todos cantan el mismo himno patrio y claman «*God Bless America!*».

Domingo, 9 de octubre

Llueve sin cesar y me he quedado en casa leyendo y corrigiendo este diario de Nueva York. Y escribiendo también mi novela. Me preparé un grueso *steak* texano para comer y lo acompañé con un caldo extraído de los viñedos que Francis Ford Coppola posee en California. Imaginé que provenían de Sicilia y bebí un par de copas silbando el tema musical de *El Padrino*.

Pero prefiero el Muga, la verdad, incluso silbando «*God Bless Rioja*».

Lunes, 10 de octubre

Tampoco tenía ganas de salir esta mañana, aunque el clima ha mejorado. Sin embargo, hacia mediodía, me acerqué a la Quinta Avenida para ver el desfile en honor de Columbus, nuestro Colón, ya que pasado mañana día 12 se celebra aquí el 519 aniversario del que llaman en todo el país día del Descubrimiento. Y para los neoyorquinos no hay celebración posible sin *parade*. El desfile incluía bandas de música, las ineludibles *majorettes* y despliegue de banderas, todo ello envuelto por un enorme dispositivo policial, porque Estados Unidos, aunque no anden metidos en una guerra, permanece siempre alerta. El ejemplo más claro lo constituyen los veteranos, que asoman en cualquier parada, sea o no patriótica, con sus gorros de la Legión Americana, que son como barquitos de papel encajados del revés en el cráneo.

El público, que llenaba las dos aceras de la Quinta, agitaba banderitas italianas, porque aquí todo el mundo considera que el descubrimiento es cosa de Italia. Entre otras escuadras de corte aguerrido, marcaba el paso, precedida de una orquesta que tocaba marchas militares italianas, una compañía de *bersaglieri*, esos soldados de pantalón bombacho, polainas y cursi bigotón del XIX, que se cubren con vistosos sombreros de ala ancha, con uno de los lados doblado hacia arriba y adornados con plumas de urogallo. Resulta un uniforme llamativo para los desfiles, pero debe de ser muy engorroso para las guerras, pues a los *bersaglieri* se los ve venir de lejos, como un nutrido bando de grandes aves migratorias, y debe de resultar muy fácil cazarlos en un ojo con una sencilla escopeta.

Detrás de los italianos, iba una compañía de gaiteros escoceses, ignoro por qué razón, tocando una marcha tradicional irlandesa, *Garry Owen*, la que adoptó el general Custer como himno de su Séptimo de Caballería. ¿Y qué demonios tiene todo esto que ver con Colón?, me pregunté. Lo ignoro. Como quiera que sea, Nueva York es como un cóctel desmadrado que, a la postre, ofrece un sabor excelente.

De todas formas, esta celebración me da una idea clara de hasta qué punto y

con qué frecuencia el mito burla a la historia. Aquí se considera que Italia descubrió América, cuando resulta que Italia no ha existido como Estado hasta el siglo XIX, en tanto que Estados Unidos ya era una nación en el siglo XVI. Valdría decir, en todo caso, que Génova descubrió América, pero no Italia.

Volví por la tarde a la Quinta Avenida. Con el día muriendo, había nubes calimosas agarradas en lo alto de los rascacielos y el aire soplaban cargado de pegajosa humedad.

En la esquina de la calle 57 con la Quinta Avenida se encuentra la más famosa joyería del mundo, Tiffany. Allí se rodó *Desayuno con diamantes*, una película que interpretaba la delicada y bonita Audrey Hepburn. Me detuve a contemplar el refulgente esquinazo. Varios turistas se fotografiaban ante los escaparates.

Y de pronto reparé que, en el suelo, una mujer muy flaca y vestida con harapos, negra y de rasgos somalíes, se sentaba con la cabeza apoyada contra la pared. No pedía limosna y mantenía los ojos cerrados. Su aspecto era lastimoso, como el de una enferma terminal de malaria o del sida. Era joven y bien pudo ser algún día una bella muchacha que se pareciese lejanamente a Audrey Hepburn, al menos en su delgadez y fragilidad. La gente se fotografiaba cerca de ella, junto al escaparate, y nadie se daba cuenta de su presencia. Tan sólo una chica joven se agachó un momento para mirarla y dejarle unas monedas en el regazo.

Audrey Hepburn murió a los sesenta y cuatro años, después de una carrera cinematográfica triunfal, en un hospital de Suiza. La chica somalí imagino que morirá cualquiera de estos días, si es que no murió esta misma noche. Tal vez en la calle o en un hospital de beneficencia. Para los cuarenta y siete millones de pobres que habitan en Estados Unidos sólo hay dos lugares en donde morir: la calle o un centro de desahuciados.

Me pregunto en dónde los enterrarán.

Esta noche me digo: ¿por qué me fascina tanto Nueva York después de poco más de un mes en la ciudad? Pero de inmediato añado: ¿vale de algo indagar sobre las razones por las que se ama?

No soy el único que se siente tan hondamente atraído por Nueva York y no creo que haya otra ciudad en el mundo que provoque tanta pasión. Yo he vivido en Londres, en París, en Lisboa, y muchos de mis amigos que habitaban

en cualquiera de las tres urbes consideraban que, para ellos, era imposible vivir en otro lugar. Sentían por sus ciudades una suerte de atracción fatal. En cambio, los que conozco que viven en Nueva York te hablan con euforia de ella. No hay atracciones fatales ni embrujos generados por Nueva York, sino apasionamiento.

Creo que mientras en otras metrópolis se instala uno para estar, aquí la mayor parte de la gente viene para ser. Quiero decir que aquí se llega para desarrollar una tarea, desde sobrevivir a hacerse millonario o desarrollar una obra artística. Eso genera una suerte de energía colectiva que se vuelve contagiosa. Nadie parece creer en Nueva York que algo sea imposible, sino que tienes la impresión de que puedes vencer incluso al destino.

En todo caso, resulta extraño que, en la urbe más frenética del mundo, te sientas casi siempre relajado. Quizá porque no tienes tiempo para pelearte con tus prejuicios ni tus complejos. Hay demasiado que hacer aquí para andar perdiendo el tiempo con tu ego.

Martes, 11 de octubre

Si ayer desfilaron italianos y americanos en honor de Colón, hoy lo han hecho los latinos, para los que la celebración se conoce como día de la Hispanidad. Y cómo no, hay *parade* de nuevo en la Quinta Avenida. Los latinoamericanos desfilan con sus carrozas cubiertas de adornos y lanzan al aire los ritmos alegres de músicas bailables. No hay marchas militares ni el paso marcial de escuadras de soldados. Y sí banderas y confeti. Aquí se aísla que Colón era italiano, desde luego, pero no se dice que estaba contratado por los Reyes Católicos y trajo el idioma castellano y el cristianismo a la mayoría de los países de América. También asomó en la parada una carroza con la bandera española y adornada con flores rojas y amarillas.

Otra vez el peso del mito. Colón era un marino con hambre de dinero y los Reyes Católicos financiaron su empresa, no con un propósito patriótico ni redentorista, sino para llenar las arcas del tesoro público si se encontraban ricas materias primas al otro lado del mar, sobre todo especias, muy valoradas en el siglo XV en toda Europa.

Como es sabido, Colón erró en sus cálculos y no llegó a las Indias, según era su pretensión, pero se topó con un continente del que no existía noticia alguna en Europa hasta que el marino se dio de bruces con él.

De modo que, en realidad, todo este asunto del descubrimiento no es otra cosa que la peripecia de un aventurero que se extravió mientras buscaba enriquecerse y enriquecer a sus patrocinadores, y de la peripecia surgió una de las llamadas «gestas» históricas que, con el paso del tiempo, se ha transformado en uno de los grandes mitos de la humanidad.

Y aquí en Nueva York, según veo, la hazaña se celebra cada año con *majorettes*, banderas patrias, marchas militares, gaitas escocesas, cumbias colombianas, valses peruanos, rancheras mexicanas y algunos pasodobles españoles.

Por cierto: ahora, mientras escribo, me doy cuenta de que se me ha olvidado cuál es el significado de la palabra «hispanidad».

Jueves, 13 de octubre

Ayer llovía de nuevo y tan sólo salí para comprar el periódico. Aproveché para lavar ropa en las máquinas de los sótanos del edificio en donde vivo y para darle un repaso de limpieza a mi apartamento. En Nueva York es muy frecuente que las casas cuenten en sus bajos con varias lavadoras y máquinas de secado, que los vecinos utilizan insertando monedas de veinticinco centavos.

Trabajé después un poco en mi novela y me preparé una comida fastuosa: un bogavante del Maine que compré hace días en el mercado de Chelsea y que guardaba en el congelador. Con un poco de mayonesa y algo de vino, ¿qué más puede pedirse para disfrutar de un rato de felicidad?

En Nueva York, me vale aquello que decía en París un amigo mío soltero: «Soy la mujer de mi vida».

En la ciudad abundan los llamados «bares de ostras» y el Grand Central Oyster Bar, que es una institución en Manhattan, presume de tener la mayor variedad del mundo en estos deliciosos bivalvos. De modo que hoy me he ido a comer al lugar, que se encuentra en los sótanos de la estación, debajo del hermosísimo vestíbulo ornado de mármoles y vidrieras. Más de un centenar de mesas cubiertas por manteles a cuadros rojos y blancos, bajo las bóvedas nervadas con arcos de medio punto, acogen cada mediodía miríadas de ejecutivos ávidos de mariscos y pescados.

Pedí la carta de ostras y conté treinta clases. Todas llevaban un nombre caprichoso. Por ejemplo las «Naked Cowboy» (vaquero desnudo), o las «Lady Chatterley» (como la de la novela de D. H. Lawrence, tan escandalosa en su tiempo), o las «Widow's Hole» (agujero de viudas). Entre paréntesis, junto al nombre, figuraba su lugar de procedencia: Columbia Británica, Nueva Escocia, Long Island, Massachusetts... Pedí al azar unas que llaman «Peconic Pearls», originarias de Long Island, que resultaron ser tan livianas como insípidas.

La carta de vinos del restaurante incluía, sólo en tintos, ochenta y seis clases diferentes. Ya he dicho antes que los nombres de las marcas resultan imposibles de concebir para una mentalidad europea. Así que, de nuevo al azar, seleccioné dos caldos californianos: Devil's Kiss (Beso Diabólico) e Irony (Ironía). Tiré una moneda mental al aire y salió el segundo. A pesar de que producía en la garganta una cierta acidez, irónicamente se dejaba beber.

Viernes, 14 de octubre

Uno de los lugares más peculiares de Nueva York es la isla de Roosevelt, un pedazo de tierra de poco más de tres kilómetros de longitud y doscientos cincuenta metros en su lugar más ancho, que se tiende, con la forma de una salchicha, sobre las aguas del East River, entre Manhattan y Queens. Esta tarde me he dado una vuelta por allí. Y al poco de llegar, he sentido como si me encontrara a quinientas millas de Manhattan. En principio, por el olor: la isla de Roosevelt huele a mar y sargazos, cosa rara a la vera de un río, por cierto, mientras que en Manhattan el aroma que predomina es el de esas horribles salsas que cocinan en los carritos ambulantes de comida. Y en segundo lugar, por el tráfico: no hay otro autobús que el que hace un recorrido en forma elíptica por sus orillas y no he visto un solo taxi en el par de horas que he permanecido en la isla.

A Roosevelt se puede llegar desde Manhattan de tres maneras: en un largo viaje en coche que se inicia cruzando a Queens por el puente Queensboro, ascendiendo luego hacia el norte y tomando el puente de Roosevelt; por la línea de metro F, que cruza desde Manhattan y tiene una única parada en el centro de Roosevelt, y por medio del teleférico que parte de la calle 59 de Manhattan en su cruce con la Segunda Avenida. En mi opinión, esta última forma es la mejor para visitar una isla que carece de cualquier interés turístico. Porque el principal atractivo de la isla de Roosevelt, para quien no es residente en el lugar, es precisamente el funicular. Desde la altura, cuando te lleva en volandas por encima de la imponente estructura de acero del puente de Queens, se contempla uno de los paisajes más asombrosos de Nueva York, sobre todo si el trayecto se hace cuando ha caído ya la noche.

La parte sur de la isla la ocupan diversas instalaciones hospitalarias, en el centro hay una pequeña zona comercial y, al norte, crecen los edificios de viviendas, algunos de lujo, pero la mayoría habitados por clase media baja y gente joven, ya que aquí los precios son más asequibles que en la vecina Manhattan.

Al atardecer, eran numerosos los jóvenes que, en un parquecillo del centro, paseaban los carritos de los niños y grupos de vecinos se sentaban en un pub a charlar echando ojeadas a un partido de béisbol que ofrecía una gran pantalla de televisión. Mientras tomaba en la barra una cerveza, tuve la impresión de que me hallaba en un pueblo del Medio Oeste en donde todo el mundo parecía conocer a todo el mundo. Entre las mesas y el mostrador, mientras los mayores bebían, tres niños corrían con sus patinetes de un lado a otro del local, sorteando pies, sin que los adultos les prestasen otra atención que una caricia ocasional en la cabeza.

Me puse a charlar con un tipo que se sentaba en el taburete de al lado del mío. Me dijo que llevaba veinte años viviendo en la isla. Y añadió:

—No me siento neoyorquino. Soy un isleño de Roosevelt.

Luego se quejó de los intentos de las grandes constructoras por recalificar los terrenos del lugar para construir rascacielos.

—Aquí somos doce mil habitantes —indicó— y es un número demasiado alto. Hemos creado una asociación vecinal cuyo objetivo es separarnos administrativamente de Manhattan. No queremos que esos tipos del ayuntamiento vengan una vez al mes a la isla para decidir qué hacer con nuestras vidas.

La parte sur de Roosevelt, en donde, como he dicho, se encuentran unos edificios hospitalarios, acoge amplios jardines y un bonito paseo junto a la orilla oeste del río. Desde allí se domina una hermosa vista del *skyline* de Manhattan. ¡Qué poética metáfora: *skyline*, la línea del cielo! Dicen que este paseo, en otoño, cuando las hojas de los árboles se doran, se convierte en uno de los lugares más bellos y sosegados de Nueva York.

Entre los hospitales de Roosevelt, el principal está dedicado a pacientes con problemas de movilidad, por lo que abundan aquí gentes que transitan por calles y parques en silla de ruedas. El autobús que da la vuelta a la isla cuenta con rampas especiales en sus puertas para subirlos a bordo. Roosevelt siempre ha sido un lugar de acogida de comunidades que requerían atención o vigilancia, desde personas afectadas de viruela a enfermos mentales y presidiarios. A lo largo de su historia, este pedazo de tierra ha recibido los nombres de Blackwell, por el inglés que fundó aquí el primer establecimiento humano; después Welfare, que significa asistencia social, y ahora Roosevelt, desde el año 1973, en honor de Franklin D. Roosevelt, uno de los presidentes más queridos que ha tenido el país en su historia.

A mi regreso ya ha anochecido. En la cabina del teleférico, fuera ya de las

horas punta, viajamos media docena de personas. Es una caja rectangular con anchurosas ventanas que dan a Manhattan, la isla, el cercano Queens y el río. El trayecto no dura mucho, alrededor de un cuarto de hora. Debajo de nosotros desfilan sobre las vías del puente centenares de vehículos con los faros encendidos. El East River discurre oscuro entre las orillas en donde se alzan los luminosos rascacielos, con miles de ventanas que guñan sus luces a la noche. Se me ocurre pensar algo extraño: que vuelo sobre una realidad del presente con aromas futuristas. Es una sensación poética.

Llegando a Manhattan, el funicular sobrevuela un tramo de la Primera Avenida y sus calles adyacentes. Y los pasajeros nos asomamos, como diablos cojuelos, a las ventanas de viviendas en donde la gente cena o se sienta ante el televisor. Parecen tan acostumbrados a este teleférico que ni siquiera nos miran o saludan. Y deben de estar hartos de los viajeros que se empeñan en saludarlos todos los días a todas las horas.

Supongo que, en alguna ocasión, más de una pareja de la vecindad habrá sido sorprendida por los ocupantes del funicular en pleno acto amoroso. Estas casas junto a las que volamos parecen hechas a propósito para exhibicionistas y *voyeurs*.

Sábado, 15 de octubre

Hoy ha sido un día de viento fresco y mucho sol. Y la gente ha llegado a Times Square por la tarde, en riadas, para protestar contra Wall Street, en la jornada mundial contra los abusos del poder financiero convocada en un buen número de ciudades del mundo. Resultaba paradójico, en pleno corazón del consumismo capitalista, debajo de los enormes anuncios publicitarios de neón, encontrarse a muchachos que vestían camisetas con la efígie del Che Guevara y a otros que portaban pancartas con frases de Rosa Luxemburg o del propio Karl Marx. Predominaba la gente joven, pero también se integraban en la protesta numerosas personas mayores. Un grupo de ellos portaban una pancarta en la que se leía: LOS DE SESENTA AÑOS TAMBIÉN ESTAMOS CONTRA LOS BANCOS. Y una pareja de ancianos, que rondarían ya los ochenta, levantaba un cartel que decía: SIEMPRE HA SIDO ASÍ: SI NO EXIGES, NADIE TE DA NADA. QUE PAGUE WALL STREET.

Un hombre de edad parecida a la mía se detuvo a mi lado al verme hacer fotos. Me preguntó de dónde era y le dije que español.

—Ah, eso está muy bien: esto empezó en Madrid y hay que seguirlo por el mundo. Yo participé en las movilizaciones por los derechos civiles de los años sesenta y, cuando me llamaron para ir a Vietnam, me largué a Canadá para eludir la cárcel y la guerra. Pero luego América se durmió y la izquierda desapareció del mapa neoyorquino. Espero que, con la que nos ha caído, despertemos. Me gusta mi América cuando se rebela.

Pero lo que son las cosas: esta tarde, diez mil neoyorquinos indignados agitaban al mismo tiempo banderitas de Estados Unidos, la enseña del país que ha llevado el capitalismo a su más abrumadora voracidad.

Me acordé de un texto de Rubén Darío de 1910, en el que llamaba a Nueva York la «ciudad del cheque»:

Mi vista contempla la masa enorme que está al frente, aquella tierra coronada de torres, aquella región en donde casi sentís que viene un

soplo subyugador y terrible: Manhattan, la isla de hierro, Nueva York, la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque [...]. Se experimenta casi una impresión dolorosa: sentís el dominio del vértigo.

Y hay un poema, «La gran cosmópolis. Meditaciones de madrugada», fechado en 1914, en donde retrata el alma de Wall Street tal y como él la juzga:

*Casas de cincuenta pisos,
servidumbre de color,
millones de circuncisos,
máquinas, diarios, avisos
¡y dolor, dolor, dolor!...*

Domingo, 16 de octubre

Nueva York espera el otoño con ansiedad, es la estación neoyorquina por excelencia. Lo esperan los turistas, los fotógrafos, los poetas y los profetas del apocalipsis, esos tipos que pregonan el fin del mundo en el final de cada año y estación y de los que Nueva York y toda América están llenas. ¡Qué fatigoso debe de resultar tener a uno de ellos como vecino! Imaginen: varias veces al año, cuando estás desayunando, hay un individuo al lado ensayando su sermoneo a voz en grito y diciendo que el mundo se acaba de un momento a otro... y tú sin terminar las tostadas y con la cabeza en desorden hasta que asimilas el primer café.

Pero el otoño no llega, nos torea, nos elude y supongo que se nos echará encima de improviso, como en esos juegos infantiles de escondite en los que un niño se ha ocultado en el pliegue de una cortina y salta de repente detrás de otro niño y le da un susto.

El otoño en Nueva York, como las otras estaciones, no lo marca el calendario, sino que viene cuando le da la gana. Quizá es el período más volátil y caprichoso de todos, porque no se atiene a los ciclos de nacimiento, como la primavera, ni a los de muerte por asfixia o congelación, como el verano o el invierno. Si me dejaran escoger una vida entera para vivirla a lomos de una sola estación, elegiría el otoño sin dudarlo.

Una amiga española que vivió en la ciudad unos cuantos años me escribe pidiéndome que le envíe un correo cuando el otoño aparezca. Y afirma que en Nueva York lo hace de pronto, de un día para otro. «Una mañana te despertas —leo—, te asomas a Central Park y el bosque ha dejado de ser verde y es amarillo y rojo.» Otra amiga me pide que, cuando el otoño asome, haga una foto de Central Park y se la envíe. Una tercera quiere una hoja otoñal de un arce neoyorquino.

¿Qué les sucede a las españolas con el otoño de Nueva York?, ¿tendrá algo que ver con su pasión por Woody Allen?

Así que hoy, con los árboles humillados bajo la lluvia, me da por imaginar

que todo un ejército de turistas, de fotógrafos, poetas, profetas y mujeres españolas, esperan en la calle de Central Park South, frente a las arboledas, ansiosos ante la llegada del otoño, como los compradores que asaltan los almacenes londinenses de Harrods, o los madrileños de El Corte Inglés, o los parisinos de Lafayette, cuando se abren las puertas el primer día de rebajas.

¿Quién logrará la foto del primer día de hoja anaranjada de un roble otoñal?, ¿quién escribirá el primer poema a la hoja rojiza del castaño?, ¿qué profeta adivinará el fin del mundo en el rubor amarillento del ginkgo?, ¿qué mujer española no imaginará a Woody Allen paseando entre la hojarasca del lado este de Central Park?

Entretanto, aguardando, ando estos días con un tema metido en la cabeza que cantan a dúo Ella Fitzgerald y Louis Armstrong:

*Autumn in New York
Why does it seems so
inviting?
Autumn in New York
It spells the thrill of first-
nighting.
Glittering crowds and
shimmering clouds
In canyons of steel
They're making me fell I'm
home.
It's autumn in New York
That's brings me promise of
new love...[9]*

Lunes, 17 de octubre

A veces, en algún grafiti, en algún texto de un periódico alternativo leo e incluso, ocasionalmente en lenguaje coloquial, oigo la palabra Gotham para nombrar a Nueva York. Pensé al principio si sería un nombre bíblico, que es a lo que suena. Pero luego me enteré de que es el de la ciudad imaginaria en donde acontecían las aventuras de Batman, un famoso personaje de cómic que nació hace unas cuantas décadas y cuyas hazañas fueron después llevadas al cine. Nunca he sido aficionado a este género de bisutería literaria que considero que es el cómic, por más que entre muchos de mis amigos palpite una suerte de nostalgia generacional hacia Tintín, Corto Maltés o el Capitán Trueno. Y nunca pude terminar de leer una aventura suya. En mi primera juventud, yo era más aficionado a las novelas de piratas, que me llevaron de la mano a Stevenson, y a los westerns del cine, que me condujeron a la tragedia griega. De modo que las andanzas de Batman me traían al pairo. Por eso no sabía qué significaba Gotham.

Para los autores del cómic de Batman, Nueva York era una ciudad sucia, maligna, perversa, llena de criminales y, por lo general, oscura. Incluso el héroe, aunque defensor de la justicia, resultaba un tipo turbio, medio hombre y medio murciélago; una rata voladora, en suma. El paisaje de Gotham tenía algo de apocalíptico y sórdido.

En el lado contrario, otro famoso cómic, el de Superman —padre de todos los superhéroes—, dibujaba una ciudad luminosa, limpia y bella, la Metrópolis de Clark Kent, ese tipo grandullón, torpón, tímido y simpático que, cuando echaba a volar con su tupé clavado en la frente y tapado con braguilla encarnada, se convertía en un semidiós homérico. Al contrario que Batman, Superman realizaba sus hazañas a la luz del día y no necesitaba máscaras ni antifaces para esconderse: le bastaba con quitarse las gafas y la camisa para transformarse en todo un machote. Y mientras el hombre murciélago operaba en barrios mezquinos, como Hell's Kitchen o el Bowery, el alter ego de Clark Kent surcaba los claros cielos de las avenidas Park y Quinta.

Gotham, según algunos ratones de biblioteca, es el nombre que dio a Nueva York en 1809 el escritor Washington Irving en una obra satírica y quizá viniera de la expresión «*God Damn*», que se podría traducir como «maldita de Dios». Los creadores de Batman la recuperaron para su cómic en 1939. En cuanto a la Metrópolis de Superman, personaje nacido en 1932, su referencia más próxima es el nombre de la famosa película de Fritz Lang, producida en 1927.

Pero Gotham o Metrópolis, lo cierto es que esta ciudad tiene algo de cómic. ¿En qué? En la irrealidad que emana de una realidad tan abrumadora como la suya; en su afán por hacer que se convierta en verosímil lo imaginario; en su empeño por mudar lo imposible en posible.

Por cierto que, en estos días, mientras los «indignados» neoyorquinos acampan en el parque Zuccotti, en pleno Wall Street, en las calles vecinas se comienza a rodar una nueva película de Batman. O sea: que Nueva York volverá a ser Gotham por un tiempo en el centro financiero de la urbe, y el oscuro y enmascarado luchador justiciero correrá en una imponente moto cerca de quienes protestan contra la injusticia. ¿Se dedicará esta vez nuestro héroe a capturar banqueros para darles su merecido?

Pero puestos a hablar de nombres, el que menos apropiado me parece para Manhattan es el de la Gran Manzana. Carece de sentido porque ni siquiera la forma de la isla es la de una fruta, sino que más bien parece un bocadillo mordisqueado. ¿O es una referencia a la manzana del pecado original? Si así fuera, su significado resulta muy complicado para mi modesto cerebro.

Martes, 18 de octubre

Estar solo en una ciudad tan grande y tan poblada produce a veces una sensación de indefensión, un árido sentimiento de desamparo. Sólo hace un mes y dieciocho días que llegué a Nueva York y algunos amigos me han visitado durante unas pocas jornadas, he hecho unas cuantas amistades en la ciudad durante este tiempo y hoy, extrañamente, siento el abrazo melancólico de la soledad. Quizá sea a causa del olor a lluvia próxima que impregna el aire.

No es lo mismo, sin embargo, la soledad que has buscado, como es mi caso, que la que te asalta aunque no la deseas. Los ingleses tienen dos palabras distintas para cada tipo de aislamiento: la primera es *solitude* y la segunda *loneliness*. Pero en español no existen términos diferentes, aunque podamos matizar buscando formas como «enclaustramiento» o «confinar» o «soledumbre». El nuestro es un idioma rico, pero no hila tan fino, por lo general, como el inglés, una lengua más flexible y muy inventiva. A la hora de crear palabras nuevas para realidades nuevas, el inglés resuelve en un instante lo que al español le cuesta meses.

En todo caso, como ya dije antes, la soledad puede llevarse muy bien si tienes alguien a quien contárselo. Y hoy me apetecía contárselo a alguien.

Salí a la calle ya de atardecida. No hacía frío y la lluvia no arrancaba. Y según caminaba hacia ninguna parte en concreto, contemplando la altura de los rascacielos y los escaparates de los comercios, todavía abiertos, fui a dar con un establecimiento de manicura. Era un local espacioso, sin clientela alguna en ese instante y con tres empleadas chinas con cara de aburridas a las que un chino, quizás el jefe, estaba reprendiendo por quién sabe qué razón.

Entré, el chino se esfumó y las chicas comenzaron a debatir entre ellas, en su idioma, sobre a quién le correspondía atenderme para el arreglo de las uñas. Ganó la más gordita, no sé con qué motivos, y me indicó que me sentara en una silla y colocara las manos sobre una toalla en una pequeña mesa. Ella se acomodó enfrente y dijo en inglés: «¡Oh, qué bonitas uñas!». Comenzó a

rebañarlas con uno de esos castra uñas metálicos de palanquilla y boca de felino, esos ingenios que, cuando lo manejas, produce una enorme dentera si no aciertas, sobre todo al cortar con la mano diestra la izquierda, si eres zurdo, y viceversa, si eres diestro, y luego procedió a liberarme, con tijeritas y ganchitos, de durezas, repelos, respigones, padrastrós y pellejos. Finalmente me untó una crema suavizante y, cuando ya me disponía a marcharme pagando los quince dólares que costaba el servicio, me ofreció un masaje de espalda y de cabeza por diez dólares más.

¿Cómo negarme a una mujer que ha piropeado mis uñas? Así que me quité la chaqueta y la chica me señaló una especie de silla de respaldo inclinado y muy mullida, indicándome que me acomodara sentándome de frente. Y se aplicó con tenacidad a sacudirme una paliza en el espinazo, las costillas y el cráneo que, según ella, iba a sentarme muy bien y que, a mí, en un par de ocasiones, me hizo ver las estrellas. Más que un masaje aquello era una suerte de *punching ball* en el que yo cumplía el papel del saco.

Salí molido a golpes, pero la *loneliness* había dejado de abrumarme y el cuerpo me pedía un rato de *solitude*. Mejor estar a solas en casa que en compañía de aquella china feroz.

De todas formas, vivir en una gran ciudad debe de ser muy bueno para remediar la sensación de soledad. La ciudad, y en especial Nueva York, siempre tiene una propuesta amable para las almas solitarias. Al menos, así ha sido hoy en mi caso, aunque me llevase una buena zurra.

Miércoles, 19 de octubre

En su crónica sobre Nueva York, el estupendo Julio Camba la llamó «ciudad automática», nombre que empleó para titular su libro. Es un trabajo plagado de gracia, humor y donaire en el lenguaje, quizá el mejor que haya escrito ningún narrador español en el territorio de la no ficción. Creo que Camba manejaba la distancia de la crónica como pocos. En mi opinión, sin embargo, su libro tiene un defecto: el título, porque Nueva York no es nada automática.

Nueva York es la antítesis de lo automático y uno de los encantos de la ciudad reside, precisamente, en el hecho de que, a cada hora que pasa, todo parece estar naciendo. Y ya se sabe que el nacimiento es una lotería, no un automatismo.

A menudo pienso que América nos ha liberado de ataduras, formalismos, tópicos, tradiciones absurdas, etiquetas, rigores protocolarios y corsés. La primera vez que, en una sala de cinematógrafo madrileña, durante mi infancia, vi cabalgar a un cowboy por las praderas del oeste, sentí que mi alma brincaba al ritmo del galope del caballo y percibí que me había liberado de pronto de algo muy pesado; no sé de qué, pero liberado.

Los novelistas americanos me enseñaron después a mirar la realidad con frescura y rebeldía. Por supuesto que sus dramas eran tan hondos y humanos como los que retrataban los novelistas europeos. Pero, aunque en ambos casos los finales fuesen infelices, en los europeos yo leía resignación allí donde, en los americanos, leía pugna.

Y el cine americano, por lo menos a mi generación, nos hizo descargarnos de prejuicios. Si Marilyn, con su descaro, hubiera nacido en España y hecho el cine que hizo en los años cincuenta del pasado siglo le hubieran llamado putón verbenero. En América fue, sencillamente, una chica libre.

Además, aquí prima la informalidad. Muchos peatones neoyorquinos cruzan las avenidas sin respetar semáforos ni pasos de cebra, y en los días de calor, cuando van a la oficina, llevan la chaqueta en una bolsa y andan por la calle en mangas de camisa y con la corbata desanudada.

Las neoyorquinas meten sus zapatos de vestir en el bolso y calzan zapatillas deportivas con falda de tubo mientras caminan hacia su trabajo. Casi todos los ciclistas circulan de noche sin luces ni casco protector ni chaleco amarillo y lo hacen con frecuencia en dirección contraria e, incluso, si les viene bien, por las aceras. Los enormes camiones americanos se meten por las avenidas del centro y muchos coches aparcan en lugares prohibidos, pasándose el riesgo de una multa por donde corresponde.

En los autobuses la gente suele pagar con una tarjeta de abono, pero si no se tiene, lo puede hacer en efectivo, con monedas de veinticinco centavos, a ocho por cada viaje, echándolas en una especie de cajetín que hay al lado del conductor. Hay gente que viaja sin tarjeta y sin dinero suelto. Y entra en el vehículo, recorre las filas de pasajeros solicitando cambio y, cuando ya lo tiene, regresa a echar las monedas al cajetín ante la indiferencia del chófer.

El maestro Camba siempre iba a hoteles de lujo y nunca dejó de llevar corbata ni pantalones bien planchados, salvo en la ducha. ¿Lo imaginan vistiendo unos vaqueros? Estoy seguro de que jamás se comió un perrito caliente en un banco de un parque.

Jueves, 20 de octubre

Hace unos días, almorzando en un restaurante de Harlem, la vecina de la mesa de al lado, una mujer de color ya entrada en años, se enrolló a hablar conmigo, algo que, ya he dicho, es muy común en Nueva York. Se llamaba Bobbi Humphrey y resultó ser flautista de jazz. Le pedí que me recomendara algunos locales de música en vivo que no viniesen en las guías turísticas e insistió en que fuera a uno no muy lejos de donde estábamos almorzando, el Lenox Lounge, en el bulevar Lenox-Malcolm X.[\[10\]](#)

—Vaya allí un miércoles, a eso de las ocho de la tarde —me dijo.

Y luego preguntó, señalando mi chaqueta de ante:

—¿La ha comprado en Nueva York?

—No; en Madrid, en unas rebajas.

—Pues le sienta muy bien.

Así que, anoche, miércoles, tomé un autobús en de Madison Avenue rumbo a Harlem. Chispeaba y había un buen atasco de tráfico. Y llegué a Lenox Avenue a eso de las ocho y diez. Por suerte, la función no había comenzado y el local estaba casi vacío, con lo que pude elegir mesa.

A eso de las ocho y media asomaron los músicos. Era un grupo, el Freddy Mc, formado por dos teclados y una batería, Interpretaban un jazz de tonos clásicos, melódico y algo perezoso. Sobre las cabezas de los tres, una enorme pantalla de televisión, sin sonido, ofrecía un partido de béisbol que disputaban Texas y Seattle.

La sosería del grupo fue diluyéndose según iba entrando en el local más y más clientela. A eso de las nueve y cuarto, ya nos hacían vibrar a todos los solos de teclado y de batería. Y concluyendo el primer pase, a eso de las nueve y media, se unió al elenco musical una guitarra.

Durante la pausa, el local se llenó. De negros y de blancos. Y al iniciarse el segundo pase, tras un primer número instrumental, una muchacha afroamericana, con el pelo teñido de rubio y un cuerpo que pedía guerra a gritos, acometió un par de souls que incendiaron la sala. El resto de la jam

session fue un disfrute de voces y sonidos y el local adquirió el aire de los clubes de los años de entreguerras del pasado siglo XX, con chicas blancas y negras despampanantes, niñatos chulitos, negrazos de gafas oscuras con armadura de carey y sortijones de oro macizo en los dedos, buscavidas, perdonavidas y pisaverdes.

Volviendo a casa en el último autobús de la noche, me di cuenta de que el jazz me tenía ya atrapado. Nueva York no se entiende sin el jazz, es su música sustancial, de la misma manera que no puedo imaginar Cádiz sin un rasgueo de guitarra por bulerías, ni París sin un tópico lamento de acordeón. A estas alturas de la vida, Nueva York y el jazz no pueden vivir el uno sin el otro.

Dicen que el mes neoyorquino del jazz es abril, cuando todos los clubes de la ciudad se abren para recibirla, con la misma alegría y sensualidad con que los campos se abren ante el estallido de las flores y el olor lozano de la hierba. El poeta angloamericano T. S. Eliot iniciaba su famoso poemario *The Waste Land* con este verso: «*April is the cruelest month*».[\[11\]](#) No creo que lo sea en Nueva York si el jazz que viene es de los buenos, que lo será, sin duda.

Al llegar a mi parada, me cayó encima un aguacero de todos los demonios. Llovió tanto que me caló el impermeable.

Pero... «*I'm singing in the rain...*».[\[12\]](#)

Viernes, 21 de octubre

Esta tarde, fatigado después de un largo deambular por Manhattan, entré en un pub a eso de las seis a tomar una pinta de cerveza. La gente trasegaba y devoraba grandes bolsas de palomitas de maíz mientras seguía en dos gigantescas pantallas de televisión un partido de béisbol. La pasión en América por el deporte es infinita. Y ahora estamos en plena temporada de béisbol, en las eliminatorias posteriores antes de que se juegue la final entre dos clubes —*world series*, series mundiales, las llaman—. Lo mismo que sucede con el fútbol americano, este juego es una degeneración, o regeneración —que cada uno lo mire como quiera—, de un deporte inglés, ya que, mientras que el primero proviene del críquet, el segundo es hijastro del rugby. Entre los cuatro, el único cuyas normas entiendo es el rugby, pues jugué un par de partidos en mi primera juventud, antes de entrar en la universidad. Un tío de un metro noventa de estatura y cien kilos de peso, en un placaje, me convenció sin palabras de que me pasara al fútbol. Tampoco triunfó con los pies, por cierto.

El béisbol es un deporte que se me antoja, en muchos aspectos, bastante absurdo, suponiendo que sea un deporte, pues apenas requiere más esfuerzo físico que darle con un palo a una pelota y echar carreritas. Me siento incapaz de entender cómo mueve tan grandes masas de gente en este país.

Los partidos son larguísimos, parece que no terminasen nunca. Los americanos echan la tarde en seguirlos en las barras de los pubs, charlando a gritos, tomando interminables pintas o whiskies y, de cuando en cuando, dirigiendo una ojeada a las pantallas de televisión para ver a un tipo, el *pitcher*, que lanza una pelota después de realizar un movimiento de bailarina, y a otro que intenta pegarle en el aire con su bate. Si la bola pasa, la recoge un tipo agachado y acorazado que viste como un samurái y que se sitúa a la espalda del bateador. Si el del bate logra golpear la pelota, sale corriendo e intenta llegar a una especie de plataforma llamada «base» sin que los jugadores del equipo contrario logren atrapar la bola y pasársela de jugador en jugador para llevarla a la base antes que el contrario llegue corriendo al lugar.

Y si la pelota se va a la grada, el público ruge, los entrenadores vociferan, algunos jugadores se abrazan y, en las barras de los pubs, los clientes aúllan. Ignoro por completo el sistema de puntuación.

Ocasionalmente, en estos días, pensaba que los americanos ya no mascan tanto chicle como antes. Pero las estadísticas afirman lo contrario: que se masca más que nunca, sobre todo a causa del descenso del número de fumadores. También, contemplando los partidos de béisbol en los pubs, me he dado cuenta de que, en este deporte, eres poca cosa si no masticas chicle. Lo hacen los jugadores, los entrenadores, los árbitros, los cronistas, los policías que vigilan el campo y el público. Y casi siempre que un tiro de cámara enfoca a alguien, está mascando chicle. Los policías y los *pitchers* son, históricamente, los grandes artistas del chicle. En cambio, nunca he visto a un gángster utilizarlo en las películas: éstos fuman grandes vegueros, como lo hacen en España algunos políticos y banqueros notorios. Y que conste que lo digo sin segundas intenciones.

Décadas atrás, chicleros y fumadores gangsteriles convivían con otras especies muy americanas: por ejemplo, los escupidores de tabaco de mascar o simplemente de saliva, abundantísimos en el oeste. En todos los bares había escupideras de cobre para los aficionados a esta faena. El buen gusto ha retirado a esos ejemplares de la fauna urbana.

Esta noche, cuando regresaba a casa con las piernas hechas polvo, me encontré en la esquina de mi calle con la Segunda Avenida con una multitud de unas doscientas personas fumando enormes habanos a la puerta de un club de aficionados a los puros. Ya había reparado semanas atrás en el local, un lugar en donde los socios se sientan en enormes sillones a disfrutar de sus cigarros. La ley antitabaco hace excepciones en Nueva York y ésta es una de ellas. En esta ciudad uno puede matarse si tiene el permiso municipal pertinente para el suicidio.

Y hoy, la empresa principal de la tabaquería dominicana ofrecía en el club una fiesta con cigarros, cerveza y vino a cualquiera que se animase a detenerse en la esquina o entrar en el local.

Los vagabundos de mi barrio y yo nos hemos hartado de vino gratuito.

Sábado, 22 de octubre

Acabo de leer en *The New York Times* una historia que uno podría pensar que era el argumento de una película de terror o una novela fantástica. No ha sucedido en Nueva York, pero es lo mismo, porque se trata de una historia americana, que es difícil que se produzca en otra parte del planeta. El escenario, un pueblo de Ohio, Zanesville, cuna de Zane Grey, el afamado narrador de historias del Oeste. Supongo que a él le hubiera encantado contar en una novela lo sucedido.

Todo comenzó el pasado martes cuando una vecina llamó a la policía con el siguiente ruego: «Vengan, por favor. En el jardín de mi casa hay un oso y un león. Y hay tigres en las calles persiguiendo caballos». La señora no estaba loca: en los minutos que siguieron la centralita de la policía registró noventa llamadas denunciando la presencia de leones, tigres, leopardos, osos, pumas y lobos en las calles y los alrededores de Zanesville.

Armadas hasta los colmillos y los molares, patrullas de policías subieron a sus furgones y emprendieron una insólita cacería, mientras cerraban todos los colegios del pueblo y la mayoría de los comercios, en particular los de alimentación. En las horas siguientes, se había abatido cuarenta fieras, entre ellas una docena de tigres de Bengala, un felino en peligro de extinción en las junglas asiáticas.

Las organizaciones de protección de los animales comenzaron a protestar, exigiendo que se utilizaran balas dormideras. La policía aceptó y disparó contra un tigre de Bengala, que en lugar de dormirse, enfureció de tal manera que hubo que rematarle con un fusil de asalto. La jornada terminó con cuarenta y nueve animales muertos, entre ellos dieciocho tigres, además de leones, osos grizzlies, leopardos, pumas y lobos. Usando balas anestésicas, los policías consiguieron capturar a tres leopardos, un oso y dos monos, que fueron trasladados a un zoológico.

El origen del extraño suceso se encuentra en un matrimonio de amantes de los animales, Terry y Marian Thompson, dueños de una finca de trescientos

kilómetros cuadrados en donde mantenían encerradas, en diversas jaulas, a las fieras, además de a numerosos monos y, en corrales, a un buen número de caballos. El lunes pasado, Terry Thompson, por razones que se ignoran, dejó abiertas las puertas de todas las jaulas y de los corrales, también la puerta principal de la finca, y a renglón seguido se pegó un tiro en la cabeza.

Cincuenta y seis animales escaparon y se dirigieron al pueblo y a sus alrededores, mientras que un par de tigres emprendieron la caza de los aterrorizados caballos de Thompson. Tras la batida del martes, tan sólo un animal seguía en paradero desconocido: un mono, aunque la policía sospechaba que se lo había comido un león. La señora Thompson se presentó en la oficina del sheriff el miércoles, suplicando que no se hiciese daño a sus «bebés», que es como llamaba a sus animales. Al parecer, no se interesó mucho por el suicidio de su marido.

Los Thompson no mantenían a los animales para exhibirlos ni la finca era una suerte de Safari Park. Los habían ido adquiriendo a lo largo de los últimos años como quien cría gatos e, incluso, les daban de comer en el interior de sus jaulas. Terry Thompson compró dos leones que poseía el antiguo campeón mundial de boxeo de los pesos pesados Mike Tyson, el que mordió la oreja en un combate a Evander Holyfield. La policía había investigado al matrimonio con anterioridad, ya que no cuidaba mucho de su prole y los animales, por lo general, estaban mal alimentados. En cierta ocasión, varios caballos murieron de hambre y los Thompson echaron los cadáveres a los felinos, que se salvaron así de la muerte. La mortalidad era también alta entre los monos. Y su destino, al fallecer, era el mismo que el de los equinos.

El señor Thompson acababa de pasar un año en prisión por tenencia ilegal de armas de fuego. Por lo visto, la policía había encontrado en su domicilio más de cien fusiles y pistolas. El señor Thompson las vendía a particulares, falsificando las licencias.

Y colorín colorado.

Esta noche, al acostarme, he mirado debajo de mi cama, no fuera que el vecino de arriba hubiera dejado en libertad a su cocodrilo antes de ahorcarse con las sábanas.

Domingo, 23 de octubre

Resulta políticamente incorrecto decirlo, pero el boxeo es un deporte que me apasiona. Si dos individuos deciden liarse a puñetazos para ganar dinero, ¿quién tiene derecho a impedírselo?, ¿deberíamos condenar a dos tipos que se enzarzan a puñetazos en un ring?

En todo caso, en Nueva York, a nadie en su sano juicio se le ocurre poner en cuestión el boxeo. Entre otras cosas, porque es parte sustancial de la tradición norteamericana.

Ayer, con Isabel Fanjul y Javier Rioyo, recién llegado éste a Nueva York para dirigir el Instituto Cervantes, fui a ver una velada boxística en el histórico Madison Square Garden, que es algo así, en nuestros días, como era en la Antigüedad acudir una tarde a un espectáculo de gladiadores en el Coliseo romano. En este monumental circo neoyorquino, alzado en medio de la ciudad, junto a la estación de Pennsylvania, boxearon gente como Joe Louis, Jim Corbett, Joe Frazier y muchas otras leyendas del ring, y aquí tumbó Cassius Clay a Sonny Liston y unos cuantos gigantes más. En el MSG, juegan sus partidos de baloncesto y de hockey sobre hielo los equipos de la ciudad: los New York Knicks y los New York Rangers. Y en su «arena» cantaron, entre otros muchos, Barbra Streisand, Liza Minnelli y Frank Sinatra. Anoche, mientras subíamos las gradas hacia nuestros asientos, se escucharon en los altavoces las primeras estrofas de la más famosa canción de aquél a quien llamaban «la Voz»:

*Start spreading the news
I'm leaving today
I want to be a part of it
New York, New York...*

[Comienza a extender la noticia:

*me marcho hoy mismo,
quiero formar parte de
ella,
New York, New York...»]*

¿Qué mejor recibimiento para un extranjero con hambre de mitos neoyorquinos? El personaje de Sinatra y su grupito de mafiosos amigotes, las Ratas, nunca me gustaron. Pero como cantante resultaba inigualable. La naturalidad con que interpretaba era de tal calibre que llegabas a pensar que tú mismo podrías hacerlo igual. Sinatra cantaba como si hablara.

Una velada de boxeo neoyorquina tiene su particular ritual. Suelen comenzar a las siete y media de la tarde y se celebran seis o siete peleas, dejando la estelar como final de fiesta. Los combates previos duran seis asaltos de tres minutos cada uno, con un minuto de descanso entre esos períodos de lucha, mientras que el último es a doce asaltos. Como no se puede prever la duración exacta de cada enfrentamiento, no hay hora precisa para la conclusión. Así que, como quien dice, los espectadores echan la tarde noche en el Madison. En las galerías interiores hay todo tipo de establecimientos de bebida y comida e, incluso, se sirven cócteles. Muchos de los espectadores acuden tan sólo a ver el combate del ídolo de su gimnasio —hay decenas en Nueva York, sobre todo en el Bronx—, o de su barrio, o de su ciudad, o del país de donde es oriundo el púgil. Y como no todos los espectadores están interesados en todas las peleas, las gradas registran un continuo ir y venir de gente que entra a ver boxear, o que sale a echar un trago, o que busca una barra en donde comerse un perrito caliente.

Entre combate y combate, ritmos raperos vibraban en los altavoces y ya no cantaba Sinatra. Pero cuando se anunciaría una nueva pelea, las músicas se acomodaban a la nacionalidad de los púgiles: a un dominicano le recibieron con un merengue, a un mexicano con un corrido y al irlandés con un instrumental de gaitas celtas sacado de una película de John Ford. El dominicano venció a un americano mestizo, un mexicano a otro mexicano, un puertorriqueño a un tercer mexicano y el irlandés a un mulato del Bronx. La ensalada de hostias de la velada reunía todos los colores de una ensalada vegetal.

Anoche el combate estelar era la disputa del cetro mundial de los pesos ligeros, entre el campeón, un joven filipino llamado Nonito Donaire, y un veterano argentino, Omar Andrés Narváez. Antes de aparecer en el ring los

luchadores, subieron al cuadrilátero varios infantes de marina uniformados, portando estandartes y banderas, entre éstas la de Estados Unidos, la argentina y la filipina. Un orquesta tocó el himno nacional argentino mientras un tenor cantaba la letra. Le dio el relevo una cantante filipina que, a mera capela, interpretó el himno de su país. Y puso el broche final una soprano americana con el *God Bless America*.

A nuestro lado se sentaban un joven boxeador mexicano ya retirado y el dueño, también de origen mexicano, de un gimnasio de *boxing* del Bronx. Comenzamos a hablar con ellos desde los primeros combates y, al inicio de cada pelea, casi de inmediato al primer intercambio de golpes, ya nos decían quién iba a ganar con total seguridad. Y acertaban de pleno.

Llegó el momento del combate estrella. Nonito Donaire respondía a su apellido: boxeaba con gracia y elegancia. Omar Narváez le rehuía, era rápido en la esquiva y flexible en el quiebro. Nonito le sacaba a Omar media cabeza y al menos diez centímetros de longitud de brazos, pero no lograba romper la guardia del argentino.

En el octavo asalto, apenas se habían tocado las caras. Nuestros vecinos mexicanos se levantaron.

—Nos vamos —dijo el dueño del gimnasio—. Esto no es boxeo.

—El combate está amañado, añadió el ex boxeador.

—¿Quién ganará? —pregunté.

—El filipino, a los puntos —respondió el primero.

Se fueron.

Pasaron sin emoción los siguientes asaltos y, al concluir el doce, sonó la campana que ponía fin a la pelea. Minutos después, el *speaker* gritó el veredicto:

—Por decisión unánime, a los puntos, el vencedor es... ¡Nonito Donaire!

Hubo un gran rugido de satisfacción en el mayoritario grupo de espectadores filipinos. Y gritos de «*tongo, tongo*» entre los argentinos.

E Isabel, Javier y yo nos fuimos en busca de una copa a la Octava Avenida.

Esta mañana, en el periódico, se decía que el mono extraviado en Zanesville había aparecido. No lo había devorado un león, como se pensó al principio, y todo indicaba que, con buen juicio, se escondió en el bosque para no tener que regresar a casa de los Thompson. Ha sido internado en el mismo zoológico que los otros animales supervivientes de la cacería de fieras y a estas horas

debe de estar hinchándose a comer cacahuetes.

Lunes, 24 de octubre

Chinatown es el barrio que menos me agrada de Nueva York. Y no por razones étnicas, políticas o arquitectónicas, sino, entre otras, por la falta de higiene. Yo respeto a todo el mundo menos a los que asesinan en nombre de una idea y a los que no se lavan. Y el Chinatown neoyorquino es un barrio en el que no creo que se asesine mucho, pero que sin duda está poco lavado. En esa área del sur de Manhattan, en donde viven casi ciento cincuenta mil ciudadanos de origen chino, huele siempre a soja y a sudor de Asia, que es un olor agridulce, como la salsa que le ponen al cerdo frito, un plato que, después del almuerzo, tras su recorrido por las tripas, atufa a gasolina podrida. Nunca vaya a un WC chino, amigo lector: y me agradecerá sin duda el consejo.

A Djuna Barnes, una escritora neoyorquina, rebelde, transgresora y feminista —un tipo de mujer que, en la posguerra española, hubieran calificado de «disoluta»—, tampoco le gustaba Chinatown. En su libro sobre la ciudad, describe así una noche en el barrio:

Aquí el cielo se va y las estrellas mueren, y sólo hay un abismo negro, impenetrable por encima, y por debajo, un agujero en la eternidad abierto y negro, profético a causa de los chinos que se apresuran furtivamente y no obtienen ni disgusto ni placer del sonido de sus interiores familiares, ni tampoco deleite ni disgusto alguno del sonido de los exteriores de la vecindad.

De todas formas, hoy no he tenido otro remedio que ir a comer a Chinatown. Tom Barrow, un viejo amigo mío de nacionalidad inglesa, con quien a veces almorcaba en restaurantes chinos del Soho de Londres cuando viví en la ciudad, está de paso por Nueva York. Y como buen inglés, adora la comida china, porque los ingleses carecen de comida propia a la que venerar, si te sales del rosbif y algún que otro *pie* (pastel) de carne o de riñones. Y antes de aparecer por Nueva York me pidió por mail que buscase el mejor sitio para comer en Chinatown. Pregunté a la gente que conozco de por aquí y me dieron

un nombre, el Jing Fong, en Elizabeth Street, casi esquina con Canal Street. Y allá que nos hemos ido este mediodía.

A esta hora de la noche, mientras tomo notas en casa, todavía no sé muy bien si he estado a la hora de comer en unos grandes almacenes, una sala de conciertos, un palacio de congresos, o un teatro. Digo a la hora de comer porque no comí, me dejé el plato tras la primera cucharada. Había pedido un guiso de pasta con pato y me trajeron una sopa espesa, como una babilla blanca, en la que flotaban unos fideos esmirriados y algunos pedazos de cartílagos de ánade. Tom, que es grande como un búfalo, devoraba un pollo entero acompañado de una salsa cuyo nombre olvidé. Mientras dejaba escapar murmullos de satisfacción: «uuuuuummm, uuuummm, uuuuummm...», algo por el estilo.

En apariencia, la fachada del sitio parecía una casa normal del barrio: un estrecho portal, vestíbulo algo ruinoso y envuelto en una húmeda oscuridad. Pero al atravesar la cortina de sombras, me encontré de súbito con dos escaleras mecánicas, una de subida y otra de bajada, de más de medio centenar de escalones. El techo era casi tan alto como la bóveda de una catedral.

Las escaleras desembocaban en un amplio recibidor y, allí, una señorita nos acogió con cierta brusquedad y, con un gesto de aire militar, nos ordenó seguirla. Entramos en una gigantesca sala en donde había alrededor de un centenar de mesas, casi todas redondas, con capacidad para seis u ocho cubiertos, manteles blancos y rodeadas de sillas con cojines tapizados de plástico rojo. Los camareros eran puro hormiguero.

Al fondo de la sala, que tenía forma cuadrangular, había una suerte de estrado con grandes sillones rojos, en esa hora vacíos. Y detrás, una docena de banderas americanas y otras tantas chinas colgaban de mástiles dorados. En el aire sonaba un tema musical con aire de marcha militar.

No comí nada, ya digo. Pero me entraron ganas de desfilar dando vivas a Mao Tse-Tung, el Gran Timonel.

Merece la pena ir al Jing Fong; a mirar, naturalmente.

Martes, 25 de octubre

Hoy he encontrado un artículo fascinante, por lo menos para un escritor, en una suerte de folleto en esos buzones de prensa gratuita y de anuncios que encuentras por todo Nueva York. Tenía treinta y cuatro páginas y se titulaba *Gotham Writers' Workshop*, que significa «Taller de Escritores de Gotham». Otra vez Gotham, uno de los sobrenombres de este Nueva York que a veces nos parece nacido de la ficción, como el folleto del que ahora me ocupo.

La oferta del taller consiste en «Completas clases online» que abarcan los siguientes campos: escritura de ficción, escritura de memorias, viajes, artículos, no ficción, escritura de gastronomía, comedia, dramas, poesía, letras de canciones, misterio, fantasía, literatura romántica y erótica, narración creativa, libros infantiles, humor, textos de negocios y guiones para televisión.

Un taller literario muy completito que parece cubrir todas las expectativas de un aspirante a escritor. En el comienzo hay una introducción titulada «Nuestra misión», en donde leo: «Usted se sienta a escribir, tiene una imagen en la cabeza, un personaje, una idea de una historia o sencillamente un principio. Y ahora lo tiene que escribir. Pero es más fácil decirlo que hacerlo. Nuestro deber es desmitificar el proceso de escritura».

¡Vaya!, me digo. Y me pregunto si es preciso desmitificar a Shakespeare y Cervantes.

El folleto añade: «Le mostraremos cómo generar ideas. Le enseñaremos cómo crear personajes atrayentes y cómo estructurar su trabajo. ¡Le ayudaremos a romper como escritor!».

De nuevo me pregunto si no le hubiera ido mejor a Dostoievski de haber pasado por el taller antes de crear a Raskólnikov.

Y concluye la presentación con una suerte de exaltada oración que recuerda versos de góspel: «Escribir, escribir, terminar el libro: no hay un sentimiento más grande. Por eso creemos en Gotham. Y dedicaremos nuestro esfuerzo a que usted llegue a conseguirlo».

¡Aleluya!, clamo para mis adentros.

En los capítulos siguientes se van desgranando los aspectos del trabajo que propone el taller, siempre con el objetivo de acabar creando una «comunidad Gotham», ya que «no se puede trabajar en soledad» y todos estamos necesitados de «pertenercer a una comunidad de escritores». Gotham nos enseñará cómo lograr que nos publiquen, a construir «diálogos percutantes» e, incluso, a «leer bien», entre otras muchas cosas. Y más aún: a crear argumentos para actuar en público y hacer reír a las personas, ya que «el humor es el logro más grande y el mayor éxito, en un escenario, consiste en reducir a una gran masa de gente a una gran carcajada».

Lo dejo ahí con cierto desánimo: llevo sesenta y siete años tratando de ser un buen escritor y resulta que existía un método para lograrlo por un camino mucho más corto.

«¡Gotham, Gotham, Gotham!», gritarán en breve miríadas de escritores en las orillas del Hudson, mientras el mundo los contempla con asombro.

Miércoles, 26 de octubre

Me he asomado esta tarde a la librería de segunda mano Strand, la que más me gusta de la ciudad, a fisgar en los anaqueles de la sección de libros que tratan de Nueva York. Y encontré uno publicado en 1975, sobre los escritores y la urbe, cuyo prólogo afirma con rotundidad: «Nueva York ha sido y es la capital literaria de América»... Bueno, con permiso de William Faulkner, Tennessee Williams, Mark Twain, Ernest Hemingway y alguno que otro más. Pero me lo compré por cinco dólares. Y resultó que estaba bastante bien.

Si algún día la cultura digital acaba con el papel, dejaré una flor en la esquina en donde estuvo Strand: un girasol, probablemente.

A un par de manzanas, en la University Place, se encuentra mi restaurante japonés favorito en Nueva York, Japonica, y me acomodé en la barra de sushi. Al poco, una señora rubia y menuda se sentó a mi lado. Como ya he dicho, dirigirse a los desconocidos es, en Nueva York, algo muy común y, terminando de cenar, la mujer se fijó en mi bolsa de Strand.

—Cuando yo vivía aquí cerca —me dijo—, iba allí a comprar libros. Pero hay demasiados y me abruma un poco.

—Son baratos y hay de todo —respondí—. Tengo la impresión de que, cada vez que sale un nuevo título, al día siguiente está en Strand y a mitad de precio. ¿Es así?

Asintió.

—En Nueva York, el precio del libro lo marca el librero —dijo.

Luego añadió:

—¿De dónde es usted?

—Español.

—¿De qué ciudad?

—Madrid.

—Ah, la conozco: es muy bonita.

—Es pequeña.

—Lo pequeño no tiene por qué ser un defecto. Yo soy neoyorquina. ¿Le

gusta Nueva York?

—Es fantástica, muy bella.

—Lo mejor aquí es la gente: el neoyorquino es muy cálido. ¿Lo es el madrileño?

—Lo era.

—Una pena. Hay cosas que no deberían perderse.

De regreso a casa, me detuve en un supermercado a comprar alimentos y cervezas.

Mientras esperaba para pagar, la señora que hacía cola detrás de mí señaló una cajita con frutas tropicales que yo había cogido para el desayuno.

—Es excelente —dijo—, muy saludable.

Llegué a casa, llamé al ascensor y, en el instante en el que entraba, apareció a mi espalda una mujer algo mayor que yo, cargada con dos bolsas de comida. Pude detener el cierre de las puertas y logró entrar. Tras ella asomó un hombre de parecida edad y con otras bolsas de comida. Pero no había más sitio en la cabina. Antes de que se cerrara por completo la puerta, me sonrió y dijo a su esposa:

—Ten cuidado con el joven.

Arrancamos. Ella me miró con aire cansado y media sonrisa dibujada en los labios.

—No creo que para las mujeres de mi edad existan hombres peligrosos —comentó—. ¿Haría el favor de apretar el botón del cuarto piso? Es que, cargada con estas bolsas, no puedo alzar el dedo.

Jueves, 27 de octubre

El Museo Metropolitano de Nueva York, el Met, en donde se exhibe la mayor colección de obras de arte de la ciudad de un período que cubre desde la Antigüedad hasta el siglo XX, no alcanza a ser el Prado, ni el Hermitage, ni el Louvre, ni el British Museum. Pero no hay duda de que se trata del quinto en el escalafón. Y en arte asiático y, desde luego, en culturas de Oceanía, sin duda es el primero. Hay en el Met un apreciable catálogo de obras de Rembrandt, Goya, Velázquez, el Greco, los renacentistas italianos, Matisse, Picasso, Van Gogh y, entre ellos, varias joyas singulares de las que rescato algunas: los retratos velazqueños del conde duque de Olivares y del mulato Juan de Pareja, los autorretratos de Van Gogh y Rembrandt, la picassiana *Mujer de blanco*, la goyesca corrida de toros lidiada a la vez en dos palenques y un Sorolla que representa a unos niños bañándose en una playa alicantina. El Met mantiene, al mismo tiempo, una política muy audaz en exposiciones temporales y en ello creo que anda por delante de sus colegas europeos. En este museo siempre hay algo nuevo que ver.

Esta mañana he visitado el segundo piso y, en las salas de pintura clásica, he encontrado algunos cuadros de pintores que no conocía. Eso es lo mejor de los museos y de la vida: lo inesperado.

Y en este caso me refiero, sobre todo, a un retrato y a un pintor: *Salomé*, obra de Henri Regnault. No sé si esta pintura, para los expertos, tendrá una gran calidad. Pero sí para mí. Creo que pocas veces he visto un cuadro que represente tan bien el descaro femenino. No es una mujer particularmente hermosa esta Salomé retratada en 1870 por un artista que murió poco después en el frente, en la guerra franco-prusiana, precedente de la cruenta carnicería de la Gran Guerra. Más aún, podría resultar algo grosera. Pero el cuadro guarda tal belleza animal y destila tanta sensualidad salvaje que contemplarlo convoca de inmediato al sexo. Supongo que no era una mujer para casarse con ella, entre otras cosas porque seguro que se iría con otro a los pocos días y, luego, cambiaría al primero por un segundo, y al segundo por un tercero... Hay

mujeres así y siempre suelen ser muy hermosas.

Imagino que, mientras vivió Henri Regnault, muchos otros pintores debieron de pedirle la dirección de la fémina: para invitarla a posar para ellos como pretexto para otras invitaciones. Me pregunto si algún artista habrá pintado un desnudo de la misma modelo que posó como Salomé para Regnault.

He hablado de las exposiciones temporales del Met y, en estos días, hay una soberbia del arte chino del XVIII, con dibujos y caligrafías. Resulta muy singular que muchos artistas orientales, particularmente en China y Japón, hayan sido al mismo tiempo calígrafos, pintores y poetas, esto es: gentes polifacéticas, dedicadas a las artes en un amplio abanico.

Además, hay un aspecto que, en mi opinión, diferencia profundamente a las artes orientales y las occidentales. El arte oriental tiene como objetivo principal el disfrute de la contemplación, la sutileza decorativa, y está dirigido a dar placer. El occidental, sin embargo, a menudo es trágico y con frecuencia crítico. Caravaggio no sería posible en Japón o China, ni tampoco un Bacon o El Bosco. Un poema chino, como un haiku japonés, puede describir un instante del otoño y la pintura clásica oriental surge en buena medida de una poesía hondamente anclada en la naturaleza. Y el poema enlaza con el dibujo. Oriente es delicadeza.

En mi opinión, el arte occidental en ocasiones resulta incluso sádico. En el Met, como en cualquier museo europeo, el visitante podrá encontrar, por ejemplo, obras escultóricas o pictóricas que representan la decapitación de san Juan Bautista, o la de Sansón, o la de Holofernes. Y son temas que adornan las capillas de muchas iglesias católicas. Aparecen pintados los momentos en que el verdugo obliga a la víctima a agacharse para rebanarle el pescuezo, el instante en que le secciona la cabeza del tronco y, en fin, la imagen de la cabeza ya cortada, que guarda una mirada de terror y de sorpresa mientras el verdugo la sujetta por los pelos y el cuello chorrea sangre en abundancia... Eso raramente lo pintaría un japonés. Y creo que casi nunca un chino.

Cuando salí del museo, el sol tonteaba con las nubes sobre Central Park. Caminé un rato entre los árboles. Olía distinto a otros días, levemente a hierbas muertas, a liviana putrefacción vegetal. Y el color de las hojas era de un verde más seco y menos vivo.

¿Arranca el otoño?

Viernes, 28 de octubre

La lluvia era pertinaz esta mañana. Aunque no a cántaros, el agua caía al menos a tazones, y terca, incansable. Y el cielo lucía un feo uniforme de color ceniza. Decidí irme al extremo norte de Manhattan para visitar un extraño y fantástico lugar entre las calles 155 y 156 Oeste: la Hispanic Society of America. Tomé el metro en lugar del autobús para no mojarme.

Al salir del suburbano, en el cruce de la calle 155 con Saint Nicholas Avenue, el ambiente era sombrío. No había ni un alma en los alrededores y, al poco de echar a andar con el paraguas abierto, distinguí a mi izquierda los pradales de un extenso cementerio, el Trinity, repleto de tumbas antiguas. Una iglesia presbiteriana, de aire adusto y severo, reinaba sobre la calle. Y andar por allí a solas, bajo el cielo turbio y la lluvia, la verdad es que estremecía un poco. Cuando alcancé el solemne edificio de la Hispanic Society, el primer choque con la insólita realidad del lugar fue darme, casi de brúces, con una enorme estatua ecuestre del Cid Campeador.

«¡El Cid en Manhattan!», exclamé para mí en voz alta. Me froté un ojo y lo abrí de nuevo: sin duda era el Cid. No obstante, comprobé aliviado que no se parecía en absoluto a Charlton Heston.

El museo de la Hispanic Society alberga un buen puñado de obras de gran valor: entre ellas, varios lienzos de Velázquez, algunos de Goya y otros del Greco, y Murillos, Zurbaranes, Zuloagas..., además de retratos de reyes, nobles, validos, aristócratas, obispos, santos y vírgenes firmados por artistas de menor rango. Abundan también piezas medievales, como sepulcros, columnas y pilas de bautismo tallados en piedra. En fin, no había en esa hora otra persona que yo en el museo, salvo los vigilantes, cosa rara en estos tiempos de turismo desaforado. Así que paseé a solas por las umbrías salas, algo abrumado al recordar la triste España de la intransigencia.

El día, desde luego, no estaba para muchas alegrías: lluvia fea, cielo como pelaje de cuervo, triste cementerio, torva iglesia protestante, tosco Cid, un tufo a Inquisición en la Hispanic Society...

Pero de pronto...

Al dejar la estancia principal del museo, entré en una sala lateral, la sala de Sorolla. Y se ensanchó el mundo, regresó la alegría... ¡la España de la luz y de la juerga saltó sobre mí!

Ése es el gran tesoro que guarda la Hispanic Society, los murales de Sorolla. Un filántropo millonario americano, Archer Milton Huntington, creó este centro llevado por un inmenso amor a España que, vaya usted a saber por qué, le asaltó desde la niñez. Y la sociedad guarda no sólo una soberbia colección de arte español, sino una importante biblioteca con más de medio millón de libros, manuscritos y documentos, algunos de los cuales datan del siglo x. Entre otras joyas, posee primeras ediciones de *Tirant lo Blanc*, *La Celestina* y el *Quijote*.

Pero el gran acierto de Huntington, en mi opinión, fue encargarle a Sorolla la composición de una obra mural de catorce lienzos que representase a su país y a la que el pintor titularía *Las regiones de España*. Entre 1911 y 1919, el artista valenciano realizó esta imponente obra que conjuga la alegría, la exuberancia y la luz.

Sorolla fue un pintor que desdeñó la pesadumbre y dio la espalda a los creadores del pesimista y abrumador movimiento del 98. O puede que fueran los del 98 quienes le dieron la espalda a Sorolla. Para pertenecer a aquella generación había que tener un carácter algo trágico, ser un triste, en suma. Y Sorolla no lo era. Sus cuadros pintan escenas tradicionales de las regiones españolas: la pesca, las fiestas populares, procesiones, bailes, mercados, juegos..., dibujan una España bañada por el sol, impregnada de hedonismo y ganas de vivir. Los blancos, azules y amarillos de Sorolla le dan a la Hispanic Society la exaltación de la vida que niegan los Grecos.

Me fijé sobre todo en los bailes, en unas muchachas que giran garbosas por sevillanas en un patio andaluz y en la jota que acomete una recia pareja de edad madura en algún lugar de Aragón. La gracia de la primera danza así como la rotundidad de la segunda están retratadas con la sutileza de alguien que debía saber los pasos de ambos bailes.

Sorolla era un pintor que, a simple vista, parecería banal, a medio metro de las ilustraciones de un calendario. Pero nadie ha superado su alegre luz, en un territorio, el del tipismo, tan próximo a la vulgaridad y al tópico. Sorolla hizo grandes cosas comunes, arriesgó su crédito en nombre del vitalismo. Era un pintor valiente.

A mí, cuando menos, me ha llenado de sol mediterráneo la triste mañana

neoyerquina.

Sábado, 29 de octubre

Ya he dicho en más de una entrada de este diario que la naturaleza en Nueva York es salvaje. Ayer se pronosticaba, para hoy, aguanieve. Y lo que ha caído es una nevada tremebunda que ha dejado a la ciudad pintada de blanco. Por suerte, hoy es sábado y el tráfico es liviano; de lo contrario, Nueva York se habría convertido en un caos. Para mañana se anuncian sol, cielo despejado y frías temperaturas. Este año, al otoño se lo están zampando el verano y el invierno.

Un amigo español que vive en Washington, Goyo Laso, ha venido a pasar un par de días en mi casa y esta mañana hemos ido a un curioso lugar. Se llama The Cloisters (los claustros) y es una suerte de museo de arte medieval europeo. El asunto ya choca de por sí: ¡arte medieval en Manhattan!

Cuando salimos de casa, a eso de las nueve, caía aguanieve, para alegría de los meteorólogos, una gente que, antes que pronosticar, parecen apostar.

Julio Camba da cuenta de un boletín meteorológico de 1934, año en que publicó *La ciudad automática*, su libro sobre Nueva York: «Temperatura baja con tendencia a subir. Vientos del norte, del sur, del este y del oeste. Lluvia probable, quizá nieve. Tal vez granizo. Parcialmente nublado. Buen tiempo. Barómetro muy variable». Y asegura: «No lo tomen ustedes a broma».

Más que un pronóstico, parecía un programa político cargado de promesas que en su mayoría no iban a cumplirse.

Camba es sutil. Añade en el mismo capítulo: «Nueva York es una ciudad sin clima. Toda la temperatura de Nueva York es importada. El frío viene directamente del Polo, a gran velocidad, y el calor procede del golfo de México [...]. De hora en hora, la temperatura tiene oscilaciones enormes [...]. En Nueva York uno tiene con frecuencia la sensación epidérmica de andarse paseando entre Veracruz y el Polo».

The Cloisters se encuentran situados en una colina en el extremo norte de Manhattan, muy próximos al anchuroso río Hudson. El edificio tiene las trazas

de un convento medieval europeo, aunque fue realizado por el arquitecto americano Charles Collens y costeado por el archimillonario John D. Rockefeller, y le rodean unas veinte hectáreas de bosque. Dentro del recinto, traídos piedra a piedra desde Europa, fueron reconstruidos y mezclados al arbitrio de Collens varias capillas y claustros datados entre los siglos XII y XV y que proceden de Francia y España. De modo que, al recorrerlos, el visitante puede toparse, por ejemplo, con el ábside de una iglesia de Burdeos, cuyo altar preside un Cristo traído de Dijon, mientras que las vidrieras provienen de Palencia y los frescos de León. Quiere decirse que, en The Cloisters, nada es verdadero sin dejar de serlo, todo a la postre es una creación con cierto espíritu de Walt Disney, pero con una total apariencia de verosimilitud.

En cierto sentido, The Cloisters me recuerdan a lo que hizo el arqueólogo inglés Evans con las excavaciones de la antigua civilización minoica en Heraklion, la capital de Creta, reconstruyéndolas a su manera, poniéndolas al servicio de su imaginación antes que tratando de aplicar el rigor y la exactitud en lo que encontraba. Y así, las ruinas de Miconos parecen más bien las de un palacio modernista que un ejemplo del arte antiguo rescatado de los fosos de la historia. Tienen bastante de pastiche de antaño. A numerosos arqueólogos les ha pasado lo mismo: a la vista de unas ruinas, han querido convertirse en arquitectos.

En este lugar se guardan unas cinco mil piezas entre esculturas, pinturas, frescos, columnas, sepulcros, arcos... La mayoría proceden de la colección de un arquitecto americano, George Gray Barnard, que recorrió Europa a principios del siglo XX comprando arte medieval. El resto derivan de donaciones privadas de coleccionistas del país.

Es fácil adivinar cómo se logró esta magnífica colección. En las primeras décadas del siglo XX, Europa era un continente arruinado, sobre todo por las guerras, en tanto que Estados Unidos nadaba en dólares de muy alta cotización. De manera que el negocio resultaba incluso natural, algo así como «europeo blanco en aprietos cambia a indio americano piedras viejas y algo rotas por billetes verdes». Como en las películas del Oeste producidas en Hollywood, pero en este caso el indio era el listo y el que se llevaba las «piedras amarillas».

En el caso de España, este tráfico se siguió practicando hasta bien avanzada la posguerra: a la Iglesia del franquismo le sobraban piedras y le faltaban escrúpulos. Yo recuerdo que, allá por el año 1965, viajando en coche con unos amigos camino de Santander, nos detuvimos a ver una bella iglesia gótica que

encontramos a la vera de un río, junto al pueblo de Tubilla del Agua, en la provincia de Burgos. Dentro del templo había unos hermosísimos frescos medievales del siglo XIII, en un magnífico estado de conservación. Creo que pocas veces he visto una obra mural tan admirable.

Más o menos quince años más tarde, volví a pasar por el lugar y los frescos habían desaparecido. Pregunté por ellos. Y un paisano del pueblo me contó que el cura párroco los había vendido a un coleccionista americano por unos miles de pesetas, y que el americano, al tratar de retirarlos, ignoró mediante qué técnicas, los había quemado. El cura fue trasladado de parroquia y las autoridades civiles y religiosas echaron tierra sobre el asunto.

Resulta curioso que al poeta José Hierro le gustaran The Cloisters, pese a su impostura. En *Cuaderno de Nueva York*, le dedica unos versos:

*No, si yo no digo
que no estén bien en donde
están:
más aseados y atendidos
que en el lugar en que
nacieron,
donde vivieron tantos
siglos.
Allí el tiempo los devoraba
[...]
Atormentados por los
cardos,
heridos por las lagartijas,
cagados por los estorninos,
por las ovejas y las
cabras...*

La nevada era tremebunda cuando salimos del museo. Enormes copos caían sobre los árboles que se encogían bajo el peso de la nieve, y la carreterilla que asciende la colina y muere en The Cloisters parecía una pista de patinaje. Tuvimos suerte y el autobús de la línea 4 se atrevió a ascender la empinada cuesta y nos rescató. Costó algo más de una hora llegar hasta el centro de Manhattan, bajo el espeso manto blanco que se arrojaba sobre la ciudad. Con el vehículo abrazado por la tormenta, yo me acordaba con pena de los bellos

frescos góticos de Tubilla del Agua. Y maldecía al párroco que se fue de rositas y al jodido americano que borró unas pinturas que habían soportado indemnes el paso de siete siglos.

Por la tarde, Laso se fue al Met y yo me acerqué de nuevo al Madison Square Garden, esta vez a presenciar un partido de hockey sobre hielo, uno de los deportes favoritos de los estadounidenses junto con el béisbol, el fútbol americano, el baloncesto y el boxeo. Competían el equipo local, los New York Rangers, contra uno canadiense, los Ottawa Senators, que juegan, junto con algún otro equipo de Canadá, el campeonato americano. Como es natural, la hinchada era mayoritariamente neoyorquina. Pero, al contrario de lo que suele suceder en España y Europa, los pocos aficionados llegados de Ottawa se mezclaban con toda naturalidad con los muy numerosos americanos sin temor alguno. La violencia en este país nunca está en las gradas, sino en la pista. Y el hockey sobre hielo es un deporte extremadamente violento. También lo son el fútbol y el baloncesto, pero en mucha menor medida. Incluso el boxeo, que se supone es la brutalidad extrema en el deporte, resulta bastante más civilizado, pues tiene reglas de juego limpio muy estrictas.

Casi todo cuanto tocan los americanos lo convierten en un espectáculo de muchos flecos y el hockey no es una excepción. Salieron los cuatro árbitros vestidos con camisas a rayas verticales, blancas y negras, y volando sobre sus patines, con aire de libélulas, recorrieron la pista inspeccionándola. Luego irrumpieron los jugadores de los dos equipos, de rojo los canadienses, de azul los neoyorquinos, deslizándose sin pausa sobre el hielo entre vítores, armados de bastón, con casco de metal y protecciones metálicas en hombros, codos y rodillas. Los himnos nacionales de los dos países fueron interpretados por soprano y tenores, a capela, con el público, los jugadores y los árbitros en pie, en posición de firmes y la mano derecha abierta sobre el pecho, a la altura del corazón. Hacía un frío que pelaba, a causa, supongo, del hielo que cubría la pista. Y el estadio era como un frigorífico gigante.

El hockey es trepidante y, como ya he dicho, violento. La pelota, por llamarla de algún modo, tiene la forma de una ficha de póquer: plana y redonda, pero del tamaño de una mano grande. Y vuela de un lado a otro a una velocidad endiablada. Los jugadores, seguidos por los árbitros, recorren sin cesar la pista en pos de la ficha para intentar el gol o cubrir al contrario. Y los choques resultan tremebundos, hasta degenerar en ocasiones en combates de

boxeo sin reglas, en luchas a bastonazos o en tanganas incontrolables. Entretanto, los árbitros no se afanan demasiado en detenerlos, quizá porque ellos no llevan ni casco ni ningún tipo de protección y se juegan un buen palo por meterse en medio de la bronca.

Históricamente, detractores y partidarios de la violencia en este deporte se han enfrentado con argumentos distintos. «Las peleas están matando el hockey», dicen unos. «Las luchas son limpias y forman parte del juego», argumentan los otros. El caso es que, según se va desarrollando la temporada, las grescas van en aumento y, hoy, la media está fijada en casi dos por partido, pues ya ha habido 74 en 34 encuentros. Eso significa que, al final de la liga, se habrán producido unas 565 riñas a hostia limpia o sucia.

Y el público ruge cuando el partido degenera en combate, más si es multitudinario, con los dos equipos enzarzados en la pista, a puñetazos y bastonazos. Lo curioso es que los fans de los dos equipos no luchan entre ellos: se contentan con animar a los suyos.

Los de Ottawa vencieron a los Rangers por cinco tantos contra cuatro. El gol de la victoria lo marcaron los canadienses, como se dice en el argot deportivo, «sobre la bocina», esto es: en la última décima de segundo.

Goyo y yo hemos quedado para cenar en el Village, rodeados de nieve, ateridos de frío, y luego nos refugiamos en un amable club de jazz, el 55 Bar, al lado del Stonewall Inn, el lugar en donde nació el movimiento gay durante los años sesenta del pasado siglo. Si bien el jazz no es una música que caliente en exceso —salvo el dixieland del Sur—, al menos quita el frío cuando se escucha en pequeños locales, con una copa delante y con tres o cuatro docenas de personas alrededor que parecen un grupo de amigos tuyos. Hoy tocaba un trío y la vocalista, que al tiempo se acompañaba de la guitarra, era una gruesa mujer de mediana edad, dotada de una estupenda voz y un gran dominio del ritmo.

El jazz, una música que nació con cierto sentido de dramática rebeldía en los barracones de esclavos, hoy puede ser, incluso, una música amable.

Domingo, 30 de octubre

Amaneció el día con el cielo limpio, un sol rabioso en el espacio, la nieve agarrada a los brazos de los árboles y a los techos de los coches y un frío del demonio. Goyo Laso regresaba esta tarde a Washington y, por la mañana, nos hemos acercado al museo que alberga la llamada «Frick Collection», la colección de arte del magnate Henry Clay Frick, expuesta en lo que fue su magnífico palacete familiar de la Quinta Avenida, esquina a la calle 70, no muy lejos del Met. Es todo lo contrario que The Cloisters: un lugar en donde el buen gusto y el arte extraordinario se asocia con la pulcritud y el rigor.

Lo primero que llama la atención es el edificio en sí, una sumptuosa villa que responde al estilo *Gilded Age* (Edad de Gilde), un término acuñado por Mark Twain en una de sus novelas para burlarse de la pretenciosidad de los nuevos ricos surgidos en los años posteriores de la guerra de Secesión (1861-1865). *Gilded Age* sería, pues, una expresión satírica réplica de la *Golden Age* (Edad de Oro) de la época de la industrialización, pues *gilded* expresa algo así como una liviana capa dorada sobre un metal tosco, en tanto que *golden* se refiere al oro puro.

Pero dejando a un lado las ironías del genial Twain, lo cierto es que Henry Clay Frick, un riquísimo industrial de Pittsburgh, tenía buen gusto. El palacio ocupa dos plantas y se asienta en un espacioso jardín. Y aunque su apariencia exterior es algo pretenciosa, el interior resulta delicado y elegante. Los salones parecen diseñados para acabar convirtiéndose en un museo —al parecer, ésa era la idea original de Frick— y la casa tiene algo poco común en las mansiones de la gente rica de aquellos años: busca la comodidad y desdena la ostentación. Sólo hay que fijarse en las escaleras para darse cuenta de ello, pues los escalones no pasan de un palmo de altura, lo cual hace muy descansado ascender por ellos, sin el esfuerzo que requieren esos imponentes peldaños de las viejas residencias de nobles y de ricos.

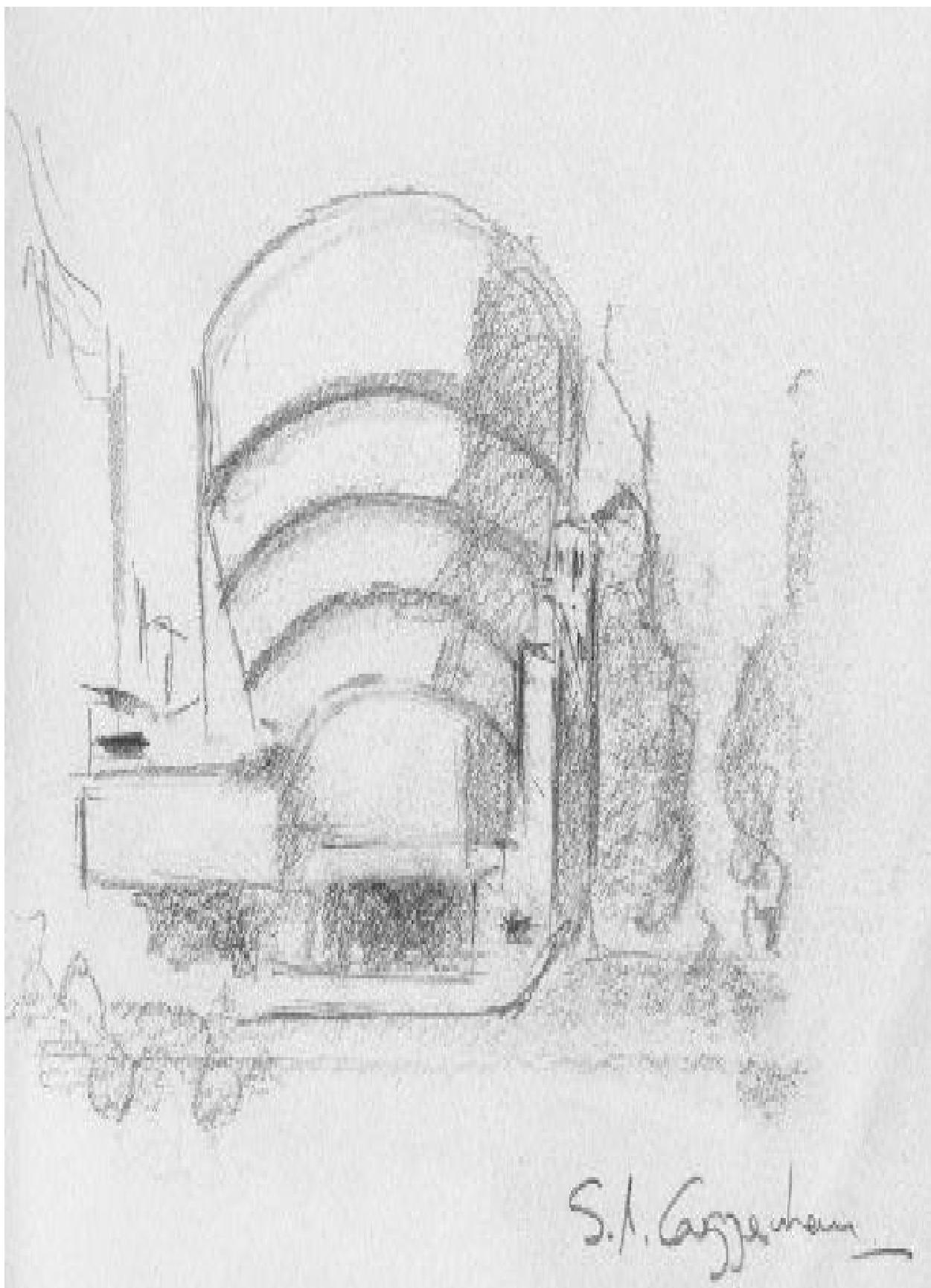
¿Qué harían los ancianos millonarios en sus residencias de altivas escalinatas en los días en que no existía el ascensor? Supongo que, o bien

dormir en el piso bajo, o bien subir a hombros de los lacayos. En todo caso, el Frick destila serenidad, confort y elegancia.

Entre los numerosos cuadros de la colección, hay dos excepcionales: el retrato del rey Felipe IV, debido a Velázquez, una pintura de 1664 en la que el monarca aparece vestido de militar, y el *Jinete polaco*, de Rembrandt, fechado en 1665. Sólo por admirar ambas obras merece la pena la visita a este museo.

Dimos una vuelta por los senderos del vecino Central Park antes de ir a comer. La nieve refulgía en las praderas y había algunos árboles viejos derribados por la tormenta del día anterior.

Me fijé en que las hojas de las arboledas seguían teñidas de verde. O sea: que el otoño no llega mientras algunos esperamos sus delicados colores.



S. L. Goguen

El Solomon R. Guggenheim, otro de los museos de la Quinta Avenida.

Lunes, 31 de octubre

¿Qué puedo sentir y pensar si, al entrar a comprar el periódico en la tienda del libanés, le veo de pronto transformado en un ser espectral, de cara arrugada y pálida, ojos saltones, colmillos asomando entre los labios y rastros de sangre en las comisuras? Primero, me llevo un susto; después, pienso que se ha vuelto loco, y al poco, caigo en la cuenta de que hoy es Halloween. Mi quiosquero libanés, que, como ya conté, no entiende ni palabra de inglés y además es sordo, sí que ha sabido escoger su disfraz para Halloween. Y hace un ruido extraño como si rugiera, mientras me tiende el ejemplar de *The New York Times* y guarda en la caja el par de dólares que cuesta el diario. Se ve que hoy está gracioso.

En Nueva York abunda la gente que viste informal y, a menudo, de manera disparatada. De modo que, cuando te cruzas con los primeros cofrades de Halloween, no estás seguro de si es un neoyorquino algo extravagante o alguien disfrazado para el día. Pero cuando ya llevas vistos media docena de ejecutivos que, vestidos con el traje oscuro de siempre y su acostumbrada corbata, hoy se adornan con cuernecillos rojos de plástico en la frente, entonces convienes en que es Halloween. Las chicas ejecutivas tienden a ponerse enormes orejas y narices chatas.

Hay que advertir, no obstante, que en Estados Unidos los cuernos no tienen el mismo significado que en España.

En casi todos los bares, camareros y camareras van disfrazados, algunas de ellas con enormes escotes, lo que es muy de agradecer, pues te distraes gratis mientras tomas una copa. Halloween es una fiesta pagana que honra a los muertos casi como una burla, y su origen parece estar en un festejo celta importado por los irlandeses a Estados Unidos. Desde hace un siglo, se ha convertido en América en una fiesta popular. Y desde aquí ha vuelto a saltar a Europa.

En Nueva York, particularmente, es todo un acontecimiento. Y los disfraces que, en principio, remitían al mundo de los muertos, hoy han franqueado la

barrera de la vida y se ve de todo. Me topé con presidiarios de Alcatraz, luego con Chaplin armado de su inconfundible ligero bastón y más tarde con dos feroces monjas embarazadas. Halloween, como los carnavales de medio mundo, tiene mucho de transgresor. El más irreverente de los disfraces era el del papa Benedicto XVI, que llevaba en los brazos un muñeco representando a un niño desnudo, al que el supuesto pontífice, de cuando en cuando, le acariciaba el culete y la entrepierna con gestos morbosos.

Como siempre que hay un acontecimiento extraordinario, la *parade* es obligada. En este país acabará habiendo desfiles de pobres. Al tiempo.

Este año en Nueva York, el de Halloween discurría por la Sexta Avenida —o Avenida de las Américas—, entre el SoHo y el Village, y miles de personas disfrazadas marchaban ufanas y sonriendo a los espectadores, con parecida actitud a como lo hacen los irlandeses el día de San Patricio o los soldados felices al regreso de una guerra victoriosa.

Al término de la parada, ya de noche, muchos volvíamos a nuestros barrios en los vagones atestados del suburbano. En mi compartimento, viajaban cerca de mí un Frankenstein que nos gruñía a todos los pasajeros, una Blancanieves con un puñal clavado en el pecho, un hombre araña que trataba de trepar por una barra del vagón, un general de la guerra de Secesión (del Sur) con un mostacho imponente, varios dráculas muerdecuellos, el pleno de la familia Monster, algunos muertos recién salidos de la tumba y dos transexuales, disfrazados el uno de George Washington y el otro de Abraham Lincoln, que no cesaban de morrarse.

Me hice una foto con un travesti negro vestido de presidiario de Sing Sing.

Martes, 1 de noviembre

La paciencia y la cortesía son cualidades que escasean en las grandes ciudades y en las sociedades teóricamente avanzadas. Pero en Nueva York, la megalópolis por excelencia, la paciencia y la cortesía tienen un refugio inexpugnable: los autobuses urbanos.

Desde que vivo aquí, sólo utilizo tres medios de transporte: el metro, el autobús y las piernas. En Manhattan se anda tanto, incluso cuando no quieres, que hay veces que te dan ganas de desenroscarte los pies, guardarlos en tu cartera de mano y llamar a un taxi. Pero yo eludo la tentación porque me he empeñado en conocer Nueva York como si fuera un neoyorquino justo de recursos.

Y de ese modo, he llegado a admirar profundamente la cachaza y la gentileza de los conductores de autobuses y, cada vez que me subo a uno de ellos, me dedico a observarlos con detenimiento. Hay hombres y mujeres, aunque son mayoría los primeros; un buen número son negros y, en menor cantidad, hispanos. Llevan uniformes azules y gorras de libre elección. Y para todos ellos, la vida semeja transcurrir sin prisas ni agobios. Muy raramente los oyes pegar un bocinazo y, si otro conductor les hace alguna picia, algo que a un chófer español le convertiría en un basilisco, a los neoyorquinos parece resbalarles por completo y dejarlos absolutamente fríos. A veces dudo de si estoy en Nueva York o en Andalucía. Tanta pachorra no la sentía yo desde la última vez que pisé Cádiz.

Hace poco, descendía hacia el sur por el lateral del lado este de Central Park, en el autobús número 1. El vehículo se detuvo en una parada que hacía esquina; salieron algunos viajeros, subieron otros nuevos, se cerraron las puertas y, de pronto, cuando el semáforo ya estaba en verde, apareció corriendo un parroquiano. ¿Siguió viaje el autobús, ignorándole, como sucedería en casi todas las ciudades de España? Pues no: el chófer lo detuvo y abrió la puerta delantera para que subiera el pasajero, que entró y empezó a preguntar al conductor la ruta que llevaba. El conductor se la explicó, el viajero se quedó y el vehículo arrancó. Pero el semáforo se puso rojo.

Entonces llegó otro hombre que quería subir y, de nuevo, el chófer le abrió y le permitió entrar. Mientras tanto, el anterior viajero, que no tenía tarjeta de abono, andaba pidiendo cambio a los pasajeros para reunir la cantidad exacta de monedas de veinticinco centavos que hay que depositar en el cajetín de los tíquets, ocho monedas en total. Lograrlo le llevó dos tramos del recorrido y el conductor ni le miró cuando depositó el dinero.

El autobús se detuvo en una nueva parada, donde esperaba una señora en silla de ruedas. El conductor salió de su cabina, recogió un asiento corrido y dejó espacio libre para el carrito. Volvió a la pecera y oprimió el botón que activaba la rampa. La señora subió ayudada por el conductor, que la llevó hasta el espacio libre, la acomodó y ancló la silla con cinturones de seguridad; tras ello, volvió a su cubículo y arrancó de nuevo.

La señora apretó el botón de «stop» dos paradas más allá y el conductor repitió la operación de correajes y rampa, pero a la inversa. Y siguió viaje. En fin, dos paradas después, un viejo y andrajoso vagabundo subió a bordo y, antes de que dijera nada, el chófer le hizo un gesto para que pasase sin pagar, mientras los otros pasajeros rezábamos para que no nos tocase al lado, por aquello de los olores...

Me acuerdo ahora de una frase de O. Henry en su libro de historias cortas neoyorquinas: «Es duro estar solo en Nueva York. Pero cuando esta ciudad se ablanda y se muestra amistosa, llega al límite máximo».

Y no está de más recordar que, ya en 1840, Walt Whitman definía así a los conductores de vehículos públicos tirados por caballos en la avenida de Broadway: «Una raza extraña: natural, de vista aguda y maravillosa».

Creo que los responsables de la EMT madrileña deberían hacer un curso en Nueva York sobre cortesía urbana y, por lo que se refiere a los modos de algunos conductores de Madrid, tal vez sería oportuno repoblar algunas líneas de autobuses con chóferes neoyorquinos.

Ha hecho un día hermosísimo, de cielo luminoso y aire frío. Me bajé del autobús a mitad de Central Park en busca del otoño. Su llegada se ha convertido, para mí, casi en una obsesión. La mayoría de los árboles mantiene sus hojas verdes, aunque se muestren algo mustias y desvitalizadas.

Y creo que no soy el único que aguarda el otoño. Hoy he visto a varios fotógrafos profesionales recorriendo el parque y mirando anhelantes las copas de los árboles. Imagino que deben de ser freelances y, si no hay otoño, no

cobran. De ahí su ansiedad.

A la atardecida, me he dejado caer en un bar que se encuentra cerca de Columbus Circle, ya en el Upper West y casi esquina con Broadway. Es parte de esa pequeña cadena de bares que se llama P. J. Clarke's y cuya casa madre está en una avenida próxima a mi apartamento, como ya conté en otra entrada de este diario. Aquí sirven unas estupendas ostras «Fisher Island» y los camareros te tratan como a un cliente de toda la vida y eso te hace sentir que Nueva York es un poco tuyo, como si fueras un Bogart del cine negro: «*Hi, Rick, ¿lo de siempre?*».

Tomar ostras en Nueva York con un vaso de vino es un buen remedio para los días en que pesa un poco la soledad. Y además, en el Clarke's tienen mesas con manteles a cuadros blancos y rojos, hay fotos de Abraham Lincoln, Franklin D. Roosevelt y John Kennedy en las paredes y los camareros van en mangas de camisas color blanco, con pajaritas negras y rojas y, claro, se parece al Nueva York de las películas, ese que buscas encontrar cuando llegas a la ciudad...., ese de cuya leyenda te encantaría formar parte.

Y que te digan algún día desde el otro lado del mostrador: «*Hi, Javier, ¿lo de siempre?*».

Miércoles, 2 de noviembre

Mientras paseaba por la ciudad, mirando hacia lo alto, como casi siempre hago en Nueva York, la luz del sol bañaba las alturas de los rascacielos y no hacía frío. Pensaba en lo curioso que resulta que, en una urbe en donde llueve tanto, no haya precauciones contra la lluvia, como si un chaparrón fuera siempre una sorpresa y no algo frecuente. Por lo que observo, a casi ninguno de los arquitectos que han ido levantando esta Nueva York al paso de los siglos se les ha ocurrido planear edificios que protejan del agua. Casi no existen soportales, ni porches amplios, ni portaladas en donde guarecerse. Todo lo más, puedes encontrar toldos en algunos restaurantes y comercios. Y por supuesto, te queda el recurso de refugiarte en las bocas de metro cuando llueve. Pero a mí me crean la sensación de que estamos en guerra, me recuerdan al metro del Madrid bombardeado por Franco en 1937 y al Londres de 1940 asolado por Hitler.

Otro aspecto curioso de Nueva York es que, al estar trazada a cordel desde el Village hacia el norte, parece diseñada como una suerte de geometría visual. Pero no es así, porque en Nueva York todos los edificios tienen alturas muy distintas y no es lo mismo contemplar una ciudad desde lo alto que hacerlo a nivel del suelo y mirando hacia arriba. Así que los rascacielos juegan contigo al escondite. De pronto, bajas por la Sexta Avenida y distingues las últimas plantas del Empire State, pero al poco desaparecen ocultas tras otros gigantes que tienes más cerca. Al punto asoma el edificio Chrysler y se oculta en la siguiente calle.

Me gusta este juego del escondite con las alturas neoyorquinas. Pero esta ciudad está hecha para Superman, que vuela como nadie, o Spiderman, que salta como una rana supersónica.

Voy a menudo al Museo Metropolitano, el Met. Me fascina porque nunca terminas de verlo, como el Prado de Madrid. Pero mientras que el museo madrileño es mucho más rico en pintura que el Met, éste contiene una muestra de distintas culturas artísticas que el Prado no posee. Babilonia, Egipto,

Grecia, Roma, el medievo..., Oceanía, África, Oriente, mundo árabe..., casi todas las épocas de la historia humana y las geografías del planeta tienen aquí una imponente representación. Y siempre encuentras estupendas sorpresas.

Hoy, por ejemplo, he ido en busca del arte de Oceanía y, de camino, he visto un cartel que anunciaba salas dedicadas a la pintura contemporánea. Así que he cambiado el rumbo y me he encontrado con una dedicada a Lucien Freud, el nieto del fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud. Había visto fotografías de su obra, pero nunca antes contemplado sus cuadros originales.

Freud es, en mi opinión, uno de los grandes artistas del siglo XX. Los rostros de sus mujeres y sus hombres representan la perplejidad de una centuria que creció en la barbarie. Los cuerpos desnudos de los hombres y mujeres de Freud muestran la carne dolorida de un mundo enfermo y, quizás, ya incurable. El abuelo del pintor lo intentó sanar y no consiguió otra cosa, tal vez, que complicarlo más.

Pero salgo del Met y, en los senderos de Central Park, imagino de nuevo un Manhattan sin hombres, cubierto de bosques, habitado por lobos, osos y ciervos, con sus ensenadas rebosantes de ostras y pescados. El corazón salvaje de Nueva York sigue latiendo con enorme vitalidad, por más que este espacio de Central Park haya quedado encerrado, como un corazón prisionero, entre el hierro y el acero.

Jueves, 3 de noviembre

El Barrio es el nombre que, años atrás, dieron los hispanos a la zona que se tiende al norte de Manhattan, por encima de Central Park, más arriba de la calle 106. Pero gracias al elevado índice de natalidad de esta comunidad neoyorquina en las últimas décadas, el Barrio se ha extendido todavía más al interior de Harlem, por sus zonas altas del norte y el oeste. Caminas por sus calles y podrías sentir que estás en cualquier ciudad dominicana o nicaragüense, si no fuera porque los edificios son más altos y no hay autobuses decorados con colores chillones. En la ancha fachada ciega de una casa de tres plantas, se exhibía una bonita pintura mural que representaba la vida en un callejón puertorriqueño, con un grupo de hombres siguiendo como espectadores una partida de ajedrez y unos chavales, detrás, pugnando por un balón en un partido de baloncesto.

Desde el patio de un colegio, me llegaban las voces de niños que jugaban en la hora del recreo hablando y gritando en español. Y los comercios y negocios lucían nombres como Casa de Empeños Martínez, Tabaquería Guadalupe, Discotienda Raza, Casa de Comidas El Coqui, Salón de Belleza Mercedez (sí, con zeta) y Bicicletas Los Compi. Uno de los periódicos gratuitos del Barrio, que tomé de una especie de buzón, mostraba un título singular: *El Especialito. Gran diario de la familia hispana*.

En la calle 106 me paré a hacer una foto a un grupo de hombres y uno se me acercó curioso, quizá molesto, y me preguntó en inglés qué era lo que hacía por allí. Le respondí en español y sonrió al instante. Charlamos un rato, amigablemente, al sol de la mañana templada y luminosa.

—Por acá no encontrará mucho gringo —dijo—. Aquí, en esta parte del *ap*, y también en el *logüer*, somos hispanos casi todos. Y quien quiera hacerse entender aquí tiene que hablar hispano.

Se rió y añadió:

—*Lisen tu mi*: en el Barrio, hasta los chinos hablan español.

Entre los hispanos, abundan los mexicanos y, sobre todo, los dominicanos.

Y hay un buen número de puertorriqueños que, aun con nacionalidad estadounidense, se sienten parte de la comunidad hispana de Nueva York. Vi ondear en algunas farolas la bandera de Puerto Rico y me vino a la memoria un viejo bolero:

*Una tarde me fui hacia extraña nación,
pues lo quiso el destino;
pero mi corazón se quedó junto al mar
en mi viejo San Juan...*

El español, para una comunidad por lo general pobre, es una forma de resistencia. Y me acordé de Anthony Burgess y de Graham Greene, dos escritores ingleses de fe católica. Uno de ellos, no recuerdo cuál, comentó en cierta ocasión: «En Inglaterra, ser católico no es una cuestión religiosa; es una expresión de orgullo».

El Diario es el gran periódico de la comunidad latina en todo Manhattan, una publicación de corte progresista que ha apoyado desde el comienzo al movimiento Occupy Wall Street y que, por lo general, ofrece interesantes reportajes. Pero en sus anuncios revela sus raíces latinas y, en especial, con ofertas muy parecidas a las que encuentras en la prensa centroamericana. Dice uno:

Botánica El Indio. Rompo todo hechizo, embrujo o mal que te hayan hecho acá o en tu país de origen para alejarte de tu ser amado, enfermarte o destruirte. ¡No más sufrimientos de amor, infidelidad, salud, suerte, drogas, mal de ojo, posesiones satánicas, enfermedades desconocidas, alcoholismo, dudas, envidias...! Hago trabajos secretos para doblegar, dominar y amarrar a tu pareja de por vida sólo para ti, preparo filtros de amor para conseguir novios o novias.

A media tarde, pasé por el supermercado a comprar galletas para el desayuno. Y entre otros paquetes, eché al carrito uno de pastas rellenas de higo. Cuando las saqué de la bolsa, ya en casa, reparé en el nombre: Fig Newmans. Y aparecían retratados la niña Nell Newman y su «Dad» Newman. ¡Nada menos que Paul Newman y su hija!

No guardo ninguna antipatía hacia los fabricantes de galletas, pues me encantan. Pero es un negocio que no tiene nada de heroico. Y ver al golfo

bandolero Butch Cassidy de *Dos hombres y un destino*, al turbio pistolero Billy el Niño de *El Zurdo* y al orgulloso presidiario de *La leyenda del indomable*, convertido inesperadamente en un fabricante de galletas, ha hecho temblar de pronto el sagrado templo de mis mitos juveniles.

Paul Newman, además, aparece en el envoltorio de los dulces de higo con un mono confeccionado con tela de jeans, con pechera y tirantes, de esos que se ponen los pistoleros cuando ya han dejado el revólver en un baúl y se dedican a darle al arado y a ordeñar vacas, algo que los espectadores les perdonamos tan sólo porque sabemos que, más tarde o más temprano, van a volver a sacar el revólver del arcón para defender una causa justa.

La vida no tiene que parecerse a la vida, sino a la leyenda. Y Paul Newman, le gustase o no, se debía a su mito, no a sus galletas.

Es como si Ulises, después de burlar a Poseidón, dejar ciego a Polifemo, engañar a las sirenas, escapar de Escila y Caribdis, desdeñar a Circe y a Calipso y matar a los pretendientes de Penélope, decide, en lugar de subirse al trono de Ítaca, abrir una droguería en la isla.

Me dice un amigo que Newman creó esta empresa para destinar sus beneficios a curar a los alcohólicos y drogadictos, después de que su único hijo varón muriera de una sobredosis de cocaína. Entiendo la iniciativa del actor: la alabo y no la discuto, naturalmente, entre otras cosas porque no soy quién para hacerlo. Pero creo que me lo voy a pensar antes de volver a comprar las Fig Newmans. Porque siempre puedo dar donativos a la Cruz Roja, por ejemplo, y continuar guardando la imagen de Paul Newman con su revólver al cinto.

Que le compren las galletas las chicas, que son capaces de perdonarles cualquier cosa a los más guapos.

Y también a Woody Allen, claro.

Viernes, 4 de noviembre

Sigue reinando el sol en Nueva York, un sol frío que anuncia inviernos, y los días son bonitos, tocados de una luz metálica. He bajado al Downtown en el autobús 15, un trasto de tres cuerpos que, moviéndose con el garbo de un ciempiés, desciende a buena velocidad por la Segunda Avenida, atraviesa las callejuelas del East Village y el Lower East, entra en el laberinto de Chinatown y, en un pisapés, te deja en la esquina de las calles Fulton y Pearl. Son más o menos las once de la mañana cuando llego, en pleno horario de trabajo, y las calles aparecían casi vacías. Una hora más tarde, los altos ejecutivos, los brókers y los empleados de tres al cuarto saldrán disparados, como hormigas asustadas, y no quedará en la zona ningún sitio en donde sentarse a almorzar, por más que haya en esta área de Wall Street un montón de locales de comida basura.

Re corro la Pearl Street en busca de la placa metálica que señala el sitio en donde nació Herman Melville y me cuesta trabajo dar con ella, pues la casa original hace muchos años que dejó de existir. Al fin, en el esquinazo de un edificio acristalado, ya muy cerca de Battery Park, encuentro el letrero junto a una urna que contiene un busto en bronce del escritor. Poco homenaje, me digo, para quien ha creado una de las dos novelas más imponentes de la literatura del país o quizás de toda la historia: *Moby Dick*. La otra, en mi opinión, es *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Twain. La placa señala que allí, en el número 6 de Pearl Street, nació Melville el 1 de agosto de 1819, cita luego tres de sus obras y sanseacabó.

Quizá el poco éxito que Melville cosechó en vida haga que, en este país que ama a los triunfadores, sus paisanos neoyorquinos no le tengan muy en cuenta. Aunque es más lógico pensar que, en el Distrito Financiero, hay mucho más aprecio al papel de fabricar dólares que al de publicar libros. Quién sabe. A Melville le va que ni pintado aquello que dijo en cierta ocasión Scott Fitzgerald: «Un escritor debería escribir para los jóvenes de su generación, los críticos de la siguiente y los profesores y estudiosos del futuro». Melville

lo había hecho mucho antes de que Fitzgerald diera su consejo, aunque supongo que le habría encantado triunfar en la vida, en lugar de andar casi siempre a dos velas e ignorado por la crítica. Y en cuanto a Fitzgerald, podía decir estas cosas con tranquilidad, pues su primera obra ya fue aplaudida con entusiasmo por todos, al tiempo que cosechó un enorme éxito de ventas.

En todo caso, si alguna vez fuese elegido alcalde de Nueva York, cosa que no contemplo a corto plazo, levantaría una estatua al autor de *Moby Dick* en el lugar que ocupa la del general Sherman: Quinta Avenida con la calle 59. Y tiraría al Hudson la del militar que ordenó quemar Atlanta.

A media mañana, me tomo una pinta de barril Brooklyn Lager en Fraunces Tavern, que presume de ser el bar más viejo de Nueva York, con doscientos cincuenta años de antigüedad. Y la verdad es que, en todo caso, esa edad sólo la tiene el solar que lo cobija, porque todos los edificios de esa zona fueron arrasados varias veces por los incendios en los últimos siglos y los pocos que sobrevivieron al fuego se demolieron para darle espacio a los rascacielos. Si bien el Fraunces miente como un bellaco sobre su edad, la cerveza es excelente.

Cerca de Fraunces, casi a la vera del agua del East River, se alza el memorial de la guerra de Vietnam, un lugar muy poco visitado, quizá porque despierta cierto bochorno en el alma neoyorquina. Es un sitio solitario, melancólico y sencillo: un espacio rectangular con suelo de piedra y una especie de muro, de tres metros de alto y unos diez de largo, rodeado por un jardín con unas pequeñas gradas y algunos parterres con flores. En el muro no hay escritas grandes frases ni fechas luminosas; sólo se leen párrafos breves de cartas enviadas a sus familiares por los combatientes americanos en Vietnam. «Una cosa me preocupa —dice una inscripción—: ¿me creerán?, ¿querrán escucharme cuando hable de ello?, ¿o querrán olvidar como si aquello no hubiera sucedido?» Otra señala: «No me hagáis preguntas cuando regrese a casa. Si tengo ganas de hablar de eso, lo haré. Pero, en caso contrario, no preguntéis».

Nunca he visto un memorial tan triste, alzado en nombre de la derrota y la vergüenza..., la vergüenza del alma, la derrota de la fe americana en su destino.

Como el día era luminoso, he regresado a mi barrio en barco. Tomé en el muelle 11 un ferry que navega en zigzag aguas arriba del East River, atracando

para dejar y tomar pasajeros, ora en las orillas de Manhattan ora en las de Brooklyn, hasta alcanzar el último embarcadero, en la calle 34, muy cerca del edificio de Naciones Unidas.

En su poemario *Hojas de hierba*, Walt Whitman incluía un canto que titulaba «En la barca de Brooklyn». Sus versos evocaban el viaje del transbordador que, en los años cuarenta del siglo XIX, partía de Fulton Street a diario desde Brooklyn a Manhattan y que él tomaba muy a menudo para asistir a funciones de ópera o de teatro:

*Muchas, muchas veces he cruzado el viejo río,
he contemplado a las gaviotas de diciembre, las he visto
[flotando en el aire [...].
He contemplado la niebla en las colinas del sur y el suroeste
[...].
He contemplado la parte más baja de la bahía para ver los
[navíos que llegaban [...].
He visto las velas blancas de las goletas y los balandros
[y los barcos anclados,
a los marineros trabajando con las jarcias, montados
[en los palos,
los mástiles redondos, el vaivén de los cascos de las naves
[...],
los grandes y pequeños vapores en movimiento y a los pilotos
[en sus cabinas [...].
He visto las banderas de todos los países arriarse a la puesta
[de sol [...],
el enorme remolcador con las dos bordas flanqueadas por
[barcas [...].
He amado mucho a estas ciudades, he amado mucho a este
[majestuoso y rápido río...*

El poeta español Juan Ramón Jiménez, que se casó en Nueva York en 1916 y vivió un tiempo en la ciudad, escribía estos versos:

*... Parten,
entre la madrugada, barcos vagos,
cuyas sirenas tristes, cual desnudas,*

*oigo, despierto, despedirse,
la luna solitaria se muere rota, ¡oh Poe!, sobre Broadway [...]
Barcos encendidos, como esqueletos
de barcos con sus almas especiales, pasan
con sus galerías amarillas, van y vienen
incesantemente.
Lejos, sobre una nube baja, las luces más
altas de New York vagan casi perdidas...*

El lugar sigue siendo el mismo. Ya he dicho que Nueva York nos parece a veces de otro siglo.

Desde el embarcadero de la calle 34 hasta casa, he subido siguiendo un hermoso sendero de asfalto entre altivos rascacielos, tocados por una belleza polifémica, bajo la mañana de sol esplendoroso.

Sábado, 5 de noviembre

Pocos días tan bellos y de tan amable temperatura he disfrutado en los últimos años de mi vida como el de hoy. Venía del norte una brisa liviana, cargada de olores a bosque y mojada por una leve humedad, y el sol refulgía con brío en un cielo sin nubes y teñido de vehemente azul. El cuerpo pedía un jersey y chaqueta ligeros, de modo que salí abrigado a la calle con hambre de caminar y de comerme a bocados la vida. Son días para tener a tu amor cerca de ti y yo estoy solo. Pero al menos el mundo me ofrece una hermosura que colma casi todos los sentidos —está claro que no todos—, así que no es cosa de entristecerse. ¡Peor sería estar sin amor, nevando y pelado de frío! Me acuerdo de Brendan Behan: «Lo más importante de este mundo es tener algo que comer, algo que beber y alguien que te quiera».

Aquel escritor borrachín era tan sentimental como irónico y agudo.

Y he recordado también el fantástico comienzo de *El paseo*, un críptico relato del suizo Robert Walser:

Declaro que una hermosa mañana, ya no sé exactamente a qué hora, me vino en gana dar un paseo y bajé la escalera para salir a buen paso a la calle... El mundo matinal que se extendía ante mis ojos me parecía tan bello como si lo contemplara por primera vez. Todo lo que veía me daba la agradable impresión de cordialidad, bondad y juventud... Esperaba con alegría emoción todo lo que pudiera encontrarme o salirme al paso durante la caminata...

Caminé por mi calle, la 54, hasta la Séptima Avenida, para subir desde allí a Columbus Circle, con intención de tomar el metro rumbo a West Harlem. Pero no había llegado a la Quinta Avenida cuando alguien me llamó por mi nombre. Era un antiguo conocido al que llevaba años sin ver, Diego Bardón. Tomamos un café y me contó que venía a correr el maratón de mañana como aficionado. Tiene setenta años y está delgado como un juncos. Y es la ocasión número catorce en que va a disfrutar del popular evento. Para alguien como

yo, que todo lo más que corre son unos metros para pillar un autobús, resulta maravilloso encontrar gente de espíritu deportivo y juvenil que es capaz de cruzar el charco y estar apenas cuatro días en una ciudad para participar en una carrera. Bardón me contaba que ha estado en los maratones de Japón, China y de no sé cuántos países más.

—De los importantes, sólo me falta Australia —me dijo—. Pero voy a ir el año que viene.

Nos despedimos después de media hora de charla. Se iba a dormir al hotel para estar descansado mañana. Pero me dejó intrigado lo que añadió cuando nos separábamos:

—De todos los miles de personas que han venido al maratón desde todos los lugares del mundo, soy el único que lo hace de espaldas.

—¿Y cómo te las arreglas para no chocarte con nadie?

—Llevo dos lazarillos que me van explicando lo que hay detrás y en dónde girar.

—¿Y por qué se te ocurrió hacerlo de espaldas?

—Fue en el maratón de hace cinco años. Una chica muy guapa se puso a hacerme fotografías. La sobrepasé y me volví para saludarla y aplaudirla, sin cesar de correr. Y estando así, me dije: ¿y por qué no seguir de espaldas? Y hasta hoy.

—¿No te han entrevistado los periódicos?

—Siempre me niego; no me gusta llamar la atención.

Tomé la línea 1 del metro y me bajé en la parada 125th Street, una estación al aire libre, en lo alto de un puente, que ofrece amplias vistas sobre una de las principales arterias del Harlem negro. Y descendí las escaleras de metal pintado de color crema para echar a andar hacia el oeste, en dirección a Riverside Park.

El parque es uno de los más hermosos lugares de Nueva York y no demasiado frecuentado. Tiene la forma de una lengua anhelante, tendida junto al río Hudson, como si quisiera absorberlo. Y corre entre la calle 21, al sur del Chelsea, y el extremo noroeste de Manhattan. Aquí, en Harlem, se ensancha y su belleza se vuelve silvestre.

Mientras que el otoño no ha llegado todavía a Central Park y a los pequeños parques del Midtown, aquí ya asoma y pinta de refulgente dorado o de rojo ciruela las hojas de los árboles. Hoy caminaba entre las hileras de altivos

castaños y de arces del Riverside, feliz de sentirme vivo. Al otoño lo contemplan algunos poetas como una estación agónica. A mí me sucede lo contrario. Y estoy de acuerdo con el poeta T. S. Eliot cuando afirmaba que abril es «el mes más cruel», porque anuncia una explosión engañosa de la vida, en tanto que el otoño dice la verdad, afirmando la proximidad del invierno, en el que tantas cosas mueren.

Eché una ojeada al marmóreo e imponente mausoleo del general Ulysses S. Grant. No había nadie salvo yo, ni siquiera vigilantes o un par de soldaditos de guardia. Y me pregunté por qué tanto olvido, en un país tan dado a la mítica como éste, hacia un hombre que ganó una cruenta guerra, la de Secesión, que fue uno de los más aclamados presidentes americanos y a quien, entre otros, Mark Twain, tan poco inclinado a deificar, dedicó páginas elogiosísimas en su *Autobiografía*. Por lo que cuenta el novelista de Missouri, Grant se arruinó en inversiones en bolsa cuando ya no era presidente. Y Twain le animó a que escribiera sus memorias y le orientó sobre cómo hacerlo. Y gracias ello, Grant recuperó su posición económica y su prestigio social. «Poderoso caballero...»

Subí a un autobús para bajar a comer a los alrededores de Columbus Circle. El vehículo viajaba con la lentitud de un animal cansado, soltando y recogiendo pasajeros de edad avanzada en su mayoría, algunos de ellos con silla de ruedas o con bastones o muletas. Y la conductora negra, de esponjado trasero, bajaba y subía una y otra vez para ayudarlos.

Pero el *flâneur*, yo en este caso, nunca debe tener prisa alguna, porque dejaría de serlo. ¡Y qué hermoso viaje! Disfruté como pocas veces de la fiera luz invernal que atravesaba los cristales de las ventanillas, del aire acuchillado que se colaba por las rendijas de las puertas, de las bromas que se gastaban uno a otro la conductora y un joven de color que se había acomodado cerca de ella, junto a la puerta de entrada, y de los llamativos colores de las tiendas de flores de las esquinas de Broadway, de los atuendos de paseantes endomingados —valdría mejor decir ensabados, por aquello de que hoy ha sido sábado—, de la belleza de las muchachas que entraban y salían del autobús y de las hojas doradas de algunas arboledas que, al contraluz, parecían monedas de oro abriéndonos camino hacia los reinos ardientes de la luz: por ejemplo, hacia la Cólquide de Jasón y sus argonautas.[\[13\]](#)

A veces no es necesario preguntarse por qué nos enamora Nueva York. Yo no tengo ahora intención de ponerme a analizarlo.

Mañana toca maratón. A ver si soy capaz de ver a Diego Bardón corriendo de espaldas entre tantos miles de participantes.

Domingo, 6 de noviembre

Nueva York entero se ha volcado hoy en el maratón y el aire y el cielo de este domingo eran primaverales. Esta ciudad ama sus ritos y uno de ellos es la popular carrera en la que participan miles de personas, desde cientos de atletas profesionales, hasta miríadas de aficionados e, incluso, muchos impedidos que corren en silla de ruedas. Y los que no competimos, inundamos las aceras del recorrido y aplaudimos a rabiar. Parece que nadie se queda en casa, salvo los que están muy interesados en saber quién es el profesional que gana: éhos se clavan delante de su televisor para contemplar con una cerveza en la mano la llegada a meta del campeón.

Como a mí me daba lo mismo quién pudiera vencer en la carrera, me bajé a la calle a eso de las once, a un lugar próximo a mi casa: sobre la confluencia de la Primera Avenida con la calle 59, bajo el puente de Queensboro. Allí, manejando con cierta habilidad el codo, logré colocarme en la primera fila y apoyarme en una de las vallas metálicas dispuestas por la policía.

Cuando llegué, ya habían pasado por ese tramo los profesionales de la categoría masculina; luego, los de la categoría femenina. Antes, a muy primera hora de la mañana, lo habían hecho los impedidos en sus carritos. Y ahora les tocaba el turno a los aficionados. Según los datos de los organizadores, estos últimos formaban una turbamulta de unos 47.500 hombres y mujeres, que se mezclaban eufóricos de participar en tan popular evento. Según leería en el periódico del día siguiente, sólo se rindieron antes de alcanzar la meta unos 12.500.

El sitio, lleno de gente a rebosar, tenía su gracia, porque se ensanchaba en una amplia curva y los corredores podían abrirse, saludar a los espectadores, alzar los brazos jubilosos y, pidiendo aplausos, gritar como guerreros vikingos celebrando sus hazañas. Y allí me pasé una hora, dando berridos en honor de los infatigables competidores y competidoras.

Todo el mundo parecía pasárselo muy bien. A mi lado se colocó una señora de edad algo avanzada que, de inmediato, comenzó a charlar conmigo. Resultó

ser hija de filipino y madrileña, y se mostró encantada de encontrarse con un paisano de su madre. Y puesto que yo era extranjero y ella llevaba varios años viviendo en Nueva York, decidió ayudarme en lo que pudiera. Por ejemplo, en decirme cómo debía hacer mis fotos y en qué ocasiones. Si hubiese tenido una máquina analógica, me hubiera arruinado, gastando media docena de carretes, pues para la mujer todo era fotografiable. Al fin me escabullí como pude, cuando ya comenzaba a organizar una comida para los dos. Y me fui desde el maratón a dar una vuelta por el Village.

Por cierto, que no vi a ningún corredor que marchase de espaldas.

Como era domingo y estábamos en el Village, un lugar en donde los residentes y los paseantes gustan de sorprender al prójimo, había mucha gente que vestía de forma singular. No sé quién me dijo que en Nueva York podían encontrarse muchas cosas de su pasado y muchas otras de su futuro, y es una idea que me gusta. A menudo ves personas cuyas indumentarias parecen rescatadas de los arcones de sus bisabuelos. Sobre todo en los negros: mujeres con vestidos alegres, de falda hasta el tobillo y grandes sombreros fucsias, encarnados o violetas, y hombres con traje, corbata, sombreros Stetson, bastón, chaleco y leontina con reloj de plata.

Y al tiempo te cruzas con jóvenes que visten como suponen que vestirán sus nietos. Yo espero que pronto se pasen de moda esos pantalones cantinfleros que muestran la cinta del calzoncillo. Me han dicho que es una forma de expresar rebeldía, pero yo los veo como hombres anuncio de Ralph Lauren o Calvin Klein.

Los neoyorquinos detestan el aburrimiento, lo que dice mucho en favor suyo. Hacen bien porque sólo hay algo peor que aburrirse, en mi opinión, que es ser aburrido. De modo que lo más inadecuado que puedes decirle a alguien en Nueva York es que te aburre. Hace un par de días, en una tienda, el dependiente se empeñaba en que me comprase un chaquetón que no me quedaba bien. Cansado de ponérmelo y quitármelo para darle gusto y harto al fin de su cháchara, pensé en decirle: «No insista, me aburre usted». Pero me guardé el comentario: era mucho más joven que yo y mucho más grande.

Supongo que, por esa razón, para no aburrirse ni aburrir, los neoyorquinos suelen inventarse jolgorios, fundamentalmente los desfiles y los eventos deportivos como el maratón. Y al menos una vez en la vida, el neoyorquino tiene que participar en uno de esos eventos, sea cual sea su condición física,

su credo religioso, su clase social, o el color de su piel.

Nueva York es también una ciudad que ama la extravagancia, que es otra forma de burlar el aburrimiento. Por ejemplo: me he enterado por un periódico de barrio de que acaban de abrir un restaurante en el West Village cuya especialidad consiste en comer a oscuras. El dueño afirma que, con ello, se pretende «potenciar una nueva vía de sensualidad, de tal modo que se pueda apreciar el sabor de la comida sin la distracción de la mirada». Los camareros se han entrenado para conducir a los comensales hasta sus mesas sin extraviarse, para servir las comidas sin echárselas encima al de la mesa de al lado e, incluso, para servir como lazarios a los clientes que quieren ir al cuarto de baño. No sé si les ayudarán a ponerse en disposición. El dueño asegura también que estos locales están de moda en Europa, cosa que dudo. Pero, por lo pronto, he pospuesto mi intención de ir al restaurante hasta que no me entrene bien el arte de caminar en la oscuridad: no sea que vaya a cenar un día de estos y, al tratar de pinchar con mi tenedor un pedazo de bistec, se lo clave en un muslo a mi vecina de mesa. O peor todavía: que al intentar coger mi servilleta, tire del mantel y le eche el plato de sopa ardiendo en la pechera al novio de la chica y le abrase vivo.

Nueva York hace de todo un espectáculo para no aburrir ni aburrirse. Por ejemplo, la pequeña plaza del distrito de Wall Street, la Zuccotti Park que ocupan los «indignados», ya está en los circuitos turísticos. Y algunos de esos autobuses de segundo piso sin techo, en donde viajan turistas pelados de frío, pasan por allí a diario para fotografiar la indignación.

Una vez la actriz Myrna Loy dijo: «En Nueva York siempre está pasando algo y, si te aburres en Nueva York, es por tu culpa».

Lunes, 7 de noviembre

Cuando esta mañana me levanté, abrí la ventana, miré afuera y respiré el aire de la calle, creí que no era cierto: olía a otoño. Noviembre en Manhattan... ¡qué bien me sonaba! Una brisa melosa y cálida movía las hojas verde amarillentas del ginkgo que roza la escalera de incendios de la fachada de mi casa. Y el cielo, sin rastro de nubes, era un inmenso espacio en donde el sol se expandía orgulloso.

Telefoneé a Isabel Fuster. Estaba libre y acordamos encontrarnos en una hora. Desayuné y me eché a la calle. Caminé unos veinte minutos hasta Grand Central Station. Isabel ya me esperaba en las taquillas de la Hudson Line. Y elegimos al azar, como destino, una de las estaciones más alejadas: Cold Spring, simplemente porque nos gustaba el nombre.

Creo que si hubiésemos jugado a la lotería, nos habría tocado el gordo. Al norte de Nueva York, el otoño ya se ha instalado en las ramas de la mayoría de las especies arbóreas. Y este pequeño pueblo, escondido entre arboledas de hojas teñidas de rojos, rosas y dorados, con no muchas más de dos docenas de casas de madera, resulta artificial, de puro bello.

Pegada al río, hay una explanada con bancos hechos de troncos de árboles pulidos y un cañón de los días de la Guerra Civil. Junto a ella, un pequeño hotel restaurante, el Hudson House, tiene una terraza que da al río y, dentro, una decena de mesas en donde se sirven comidas sencillas y algunas de ellas excelentes, como los pasteles de cangrejo al estilo de Maryland. La carta de vinos no está nada mal.

Me asombraban los colores de las hojas de los árboles y pregunté a Isabel si, como pintora, le sucedía lo mismo.

—Los colores del otoño neoyorquino son distintos a los del otoño español: más rotundos.

Y recordé un pensamiento de Juan Ramón Jiménez que había leído en su diario americano: «Cuando vas a un país nuevo, hay que aprender otra vez la naturaleza».

La temperatura rondaba los dieciocho grados centígrados y unos más al sol. Y en el silencioso pueblo no se veía a nadie.

La clientela del restaurante la componían en su totalidad matrimonios de ancianos, que nos sonrieron con amabilidad al entrar. Y donde están los ancianos, ya se sabe: no hay discotecas, ni músicas infernales, ni jóvenes con motos. Y además, el clima es bueno y los caminos llanos.

Cold Spring es un buen lugar para quedarse una temporada. O quizá para vivir los últimos años de tu vida: junto a un río que, como todo el mundo sabe, va a dar a la mar, que, como todo el mundo sabe, es el morir.

El sol comenzó a teñirse de rosa mientras esperábamos el tren de regreso. Al poco de partir, al otro lado del río, en su margen derecha, asomó la grisácea, rocosa y tosca arquitectura de West Point, la Academia Militar de Estados Unidos. Pensé en lo extraño que resultaba, después de la paz de Cold Spring, chocarse de pronto con el recuerdo de tanta guerra. En algunos lugares del mundo, habría que prohibir las instalaciones militares.

Entré en la estruendosa y enfurecida megalópolis cruzando el puente de Harlem, algo más de una hora después de dejar atrás la delicada hermosura de una naturaleza casi virginal. ¿Cuál era realidad y cuál un sueño?



Grand Central Station.

Martes, 8 de noviembre

«Todo el mundo gira alrededor de Nueva York. Muy pocas cosas suceden ahí afuera a menos que alguien en Nueva York toque un botón», dijo en cierta ocasión Duke Ellington. Y toda la ciudad se sintió la mar de orgullosa y batió las palmas. Quizá por ello, los neoyorquinos levantaron en honor del músico, en una plazuela que se abre entre la Quinta Avenida y la calle 110, una peculiar estatua, o mejor: un monumento muy singular.

Consiste en un elevado pedestal, que se asemeja a una paellera invertida, al que sostienen en lo alto tres columnas formadas, cada una de ellas, por un cuerpo desnudo de mujer, quién sabe si ninfas o musas o diosas. Y allí, sobre la paellera, se alza en bronce la solemne figura de Duke, en posición militar de firmes, al lado de un piano de cola con el teclado al aire. La enhiesta figura del músico, al verla por primera vez, te produce la impresión de que estás ante una patochada con afán divinizador. Pero si te quedas un rato contemplándola, puedes encontrar en el monumento cierta grandiosidad. Aquí en Nueva York los artistas no se cortan un pelo a la hora de crear y pienso que nadie en Europa se atrevería a hacer algo parecido en memoria de Beethoven o de Mozart. Me parece que la osadía vence con frecuencia en América al rigor del clasicismo. Y tiene su sentido: éste es un país construido a golpes de audacia, desdeñoso en cierta medida de los modelos. ¿Cómo van a importarle los clásicos a los americanos si ellos sienten que aún están naciendo?

En todo caso, no sé bien si la estatua de Duke apunta o clama al cielo.

Me di una caminata por la parte norte de Central Park, la que da a Harlem, una zona poco visitada por los turistas, muchos de los cuales piensan todavía que los negros atacan a los blancos en esta zona de la ciudad.

Y sí, estaba allí, al fin había llegado: ¡otoño en Nueva York!

Cantan Ella Fitzgerald y Louis Armstrong:

*... it's autumn in New York,
it's good to live it again...*

Los verdes se habían diluido y brillaban, fogosos, los dorados, y los engañosos amarillos, los moribundos naranjas, los delicados rosas, los misteriosos morados, los coquetos fucsias, los furibundos encarnados, los amables vino tinto y algunos violetas y malvas colados de rondón en la fiesta de las tonalidades otoñales. No soy muy bueno para distinguir los colores, entre otras cosas porque soy daltónico, pero esta mañana tuve la impresión de que la gama de tonos otoñales es mucho más amplia y sutil que la de la primavera, en donde los colores se muestran más rotundos y menos matizados.

Olía a hierba muerta.

A poco de casarse en Nueva York, el poeta Juan Ramón Jiménez escribió:

*Los árboles
han encendido
la punta de sus ramas.
Con su alma, el oro
de su alma...*

Por la tarde tenía entrada para un concierto en Beacon Theatre, Broadway arriba. Actuaban Kris Kristofferson y Joan Baez. Para mí, ver en vivo a dos de los ídolos musicales de mi generación constituía una suerte de comunión con el pasado. Y lo mismo debía de sucederle a tanta gente setentona que esperaba en la entrada a que se abrieran las puertas, bastantes vestidos de tardo-hippies con coleta y jeans y a bordo de imponentes coches Lincoln con chóferes trajeados de negro. Estos especímenes abundan en la América de hoy: tipos muertos a millones que miran con postiza nostalgia su pasado, que gritaron contra la guerra de Vietnam y veneraron a Martin Luther King; gentes que alguna vez fumaron marihuana y practicaron hasta la saciedad el sexo libre; hombres y mujeres que hoy presiden consejos de administración que les producen succulentos dividendos y que, cuando algún periodista les pregunta sobre el pasado, hablan de sus «sueños rotos». Parecen ignorar que, en la calle, hay mucha gente a la que le gustaría que le rompieran los sueños a golpe de dólares... Orson Welles dijo una vez: «Lo malo de la izquierda americana es que murió para salvar sus piscinas».

Bastantes de los sesentayocheros iban en sillas de ruedas y me dije: «Si Joan canta eso de “No nos moverán”, todos estos gritarán: “Puedes estar segura, Joan”».

Por cierto: no vi a ningún negro entre la multitud de espectadores.

El Beacon Theatre tiene una fachada plana y poco llamativa. Pero al entrar, encuentras de pronto un ambiente que recuerda al interior de una catedral modernista o quizá un palacio de conciertos de principios del siglo XX decorado por un fanático del art déco. La altura del techo semeja no tener fin. Y los lados del escenario, dos gigantescos hoplitas griegos, tallados en piedra, parecen formar la guardia personal de algún dios helénico. Hay esfinges en las gradas y cortinones de cartón piedra. ¡Tan *kitsch* este Beacon!

Salió Kristofferson hecho una pasa, a solas con su guitarra y su voz, sin acompañamiento orquestal ninguno, ante los más de cinco mil espectadores que llenábamos la sala. Parecía que el concierto le daba igual. Se tronpicaba, tosía, gastaba bromas cuando se le olvidaban las letras y producía la impresión de que sus nietos le habían obligado a cantar en Nueva York. Pero la gente le quería y aplaudía las bromas tontas del abuelete. Pasó de largo, entonando apenas un par de estrofas, por la que, en mi opinión, es una de sus mejores canciones: *Help me make it through the night*. Se emocionó, sin embargo, con *Sunday morning coming down*, un tema que alude a las resacas dominicales tras la noche de los sábados. Quizá quería transmitir a los espectadores, sintiéndola al mismo tiempo, la nostalgia de su juventud, que imagino fue exagerada, como la de todos los seres coherentes de este mundo. Y los viejos hippies y antiguos contestarios aplaudieron a rabiar desde las butacas o desde las sillas de ruedas.

*Well I woke up Sunday morning
With no way to hold my head that didn't hurt.
And the beer I had for breakfast wasn't bad...*

Pero Kris no interpretó *Me and Bobby McGee*, para mi decepción y supongo que la de muchos otros.

Cuando el cantante se retiró, Joan Baez saltó llena de vigor al escenario, ágil como una anguila, fuerte, plena de juventud pese a tener parecida edad a la de Kristofferson, y con la misma potencia de voz que siempre tuvo. No traía

para acompañarla un grupo musical, pero sí a un músico que, en sí mismo, era todo un hombre orquesta. En el curso de la actuación de Baez, tocó la guitarra, el banjo, el laúd, el acordeón, el violín y el piano. Y le hizo la segunda voz a la cantante en un par de temas.

Sin embargo, no me emocionaba. Y además, el concierto caminaba hacia su fin y la Baez no parecía que fuera a cantar *The Night they Drove Old Dixie Down*, mi favorita entre todas las que ha interpretado en su carrera.

Joan debió de percibir desde allá abajo los efluvios de mi decepción, a pesar de que yo ocupaba un asiento casi de gallinero por el que había pagado setenta y cinco dólares. Y una vez que terminó su repertorio, sentó al piano al hombre orquesta, hizo un gesto hacia las cortinas que oscurecían la parte de atrás del escenario y de nuevo apareció Kristofferson con su guitarra y su andar cansino.

Y ahora juntos, como dos viejos colegas, cantaron *Me and Bobby McGee* y *The Night they Drove Old Dixie Down*:

... and all the bells were
ringing
and all the people were
singing,
the night they drove old
Dixie down....
La, la, la, la...

De modo que algunos pudimos al fin llorar, que es a lo que íbamos.

Guthrie, Cash, Seeger, Dylan, Joplin, Baez, Kristofferson... y ahora el último, el Boss Springsteen. Buena tropa americana.

Madonna y Lady Gaga actuarán en las próximas semanas en Nueva York. Yo no pienso ir a escucharlas.

Al llegar a casa, he encendido la televisión para escuchar las noticias: ha muerto de cáncer de hígado Joe Frazier, el boxeador que derrotó a Mohamed Ali cuando éste retornó al ring, tras los años que permaneció apartado del boxeo por negarse a ir a la guerra de Vietnam.

Frazier era considerado un «buen negro» por los blancos, al contrario de Ali, quien le llamaba «tío Tom» para enfurecerle. Pero Frazier fue un

estupendo púgil, cuando boxear era un arte cargado de brío y no exento de gracialidad, en tiempos en que no se consideraba una actividad políticamente incorrecta. Y en ese sentido, fue también uno de los nuestros; o por lo menos, de los míos.

Esta noche hay luna llena, lo que siempre me pone melancólico. Así que la decrepitud de Kristofferson y la muerte de Frazier me han dado el día, mientras que la luna me lo ha rematado. Pero me voy a la cama tarareando *Me and Bobby McGee*:

*Busted flat in Baton Rouge waiting for a train
and I was feeling nearby as fonded as my jeans,
Bobby thumbed a diesel down just before it rained,
It rode us all the way to New Orleans...*

Miércoles, 9 de noviembre

Hoy casi me reviento los pies de tanto andar. Tomé el metro hasta la estación de Prospect Park, en Brooklyn, un viaje con tantas estaciones que me cansé de contarlas. Crucé en mi vagón sobre el East River, a través del puente de Manhattan. Es un bonito trayecto, aunque no el mejor de todos los posibles para ir desde Manhattan hasta el barrio de Brooklyn, en el lado occidental de Long Island. La mejor manera de trasladarse, para mí, es una caminata por el puente de Brooklyn en un día soleado. Tampoco está mal cruzar zigzagueando en el ferry que discurre entre las dos orillas, un delicioso paseo para quienes tenemos alma secreta de marinero.

Prospect Park es un bello espacio natural planeado como un remedo de Central Park, aunque mucho más pequeño. Y en un día laborable, casi vacío de gente, resulta muy agradable pasear por allí. Si el tiempo es además otoñal, con sol dulce y aire tibio, y si la noche anterior ha sido luna llena, la sensualidad te envuelve sin remedio.

En su libro *Gone to New York*, el humorista reportero Ian Frazier describe un acontecimiento que nada tiene que ver con el humor y mucho con la melancolía de la existencia. En junio de 1993, el profesor Allyn Winslow paseaba por Prospect Park con su nueva bicicleta de montaña cuando varios jóvenes trataron de robársela. Él escapó dando pedales, pero uno de los asaltantes le disparó cuatro veces. Unos cientos de metros más adelante, el profesor cayó de la bicicleta y murió.

Durante los días posteriores, alguien dejó una caja de zapatos con unas cuantas flores dentro y una botella de vino vacía en el sitio en donde el hombre había caído. Y al lado, apareció una nota que decía: «Al ciclista Mr. Winslow, que quizás esté en un lugar mejor, sobre una nube, junto a los ángeles». Frazier visitó el lugar con su hija en esos días.

La frase fue filmada por una cadena de televisión, que amplió la noticia, y en pocos días, el parque se llenó de periodistas y de gente que se ofrecía a ser entrevistada para hablar del suceso. Alrededor del sitio, en el curso de la

siguiente semana, aparecieron muchas más flores —peonías y rosas, sobre todo—, botellas de vino vacías y nuevas frases, como «Venguemos este acto de cobardía». Cerca de la caja de zapatos, había numerosas notas de condolencia para la mujer y los dos hijos de la víctima. También, una bandera americana, coronas con el nombre del ciclista muerto, una cruz de madera, cintas rojas con el símbolo de la paz, una vela azul en un vaso de plástico, una gran fotocopia con la fotografía de Winslow, un tomo con los poemas completos de Shakespeare, un cartel en donde se recogía una lista de gentes asesinadas a tiros ese año en varios países del mundo (13 en Suecia, 91 en Suiza, 87 en Japón, 68 en Canadá... ¡y 10.567 en Estados Unidos!)... Y en las dos semanas que siguieron, las ofrendas y recuerdos continuaron aumentando.

Pero un mes después, muchos de los recordatorios habían desaparecido, alguien había quemado la bandera y la cruz había sido arrancada de su base. La caja de zapatos estaba cortada en pedazos, no había flores frescas ni frases nuevas, la vela azul estaba partida por la mitad y el vaso de plástico que la contenía, roto.

A comienzos de agosto, en pleno verano, la hierba había cubierto todo rastro de homenaje al ciclista asesinado tres meses antes. Frazier, que regresó un día de septiembre al parque, escribía el final de su reportaje: «Encontré un pedazo de madera rota que probablemente era la base de la cruz, la única señal de la inmensa pesadumbre que se concentró aquí».

Si eso es Nueva York, sólo se me ocurre decir: «Silencio».

Dejé el parque y caminé hacia el sur, rumbo a Coney Island, pensando en que tardaría alrededor de una hora. Pero Brooklyn es un barrio inmenso, interminable y desgalichado, más grande que muchas ciudades europeas. De modo que, media hora más tarde, tuve que tomar un autobús y viajar todavía otros treinta minutos antes de llegar a Coney Island, en la orilla del océano.

Brooklyn no puede, a pesar de su tamaño, sustraerse a un aire pueblerino. Sus habitantes están orgullosos del barrio e, incluso, tienen su propio acento, diferente al del Bronx o Manhattan. Un habitante de Brooklyn dirá siempre que es de Brooklyn, nunca neoyorquino; un habitante de Manhattan afirmará, por el contrario, que es de Nueva York, no de la isla de Manhattan. Y tal suerte de identificación me hace a menudo referirme, en este cuaderno, a Nueva York cuando hablo de las calles y las gentes de Manhattan. Pero asumo el pequeño error con cierto orgullo prestado de *newyorker*.

Coney Island fue siempre la playa popular de Nueva York y debe su nombre a la enorme cantidad de conejos que la habitaban siglos atrás. Es un arenal blanco de unos ocho kilómetros de longitud situado en la costa meridional de la enorme Long Island, la isla más grande de Norteamérica. Su aspecto podría compararse con la larga lengua de un reptil de otras edades dormitando sediento junto al mar, adonde algo más de un cuarto de millón de bañistas acuden cada día de verano a disfrutar del sol y el agua cálida. Allí no van los ricos, que tienen sus refugios de lujo más al noreste, en los Hamptons. Pero la vitalidad exhibicionista de Coney Island resplandece como una perla en bruto al sol del Atlántico, mientras que los Hamptons son lugares secretos. Me pregunto por qué los ricos siempre se esconden mientras los demás nos mostramos a la luz sin miedo «Qué pudo haber sido —se preguntaba Gregory Corso en un poema— lo que hizo a este océano decidir esta costa».

La temporada de verano hace meses que ha terminado y muy pocos neoyorquinos acuden a Coney Island, ni siquiera los fines de semana. Permanecen cerrados los parques de atracciones, enormes recintos en donde hay réplicas de ciudades como Venecia, con canales incluidos, o de parajes de África y de la India, con elefantes sobre los que se puede pasear. Los chiringuitos de la playa no despachan ahora almejas gigantes y las tiendas de souvenirs tienen persianas de metal con candado. También están cerradas las salas de baile, que hicieron furor, sobre todo, a comienzos del siglo XX.

Paul Morand decía que, «en invierno, Coney Island es uno de los lugares más tristes del mundo». Y la irreverente escritora Djuna Barnes señalaba que los centros de ocio de Coney Island «ofrecían un sinfín de maneras de experimentar las nuevas maravillas de la técnica, en un ambiente de diversión y locura que liberaba la tensión... El Pabellón de la Diversión de Steeplechase, una de las atracciones más extravagantes, brindaba a los clientes una gran variedad de oportunidades de hacer el ridículo».

No obstante, la vista del lugar, sin casi gente, resulta colosal, porque la naturaleza es aquí desmesurada: el interminable océano, el inmenso cielo, el casi infinito horizonte de la playa... Da la impresión de que, si todos los neoyorquinos vinieran al mismo tiempo a bañarse en esta orilla, aún quedaría sitio para unos cuantos miles más. Coney Island reúne grandeza y un aire *kitsch* a manos llenas.

Hay un cuento de O. Henry, entre sus relatos sobre Nueva York, que es, quizás, el que más me gusta de los suyos y que tiene que ver con Coney Island.

Masie era una hermosísima muchacha de cabellos rubios y dieciocho años

de edad que trabajaba como vendedora en la sección de guantes de unos grandes almacenes de Manhattan y que traía de cabeza a numerosos clientes e, incluso, al jefe de su sección. Se jactaba de conocer a los hombres y de verlos venir y aspiraba a enamorar alguna vez a alguien que no fuera un don nadie, un hombre que mereciera la pena social y económica.

Cierto día, un tal Irving Carter, «pintor, millonario, viajero, poeta y automovilista» —en palabras de O. Henry—, se acercó al mostrador a comprar un par de guantes y, de inmediato, quedó prendado de Masie. La invitó a salir y la chica, considerándole agradable, aceptó verse con él unos días más tarde.

Salieron unas cuantas veces y, a las pocas semanas del primer encuentro, el multimillonario Carter le declaró su amor y le propuso matrimonio. Ella dudó y entonces él le ofreció una vida llena de lujo, viajando sin cesar a lugares hermosos... Insistió en que le sobraban los millones de dólares, cosa que era cierta.

«Imagine —proponía Carter— una costa en donde el verano es eterno y una hermosa playa en la que las personas son felices como los niños. Viajaremos a ciudades de hermosos palacios... y a una ciudad en donde las calles son de agua y navegaremos en unas barcas que llaman góndolas... y después visitaremos la India y montaremos sobre elefantes y veremos los maravillosos templos de los hindúes...»

Llegados a ese punto, Masie se levantó y dijo a Carter que tenía que regresar a casa. Y no volvió a verle.

Poco después, una compañera de trabajo de Masie le preguntó por su «aristocrático amigo». Y Masie contestó: «Ya no tiene nada que ver conmigo, es demasiado vulgar. Quería que me casara con él y que nos fuéramos de viaje de novios a Coney Island».

Antes de dejar el lugar, tomé un Perrito caliente en Nathan's, un local próximo a la playa en donde alardean de preparar los mejores *hot dogs* de América. No sé si serán los mejores, porque los susodichos perritos no me gustan demasiado.

Pero trato de ser un viajero ejemplar que siempre cumple los ritos.

Desde siempre, Brooklyn presume de ser un barrio literario. Y no en balde. Aunque el mayor de todos los poetas norteamericanos, Walt Whitman, nació en Long Island, en un condado al oriente del estado de Nueva York, desde los

cuatro años vivió en Brooklyn y, en varias etapas de su vida, pasó largos períodos en este lado del East River. En una imprenta de Brooklyn, publicó la primera edición del imponente poemario *Hojas de hierba*.

Así veía, desde el *front sea*, el perfil de Manhattan: «¡Manhattan, de soberbio rostro!».

Creo que, a partir de Walt Whitman, Estados Unidos comenzó a sentirse historia.

Una barriada particularmente «literaria» fue la llamada Brooklyn Heights, junto al río y muy próxima al puente de Brooklyn. George Davis, un editor de prensa, soñó una noche, al comienzo de los años cuarenta del pasado siglo, con una casa de pisos en Brooklyn. Y al día siguiente recorrió la zona y encontró, tal y como lo había soñado, el edificio, en el número 7 de Middagh Street. Además, estaba en alquiler. Llamó a dos amigos, la escritora Carson McCullers, que acababa de separarse, y el poeta W. H. Auden. Y entre los tres arrendaron la casa.

Poco a poco, otros escritores fueron ocupando los pisos, entre ellos el hijo de Thomas Mann, y Jane y Paul Bowles. Muchos artistas e intelectuales los visitaron y se alojaron por unos días en el edificio durante los siguientes cinco años, el tiempo que duró aquella suerte de «peña literaria» —a la que se sumaron ocasionalmente nombres como los de Anaïs Nin, Salvador Dalí o Leonard Bernstein—, antes de que la casa fuese demolida por sus propietarios. Allí concluyó Carson McCullers uno de sus relatos más inquietantes: *La balada del café triste*, publicado en 1951. McCullers adoraba el barrio. Escribió en cierta ocasión: «Comparar el Brooklyn que yo conozco con Manhattan es como comparar la confortable y complaciente dueña de una pequeña pensión con su más brillante y neurótica hermana».

También en Brooklyn vivieron Henry Miller, durante su infancia, en la zona de Williamsburg, y el dramaturgo Arthur Miller (tomó como modelo su casa del sur del barrio para crear el escenario de la de Willy Loman en *Muerte de un viajante*), H. G. Wells, Truman Capote (aquí inició *Desayuno en Tiffany's* y *A sangre fría*), Tom Wolfe y el feroz novelista Norman Mailer, que escogió como residencia la zona de Columbia Heights. El narrador Paul Auster vive en Brooklyn en estos días.

Quería ver Brighton Beach, la barriada que se extiende hacia el este de Coney

Island, en paralelo a la playa. Y tomé de nuevo un autobús para ahorrar energías. Viajaba por la interminable ciudad de Nueva York y tenía la sensación de recorrer La Mancha entera, tales eran las distancias.

La calle principal de Brighton Beach discurre recta y larga bajo el puente de hierro de la línea 4 del suburbano, que en este tramo no debería llamarse de tal guisa, sino sobreurbano o supraurbano. Así que coches y peatones circulan y caminan a la sombra de las vías, con el tendido ferroviario como sombrero. Es una curiosa sensación percibir el estrépito que provoca un tren al correr sobre tu cabeza, algo así como si los truenos poseyeran de pronto tu cerebro.

Paseaba Brighton adelante cuando una mujer mayor, a la vera de un semáforo, me sonrió y se aproximó. Comenzamos a hablar mientras caminábamos uno junto al otro. Era hispana, originaria de Cuba y de ancestros asturianos. Se llamaba Vilma —«como la del Picapiedra, ya sabe»— y me comentó que, si tuviera dinero, se mudaría a vivir a Manhattan.

—Aquí las aceras son muy estrechas y los mayores estamos incómodos. Además, Brooklyn es ruidoso y poco seguro: hay mucha delincuencia.

Señaló un par de tiendas que anunciaban sus nombres con caracteres cirílicos.

—¿Lo ve? Todo está lleno de rusos.

—¿Tiene algo contra los rusos?

—Son pura mafia, nadie los quiere aquí: traen la droga y hacen negocios sucios. Si afina el oído, escuchará enseguida hablar en ese maldito idioma. Muchos no saben inglés, no se integran.

—También los hispanos hablamos español entre nosotros.

—Pero nos integramos. Y no robamos.

—Habrá de todo, supongo...

—¿Qué le pasa?, ¿no ama su patria?

Tomé un tren de regreso. Por fortuna era un *express* y, en cosa de veinte minutos, desembarcaba en Union Square. Premié mis esfuerzos del día cenando unos sushis en el Japonica de University Place.

Y ya en casa, al anochecer, metí los pies hasta los tobillos en el agua caliente de la bañera.

Jueves, 10 de noviembre

Paseo por Central Park, para aprovechar el otoño, que dura aquí poco tiempo. Me fascinan las hojas del roble americano, pintadas ahora de un delicado color amarillo limón. No reluce como el oro de los tilos y los arces. El de los robles posee inocencia.

Me como un cuscús en un restaurante francés de Lexington Avenue, Mon Petit Café. Las camareras francesas en Nueva York son encantadoras, al contrario que en París, en donde por lo general te reciben bufando.

A los franceses les sucede al revés que a los argentinos: estos últimos son encantadores, cultos, amenos y gentiles en Buenos Aires. Pero salen de allí y, en su mayor parte, parecen una gabardina reversible: de pronto se transforman en seres soberbios, pretenciosos, aburridos y, a la postre, mentecatos.

Me dice un amigo argentino que no es de la cuerda:

—Algo nos sucede en los aviones que nos transforma. ¿Será el Triángulo de las Bermudas?, ¿o es que se nos mete una especie de *gili-bag* en el cerebro?

Nueva York me relaja, la megalópolis me tranquiliza, la gran urbe me resta ansiedad. La prisa de la gente es externa, aflora fuera de la piel y nadie parece sentirla en su corazón. Los neoyorquinos salen a la calle como el conejo de *Alicia en el país de las maravillas*, pero si detienes a alguno o alguna para preguntarle cualquier cosa, olvida la prisa al instante y te responde con cortesía y sin agobios. Luego, sigue corriendo: «Me voy, me voy, que llego tarde hoy...».

Por la tarde, a eso de las cinco y media, ya de anochecida, me he dejado caer por Zuccotti Park, la plaza ocupada por los «indignados», los integrantes del movimiento Occupy Wall Street (OWS). No había más de un centenar de tiendas de campaña y, como mucho, unos doscientos «ocupantes». No parece que vayan a lograr una gran revolución, porque cada día son menos. Pero les siguen apoyando los sindicatos, numerosas organizaciones sociales y bastantes intelectuales. De cuando en cuando, acuden a cantar viejos rebeldes, como Pete Seeger, Al Guthrie (el hijo de Woody) y Crosby & Nash. Yo he

estampado mi firma de ánimo en un pliego, aunque presiento que no tienen mucho que hacer.

Porque, además, el aspecto de la plaza no es ya el de los primeros días. Como los sindicatos y muchas organizaciones apoyan a los acampados con calefactores, ropas y cantidades enormes de comida, poco a poco han ido acercándose hasta la plaza los vagabundos y los sin techo. Y no para protestar contra algo, sino sencillamente para comer y calentarse. ¿Y quién se atrevería a echarlos si son el símbolo último de la opresión capitalista? De modo que el campamento de la rebeldía política se ha transformado en pocas semanas en algo así como un campo de refugiados en donde puede comerse una hamburguesa caliente e, incluso, beben una lata de cerveza.

Si alguien ideó esta manera sutil de terminar con la protesta, sin duda es un genio perverso dotado de una inteligencia superior. Creo que el siguiente paso será echarlos a patadas de la plaza cuando queden unas pocas docenas de jóvenes airados, peleados con sus padres, y un ejército de vagabundos gordos como toneles, hinchados de colesterol y con diabetes galopante.

A la anochecida, en un pub de Wall Street, he trabado conversación con dos muchachas americanas. Venían de Albuquerque, Nuevo México, y son militares. Han servido en Irak y Afganistán y se han acercado a Nueva York para participar en la fiesta de los veteranos, un desfile que se celebra cada 11 de noviembre en la Quinta Avenida. Todo Nueva York está esta noche lleno de veteranos de guerra llegados del país entero para tomar parte en la parada. ¡Otra más!

Me acuerdo de pronto del póster que se vendía hace unas semanas en un tenderete de Union Square, bajo la estatua de Lincoln. Mostraba un soldado junto a un eslogan que decía: EN USA, LA GUERRA ES LO NORMAL.

Viernes, 11 de noviembre

Ayer soplaba un viento cálido, luego cayó una lluvia furibunda y hoy hace tal frío que la carne pide a gritos un abrigo de pieles. Para mañana, la meteorología anuncia aires templados que soplarán del sur. Pero en Nueva York no hay que fiarse de los meteorólogos.

En lo único en lo que tengo confianza es en el otoño, que sigue agarrado a los árboles, llenos de hojas melancólicas que cuelgan de sus ramas como lánguidos racimos cárdenos y dorados.

El Veteran's Day, el día de los veteranos de guerra, Nueva York ha amanecido llena de banderas. La Quinta Avenida, cómo no, se ha cerrado para el desfile, que discurrirá entre las calles 26, en Madison Square, y la 60, en los bordes de Central Park. A las once en punto comenzó la parada, que iba a durar hasta las dos de la tarde. Así que tres horas con una de las principales arterias de la ciudad cortada han convertido Manhattan en un atasco de tráfico imponente. Pero en un país en donde son patriotas hasta los mendigos, a nadie parecía importarle el sacrificio. ¡Honor a los héroes!

John Dos Passos, en *Manhattan Transfer*, se burla de tanto patriotismo:

Banderas en todas las astas de la Quinta Avenida, flotando el recio viento de la historia. Grandes banderas que, sujetas con cuerdas a los crujientes mástiles, tremolan y gualdrapan a lo largo de la Quinta Avenida. Las estrellas brillan apaciblemente en un cielo de pizarra, las franjas rojas y blancas se retuercen contra las nubes. En la algazara de charangas y caballos piafantes, en el estruendoso fragor del cañón, sombras como sombras de garras, asen las tensas banderas. Las banderas, como lenguas hambrientas, lamen, se retuercen, se enroscan...

Claro está que asomaron algunos carteles antibelicistas. Uno de ellos, el famoso HAZ EL AMOR, NO LA GUERRA, lo aireaba por cierto una mujer de aspecto tan antipático que por un instante me sentí partidario de la guerra. Cerca, también, algunos grupos lanzaban eslóganes de parecido jaez. Pero se trataba

de casos aislados. Lo normal eran los centenares de banderitas americanas en las manos de los transeúntes, los gorros y las corbatas diseñados con las barras y las estrellas y multitud de pancartas con lemas patrióticos: *WE SUPPORT OUR TROOPS, HONOR OUR HEROES...* Había miles de excombatientes de varias guerras y no pocos marchaban apoyándose en muletas o en sillas de ruedas. Entre los veteranos, se integraban familiares de los caídos en combate, con grandes carteles en donde aparecían los rostros de sus hijos, hermanos o nietos muertos en acciones bélicas.

Vi a un pequeño grupo de supervivientes de la Segunda Guerra Mundial, a algunos más numerosos del conflicto de Corea y a unos cuantos de Vietnam, de los pocos que salieron orgullosos de aquella contienda.

No obstante, a pesar de tanto heroísmo, muchos veteranos repartían unas hojas en donde se señalaba que, entre 2008 y 2010, con Barack Obama en el poder, 447.000 militares fueron desmovilizados y quedaron sin empleo. Y se añadían las palabras de Obama en un discurso reciente: «Les pedimos que lucharan, que se sacrificaran, que arriesgaran la vida por su país. Y lo último que tendrían que hacer es pelear por un puesto de trabajo cuando regresan».

—Pero, por el momento —decía un veterano de Irak, con media docena de medallas bailándole en el pecho mientras repartía las hojas—, esas palabras no son más que eso: palabras.

Me dio por pensar en ese instante que Estados Unidos es un país tan poderoso como asustado, un país que tiene miedo de cuanto le rodea, de un fantasmal «enemigo exterior» que cambia a menudo de rostro. Quizá eso sucede porque se abrió camino en un territorio hostil y porque sus antepasados hubieron de combatir, para conquistar un lugar en el mundo, contra la desolación, el hambre, el destino incierto, los indios y la naturaleza bravía. Y puede que ese miedo permanezca vivo en el subconsciente de cualquier americano.

Al ver a los veteranos desfilar orgullosos entre sus banderas, pensé en que hay hombres que no precisan alardear de su valor mientras que otros no cesan de hacerlo. Por lo general, a la hora de enfrentarse a una amenaza real o a una de las múltiples dificultades que nos opone la vida, los primeros las afrontan y los segundos escapan corriendo como conejos. Conozco a unos cuantos de las dos especies. E imagino que, en el Veteran's Day, los había de ambas.

Sábado, 12 de noviembre

Anoche estuve en un concierto en una de las salas del Lincoln Center, junto a Columbus Circle. Actuaba un extraordinario saxofonista, Paquito D'Rivera, renombrado intérprete del llamado «jazz latino», y todo el programa estaba dedicado al compositor argentino Astor Piazzolla, muerto en el año 1992. A D'Rivera le acompañaba un grupo de músicos excelentes y el teatro casi se vino abajo cuando el concierto se cerró con la composición más famosa de Piazzolla, *Libertango*.

Creo que nunca en mi vida he escuchado tanta música en vivo como en Nueva York. Hay en la ciudad numerosas salas de conciertos y auditorios, a precios por lo general muy asequibles. Y es muy sencillo conseguir entradas por internet o, días antes, en la misma taquilla. Ayer pagué por el concierto treinta dólares, lo que me hubiesen costado dos cervezas y un par de vasos de vino en cualquier bar del Midtown.

El espectáculo fue excelente, ya digo. Pero prefiero las sesiones de Lenox Lounge, en Harlem. Me gusta más el jazz nacido en la calle, con su lado salvaje y rebelde. Como el flamenco.

Hoy acertaron los pronósticos de la meteorología y el día ha amanecido templado y luminoso. Y he dejado, durante unas cuantas horas, vagar mis pies y mi alma por las arboledas melancólicas de Central Park. Por la tarde me he encerrado a seguir escribiendo mi novela.

Domingo, 13 de noviembre

Hoy tomé un tren de la Harlem Line, en Grand Central Station, para viajar hasta Hawthorne, un pequeño pueblo al norte del Bronx. Como era domingo, Isabel Fuster se animó a venir conmigo y un matrimonio de amigos suyos se unió a la excursión: una pintora parisina que se llama Hélène y un médico murciano de nombre Óscar. Llevaban con ellos a su pequeña hija, Ada, que tiene un año de edad y es la niña más tranquila que he visto en mi vida: ni llora, ni grita, ni patalea; sólo mira alrededor, con curiosidad, sonríe y, cuando se aburre, se duerme. Les propuse a los padres comprársela, pero no aceptaron.

Mi intención era encontrar una tumba olvidada en el norte de Nueva York, un sepulcro que nadie visita y que recoge, desde 1945, los restos de uno de los hombres que murieron con mayor tristeza en el alma. Era granadino y salió de España en 1940 rumbo a Nueva York, a bordo de un transatlántico que zarpó de la ría de Bilbao. Aquel hombre abandonó su patria maldiciéndola y jurando que no volvería a pisarla. Tenía ochenta y un años, se llamaba Federico García Rodríguez y era el padre de un hombre que tenía el mismo nombre que él, salvo en el segundo apellido, que era Lorca.

Siempre me ha producido una pena inmensa pensar en cualquier hombre —y he conocido algunos casos— que pierde a un hijo ya crecido. Es una burla feroz de la naturaleza, un quiebro a la lógica del existir, si es que hay alguna: los hijos nacen de nosotros y deben morir después. Si el hijo muere antes, el padre quedará para siempre mutilado.

A Federico García Rodríguez, con el dolor hincado en la hondura de su alma por la muerte de su hijo, asesinado en agosto de 1936, Franco no le permitió salir de España hasta 1940. Y cuando pudo irse, lanzó un corte de mangas a su patria desde la ría de Bilbao. Murió cinco años después, mientras que su mujer regresó a España con los demás miembros de su familia y falleció en Madrid. Los restos de Federico padre siguen allí, solos, olvidados, en la huesa de Hawthorne, al norte de Manhattan.

El cementerio de Hawthorne no era un pequeño camposanto de aldea, sino un enorme osario, quizá porque aquí, cada año, se entierran a miles de neoyorquinos, ya que en la ciudad no hay mucho espacio para tanto muerto. Por fortuna, el cementerio contaba con una modesta oficina de información y una amable y eficiente viejecita me tendió un plano del lugar indicándome el sitio preciso en donde se encontraba la tumba.

Alineada junto a muchas otras, era una sencilla lápida de piedra gris clavada en el suelo en vertical, con la inscripción de su nombre y las fechas de nacimiento y muerte: agosto de 1859, septiembre de 1945. A su izquierda, otra estela señala los restos de un matrimonio apellidado Islhart. Y a su derecha, los de una mujer llamada Anne Smith.

No había flores en la tumba de Federico García Rodríguez. Yo hubiera cortado un ramillete de margaritas silvestres para dejarlas al pie de la lápida, pero era otoño y no había ninguna en aquel entrustecido campo.

Volvimos a Manhattan con una sensación de vacío en el alma.

La vida de Lorca está íntimamente ligada a Nueva York. No sólo porque su padre falleciera en la urbe, sino porque allí compuso el vate español uno de sus mejores libros: *Poeta en Nueva York*.

Lorca viajó a la ciudad de la mano del malagueño Fernando de los Ríos, que había sido su profesor en Granada, un socialista culto, sobrino de Giner de los Ríos, político y diplomático, que llegaría a ser ministro durante la República y que murió precisamente aquí, exiliado, en 1949. El poeta llegó desde Southampton, a bordo del *Olympic*, nave gemela del desdichado *Titanic*, y desembarcó en los muelles del Hudson el 25 de junio de 1929. Viajaba con ánimo de aprender a hablar inglés y se alojó en la Universidad de Columbia, en el Upper West Side.

Inglés aprendió poco o casi nada, pero de inmediato comenzó a escribir su poemario, que completaría casi por entero durante los nueve meses que duró su estancia en la ciudad. Un par de años más tarde, dijo que su viaje a la gran metrópoli había sido «una de las experiencias más útiles» de su vida. Su libro no llegaría a publicarse hasta 1940, cuatro años después de su asesinato. ¿Y para qué quería saber inglés —podemos decirnos ahora— alguien que dominaba tan a la perfección y con tal garbo el castellano?

Varios estudiosos de Lorca señalan que el libro pudo ser en cierta forma una manera de defenderse de los reproches de sus grandes amigos de juventud,

Salvador Dalí, José Bergamín y Luis Buñuel, quienes le acusaban de haber caído en localismos y en tópicos con su *Romancero gitano*. También se dijo que era su respuesta al cortometraje *Un perro andaluz*, de Buñuel y Dalí, en el que Lorca se vio retratado con crueldad por sus antiguos camaradas, para quienes había traicionado los principios del surrealismo. Si así fuera, el resultado de su respuesta no pudo ser mejor: en mi opinión —y aquí no estoy solo—, *Poeta en Nueva York* es la cumbre del surrealismo poético..., con todos mis respetos a Paul Éluard y Louis Aragon, por supuesto.

Aquí, Lorca se asombró ante su arquitectura colosal: «En tres de estos edificios [los rascacielos] cabe Granada entera». Pero supo percibir el alma íntima de la ciudad, su cálido aliento, algo que todos sentimos, a veces incluso, como una contradicción, cuando la habitamos: «Nueva York es immenseo, pero está hecho para el hombre, la proporción humana se ajusta a las cosas que de lejos parecen gigantescas y descabelladas».

Lorca amó a los negros y su vitalidad desbordada... Sus cantos le recordaban al cante jondo de los gitanos, igual que su historia de pueblo explotado:

*... la misma pena cantando
detrás de una sonrisa.*

Y gritaba furibundo contra el desaforado capitalismo de Wall Street y pronosticaba su fin con la ingenuidad lírica de un poeta, mucho antes de que nacieran los «indignados» de Zuccotti Park.

... *Sólo este mascarón,*
Este mascarón de vieja escarlatina.
¡Sólo este mascarón!
Que ya las cobras silbarán por los últimos pisos.
Que ya las ortigas estremecerán patios y terrazas.
Que ya la Bolsa será una pirámide de musgo.
Que ya vendrán lianas después de los fusiles
y muy pronto, muy pronto, muy pronto.
¡Ay, Wall Street!
El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
¡Cómo escupe veneno de bosque
por la angustia imperfecta de Nueva York!

En febrero de 1930, partió de la ciudad por barco rumbo a La Habana y, alrededor de un año más tarde, regresó a España. Nunca volvería a Nueva York, que aún sigue considerándole como uno de los más grandes poetas que han escrito sobre ella.

Es curioso que, mientras que casi toda la intelectualidad europea de aquel primer tercio del siglo XX volcaba su atención en París, dos poetas andaluces la dirigieran hacia Nueva York. Uno, Lorca, como ya he contado. Y otro, el onubense Juan Ramón Jiménez.

J. R. J. se había enamorado de Zenobia Camprubí, cuyo abuelo paterno era norteamericano. Y a pesar de rechazarle en varias ocasiones y de irse a América con su madre, aceptó finalmente casarse con él y acordaron llevar a cabo la ceremonia en Manhattan. El poeta salió de Cádiz en un transatlántico el 30 de enero de 1916 y llegó a Nueva York el 12 de febrero. Y él y Zenobia contrajeron matrimonio, en una ceremonia íntima, en la iglesia de Saint Stephen, que aún sigue en pie, entre las calles 28 y 29, casi en la esquina con la Tercera Avenida. Permanecieron unas semanas en la ciudad y luego recorrieron en viaje de novios algunas otras urbes de América, entre ellas Boston y Filadelfia, para regresar a España en el mes de junio. En ese tiempo, J. R. J. escribió su *Diario de un poeta recién casado*, a veces en verso y, otras, como prosa poética.

*¡New York, maravillosa
New York!*

*¡Presencia tuya, olvido de
todo!*

Lunes, 14 de noviembre

Siempre detesté el mes de noviembre madrileño, porque muestra un clima entristecido, llueve con frecuencia, trae nieblas, frío y carece de jornadas festivas, salvo el primer día del mes, dedicado a los difuntos. Además, cuando era niño, el curso escolar acababa casi de comenzar y todo un largo año del odiado colegio asomaba interminable en mi horizonte vital..., meses por delante sin ver el campo, la montaña, el mar, sin oler las tormentas, sin naturaleza libre por la que correr, rodeado de adultos antipáticos y memorizando cosas incomprensibles. Las escuelas de mi infancia negaban la vida, los mayores de mi niñez eran mujeres y hombres frustrados que muchas veces descargaban su amargura en los niños. Y en noviembre, el colegio era como una losa que apresaba y hundía en el barro cualquier alma inocente con tendencias libertarias.

Pero este noviembre neoyorquino está siendo una sorpresa cargada de vitalidad. Hoy hace sol, no viene viento frío desde el norte, nevó un día de improviso —eso sí, a paladas—, los árboles están teñidos de hermosísimos tonos, los bares abren hasta las dos o las tres de la madrugada y quien no se divierte es porque no sabe o es un aburrido. Ahora mismo no imagino mejores días para mi vida.

Disfruto conociendo Nueva York con el mapa en la mano y armado con esa tarjeta que, por veinte dólares, te permite hacer varios viajes por la ciudad en metro o autobús de una punta a otra de Nueva York, esto es: toda la geografía de Manhattan, una buena parte de Long Island y el Bronx.

Me he dado una vuelta por el barrio de Hell's Kitchen. La verdad es que, hasta hace bien poco, era una zona nada apropiada para pasear; por su alto índice de delincuencia, sobre todo. Dicen que olía a urinario público y abundaban los vagabundos, los alcohólicos y las prostitutas baratas.

Pero las transformaciones urbanísticas de Manhattan son tan rápidas que, en apenas unos meses, barrios poco recomendables se convierten en lugares de moda. Se produjo años atrás en el SoHo y el Bowery, ha sucedido

recientemente en el Lower East y en Hell's Kitchen. Todavía se encuentran edificios de aspecto muy pobre y sucio, parquecillos repletos de vagabundos borrachos y centros de acogida de los sin techo. Pero hay inmensos anuncios de apartamentos de lujo en muchos solares en donde se han derruido las viejas casas y los numerosos galpones abandonados hace años, que pronto serán comercios rutilantes o grandes supermercados. La Cocina del Infierno ya es un lugar *cool* en donde disfrutar de cócteles y copas de vino, con las boutiques de las prestigiosas firmas de moda alrededor. Y un enorme río cerca: el anchuroso Hudson. El barrio se enclava en el West Midtown, al norte de Chelsea, entre las calles 28 y 50, más o menos, y por los alrededores de las Octava, Novena y Décima avenidas. Los propietarios de las tiendas de antigüedades y de arte de Chelsea comienzan a abrir negocios en el Hell's (¡qué bonito suena eso de abrir un negocio en el infierno!) y también los colectivos gays establecen nuevos locales de ocio en la zona, extendiendo su radio de acción desde Chelsea y el West Village. Y ya se sabe: si llega el colectivo de los ricos, desaparecen los pobres.

Como ya he comentado antes, en este barrio se rodó la famosa película *West Side Story*, una melosidad que hoy nos pondría a muchos jóvenes de ayer colorados de vergüenza ajena y que, en su día, nos llenó el alma de romanticismo. Creo que fuimos muchos los que, a los quince años, soñamos con encontrarnos a Natalie Wood en una escalera de incendios para cantar con ella *Tonight, tonight*. ¡Cualquiera le canta a una chica de hoy *Tonight, tonight* en una escalera! Sospecho que te llamaría idiota y se largaría con algún tipo más canalla. De todas formas, creo que otro tema de la película, el *Somewhere*, sobre todo si lo interpreta la voz rota de Tom Waits, podría aún enternecer el corazón de la más dura muchacha.

Como decía, Hell's Kitchen expresa hoy algo sustancialmente neoyorquino: su constante transformación. Nueva York es como el río de Heráclito: nunca te bañas dos veces en el mismo Nueva York. O dicho con ánimo todavía más metafísico, también en la onda del presocrático filósofo de Éfeso: nada es permanente en Nueva York, todo cambia.

Hace unos días leí en un periódico de la ciudad:

A propósito de Nueva York: donde quiera que usted viva, la vecindad siempre está cambiando. Un enclave italiano se convierte en senegalés; un histórico barrio afroamericano comienza a atraer a los profesionales blancos. Y los acentos y los ritmos también se transforman; los aromas

pasan de ser especiados a vegetales. La transformación es a veces lenta, y otras, vertiginosa. Pero siempre hay un sentido de pérdida entre la gente que se queda atrás, preguntándose qué ha sucedido con un vecindario que una vez consideró como propio.

Y el infierno puede ser mañana paraíso. Canta Tom Waits, con su voz rota, un tema de *West side Story*:

*Someday, somewhere...
We'll find a time for us,
we'll find a new way of
living...*

Martes, 15 de noviembre

Muere el día y la atmósfera se templá de pronto, ignoro por qué razón. Tomé esta tarde el metro y me fui al norte de Queens, hasta la parada de Astoria-Ditmars Boulevard. Estas líneas de metro que escapan de la isla de Manhattan ofrecen una singular visión de Nueva York, pues por lo general transitan al aire libre y, lo que es más llamativo, en tendidos ferroviarios a veces muy elevados, como si recorrieran las cumbres de la ciudad. Son obras de ingeniería imponentes de principios del siglo anterior y, si nos asombran hoy todavía, imagino lo mucho que debieron de sorprender en su momento.

Esta ciudad no ha temido nunca al futuro ni lo teme todavía, porque de alguna manera es futuro. Cuando viajas en esos vagones sobre puentes y azoteas, por encima de las calles y avenidas atestadas de coches, eres una suerte de ángel volador, un Superman, quien tal vez por eso nació aquí.

En los metros de Europa, sales a la calle, por lo común, subiendo escaleras. En los barrios de las afueras de Manhattan, a menudo bajándolas. Cuando descendí al largo bulevar de Ditmars y eché a andar en dirección a Astoria Square, bajo un techo interminable formado por puentes que sostenían vías férreas, reparé en que muchos de los carteles de los comercios estaban escritos en caracteres griegos. Y mi oreja captó conversaciones en el idioma del lejano Mediterráneo.

Así es Nueva York, así es América: te acercas a Brighton Beach y estás en Rusia; en la misma Long Island, más al norte, estás en Grecia... Y si te vas un poco más lejos, a Newark, ya en New Jersey, estás en Portugal...

Esta urbe no pertenece a América, le pertenece al mundo. Quizá, por ello, aquí no sientes que habitas en una ciudad, sino que te encuentras en el ombligo del universo.

Miércoles, 16 de noviembre

A veces pienso si mi diario no será un relato excesivo sobre el clima neoyorquino, puesto que, al hablar cada día de mi vida en Nueva York, casi siempre preciso la meteorología de la jornada.

Por cierto, llovía esta mañana cálida de mediados de noviembre y los neoyorquinos caminaban por su ciudad como seres despistados, con botas de agua y paraguas, sin abrigo, los zapatos de vestir metidos en una bolsa o en una mochilita. Y mirando al cielo imprevisible.

Me quedan apenas quince días de estancia en Nueva York y bendigo este delicioso otoño que me ha ahorrado los terribles fríos del invierno. La lluvia va arrancando ya las últimas hojas otoñales de los árboles, desnudando sus copas, y el aire las echa a volar como si fueran insectos que agonizan. Nueva York se vuelve gris, se entristece, por más que los comercios comiencen a pintarse de colores navideños y asomen los adornos tradicionales: arbolitos con luces de toda la gama del arcoíris, calcetines rojos de Santa Claus, dibujos de renos voladores sobre el verdor de los bosques y el blanco de la nieve..., a los neoyorquinos les gusta tanto la Navidad que la adelantan todo lo que pueden. Un periódico afirma, en sus páginas infantiles, que Santa Claus ya ha sido visto con su trineo dando vueltas por los alrededores de Manhattan.

Esta mañana me he asomado al establecimiento de venta de materiales fotográficos más famoso de Nueva York, el B&H, en la esquina de la calle 34 con la Novena Avenida, a dos pasos del Madison Square Garden. La empresa es propiedad de judíos pertenecientes a la secta más ortodoxa de esta religión y la casi totalidad de los empleados —mejor: todos los empleados menos los guardias de seguridad, que son negros muy fornidos— son judíos de la misma rama. De ese modo, no necesitan ir uniformados, pues todos los días visten de la misma manera: camisa blanca, chaqueta o chaleco, pantalón y zapatos negros; sombrero o kipá también negros, y barbas luengas con cabellos rizados en largos tirabuzones que se derraman desde las sienes hasta las mejillas. Hay una zona en la tienda de compra de equipos usados y los empleados se

encuentran allí en su salsa: detrás del mostrador, en mangas de camisa y con chaleco, calculan los precios que pueden ofrecerte y se prestan unos minutos al regateo. Pero es raro que cedan. Son el vivo retrato de todos los tópicos que corren sobre esta comunidad.

La mayoría de los judíos neoyorquinos viven en Brooklyn, alrededor de medio millón; y, en las zonas pobres del barrio —también hay judíos pobres, no crean—, casi tienes a veces la impresión de que estuvieras en un gueto europeo de antes de la Segunda Guerra Mundial. Hay también miles de miembros de esta comunidad en el Bronx (unos 80.000) y en Queens (más de 230.000). Pero por donde caminan a sus anchas es en el Diamond District (Distrito del Diamante), en la calle 47 y sus alrededores, en pleno centro de Manhattan. Todas las grandes joyerías son de su propiedad, como en Amberes, puesto que son empresarios de esta fe quienes controlan la mayor parte del comercio mundial del diamante. A menudo, lo mismo que en Amberes, se ve salir de las joyerías a judíos con sombreros hongos, levitas negras y gudejas al viento, con una voluminosa cartera también negra en donde llevan las valiosas piedras y que portan apresada a la muñeca con unas esposas semejantes a las que utiliza la policía. De esa forma, los empleados del Diamond District, como los de Amberes, evitan los robos por medio del procedimiento del tirón.

Así que cualquier carterista neoyorquino que quiera hacerse con un valioso maletín repleto de diamantes, ya sabe que tiene que llevárselo a casa con judío puesto. ¿Y qué haces luego con el judío? O lo adoptas para que no cante a la poli o lo tiras al Hudson.

Los más ortodoxos suelen vivir agrupados en los mismos barrios y aislados de otras comunidades. Son lo contrario de los sefardíes, menos numerosos en Nueva York, que viven en cualquier barrio y están mucho más integrados en la ciudad. No van de uniforme como los primeros; todo lo más, se cubren con una kipá.

En Manhattan se calcula que viven unos 275.000 judíos, la mayoría en barrios caros como el Upper East y el Upper West Side.

Pero este ánimo de construir su propio gueto no es exclusivo de los ortodoxos. Lo mismo hacen los chinos en su Chinatown y, en menor medida, los habitantes del Harlem negro y el Harlem hispano. Años atrás existió también una Little Italy, que ya es poco más que un lugar testimonial en donde se concentran algunos buenos restaurantes de pasta.

¿Será siempre así en la megalópolis? Según publicaba hace unos días *The*

New York Times, cada año crece el número de matrimonios interétnicos: blanco con negro, indio con chino, chino con negro, blanco con indio... Uno de cada siete matrimonios que se celebran en la ciudad se produce ya entre novios de distintas culturas y etnias.

Quizá en un par de siglos o tres Nueva York alumbré una nueva especie humana, más mezclada, con rasgos diferentes a los de ahora, sea cual sea su comunidad.

Jueves, 17 de noviembre

Hoy el día y la lluvia convocaban a la vida interior. O en su lugar, a la cultura. Opté por la segunda alternativa. Porque la vida interior suele aburrirme o, mejor, porque no me gusta mirarme hacia dentro, no sea que encuentre un monstruo.

Así que por la mañana me he ido al MoMA para ver una exposición temporal del pintor mexicano Diego Rivera.

La muestra resulta particularmente interesante porque es la primera vez que se exhiben juntos todos los murales que John D. Rockefeller II, uno de los patronos fundacionales del MoMA, le encargó al artista en 1931, para exhibirlos en el museo y para adornar el hall de su famoso Rockefeller Center, en el corazón de Manhattan. Rivera era considerado el maestro mundial del muralismo, después de una larga etapa pasada en Italia estudiando la pintura al fresco. Y había desarrollado ya una técnica que le permitía pintar murales móviles, de tal forma que no sólo podía mostrar su obra fuera de los escenarios en donde la creaba, sino que además podía venderla. Rockefeller le contrató para que, en pleno crecimiento urbanístico de Nueva York, recuperada ya la ciudad del batacazo del *crack* de 1929, su pincel recogiera y exaltara los valores del esfuerzo del hombre americano, una mitología de la lucha del nuevo continente por cambiar el mundo.

El magnate americano del petróleo no dio importancia a un hecho: que Rivera era marxista. Cuando el pintor se puso a la tarea, no sólo retrató a Nueva York en pleno desarrollo monumental, sino a los obreros que sufrián la explotación del capitalismo salvaje, e incluso a Zapata y los escenarios de la revolución mexicana.

Rockefeller comenzó a sentirse incómodo con lo que iba viendo. Y se lo hizo saber al artista. Pero Rivera, en lugar de suavizar su crítica al capitalismo, la acentuó, hasta el punto de pintar en un cuadro el rostro de Lenin.

Aquello colmó el vaso de la paciencia del contratista. El mural del

revolucionario soviético fue destruido por orden de Rockefeller y el contrato con el creador mexicano se deshizo. Pero cuando Rivera regresó a su país, pintó de nuevo el mural con su Lenin, que hoy se exhibe en un museo de México D.F.

Las pinturas que ahora se muestran en el MoMA impresionan: contienen una fuerza mitológica que recuerda a los clásicos y en muchos de sus detalles se aprecia el valor que el pintor concedía a los artistas del Renacimiento italiano. Diego Rivera siempre fue un artista desmesurado, una fuerza de la naturaleza desatada, una tormenta de humanidad desbocada. Y su carácter respondía a medidas semejantes: violento, caprichoso, audaz... Frida Kahlo, que fue su compañera sentimental, y que le puso los cuernos con Trotski cuando éste vivía en México, dijo de él en cierta ocasión: «Yo he tenido dos accidentes en mi vida: el primero, una motocicleta que me arrolló en la calle, y el segundo, Diego».

Rockefeller, por su parte, tuvo otro accidente: contratar a un pintor comunista para exaltar los valores de la expansión capitalista. ¿A quién se le ocurre?

El mural que me pareció más interesante de toda la muestra es el que un periodista bautizó como *Frozen Assets* y que constituye un descarnado retrato del capitalismo. Hay edificios que se alzan sin alma hacia un cielo de piedra gris; una oscura fila de personas que desfilan por los pasillos de un tren sostenido en el aire por pilares de hierro; grúas mastodónticas; un galpón donde duermen tendidos en el suelo obreros agotados ante la vigilancia de un guardia armado, y una suerte de sótano en donde se guarda el dinero de los bancos, protegido por un policía, y con tristes deudores y pequeños ahorradores esperando junto a la puerta enrejada. No es el retablo que le hubiera gustado tener en su hall a John D. Rockefeller, el ingenuo potentado que contrató a Rivera. Y por eso lo vendió a un museo de México, que ahora lo ha cedido para la muestra del MoMA.

Viendo sus pinturas, me acordé de una anécdota sobre el pintor. Rivera siempre iba con revólver al cinto y, en cierta ocasión, un periodista le preguntó a qué se debía el hecho de que fuera armado en todo momento. Y Rivera respondió: «Para aviso de críticos».

Siempre que me asomo a un museo, sea cual fuere, me acerco unos minutos a ver mis obras favoritas. Todos guardamos unas cuantas en nuestras pupilas y

corazones. En el MoMA, yo tengo tres pinturas en mi catálogo particular de admiraciones: *Mujer 1*, del holandés-americano Willem de Kooning; *La noche estrellada*, del holandés Vincent van Gogh, y *Boceto para un retrato de Inocencio X*, del irlandés Francis Bacon. Del primero ya he escrito cuando visité la exposición antológica del MoMA dedicada al llamado «expresionismo abstracto americano», a poco de llegar a Nueva York. Lo contemplé un rato porque, como me sucede con todas las grandes obras, nunca acabo de comprenderlo del todo. Y luego me fui en busca de los otros.

La noche estrellada ocupa el lugar de honor en una de las salas principales del museo, mientras que el boceto de Bacon se encuentra en una salita algo más apartada.

Son dos pinturas fascinantes de dos artistas muy diferentes y que, para mí, tienen sin embargo algo en común: al reflejar un paisaje y un rostro que, como tales, no pueden existir en la realidad, lo que retratan es el corazón mismo de la realidad. Ese cielo de Van Gogh, repleto de luminarias amarillas, verdosas y púrpuras sobre una tierra azulada a trozos y gris en otros, idea un paisaje que parece surgido de una mente desvariada o de un estado de ebriedad. Y sin embargo, la vida puede ser tan triste y tan oscura..., iluminada a veces por tan extrañas bombillas... El pintor creó la obra en un momento de enorme soledad, cercano a la depresión, agotado por el esfuerzo de hacerse un hueco en el escenario pictórico de su tiempo y necesitado de consuelo. Si uno quiere verlo así, puede decirse que esa noche estrellada es una expresión en óleo del alma vagabunda de un artista angustiado, al que la luz de las estrellas le produce una inmensa desazón.

El pontífice Inocencio X, de Bacon, abre la boca con la voracidad de un felino, un rostro que no mostraría siquiera el asesino más cruel. El boceto de Bacon era el desarrollo de una de las pinturas más turbadoras de todos los tiempos, la que Velázquez hizo del referido Papa en Roma: un retrato en el que la pasión por el poder y el absolutismo del carácter representan en mi opinión, antes que la altanería de un representante de Dios en la Tierra, la perversidad del diablo en su trono.

No es un óleo realista el del Bacon neoyorquino. Pero contiene tanto odio verdadero como el del Velázquez romano...

Viendo estos lienzos pienso que, en algunos casos, el arte de nuestro tiempo, más que pintar la realidad de la tristeza y el mal, tal y como se nos presentan en la vida, trata de reflejar el dolor y el pavor de cómo nos sentimos mientras transcurre nuestra existencia.

Viernes, 18 de noviembre

Esta mañana, al levantar la persiana, en la calle lucía un sol de hielo. Y cuando abrí la ventana para ventilar el apartamento, un viento llegado directamente de Alaska se revolcó en mi cama, un tigre siberiano me lanzó un mordisco y un lobo ártico husmeaba en mi cubeta de basura. Las hojas del ginkgo que hay al otro lado de mi ventana habían sido devoradas, probablemente, por un hambriento grizzly canadiense durante la noche. Sobre el nevado asfalto de mi calle, me pareció ver las enormes huellas del yeti. Y supe que el temido invierno neoyorquino ya estaba aquí.

Atemorizado, he pasado el día en casa, escribiendo, pero al atardecer he tomado el autobús 57 hasta la misma puerta del Carnegie Hall. Había sacado entrada días atrás para un concierto del director inglés sir John Eliot Gardiner, en el que se podrían escuchar dos sinfonías de Beethoven, y por un acontecimiento de tal naturaleza merece la pena desafiar al frío.

El Carnegie Hall es una sala sencilla, nada ampulosa, al contrario que el recargado Teatro Real de Madrid o la pastelona Ópera de Viena, con apenas unos discretos adornos en falsas columnas, teñidas de dorado, en las esquinas del escenario. Las butacas son cómodas, nada llamativas, y los palcos, discretos. Puede acoger cerca de dos mil espectadores. Pero la sonoridad es excepcional, que es de lo que al fin y al cabo se trata.

En Nueva York resulta más barato asistir a un concierto de música sinfónica que a un evento deportivo o a una sesión de música pop. Mi entrada era bastante buena y me había costado sesenta dólares, algo impensable en España. Disfrutar de la cultura en esta ciudad está al alcance de muchos bolsillos.

El Carnegie Hall se levantó en 1891 por impulso de un rico industrial lleno de millones y amante de la cultura, algo que hoy resulta ya inusual y que no sucede casi nunca en España. Carnegie, al contrario que otros magnates de su tiempo, dedicó la mitad de su vida a ganar dinero y la otra mitad a gastarlo como mecenas y benefactor. Creó numerosas bibliotecas y centros de

investigación, pero su obra más importante fue este auditorio de Nueva York. Una de sus frases ha pasado a la historia de la modestia y la generosidad humanas: «No quiero ser recordado por lo que di, sino por lo que animé a otros a dar».

Sea como fuere, a Andrew Carnegie hay que agradecerle el legado de la sala de conciertos neoyorquina.

Esta noche, la llamada Orquesta Revolucionaria y Romántica —curioso nombre—, dirigida por sir John Eliot Gardiner con extrema delicadeza, ha interpretado las sinfonías n.^o 4 y n.^o 3 de Beethoven, por ese orden. La n.^o 4 es casi una pieza de transición en la obra del «divino sordo», entre la celebrada n.^o 3, conocida también como la *Heroica* y la monumental n.^o 5, o *Pastoral*. Robert Schumann dijo de ella que era como «una delgada doncella griega entre dos gigantes nórdicos». Para mí tiene las trazas de una delicada obra de artesanía labrada por la mano de un gran artista: como si a Miguel Ángel se le hubiera antojado esculpir un jarrón, algo muy hermoso, sin duda, pero sin su grandeza volcánica.

En cuanto a la n.^o 3, que nació como un homenaje a Napoleón —aunque más tarde el músico renegara de ello—, no alcanza el vigor de la n.^o 5 ni la majestuosidad de la n.^o 9, en mi opinión una de las mejores obras de Beethoven junto con su *Concierto para violín*.

Gardiner dotó a ambas sinfonías de un aire dulce, sutil, íntimo, lo que me hacía sentir que estuvieran naciendo en ese instante mismo de su batuta. Nos hemos acostumbrado a escuchar a Beethoven dirigido por Von Karajan, que era un director tan excepcional como estridente. Karajan dirigía como si estuviera en todo momento enfadado, en tanto que Gardiner te da la impresión de que siempre está sonriendo. No sé a cuál de los dos hubiera elegido Beethoven para dirigir sus obras.

Salí a la calle con el alma caliente y el frío me largó de inmediato cuatro sopapos en el rostro. Sentí cierto miedo a que apareciera de pronto un oso polar y me comiera crudo.

Sábado, 19 de noviembre

Esta mañana soplaban vientos del sur y Nueva York volvió a templarse, bajo un sol tibio que alumbraba tímidamente el cielo. Era una buena razón para echarse a la calle y pasear. Tomé el metro hasta Union Square y transbordé a la línea L, en dirección a Brooklyn. Tres paradas después me apeaba en Bedford Street, la calle principal del barrio de Williamsburg, convertido en estos últimos años en un lugar a la moda, o en eso que aquí llaman *cool* (majo, agradable, amable, fino). Ya he dicho que los barrios, en Nueva York, sufren transformaciones vertiginosas, algo que también sucede algunas veces en grandes ciudades de Europa. La vía más frecuente de ese proceso se inicia cuando un avisado inversor o constructor le echa el ojo a una zona deprimida de la ciudad, por lo general céntrica, y compra viejos edificios muy baratos. El siguiente paso es arreglar las casas, remozarlas y venderlas por un precio muy superior al que costaron si consigues, además, que el barrio se ponga de moda.

En una de las zonas más *cool* de Brooklyn el fenómeno ha sido algo distinto. Se trata del barrio de Williamsburg, que era hasta hace poco una zona pobre, de casas no muy altas, de rojo ladrillo visto, nada ostentosas y habitadas por gente de magra economía. Había numerosas pequeñas fábricas y era un lugar feo, a menudo peligroso. El novelista Henry Miller, nacido en una familia de escasos recursos, vino a vivir aquí cuando era un niño, en 1892. Y describía así el barrio: «Mientras otros recuerdan de su juventud un bello jardín, una madre cariñosa, una casa a la orilla del mar, yo recuerdo con viveza, como grabado con el ácido de un aguafuerte, los lúgubres muros cubiertos de hollín y las chimeneas de una fábrica de latón...». A una de las vías en donde vivió de niño la llamó «la calle de las penas tempranas».

Pero Williamsburg tenía una ventaja sustancial: su distancia a Manhattan era una parada de metro y tres a la Universidad de Nueva York, situada unas pocas calles al sur de Union Square. De modo que, a partir de comienzos de este siglo XXI, muchos jóvenes estudiantes y profesores empezaron mudarse a

Williamsburg porque era mucho más barato. Y tras ellos viajaron los comercios de ropa joven, las tabernas, los clubes de jazz, los modestos teatros alternativos, librerías de lance, pequeñas salas de exposiciones, tiendas de antigüedades... y los delincuentes dejaron de robar carteras, abrieron puestos callejeros y, todo lo más, vendían marihuana y hachís.

Así que Williamsburg se ha transformado en un barrio seguro y alegre. Naturalmente, los pisos han subido de precio y ahora mismo vivir alquilado en la zona cuesta casi lo mismo que en el Village.

Hoy sábado, bajo el liviano sol, los jóvenes paseaban por Bedford Street con esa seguridad que les confiere el saber que habitan en el lugar adecuado en el momento preciso. Había poca gente de mi edad y tuve la sensación de que los chicos me miraban con una mezcla de commiseración y simpatía, como si me dijeran que no sabía lo que me perdía por no haber nacido más tarde y haber malogrado la ocasión de vivir en Williamsburg.

Y sí, claro, uno echa de menos la juventud, qué le vamos a hacer. Pero esas viviendas de Williamsburg tienen un aire desastrado y no sé si, de puertas adentro, serán tan *cool* como la atmósfera del barrio o si en ellas hará un frío de mil demonios en el invierno. Por ahora, me quedo con Manhattan.

Caminé Bedford arriba, Bedford abajo, y luego tomé una transversal, Grand Street, que baja hasta la orilla del East River. En un pequeño parque me senté a contemplar las aguas briosas y oscuras en esa hora. Los ríos me serenan, me ensanchan el alma, y a la isla de Manhattan la rodean dos colosos. Mejor dicho: tres, si se cuenta el curso del Harlem, en el norte de la isla, que es más pequeño que los otros dos pero que parece un gigante comparado con el Manzanares, ese arroyuelo que se escurre como una cansina corriente de agua por el oeste madrileño.

Los ríos me comunican vida, aunque a menudo me traigan a la cabeza los sombríos versos de Jorge Manrique. Sin embargo, para mí, el mar se hermana con el desierto, aunque éste sea la negación absoluta del agua. Pero tanto el mar como el desierto parecen pertenecer a la nada, porque son dos geografías que esconden un canto majestuoso a la soledad.

Desde el parquecillo, veía pasar los ferris, los barcos y las gabarras, el agua brava lamiendo los pilares y los herrajes colosales del puente de Williamsburg, y distinguía con claridad la orilla de Manhattan, con las enormes chimeneas de la Consolidated Edison (la central que nutre de gas, electricidad y calefacción a Nueva York) y, detrás, el Empire State, la torre Chrysler y todos los gigantes que dibujan la alta línea tendida por el hombre

bajo el inmenso cielo de Nueva York.

A la caída de la tarde se celebraba una competición singular en el Madison Square Garden, la llamada «Batalla de las Insignias» (Battle of the Badges), un evento deportivo que consiste en una serie de combates de boxeo, bajo las normas de las peleas amateur, librado entre miembros del cuerpo de bomberos neoyorquino y agentes del departamento de policía. El acontecimiento viene celebrándose desde hace veintiocho años y el programa, en este curso, era doce combates de las diferentes categorías en que el pugilismo moderno se divide, en función de los pesos. Javier Riyo se animó a venir conmigo.

A la hora de comprar las entradas era necesario elegir entre la zona reservada a los bomberos y sus fans o la de los policías y sus hinchas. Riyo y yo lo echamos a cara o cruz y salió bomberos. Y allá, en las gradas rojas, el color de los *firemen*, aullamos a favor de los nuestros para acallar el vocerío de las filas azules, el color de los *cops*, rodeados de muchachotes apagafuegos y de sus novias, hermosísimas jóvenes cuyos encendidos cuerpos pedían ser apagados cuanto antes. Entre combate y combate, las cervezas, gin-tonics y whiskies galopaban por las gradas y los cánticos se hacían a cada rato más desafinados y el criterio más desinhibido. Por cierto que los púgiles no se andaban con chiquitas y se sacudían de lo lindo, a pesar de los cascos protectores. El boxeo, en América, no es una bobería, sino algo perfectamente serio: puesto que vas a darte de guantazos, te sacudes de verdad.

En teoría, los bomberos debían alzarse fácilmente con la victoria, ya que son gente muy entrenada físicamente, pues su trabajo requiere, sobre todo, un gran esfuerzo muscular y de reflejos, en tanto que el policía tira más de revólver. Pero una cosa es la teoría y otra la realidad. Y el boxeo no es sólo un derroche físico de energías, sino también estrategia, baile y un punto de mala uva, esto último una cualidad que los policías de todo el mundo poseen en suficiente grado: desde luego, en mi opinión, mucho más que los bomberos.

Ganaron los policías y sus gladiadores salieron a hombros entre «hurras» mientras los bomberos y sus fans abandonábamos, cabizbajos, las gradas del Madison Square Garden.

Domingo, 20 de noviembre

Hay un parque de atracciones muy singular junto al Hudson. Se llama Museo del Mar, del Aire y del Espacio de Nueva York, pero es conocido popularmente como Intrepid, en honor del portaaviones del mismo nombre que hay atracado en el muelle cercano. Es una nave que ya no se usa, pero que no ha sido desguazada y permanece allí ahora para cantar las glorias de América a los niños. Además del portaaviones, en el parque hay un submarino, helicópteros, aviones de combate y simuladores de vuelo. Pero el *Intrepid* es el rey, pues participó activamente en las batallas finales de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico: en Iwo Jima, entre otras, y siguió en activo durante la guerra de Vietnam. Casi todos los portaaviones americanos son bautizados por todo lo alto: *Intrepid*, *Courageous*, *Risky*... Pero vista su imponente estructura bélica, creo que no deberían llamarse así y dejar esos nombres para sus enemigos, ya que hay que ser muy intrépido, valiente y arriesgado para enfrentarse a estas aterradoras máquinas de guerra. A estos Goliat de la mar es imposible encontrarles su David.

El parque es un entretenimiento estupendo para los niños, que pueden hacer un vuelo simulado en un helicóptero, o combatir en un caza en una batalla de la Segunda Guerra Mundial, o flotar en el aire, ingravidos, en la cabina de una nave espacial. Y, claro, el parque estaba lleno de niños jubilosos esta mañana dominical.

De modo que decidí regresar a los ámbitos de la infancia. Recorrió las galerías del *Intrepid*, caminé por la cubierta de despegue de los aviones y temblé ante su imponente cañonería. La nave me recordó, lejanamente, a los castillos medievales, construidos como moradas para un señor de la guerra tan austero como violento. Un refinado señor de Arabia no viviría aquí, pero sí un sobrio monarca castellano o un implacable marino yanqui.

Me subí a la cabina de un supuesto caza de guerra en donde intervienes como piloto en un ataque aéreo durante la batalla de Iwo Jima. Y en el plazo de diez minutos, amarrado al asiento por un cinturón de seguridad y con unas

gafas especiales de 3D, despegué del *Intrepid*, bombardeé los aeropuertos japoneses de la isla, derribé un avión enemigo y logré burlar, con no poco riesgo, antes de aterrizar de nuevo en la nave, los disparos de artillería que las baterías niponas dirigían contra mí. La fiera salvaje que llevo en mi interior quedó saciada y me bajé del avión feliz como un chaval de doce años.

Lunes, 21 de noviembre

Las tácticas policiales con los indignados del movimiento OWS (Occupy Wall Street) van evolucionando: ahora, la policía les zurra un poco cada día para ir rindiéndoles despacio. Ha disuelto sus mítimes a palos un par de veces y anoche les quitaron las tiendas de campaña. Pero una y otra vez vuelven, como los grillos, a cantar con tenacidad contra el inmenso poder del dinero. Nada pueden hacer y les quedan pocos días antes de que los echen para siempre. Y sin embargo, insisten.

De cuando en cuando se deja caer por la plaza algún viejo sesentayochero de prestigio contestatario: cantantes, poetas, filósofos... Los primeros entonan el *Whe shall not be moved*, o el *Where have all the flowers gone*, o el *Blowin' in the Wind*, y en el caso de los poetas, declaman versos rebeldes. Pero, incluso en los días en que había tiendas de campaña abundantes, no se quedaban a pasar la noche, porque la edad no perdona y dormir al raso trae reuma. En cuanto a la policía, empieza ya también a cansarse de los viejos rockeros y los poetas ex malditos.

El otro día vino a Zuccotti Park, acompañado de su compañera Brenda Hillman, el poeta Robert Hass, uno de los vates airados de la California rebelde de los tiempos de Herbert Marcuse. Hass es ahora profesor de poesía en la Universidad de Berkeley y se le ha conferido la categoría de «poeta laureado», algo que me imagino que supone cierta importancia en el mundo cultural de Estados Unidos. Brenda se adelantó entre las filas de los jóvenes indignados y comenzó a decirles a los agentes de policía que, en lugar de estar allí reprimiendo a la gente, deberían irse a su casa a leerles cuentos a sus hijos. Un policía se arrojó sobre ella y la tiró al suelo dándole un golpe en el pecho. Robert Hass saltó tratando de ayudarla y se llevó una buena porción de zurriagazos. Esta mañana, en *The New York Times*, mientras permanecía en su casa junto a Brenda recuperándose del palizón, Hass publicaba un artículo narrando los hechos.

El poeta se quejaba, claro, de los palos recibidos y se mostraba extrañado

de que, en estos días, al contrario que en los *sixties*, los agentes traten con la misma brutalidad a las mujeres que a los hombres, cuando en aquellos tiempos los chicos se llevaban las grandes zurras en tanto que los agentes llamados «del orden» eran más considerados con las chicas.

Lo curioso es que a Hass no le importaba mucho el apaleamiento que llevaba encima. Quería explicar un asunto muy preocupante en su opinión. Y era el hecho de que, desde los tiempos de la presidencia de Ronald Reagan, las universidades privadas estaban eximidas de desembolsar impuestos sobre sus beneficios, en tanto que los estudiantes debían seguir pagando por recibir sus enseñanzas. Franklin D. Roosevelt, en la época del New Deal, había acordado una política de paridad entre impuestos sobre los beneficios y costos de la enseñanza. Y Reagan se la cargó de un plumazo. Desde entonces, según Hass, la enseñanza seria y rigurosa comenzó a languidecer en las universidades de todo el país.

He leído en el periódico *The Village Voice* que muchos estudiantes americanos se endeudan con las universidades privadas para continuar sus estudios. Y se calcula que una buena parte de ellos no terminarán de pagar lo que deben hasta cumplidos los cincuenta y cuatro años de edad. Por cierto que *The Village Voice* es un periódico alternativo y contestatario fundado por Norman Mailer en 1955 y en el que escribieron gentes como Henry Miller y Allen Ginsberg. Y aún sigue dando guerra.

El voraz capitalismo de nuestros días quiere devolver a la humanidad a los tiempos del trabajo endeudado, esto es: a pagar por saber..., a trabajar para pagar..., al medievo..., a la esclavitud... Y va camino de lograrlo.

La libertad de prensa le permite al apaleado Hass encontrar un espacio en donde denunciarlo. Pero ¿cuánto tiempo durará esa libertad?

Martes, 22 de noviembre

Anoche, había quedado en el barrio de Hell's Kitchen, en un pub irlandés de la Undécima Avenida, The Landmark Tavern, casi en las orillas del río Hudson. Mi cita era con Peter Downey, un amigo americano, irlandés de origen —de Cork—, profesor en un instituto. Le había hablado de mi afición a la música y me citó en el pub en donde, en su opinión, se podían escuchar los mejores aires gaélicos.

Hace unos años, nadie se habría atrevido a ir de noche a un lugar tan alejado del centro, sin duda un sitio peligroso. Hoy es una zona de soledad, no de violencia. Llegas en autobús a este barrio sombrío, después del atardecer, y nadie se baja contigo en la parada. Te rodean descampados vacíos, utilizados como aparcamientos para grandes camiones o almacenes de contenedores de los cargueros que saldrán de los muelles del vecino Hudson rumbo a Europa, a Latinoamérica, a Asia, o al canal de Suez. Y no hay nadie en los alrededores. Pero no sientes miedo.

Esta zona de la ciudad no es un lugar en donde vivir: es un punto de partida, de despedidas, una ventana a la desolación.

No obstante, cuando abrí la puerta del pub y entré en la sala principal, creí estar de pronto en la irlandesa Galway. Sentí que podría encontrarme allí dentro, en la penumbra del local, con John Silver el Largo, pero el que me hacía señas desde la barra era Peter, con una pinta de Guinness en la mano. Del fondo, surgía una melodía de guitarras, flautas, violines y acordeones.

Charlamos casi a gritos, entre el vocerío de la gente y el ritmo vigoroso de la música. Peter me decía que era imposible imaginar Nueva York sin irlandeses.

—Cuando empezamos a emigrar aquí masivamente, en el siglo XIX, nos prohibieron incluso votar. Hoy puede decirse que hemos modelado una buena parte del carácter neoyorquino.

—Pero tú eres neoyorquino, Peter.

—Todos los neoyorquinos somos también de otro lugar.

Entraban y salían los intérpretes con sus instrumentos del espacio en donde se concentraba la música. Nadie era profesional allí, todos eran aficionados, como en Galway, formando una orquesta improvisada para disfrutar tocando y, de paso, hacer disfrutar a quienes bebían y comían. En un momento dado, conté siete violines, cuatro guitarras, un banjo, un acordeón, dos flautas, un par de panderos y una pequeña gaita.

Cerré los ojos imaginando el paisaje rudo de las islas Aran, batidas por el adusto oleaje del Atlántico.

Miércoles, 23 de noviembre

Avanza el otoño, pero no hace frío y el cielo asoma limpio, algo muy extraño para Nueva York en estas fechas: parece que la ciudad quisiera despedirme dejándome en la piel y en el alma un sabor amable. Aunque Nueva York está hecha para el sol, porque el sol la desnuda y la urbe muestra toda su magnífica musculatura, su vocación de coloso.

Se acerca el final de mi estancia, pero aún me siento viviendo una intensa y honda aventura. La aventura, claro, entendida a mi manera: no andar corriendo en un campo de batalla entre las balas, no estrangular cobras con tus brazos vigorosos en una selva inhóspita, no abrirse camino en una taberna a puñetazos... La aventura es solamente tratar de convertir en extraordinaria tu vida cotidiana..., o tal vez al revés. Por eso, la palabra es tan aplicable al amor y al viaje. Y mi vida en Nueva York ha sido en estos meses un tiempo extraordinario transformado en vida cotidiana.

Ayer llegó un buen amigo mío de Barcelona, Manuel Vaqué. Su padre y el mío fueron camaradas en las trincheras de la Guerra Civil española, cuando eran apenas unos chiquillos, y el tiempo nos ha reunido a Manuel y a mí hace algunos años. Hemos viajado juntos por África en un par de ocasiones y hemos producido un cortometraje cinematográfico sobre los campamentos de refugiados saharauis en el desierto argelino. También, a veces, nos encontramos en el ancho mundo para comer. A Manuel le ha ido bien en los negocios y ahora, colocados ya sus hijos y separado de unas pocas esposas, se dedica a disfrutar de sus placeres: viajar, la fotografía y el yantar.

El principal objeto del viaje de Manuel era comer ostras hasta hartarnos. Y a las ocho de esta tarde nos sentábamos en el Oyster Bar de Grand Central Station con la carta en la mano y dispuestos a pedir ostras de todas las clases. Manuel se zampó cuarenta, y yo, treinta y seis. Cuando los camareros nos pidieron con amabilidad extrema que abandonásemos el lugar porque cerraban, nos fuimos a un elegante local de Park Avenue, a rematar la jornada, cómo no, con un cóctel Manhattan.

Lo pasamos bien, aunque haya quedado algo dañado mi presupuesto para mi última semana neoyorquina.

Jueves, 24 de noviembre

Desde hace algo más de una semana, los camareros de los bares, los dependientes de los comercios, los conductores de los autobuses, mis vecinos —en el ascensor o en el portal del edificio—, me saludan o despiden, además de con el consabido «*good morning*», o «*good afternoon*», o «*good evening*», con la añadidura «*and a happy Thanksgiving Day*». Y hoy llega el esperado día de Acción de Gracias, que se celebra comiendo pavo relleno. Durante los últimos días, millones de pavos han sido sacrificados en todo el país, y hoy entran en millones de hornos en millones de hogares a lo ancho y lo largo de miles de pueblos y ciudades de Estados Unidos. Dios sea lodado: sin duda, es un acontecimiento que los americanos se toman muy en serio.

Con el Thanksgiving Day se conmemora aquel 21 de noviembre de 1620 en que ciento dos pasajeros del barco *Mayflower*, los llamados «padres peregrinos», desembarcaron en las costas de Norteamérica, en lo que es hoy el pueblo de Plymouth, viniendo desde Europa. Cuando aquel puñado de personas puso el pie en sus costas, la mayoría del continente norteamericano, más arriba del río Grande, era un inmenso territorio habitado por unas pocas tribus indias y millones de animales salvajes. Los recién llegados eran miembros de una congregación religiosa disidente de la Iglesia de Inglaterra, que habían huido a Holanda escapando de la persecución de las autoridades inglesas. Y desde Holanda se habían embarcado rumbo a América. No obstante, todavía no hay un acuerdo entre todos los historiadores sobre si los peregrinos de Plymouth fueron los primeros en fundar una colonia en el territorio actual de Estados Unidos o si lo había hecho un poco antes otro grupo en la costa de Virginia.

Sea como fuere, aquellas gentes eran profundamente religiosas y lo primero que hicieron, al poner pie en tierra firme, fue celebrar una ceremonia de acción de gracias a Dios por llevar a feliz término su viaje. Y ésa es la fiesta anual con que se conmemora, cada cuarto jueves de noviembre, en todo el territorio de Estados Unidos.

¿Y por qué el pavo? La tradición dice que los peregrinos sobrevivieron gracias a los indios, quienes viendo salir del mar a aquella tropa de hombres, mujeres y niños, famélicos, enfermos y harapientos, se apiadaron de ellos y les llevaron comida: maíz, algunas verduras, peces y, sobre todo, aves silvestres. Y entre las perdices, gansos y ánades que les ofrecieron, había un extraño pájaro que los europeos no conocían: el pavo. A aquellas gentes miserables, que estaban a punto de empezar a comerse los unos a los otros, la enorme ave les pareció exquisita. Y de ahí viene la tradición. Todos los historiadores convienen en que los peregrinos sobrevivieron ese primer invierno merced a la ayuda de los indios y a la dieta abundante de la gallinácea. De modo que, en buena ley, el día debería ser de Acción de Gracias, no a Dios, sino a los indios y a los pavos.

En 1863, en plena Guerra Civil y por disposición del presidente Lincoln, el día de Acción de Gracias quedó instituido como la fiesta nacional de signo religioso, más importante aún que la Navidad. Y como la Navidad, la celebran incluso los no creyentes; no hay hogar este día sin pavo relleno, que constituye también el menú principal de todos los restaurantes que permanecen abiertos. En los comedores de asistencia a los sin techo y a los miserables, vagabundos y pordioseros, se sirven raciones del susodicho gallinón. También lo comen los afroamericanos, a pesar de que no viajaba ningún negro en el *Mayflower* y los que llegaron más tarde iban encadenados, sin ganas, imagino, de conocer América. E incluso hay pavo en el menú de los chinos de Chinatown. Hoy cuenta el periódico que los sindicatos han llevado varias raciones del ave a los «indignados» de Zuccotti Park.

Los que ya no sé si comen pavo o no son los indios de las reservas. Probablemente estén hoy maldiciendo a sus antepasados, los que llevaron pájaros silvestres a los peregrinos para que no se murieran de hambre.

Almorcé el guiso tradicional en un restaurante italiano de Chelsea. Y me vine a casa a echar la siesta y escribir. Mañana hay otro acontecimiento señalado en el calendario neoyorquino: el Black Friday.

Viernes, 25 de noviembre

Hoy es la gran fiesta del consumo en todas las ciudades de América, doce horas de las rebajas de precios más espectaculares que uno pueda imaginar en una gran urbe. Y miríadas de personas llegan desde todas las poblaciones del estado y desde los estados vecinos para comprar en Manhattan, que rebosa de gente en este Black Friday. Cuando las puertas de los grandes almacenes se abren, multitudes de hombres y mujeres entran en turbamulta, anhelantes, sudorosos, fatigados por las horas de espera haciendo cola —muchos han pasado la noche ante los comercios—, saludando con alborozo a las cámaras de televisión que filman el momento para los informativos, casi como una estampida de reses, algo parecido a la entrada de los toros en la plaza de Pamplona en sanfermines, todos buscando con avidez el chollo de los chollos del día, de sección en sección, de estantería en estantería.

«¡Es Black Friday! ¡A comprar, a comprar, que el mundo se va a acabar!»

Nadie sabe a ciencia cierta de dónde proviene el nombre de Black Friday (viernes negro), que suena a una sangrienta pelea a tiros entre bandas rivales de gánsteres en Chicago. Pero no es así. Algunas fuentes aseguran que surgió en Filadelfia, a causa de la contaminación que producía el humo de tantos coches llegados a la ciudad en día tan señalado para las gangas. Otras fuentes afirman que las rebajas de este viernes tienen un efecto saludable para las cajas de los comerciantes, pues sus números rojos pasan a convertirse en negros, esto es: el déficit se transforma en beneficio. Quién sabe. A mí se me ocurre que quizá a alguien le pisaron un pie en plena avalancha de compradores y tuvieron que amputárselo en el hospital sin anestesia mientras gritaba: «*Black Friday!*». Cualquiera de las versiones resulta tan estúpida como verosímil.

Las rebajas, en realidad, suponen, según todos los estudios, los días de más altos beneficios para los vendedores, lo cual te hace pensar dos cosas: una, que todo lo que compramos durante el año produce unos enormes márgenes de ganancia a los comerciantes, y dos, que si los consumidores fuésemos más

inteligentes, sólo compraríamos en época de rebajas y así obligaríamos a los comerciantes a mantener los precios bajos o a hacer rebajas constantemente.

Hoy, me di una vuelta por los almacenes Macy's para asistir al gran festejo y apenas cabía un alma en sus enormes estancias. Había grupos de mujeres —más abundantes que los hombres— que parecían preparadas para echar dentro del centro comercial el día entero sin asomarse a la calle más que para comerse un *hot dog* o un par de donuts. Cada hora y media o dos horas, grupos de ellas se sentaban en las zonas de descanso y acumulaban sus compras en maletas o grandes bolsas, desprendiéndose de las cajas y envoltorios demasiado voluminosos. El aire de las gentes desprendía una mezcla de cansancio y de satisfacción, como si salieran de un imponente revolcón sexual. En las inmensas secciones de zapatería, un grupo de ocho japonesas dormía en posturas insólitas sobre los silloncitos que se usan para probarse el calzado.

Al salir, tomé el autobús 5 y subí hasta la calle 57: a mi alrededor, la gente iba cargada de bolsas con ropa y zapatos, ordenadores, paquetes de teléfonos móviles, cámaras digitales e, incluso, televisores. Les esperaba un fin de semana entero para disfrutar de sus excelentes adquisiciones.

Caminé por calle la 57 rumbo este, hacia mi casa. Era una noche de clima amable que burlaba de nuevo al invierno. Y me detuve a fotografiar a un vagabundo que dormía al arrimo del portal de una joyería. Enterrado entre mantas, no se distinguía su rostro, a pesar de la luminosidad que despedía el escaparate, rebosante de oro y piedras preciosas.

En el noticiario de última hora ofrecían numerosas imágenes del día en muchos puntos de América. Y daban cuenta de algunos acontecimientos curiosos. Por ejemplo: una mujer había vaciado el contenido de un aerosol de pimienta —los que en Canadá usan para ahuyentar a los osos cuando atacan— rociando a la gente que hacía cola, para hacerse con las primeras gangas de la sección de perfumería de unos grandes almacenes. Veintidós personas resultaron afectadas y la mujer fue detenida por la policía. Pero ella sonreía feliz a la cámara, mostrando los productos que anhelaba y que había logrado obtener con el ingenioso truco.

Me imagino que, en su pueblo, todos los vecinos se sentirán orgullosos de tan brava paisana.

Sábado, 26 de noviembre

Hoy el día ha amanecido cálido y una brisa tibia sopla sobre la ciudad, mientras el cielo luce limpio y vibrante. Y casi se puede pasear en mangas de camisa. Nueva York quiere despedirme dejando en mi memoria un buen recuerdo, quizá agradecida, con coquetería, por el amor que ha ido despertando en mí.

Me he dado una vuelta por Riverside Park, sobre el recio músculo del Hudson, que hoy exhibe sus aguas teñidas de una luz broncínea. Y después, he bajado caminando, en la perezosa mañana sabatina, por esa fantástica vía que es Broadway, la gran avenida de treinta y tres kilómetros de longitud, la más neoyorquina de todas las de la ciudad. Si uno quisiera conocer un poco el espíritu de Nueva York en apenas unos días, tendría que recorrer Broadway de punta a punta, porque en cierto sentido la urbe ha ido creciendo y desarrollando su vida alrededor de esta vía, que es algo así como la aorta del corazón de Nueva York. «Es, quizás, la calle más extraña del mundo», escribió sobre ella Stefan Zweig.

Dicen que, en sus orígenes, a la llegada de los holandeses, Broadway era un sendero indio. Vaya usted a saber... cuando ya no quedan indios para contarlos. En todo caso, este ancho bulevar nació para desahogar la recién nacida y abigarrada ciudad fundada por los holandeses, en el siglo XVII, una urbe de calles estrechas e insalubres, cercada por una muralla con la que defenderse de los ataques de los indígenas. Esa zona, a la que hoy llaman Wall Street, estrujada entre rascacielos que se abren camino a codazos y cabezazos para intentar respirar, buscó la luz extendiéndose hacia el norte, desde un jardincillo llamado Bowling Green.

Muy pronto, en la calle recién abierta, se establecieron las sedes centrales de los principales bancos, las oficinas de los multimillonarios, como la de John D. Rockefeller, el magnate del petróleo, y los primeros grandes almacenes, los Woolworth, cuya planta recuerda a las catedrales góticas. También el City Hall (ayuntamiento) se instaló en la calle, en las proximidades

del puente de Brooklyn.

Y Broadway siguió trepando rumbo norte, sin dejar de ser una calle ancha y aireada, y sin rendirse a la evidencia de que Nueva York iba a convertirse pronto en una urbe desmesurada. Broadway quería darle sentido a Manhattan. «Si Manhattan es Nueva York propiamente dicho —escribe Paul Morand—, el corazón de Manhattan es Broadway.»

Charles Dickens, en su libro *Notas de América*, traza un curioso retrato de la calle más famosa de Nueva York cuando va a cruzar de una acera a otra:

Cuidado con los cerdos. Dos corpulentas gorrinas nos siguen al trote y un selecto grupo de media docena de señores cochinos acaba de doblar la esquina. He aquí un solitario marrano que camina rumbo a casa. Sólo tiene una oreja; la otra se la arrancaron unos perros callejeros mientras paseaba por la ciudad. Pero se las arregla bien sin ella y lleva un tipo de vida errante, caballeresca y vagabunda, un tanto comparable a la de los selectos socios de nuestros clubes ingleses. Cada mañana deja su morada a una hora determinada, se lanza a las calles, pasa el día de manera bastante satisfactoria, y por la noche suele presentarse con regularidad en la puerta de su casa. Es un cerdo despreocupado y tranquilo, que tiene muchos conocidos entre otros cerdos de su mismo talante, a los que conoce más de vista que de hablar con ellos, pues rara vez se molesta en detenerse e intercambiar cumplidos, sino que avanza gruñendo por el arroyo sacando a la superficie las novedades y trivialidades de la ciudad en forma de repollo y despojos. Y en lugar de las colas de frac, lleva su propio rabo, que es muy corto, ya que sus viejos enemigos, los perros, también se han encarnizado con él y apenas le han dejado un trozo del que presumir. Es en todos los sentidos un cerdo republicano, que va adonde le place y se codea con la flor y nata de la sociedad en términos de igualdad, si no es superioridad, ya que todos le abren paso en cuanto aparece y el más altivo le cede el paso del muro, si así lo prefiere. Es un gran filósofo y rara vez se commueve, excepto ante los perros ya mencionados. De hecho, a veces ve uno su ojito brillar ante un amigo degollado, cuyo cadáver adorna el umbral de una carnicería, pero gruñe: «Así es la vida: ¡toda carne es de cerdo!». Vuelve a enterrar la nariz en el fango y avanza contoneándose por la alcantarilla, consolándose con la

idea de que, en todo caso, hay un hocico menos para olfatear los tronchos de repollo.

Estos cerdos son los carroñeros de la ciudad. Son animales feos; la mayoría, de lomos estrechos, de color castaño con desagradables manchas negras. También tienen patas largas y flacas y hocicos afilados [...]. Nadie los cuida, ni les da de comer, ni los guía, ni los atrapa, sino que quedan abandonados a su suerte en los primeros años de vida y, en consecuencia, adquieren una inteligencia sobrenatural. Cada uno sabe dónde vive. Y cuando cae la noche, los veréis vagabundear por decenas en las calles en dirección a su yaciba, sin dejar de comer hasta el final de su camino.

En todo caso, es necesario caminar por Broadway para comprender Nueva York. Siguiendo hacia el norte desde Wall Street, la avenida cruza Little Italy y Chinatown, llega al SoHo —una barriada antaño pobre y hoy convertida en una zona de boutiques de moda—, se aproxima al Bowery, antiguo barrio de borrachos, y se hinca en el alma rebelde y pija del Village. Y a partir de la calle 10, tuerce al oeste y se transforma en una vía transversal que va cortando, en diagonal, calles y avenidas.

Escribe en su *Cuaderno de Nueva York* el poeta José Hierro:

*Aquí Nueva York se arruga,
se reblandece como una medusa,
se curva, oscila, asciende; lo mismo que un tornado
vertiginosa y salomónica...*

En Madison Square, Broadway rinde pleitesía al Flatiron, el primer y más original rascacielos de la ciudad, y entra de lleno en la zona comercial por excelencia de Nueva York. Y un poco más arriba, después de ensancharse en la hortera explanada de Times Square, junto a la calle 42, se abre en la zona de los teatros. En los años veinte y treinta del pasado siglo llegó a haber casi ochenta y cada año se estrenaban alrededor de doscientas obras de teatro y musicales. Hoy quedan menos de una veintena de salas en el área y tan sólo hay dos en la misma calle de Broadway, mientras las demás se encuentran en vías adyacentes.

Tras expandirse de nuevo en Columbus Circle, se nos convierte en un bulevar, con una vértebra arbolada en medio de dos vías asfaltadas. Es la zona

que más me gusta de Broadway, justo hasta llegar a la calle 114; allí se emplaza la Universidad de Columbia, en una de cuyas residencias de estudiantes escribió Lorca su *Poeta en Nueva York*. Paralela al Hudson, Broadway asciende en busca de Harlem, el corazón negro de Nueva York, donde todo suena a jazz, y más al norte, al llamado Harlem Latino, donde todo se dice en español.

Broadway deja Manhattan atrás y cruza el río Harlem por un puente de hierro, en el que los coches circulan por la parte inferior y los trenes del metro por encima, para internarse en el Bronx e ir a morir en donde arranca la carretera que va a Albany. En total, la calle recorre veintisiete kilómetros de Manhattan y seis del Bronx.

En Nueva York, Broadway es inevitable, tarde o temprano te tropiezas con ella. Es una calle sinuosa, la única avenida que no está trazada en línea recta, y recoge el perfume de todas las almas que alberga Manhattan, la ciudad de las mil almas. En la novela *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos, un personaje que llega en ferry a la isla, Bud Korpenning, pregunta al dueño de un restaurante adónde dirigirse. Y el otro le contesta que depende de lo que quiera hacer. Bud le pregunta entonces:

—¿Dónde está Broadway?... Quiero ir al centro, al centro de todas las cosas.

Arthur Holitscher, un periodista húngaro que escribió libros de viajes, dijo de la calle: «Broadway es lo más absurdo que he visto en mi vida. Un barrio rico, un barrio pobre, casas grandes, casas pequeñas, desordenada e, incluso, bárbara». Era un viejo europeo desconcertado ante el futuro.

Pero los americanos lo veían de otra manera. Edgar Allan Poe, cuando se instaló en la ciudad en 1844, fundó un periódico del que era en parte propietario, el *Brooklyn Journal*. Y en su primer número escribió sobre la avenida: «Es la calle más bella en la más bella ciudad del mundo».

Creo que no hay más remedio que estar de acuerdo con Poe.

Domingo, 27 de noviembre

Esta mañana he cruzado por última vez, andando, el puente de Brooklyn, una vigorosa obra de ingeniería que todavía nos asombra. Fue ideado al término de la guerra de Secesión por un ingeniero de origen alemán, John Augustus Roebling, que ya había construido algunas obras parecidas colgando sobre las gargantas de los ríos Ohio y Niágara. Los trabajos comenzaron en 1867, pero Roebling murió en un accidente en el mismo puente dos años después. Su hijo Washington Roebling tomó entonces la dirección y un ataque de aeroembolismo (el llamado «síndrome de descompresión») le apartó de la obra en 1872 y, aunque no le mató, le dejó paralítico. No obstante, Washington no se amilanó, alquiló un piso junto al río y continuó siguiendo el curso de la construcción por medio de un telescopio: su esposa Emily era la encargada de llevar sus órdenes e instrucciones a sus asistentes y capataces y de informar a su marido sobre los problemas que iban surgiendo.

En 1883, dieciséis años después de iniciada, la colossal estructura de hierro, acero y granito fue inaugurada por el presidente Chester A. Arthur a la caída de la tarde. Miles de bombillas, un reciente invento de Edison, lo iluminaron y hubo fuegos artificiales durante una hora mientras decenas de barcos grandes y pequeños hacían sonar sus sirenas en el East River. *The New York Times* publicó numerosas páginas sobre el acontecimiento y en uno de sus artículos se leía: «Babilonia tuvo sus jardines colgantes, Egipto sus pirámides, Atenas su Acrópolis, Roma su Coliseo y ahora Nueva York tiene su puente de Brooklyn». Otros periódicos lo calificaron como «la octava maravilla del mundo». Un famoso crítico de la época, James Huneker, describió la obra con esta suntuosa metáfora: «Es como un arpa que espera los dedos de algún músico monstruoso». Y Stefan Zweig añadió: «Vibra [el puente] de manera ininterrumpida, a veces, intensamente, a veces con ligereza, pero siempre con un ritmo que nunca se detiene. De la mañana a la tarde, de la tarde a la mañana, este monstruo de acero del que no sabría definir su fuerza y su potencia, vibra como la cuerda frágil de un violín sobre la masa de los

hombres... Así es como he percibido por vez primera el ritmo de Nueva York».

A partir de 1900, se construyeron nuevos pasos colgantes sobre el East River: el de Manhattan y el de Williamsburg, para unir Manhattan con Brooklyn; o el de Queensboro, entre Manhattan y Queens. Imitaban el estilo del primero, pero ninguno alcanzó su magnificencia ni sus medidas. El rey de los puentes neoyorquinos y uno de los grandes iconos de la ciudad se tiende en una longitud de casi dos kilómetros de largo y se asoma al río cuarenta y cinco metros por encima de su superficie.

Caminarlo, como yo hice esta mañana, es una experiencia singular que a mí, incluso, me produjo cierto arrebato de lirismo. Marchas por su parte superior y, debajo de ti, discurren varios carriles para los automóviles, que circulan a gran velocidad. Sientes un poco de movimiento bajo tus pies, ya que una buena parte del gigante de Brooklyn está en el aire. Y si miras al cielo, no dejan de pasar sobre tu cabeza, como abejorros, los helicópteros de la policía y, de cuando en cuando, un avión de pasajeros. Si pones la vista en el agua, decenas de gabarras, cargueros, ferris y pequeñas embarcaciones surcan, en una y otra dirección, sin descanso, el East River. Escuchas al mismo tiempo el ruido de las aspas de los helicópteros y las sirenas de los barcos y ves un inmenso espacio sobre tu cabeza. Y en el lado de Manhattan, se recorta el asombroso *skyline*, en donde crecen las agujas del Empire State y el Chrysler Building.

«Que os lleven al puente de Brooklyn en hora crepuscular —escribía Paul Morand— y, en quince segundos, habréis comprendido Nueva York.»

Es curioso que una obra que tiene ya más de un siglo y cuarto de vida nos parezca todavía futurista. Ya lo he dicho varias veces: en Nueva York, el pasado salta al futuro de repente, con una audacia que despista las reglas temporales.

No creo que haya forma mejor para ir despidiéndome de Nueva York que cruzar caminando el puente de Brooklyn.

Lunes, 28 de noviembre

The New York Times es el periódico en el que me hubiera gustado trabajar cuando yo era un periodista que empezaba. Porque contaba historias y yo quería contar historias. Y porque se entendía y yo quería aprender a escribir con claridad. En España, la mayoría de los periódicos se nutren de opiniones, huelen a vejez; aquí, están llenos de pequeñas y grandes historias. No es probable que vuelva a ser periodista a pleno empleo, pero seguiré admirando *The New York Times*. ¡Qué joven es una ciudad que cuenta con un periódico joven!

Del número de hoy, que he comprado a mi quiosquero libanés, rescato la historia de un pastor baptista de setenta y tres años, Gary Chapman, que oficia en Nashville y que ha vendido la friolera de siete millones de ejemplares de un libro titulado *Los cinco lenguajes del amor*. Contra lo que podría pensarse en un país tan puritano como Estados Unidos, Chapman preconiza la necesidad de una satisfacción sexual en los matrimonios y asegura que, en la cristiandad, «hay una gran estafa sexual». Su sentencia favorita es: «El sexo fue inventado por Dios». Los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI se hubieran desmayado, con un ataque de taquicardia, al leerle. El papa Francisco miraría hacia otro lado.

En uno de sus recientes sermones y, tras afirmar que los hombres se mueven por impulsos físicos mientras que las mujeres lo hacen por emociones —en mi humilde opinión, a menudo sucede al revés—, Chapman aseveró: «Eso explica por qué una pareja puede tener una pelea tremenda y, media hora después, el marido propone hacer el amor». Y agregó, dirigiéndose a las mujeres: «Bien, señoras, la razón de que ellos quieran irse con ustedes a la cama es que, antes de que comenzase la pelea, tenían ganas de irse con ustedes a la cama y todavía las siguen teniendo».

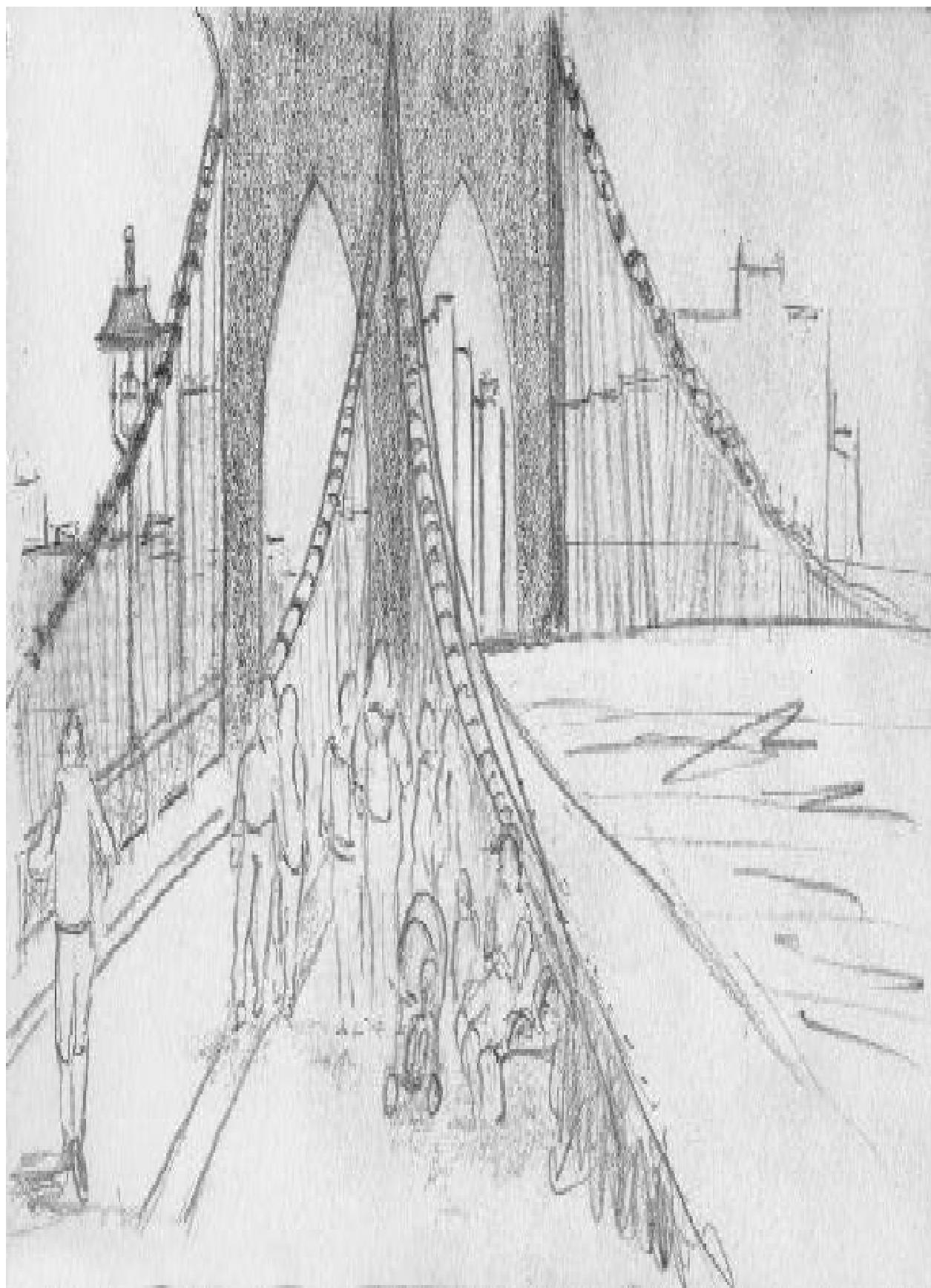
El pastor Chapman es un tipo estupendo: los beneficios de su libro los destina a la parroquia y a obras de caridad, en tanto que vive modestamente con su mujer —a la que se ve muy contenta en las fotos del periódico— y sus

hijos. Cuando el reportero de *The New York Times* le pregunta sobre su vocación, responde algo que me ha hecho desternillarme de risa, sobre todo porque lo dice en serio:

—Sentí muy pronto la llamada de Dios. Y sólo encontraba dos opciones para cumplir con mi vocación: ser pastor en una iglesia o hacerme misionero. Pero como no me gustan las serpientes, decidí ser pastor.

El día siguió templado, como casi todos los anteriores, y Nueva York continúa dando la espalda al invierno, como si lo retara. Paseé por el Distrito Financiero, bajo los invencibles rascacielos de acero y cemento que parecen negar a los hombres de otras edades y a la madre naturaleza. Siempre hay una enorme sombra en las calles que rodean Wall Street, porque todo parece haberse erigido para decirle a la tierra que ha sido definitivamente vencida por la ambición de la especie humana.

Tomé el ferry del muelle número 11 para cruzar bajo el puente de Brooklyn. El East River, agitado hoy, parecía un río loco, indomeñable, saltando sobre los muelles con ansia de comérselos. Al fondo, una luz de pálido amarillo, rotunda y metálica, lograba que la estatua de la Libertad se recortase, impertérrita y amable al mismo tiempo, sobre el inmenso cielo atlántico.



El puente de Brooklyn.

Martes, 29 de noviembre

Me he dado una vuelta por Zuccotti Park, el lugar de acampada de los «indignados» de Occupy Wall Street, que ahora parece un campo de batalla del que tan sólo han retirado los cadáveres. Ya nadie duerme en la plaza y apenas tres docenas de indignados se sentaban hoy en los bancos, bajo el cielo encapotado, discutiendo con cierta tristeza sobre el futuro. En las opiniones de estos rebeldes que he leído los últimos días en la prensa, predomina la desesperanza. Han sido vencidos y Wall Street resiste imperturbable ante la protesta popular. Un indignado dice que, en nuestro tiempo, los bancos se han convertido en entes más importantes que los seres humanos. Algo debe de ir mal, me digo, cuando un instrumento ideado por el hombre se transforma en el peor enemigo de su naturaleza.

He comido con Isabel en el SoHo. Todavía quedaban algunos árboles de hojas doradas, los rastros postreros del otoño, en particular un ginkgo de Spring Street que refulgía sobre un fondo gris. En cambio, los ginkgos de mi calle muestran ya todas sus ramas desnudas.

Cuando recuerde Nueva York desde la lejanía, me vendrá a la memoria este árbol de hojas en forma de abanico. En particular, el que crecía al otro lado de mi ventana, que casi se restregaba con la escalera de incendios y que, cada mañana de los días otoñales, al abrir los ojos y mirar hacia la luz, me recibía con una alegre sonrisa de amarillo limón.

Me despedí de Isabel tras la comida, tomé el metro y me fui a dar un paseo arriba de Broadway, en el Upper West Side. Isabel ha sido una generosa y buena amiga de estos meses neoyorquinos.

Suelo caminar las ciudades mirando hacia lo alto y más aún en Nueva York. Y justo en la calle 66 reparé en un templo llamado «Iglesia del Último Día». No pienso, desde luego, entrar en mi vida a un templo que se nomine de tal guisa y escuchar el sermón de un pastor proponiendo el apocalipsis. Pero me resultó interesante una escultura de buen tamaño que remataba la altura del edificio: un ángel dorado tocando una trompeta dirigida al cielo. Y me acordé

de la obra *Los signos del Juicio Final*, de Berceo:

*En el día postremero, como diz el profeta,
el ángel pregonero sonará la corneta;
oír lo han los muertos quisque en su causetas,
correrán al Juicio quisque con su maleta.*

Poética Nueva York... y profética. Por lo menos en la esquina de la calle 66 con Broadway.

Al atardecer, entré en un club de jazz que recomendaba no recuerdo cuál periódico: el Cleopatra's Needle, a la altura de la calle 92. Tocaba un grupo de chicos blancos y sus melodías sonaban a hilo musical de hotel de cinco estrellas.

De modo que me largué, con pena de no poder ir mañana, fecha de mi partida, a escuchar en el Lenox Lounge, en Harlem, una última sesión de jazz negro.

Miércoles, 30 de noviembre

Start spreading the news...

Último día en Nueva York: mi avión sale esta tarde, a la caída del sol. No guardo conciencia exacta del tiempo transcurrido en la ciudad: a veces tengo la impresión de que estos tres meses han volado y de que vivir en Nueva York ha sido un corto y emotivo sueño; otras, siento que lleva aquí casi toda mi vida. Los humanos no tenemos un sentido exacto del tiempo, o quizás el tiempo es una categoría irreal o quién sabe si una gran patraña.

He dado esta mañana mi último paseo. ¿Qué elegir? Hacía bastante más frío que los días anteriores, con una brisa que soplaban desde el norte y que, al acariciarme la nariz, me provocaba moquillo. Pero el cielo brillaba en un intenso azul, cabalgado por nubes blancas que dejaban sus penachos deshilacharse en el inmenso espacio neoyorquino.

... I'm leaving today...

Escogí acercarme al Chrysler Building: en mi opinión, el más elegante y delicado rascacielos de la ciudad. Creo que, durante estos tres meses, lo he visto más a menudo que ningún otro, de día y de noche, y que esta magnífica obra de arte, alzada en 1930, ha sido el más discreto compañero de viaje por la ciudad. Alcanzaba a distinguirlo desde la lejanía, desde la altura del Rockefeller Center, desde Brooklyn, desde los ferris, desde las avenidas y calles por donde transitaba en el centro de Manhattan... Su gallarda aguja aparecía de pronto y, unos pasos más allá, se ocultaba pudorosa entre los demás rascacielos.

En uno de los versos finales de *Poeta en Nueva York*, Lorca trepa a la altura del Chrysler Building y escribe un poema al que, extrañamente, titula «Grito hacia Roma».

Manzanas levemente heridas

*por finos espadines de plata,
nubes rasgadas por una mano de coral
que lleva en el dorso una almendra de fuego,
peces de arsénico como tiburones...*

No sé si es un dibujo de la propia torre. O tal vez el retrato del alma neoyorquina. Porque Nueva York es en cierto modo surrealista, como esa torre de Chrysler Building. O como un cómic pletórico de quimérica fantasía.

Hoy he ido hasta sus pies, a despedirme como quien se despide de un amigo. He inclinado levemente el cuerpo, hecho el gesto de quitarme un invisible sombrero y saludar con él en la mano. Y he regresado a mi apartamento en busca de mi bolsa viajera. Tengo muy poco que llevar en el equipaje, salvo este cuaderno y este corazón secreta y ligeramente entristecido que siempre viaja conmigo, vaya a donde vaya.

... I want to be a part of it...

Ordeno al chófer:

—Aeropuerto de Newark.

Siete horas y media después, Madrid asoma bajo la panza del aeroplano. Me pregunto si realmente he estado en Nueva York o si habrá sido tan sólo un sueño feliz, de esos que nunca quieras que terminen y que, si te despiertan, tratas de recuperar con inútil empeño.

En todo caso, terminó la aventura.

... New York, New York...

Vale.

Nueva York, Madrid, Valsain, 2015

Bibliografía

- Barnes, Djuna, *Nueva York*, Madrid, Mondadori, 1989.
- Baudelaire, Charles, *El pintor de la vida moderna*, Madrid, Taurus, 2013.
- Behan, Brendan, *Mi Nueva York*, Barcelona, Marbot Ediciones, 2007.
- Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, Madrid, Akal Ediciones, 2005.
- Camba, Julio, *La ciudad automática*, Madrid, Espasa, 2002.
- , *Un año en el otro mundo*, Madrid, Rey Lear, 2009.
- Cartier-Bresson, Henri, *Fotografiar del natural*, Barcelona, Gustavo Gili, 2003.
- Chesterton, Gilbert K., *Lo que vi en América*, Madrid, Renacimiento, 2009.
- Corso, Gregory, *Gasolina*, Barcelona, Producciones Editoriales, 1980.
- Dickens, Charles, *Notas de América*, Barcelona, Ediciones B, 2005.
- Dos Passos, John, *Manhattan Transfer*, Madrid, Editorial Debate, 1999.
- Edmiston, Susan y Cirino, Linda D., *Literary New York*, Boston, Houghton Mifflin, 1976.
- Fargue, Léon-Paul, *El peatón de París*, Madrid, Errata Naturae Editores, 2014.
- Frazier, Ian, *Gone to New York (Adventures in the City)*, Nueva York, Picador, 2005.
- García Lorca, Federico, *Poeta en Nueva York*, Madrid, Cátedra, 1988.
- Gibson, Ian, *Federico García Lorca*, Barcelona, Crítica, 1998.
- González, Enric, *Historias de Nueva York*, Barcelona, RBA, 2007.
- Gros, Frédéric, *Andar: una filosofía*, Madrid, Taurus, 2014.
- Hernández, Antonio, *Nueva York después de muerto*, Madrid, Calambur, 2013.
- Hierro, José, *Cuaderno de Nueva York*, Madrid, Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes, 1999.
- James, Henry, *Washington Square*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- Jiménez, Juan Ramón, *Diario de un poeta recien casado (1916-1917)*, Madrid,

- Visor, 2006.
- Lindo, Elvira, *Noches sin dormir*, Barcelona, Seix Barral, 2015.
- Metzger, Christine, *Nueva York*, Barcelona, Konemann, 2001.
- Morand, Paul, *Nueva York*, Madrid, Espasa, 2003.
- Muñoz Molina, Antonio, *Ventanas de Manhattan*, Barcelona, Seix Barral, 2004.
- Neira, Julio, *Historia poética de Nueva York en la España contemporánea*, Madrid, Cátedra, 2012.
- O. Henry, *Cuentos de Nueva York*, Madrid, Espasa, 2005.
- Sontag, Susan, *Sobre la fotografía*, Madrid, DeBolsillo, 2009.
- Stevenson, Robert Louis, *El emigrante por gusto*, Barcelona, Alba Editorial, 2000.
- Twain, Mark, *Autobiografía*, Madrid, Espasa, 2004.
- Wasler, Robert, *El paseo*, Madrid, Siruela, 1996.
- Weil, François, *A History of New York*, Nueva York, Columbia University Press, 2004.
- White, E. B., *Esto es Nueva York*, Barcelona, Editorial Minúscula, 1999.
- Whitman, Walt, *Hojas de hierba*, Madrid, Visor, 2009.
- Zweig, Stefan, *Pays, villes, paysages*, Belfond, Le Livre de Poche, 1996.

Créditos de las ilustraciones

Los grabados que aparecen en este libro pertenecen a la pintora Isabel Fuster.



© Chelo León

Javier Reverte en el portal de su casa neoyorquina en el 333 de la calle 54.



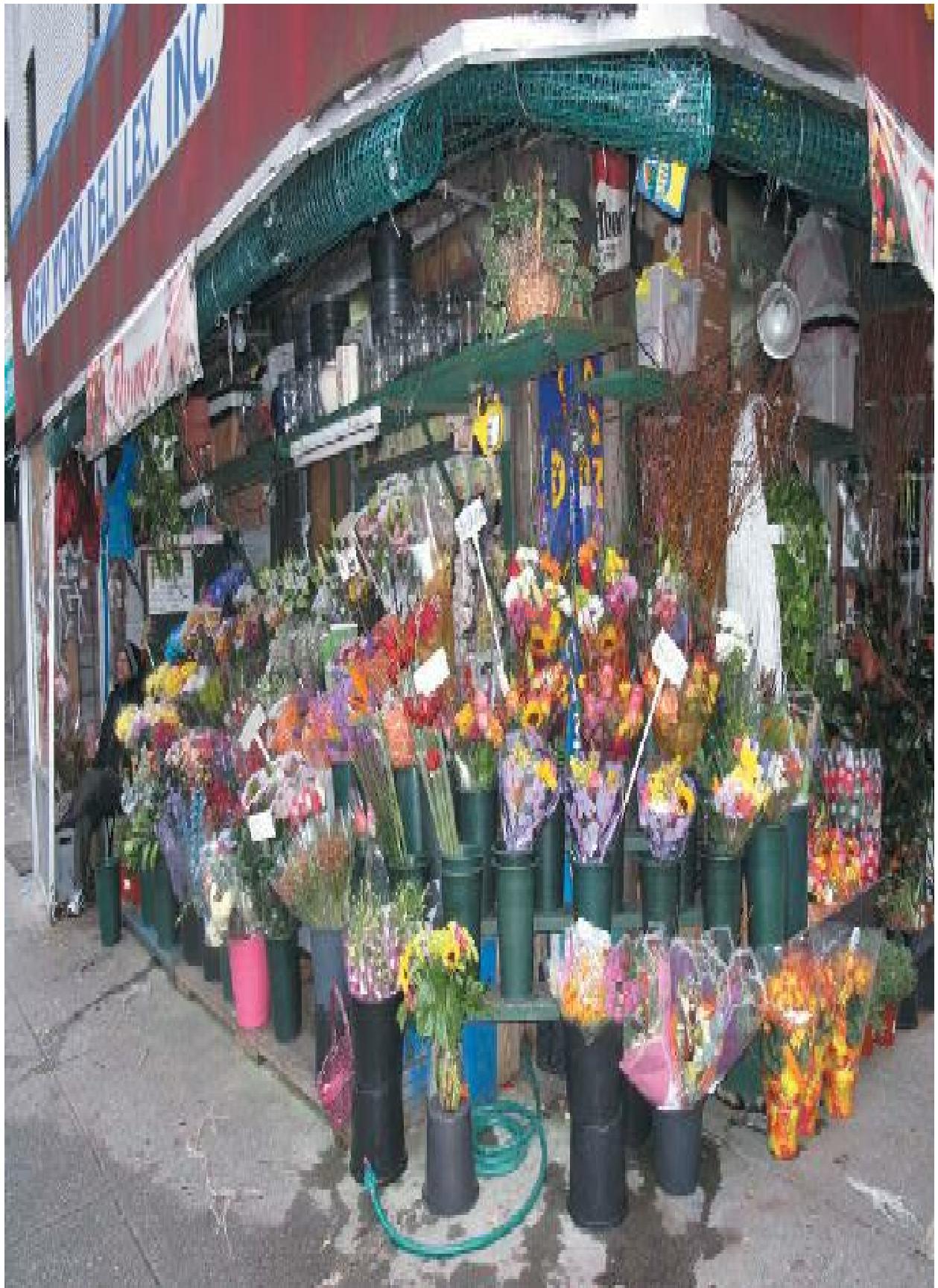
© Javier Reverte

Un bello gingko en el otoño del Soho.



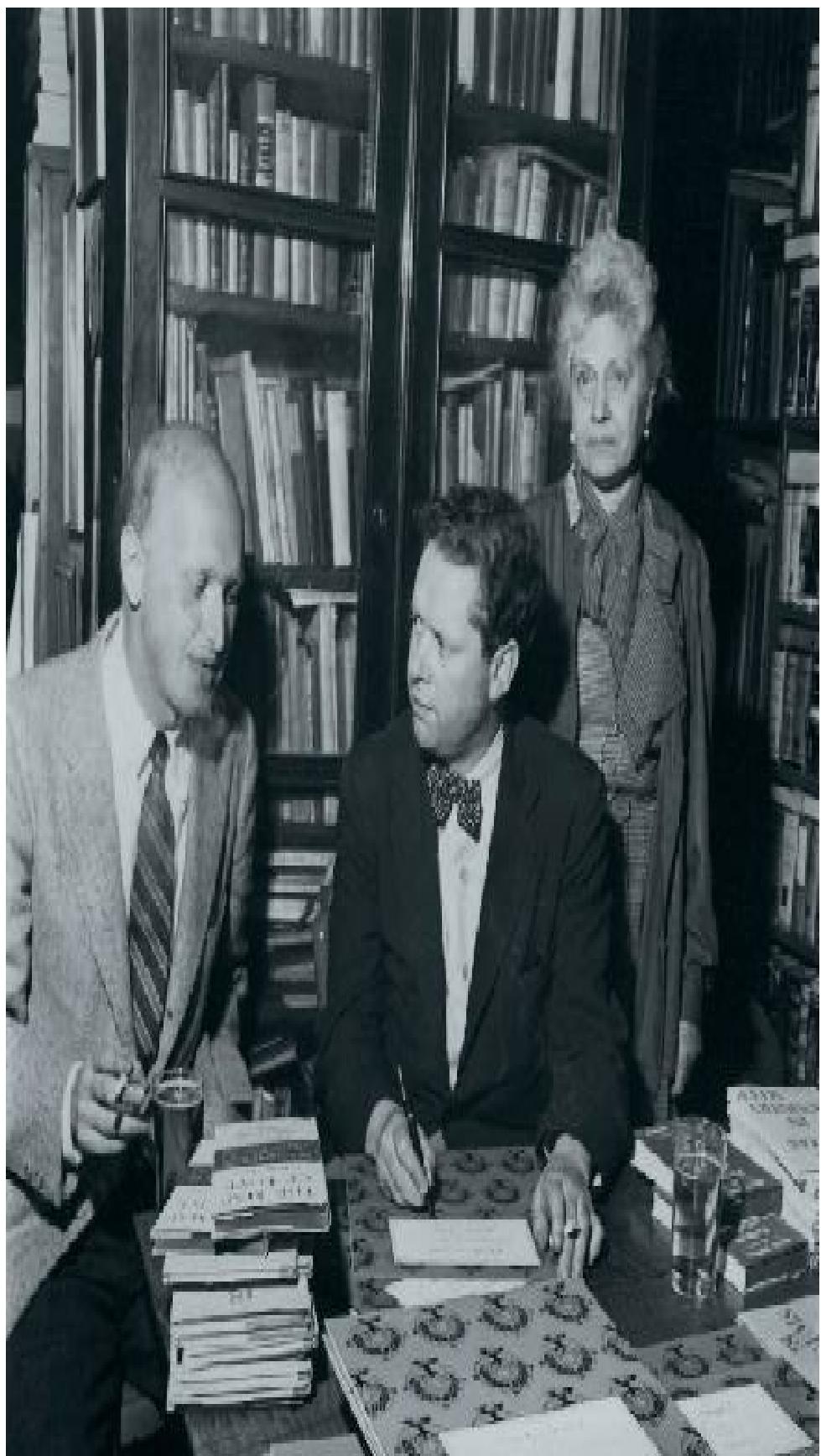
© Javier Reverte

Los ajedrecistas de Union Square cruzan apuestas con los osados transeúntes, quienes rara vez se alzan con la victoria. Los veteranos cuentan que Bobby Fisher jugó de incógnito una partida simultánea con cinco de ellos, y los ganó a todos.



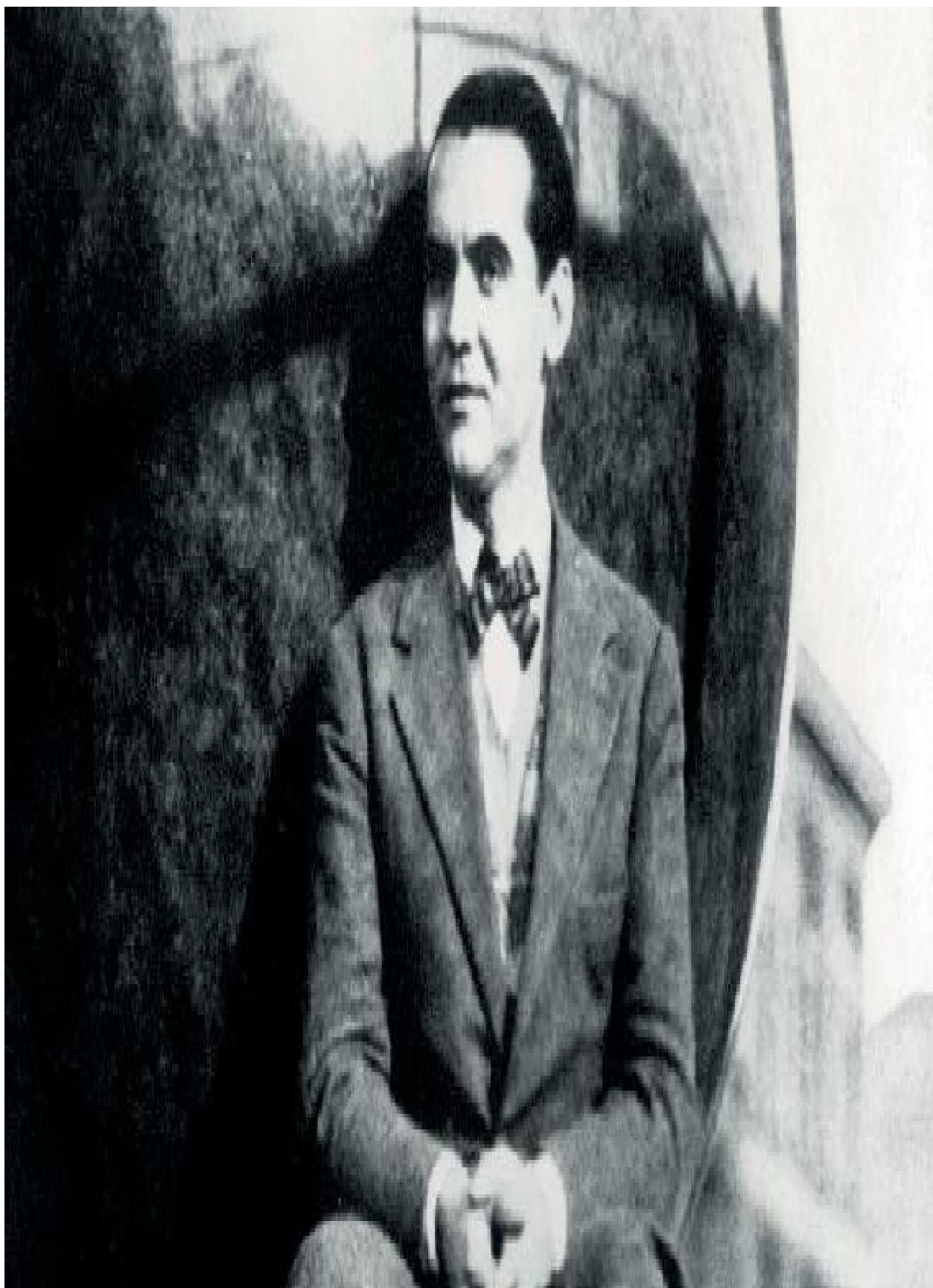
© Javier Reverte

En Nueva York puedes dar con una floristería cada tres o cuatro manzanas. En esta peculiar ciudad encuentras más puestos de flores que farmacias, bares o iglesias.



© Getty Images

El poeta y escritor irlandés Dylan Thomas pasó los últimos años de su vida en Nueva York. La leyenda atribuye su temprana muerte a los 39 años a un coma etílico provocado por la ingesta de dieciocho whiskies en la mítica White Horse Tavern. En la fotografía, tomada un año antes de su fallecimiento, dedica ejemplares de sus poemas en una librería de Manhattan.



© Bridgeman Art Library

Dos de los mayores poetas españoles del siglo XX visitaron la ciudad en las primeras décadas del siglo pasado. Federico García Lorca, fotografiado en la Universidad de Columbia en 1929, alcanzó la cima del surrealismo con *Poeta en Nueva York*, inspirado por su experiencia neoyorquina y publicado cuatro años después de su asesinato.



© EFE

El malagueño Juan Ramón Jiménez contrajo matrimonio con Zenobia Camprubí en Nueva York en 1916. La fotografía fue tomada en su luna de miel en Estados Unidos, durante la cual escribió *Diario de un poeta recién casado*.



© Album / akg-images

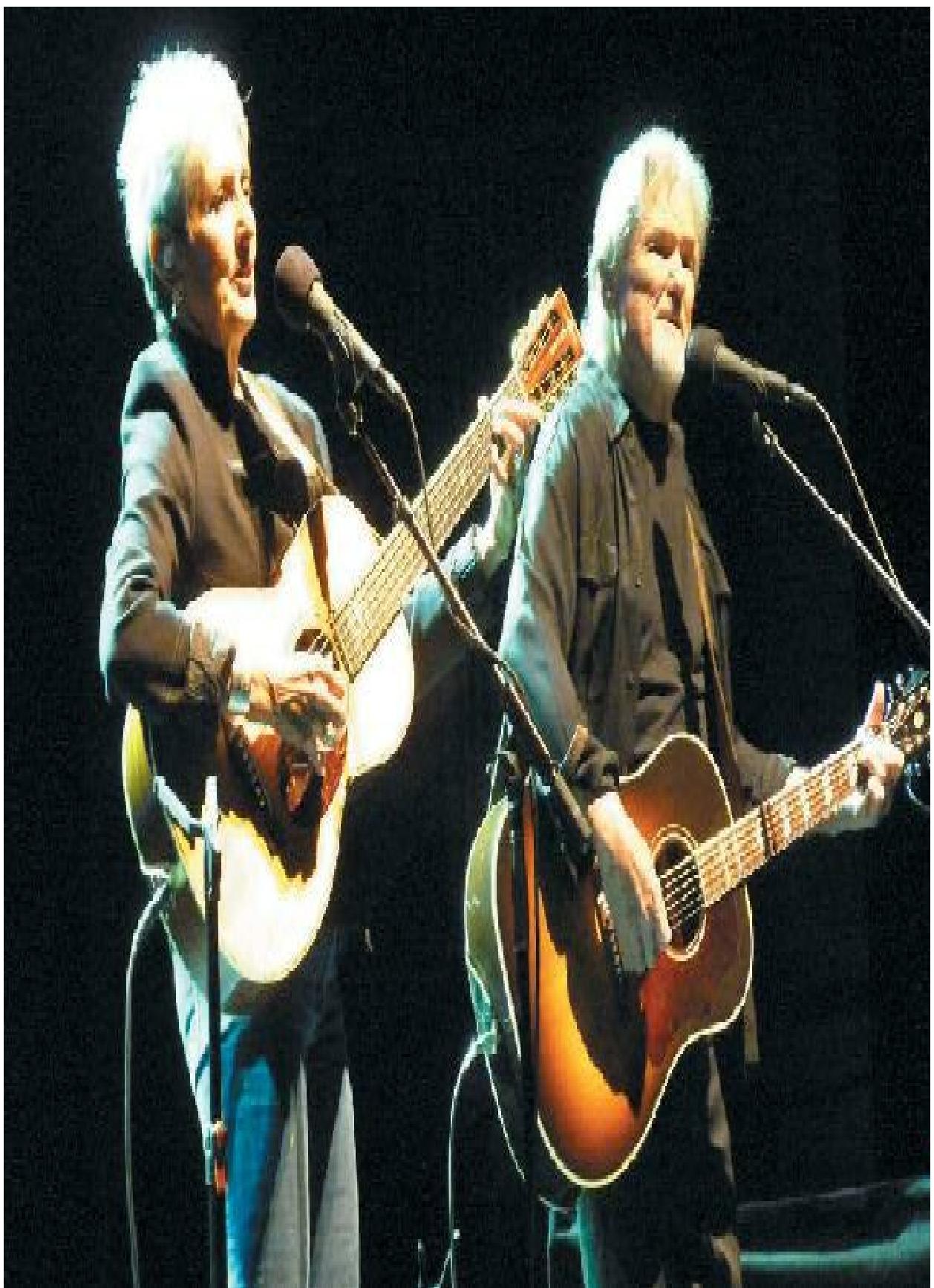
Willem de Kooning formó parte junto con Jackson Pollock y Mark Rothko del «Expresionismo Abstracto», movimiento pictórico que cambió las reglas del arte mundial al romper de una vez por todas con la hegemonía europea en materia pictórica.

Mujer I forma parte de mi catálogo particular de admiraciones y se encuentra entre mis tres obras favoritas de las que se exponen en el MoMA junto a *La noche estrellada* de Vincent van Gogh y el *Boceto para un retrato de Inocencio X*, pintado por Francis Bacon.



© Getty Images

Nueva York es también una ciudad tomada por la música y especialmente por el jazz. En el Village se pueden encontrar los mejores locales. Entre ellos, destaca por méritos propios el Blue Note.



© Frank Beacham, 201, www.frankbeacham.com

En el mítico Beacon Theatre, Broadway arriba, tuve ocasión de disfrutar de la actuación de dos de los ídolos musicales de mi generación: Joan Baez y Kris Kristofferson.



© ACI

Peter Stuyvesant fue el segundo gobernador holandés de la isla de Manhattan entre los años 1647 y 1654. Su nombre tan sólo se recuerda hoy por una marca de cigarrillos.



© Javier Reverte

El Rockefeller Center, en el corazón de Manhattan, ofrece una de las mejores vistas de la isla que gobernadores como Stuyvesant despoblaron de sus habitantes autóctonos: los indios lenape, los lobos y los osos.



© Getty Images / © Javier Reverte

En los primeros días de mi estancia neoyorquina me sorprendo por la calidad y variedad de los vinos que se pueden adquirir en sus tiendas de licores. Me dejo llevar por el mito cinéfilo y compro una botella del vino que Francis Ford Coppola elabora en sus viñedos californianos, que reservo para una ocasión especial. Sin embargo, a la hora de la verdad prefiero el Muga que sirven en el River Café, junto al puente de Brooklyn. *God bless Rioja!*



© Javier Reverte

Nueva York es una ciudad apretada en la que los edificios luchan por abrirse camino hacia el cielo en un sinsentido geográfico que Le Corbusier definió como una «hermosa catástrofe». El Chrysler Building me parece el más bello y delicado de los rascacielos de la ciudad.



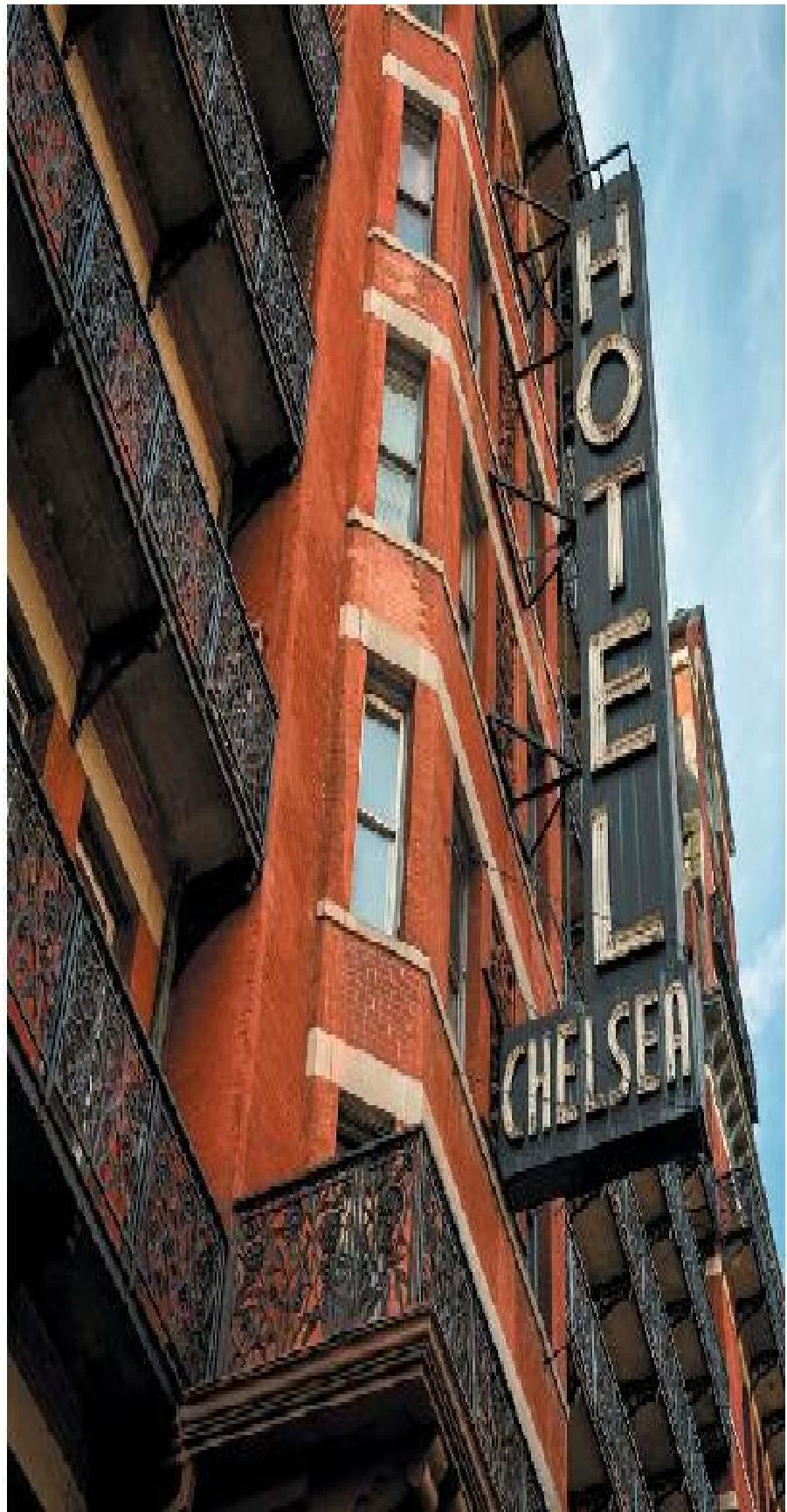
© Shutterstock

El Empire State, con su aguja plateada, perfila el *skyline* más tópico de Nueva York.



© Shutterstock

El Flatiron Building –el primero y el más original– es una bella extravagancia arquitectónica en forma de triángulo isósceles.



© Shutterstock

El hotel Chelsea, «la vieja señora de la 23», es otro de los edificios emblemáticos de Nueva York. Sus habitaciones albergaron a huéspedes tan ilustres como Jack Kerouac, Leonard Cohen, Janis Joplin o Mark Twain y –en la ficción– a Kim Bassinger y Mickey Rourke en *Nueve semanas y media*.



© Istockphoto

Con todos los respetos, las estatuas de Nueva York desmerecen el conjunto artístico de la ciudad. En la hermosa plaza dedicada al descubridor del Nuevo Mundo se encuentra esta estatua con la siguiente inscripción: «*Christophorus Columbus, italiano residente en América*».



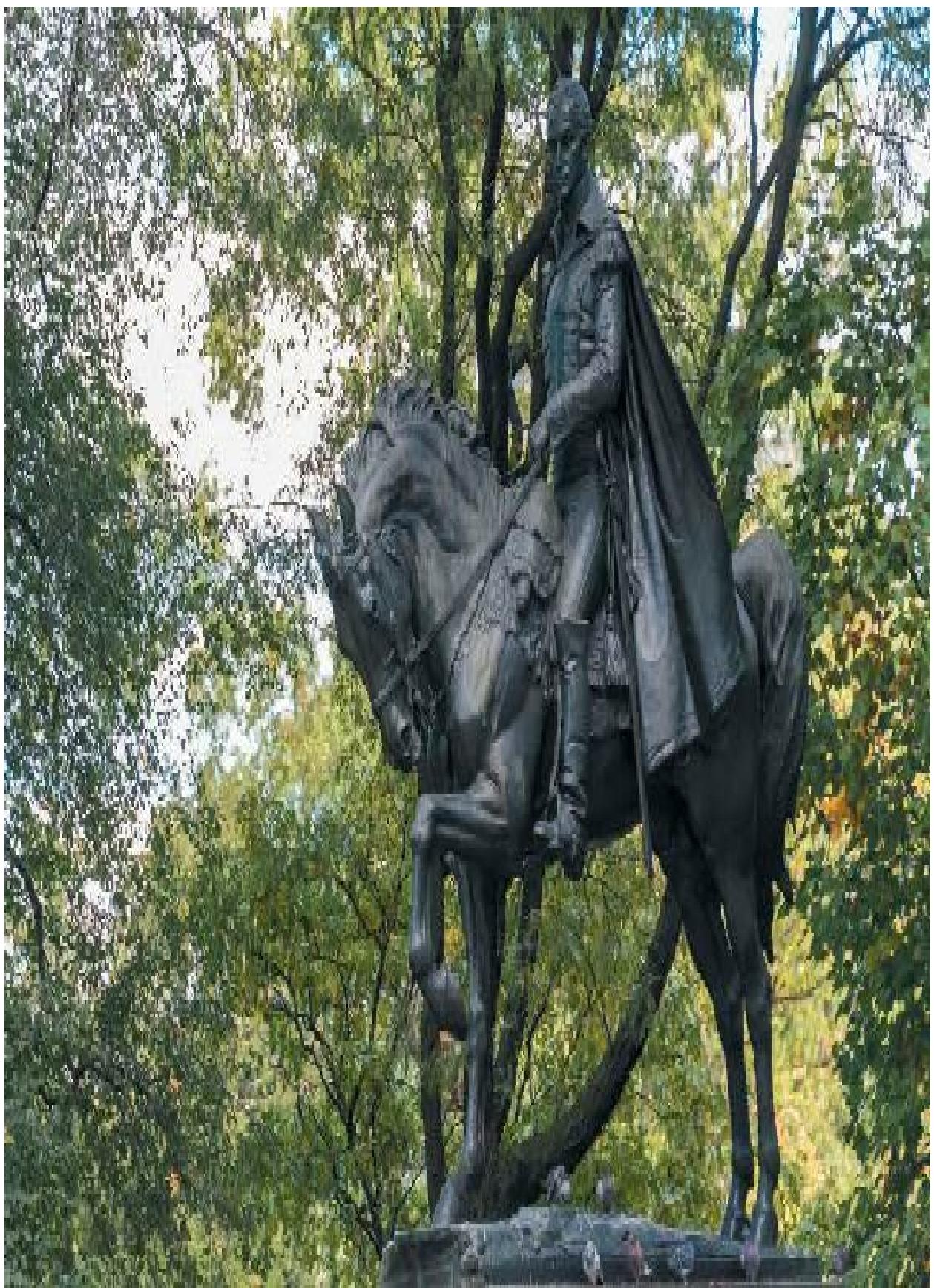
© Javier Reverte

«¡El Cid en Manhattan!», exclamé al darme de bruces con esta estatua en mi visita a la Hispanic Society y tras comprobar con alivio que no se parecía a Charlton Heston.



© Shutterstock

Sobre este elevado pedestal, que parece una paellera invertida, y sostenida por los cuerpos desnudos de tres bellas figuras femeninas que no se sabe si son musas o ninfas, se alza la figura de Duke Ellington, uno de los músicos más queridos por la ciudad.



© Shutterstock

A lo largo de la calle 60 se encuentran tributos estatuarios a caudillos y generales de todo el continente americano: desde el general Sherman (héroe de la Secesión), hasta San Martín, pasando por Simón Bolívar, al que puede verse en esta imagen.



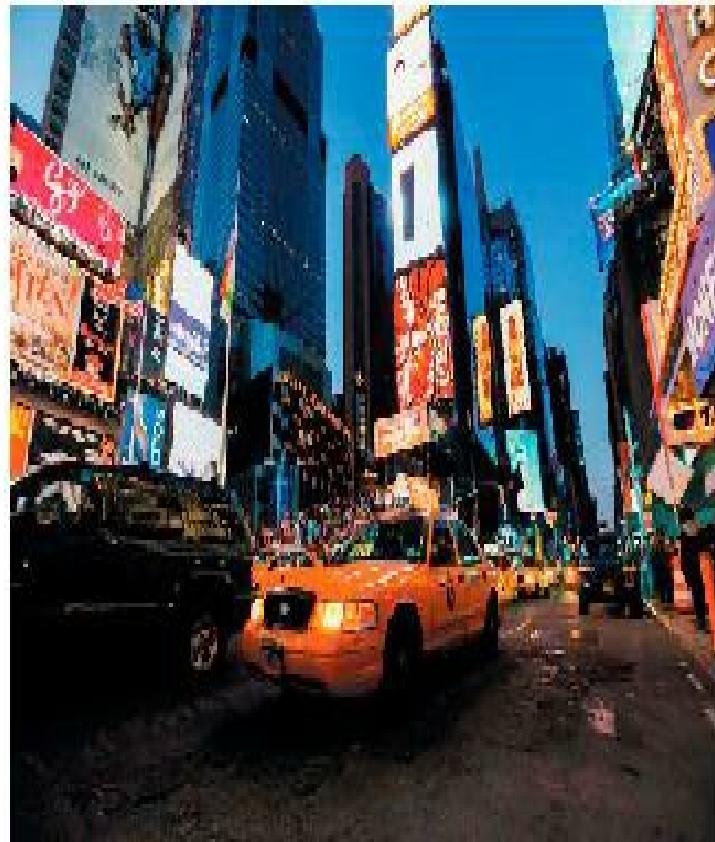
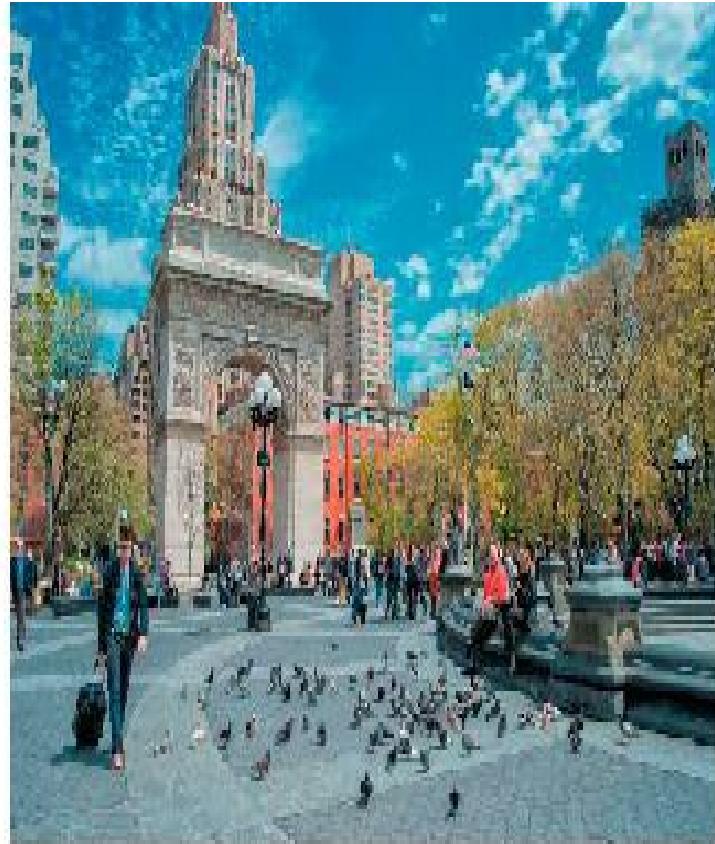
© Istockphoto

La emblemática Grand Central Station es otro de esos lugares cien por cien neoyorquinos. Filmada hasta la saciedad en decenas de películas, su uso actual es el de estación de cercanías aunque, dadas las distancias de esta enorme ciudad, bien podría llamarse «de lejanías».



© Chelo León

Halloween, la gran fiesta pagana, se celebra con entusiasmo en todos los barrios. De regreso a casa en el metro me encuentro rodeado de vampiros, una Blancanieves asesinada a puñaladas, y la familia Monster al completo. Entre tanta oferta, decido retratarme con esta presidiaria recién fugada de Sing Sing.



© Shutterstock / © Thinkstock

No se me ocurren lugares más dispares en toda la ciudad que los arriba fotografiados. Frente a la serena belleza de Washington Square –seguramente la plaza más hermosa de Nueva York–, la chabacana y hortera Times Square, abarrotada de luminosos que publicitan de todo y que impiden ver las fachadas de los edificios.



© Getty Images

Durante estos meses otoñales que he vivido en la ciudad el olor a lluvia ha impregnado casi todos mis paseos. En mi recuerdo, a Nueva York hay que ponerle siempre un solo de trompeta de jazz sobre un asfalto empapado por la lluvia.

[1] Myke Tyson fue descalificado en una pelea por el campeonato mundial de los pesos pesados después de que le arrancara a su rival, Evander Holyfield, un pedazo de oreja de un mordisco.

[2] Escritor y periodista americano de principios del siglo XX, autor, entre otros, del magnífico libro *Diez días que estremecieron al mundo*, sobre la Revolución rusa de 1917.

[3] De *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca.

[4] «Oda a Walt Whitman», de *Poeta en Nueva York*.

[5] Éire es el nombre gaélico de Irlanda.

[6] «El rey de Harlem», de *Poeta en Nueva York*.

[7] I too many and many a time cross'd the river... / watched the Twelfthmonth sea-gulls... / Saw the white sails of schooners and sloops, saw / the ships at anchor...

[8] Smile O voluptuous coolbreathed earth! / Earth of the slumbering and liquid trees!

[9] Otoño en Nueva York / ¿por qué parece tan acogedor y apacible? / El otoño en Nueva York / me anticipa la excitación de la Nochebuena. / Muchedumbres relucientes y nubes resplandecientes / en cañones de acero / hacen que me sienta en casa. / Es el otoño en Nueva York / que trae promesas de un nuevo amor.

[10] La famosa sala de jazz ha cerrado hace unos meses entre las lágrimas de sus habituales parroquianos.

[11] En español, la obra es *La tierra baldía*, que le valió a Eliot el Premio Nobel de Literatura. El verso es el famoso comienzo del poema: «Abril es el mes más cruel...».

[12] «Estoy cantando bajo la lluvia...», tema del célebre musical *Cantando bajo la lluvia*.

[13] Famoso episodio de la mitología griega: el viaje en busca del vellocino de oro.

[*] UNA ADVERTENCIA: en este libro, cuando se dice americanos, la referencia es casi siempre a los ciudadanos de Estados Unidos de América. De hecho, los habitantes de los otros países del continente los nombran «americanos».

Javier Reverte, el gran referente de la literatura de viajes, nos lleva a la ciudad más cosmopolita del mundo: Nueva York.

La megalópolis de nuestros días, la ciudad de las ciudades, la ciudad que nunca duerme, **Nueva York**, es el hogar del nuevo libro de Javier Reverte. Después de una estancia en la urbe de varios meses ininterrumpidos, en los que el autor dedicó todo su tiempo tan solo a escribir y pasear las calles neoyorquinas, este texto va contándonos el día a día de una metrópoli fascinante y cargada de energía, que al habitarla nos ofrece casi siempre una visión llena de vitalidad.

En su inimitable estilo, Reverte nos cuenta la historia de la ciudad, nos describe sus barrios —**Harlem, el Village, el Midtown, Hell's Kitchen, Chinatown, Broadway...**—, se asoma a sus rincones menos conocidos, pinta sus dos ríos, habla de los escritores que han trabajado sobre ella, camina Manhattan de arriba abajo y de lado a lado, y nos retrata otros barrios cercanos, como Brooklyn y la isla de Roosevelt. Es un libro escrito con amabilidad, humor, ternura y al que invade un aroma de extravagancia y un sonido sutil de trompeta de jazz.

«La naturaleza íntima de Nueva York se expresa mejor que nada a través del jazz, una música tan dislocada y cargada de energía como la ciudad, tan sinsentido en su apariencia, de tan rara armonía como esos rascacielos que crecen los unos junto a los otros como extraños entre ellos. Y sin embargo, es esa naturaleza disparatada y caótica, exenta de uniformidad, la que acaba por dar un sentido a la música y al propio Nueva York: el orden del caos, el orden del desorden. Es una forma inconsciente de expresar la libertad. Y Nueva York, igual que el jazz, es sobre todo libertad. Quizás sea esa una de las razones por las que esta urbe nos hace sentirnos felices.»

Javier Reverte ha pisado los cinco continentes, ha navegado el Índico, el Pacífico y cruzado el Atlántico , por mar, entre Europa y América en dos ocasiones; ha costeado el Ártico de Este a Oeste por el mítico Paso del Noroeste, y embarcado en un buque de investigación que le llevó hasta las Svalbard. Ha atravesado el canal de Panamá en un carguero y puesto el pie en la isla del Cabo de Hornos. Ha descendido el Amazonas desde su nacimiento hasta su desembocadura, recorrido en barco el curso del Alto Nilo, y viajado a bordo de un trasbordador en el río Congo, en la misma ruta que realizó Joseph Conrad a finales del siglo XIX. Conoce las fuentes de los dos Nilos, ha seguido los caminos literarios de escritores como Homero -en la Grecia clásica- o de Jack London -remando 750 kilómetros en el río Yukón- o de Mark Twain -en el Mississippi- y se ha internado en las inmensas llanuras africanas en busca de sus sueños infantiles. Ha surcado las aguas de los lagos Victoria, Tanganyka y Tana, y se ha acercado en una larga marcha de varios días, a pie, desde Mararal hasta las orillas del lago Turkana. En decenas de trenes y autobuses ha transitado por los parajes de medio mundo. Ha vivido en Londres, París, Lisboa, Nueva York, Roma y Westport (Irlanda).

Ha publicado novelas, libros de viaje, poemarios e incluso una biografía. También ha dirigido, junto con Andoni Jaén, un cortometraje sobre los campamentos de refugiados saharauis en Tindouf (Argelia), Carta a Sasha, que mereció cerca de una decena de premios en festivales nacionales e internacionales.

Edición en formato digital: octubre de 2016

© 2016, Javier Reverte

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01848-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[New York, New York...](#)

[Mapa](#)

[Nota introductoria](#)

[Último día de agosto](#)

[Septiembre](#)

[Octubre](#)

[Noviembre](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos de las ilustraciones](#)

[Imágenes](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Javier Reverte](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)